

Celina Vázquez Parada
Wolfgang Vogt

La idea de Dios en Guadalajara

**Diversos caminos hacia el
conocimiento de un mismo Dios**



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

**Universidad
de Guadalajara**





La idea de Dios en Guadalajara

Diversos caminos hacia el
conocimiento de un mismo Dios



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2011

Autores

© Lourdes Celina Vázquez Parada y
Wolfgang Georg Paul Vogt

Ilustraciones

© Luis Alonso González Carranza,
basadas en *La torre de Babel*, de Bruegel (1563)

Imagen de portada

La torre de Babel, de Bruegel (1563)

Coordinación editorial

Sayri Karp Mitastein

Coordinación de diseño

Edgardo Flavio López Martínez

Producción y corrección

Jorge Orendáin Caldera

Diseño de maqueta y portada

Editorial Universitaria

Diagramación

Lopx. Diseño y Comunicación Visual

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara. Por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Vázquez Parada, Lourdes Celina, 1959-
La idea de Dios en Guadalajara : diversos caminos hacia el conocimiento de un mismo Dios / Lourdes Celina Vázquez, Wolfgang Vogt. - 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco : Editorial Universitaria : Universidad de Guadalajara, 2011.
316 p. ; 23 cm.
Bibliografía: p. 310-315.

ISBN 978 607 742 164 1

1. Dios 2. Religiones 3. Diversidad religiosa
4. Pluralismo religioso 5. Guadalajara

202.11 .V47 DD21
BL473 .V47 LC

Agradecemos la valiosa colaboración de todas las personas que aportaron sus testimonios y autorizaron su publicación en este libro.

D.R. © 2011, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrade 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consultese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978 607 742 164 1

Noviembre de 2011

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Celina Vázquez Parada
Wolfgang Vogt

La idea de Dios en Guadalajara

Diversos caminos hacia el
conocimiento de un mismo Dios



Universidad
de Guadalajara

Índice

13	Prólogo
17	Introducción
18	La idea de Dios y el diálogo interreligioso
22	El concepto de religión y los niveles del hecho religioso
27	El camino de la investigación
30	La idea de Dios y la política en Guadalajara
35	Capítulo I
	La idea de Dios y el ateísmo en la historia cultural de Occidente
48	La idea de Dios en el pensamiento místico
53	Dios en el lenguaje de la vida cotidiana
57	Capítulo II
	La idea de Dios en la reflexión teológica
57	Rabino Joshua Kullock. «Eloheinu veElohei Avoteinu»... «Ds nuestro y Ds de nuestro padres»
61	Laura Muñoz Pini. El Dios de la Biblia es el Dios en el que creo
70	Leticia Rodríguez Ramírez. Te buscaba y mi corazón no descansó hasta no dar contigo

- 75 **Monseñor Pedro Agustín Rivera Díaz.** Conociendo al Dios que sale al encuentro. Dios Amor, Uno y Trino que no es soledad sino comunidad de Amor y Vida
- 79 **Shirley E. Muñoz Graciano.** Es el mismo Dios, sólo que los musulmanes nos referimos a él en árabe
- 81 **María Elsa López Maldonado.** Dios vivo inmensamente misericordioso, que atiende nuestros ruegos y contesta nuestras peticiones
- 85 **Noé Robles Gil.** «El que me ha enviado es real»
- 89 **Emilio López de la Cruz.** Sobre todo, entendí la visión integral del mundo divino
- 92 **Ananta Ram Das.** Un devoto de Dios se dedica y busca ser un instrumento de Dios
- 98 **Omó ni Obatalá.** Cada persona tiene un cuadro espiritual, unos guías específicos que pertenecen a alguna de las falanges más importantes de los *orishas*
- 103 **Capítulo III**
La idea de Dios en el camino de la vida
- 103 **Marina Parada.** Nunca supe que también me hablaba por medio de su creación
- 109 **Padre Germán Fragoso.** Creo en el Dios que Jesucristo experimentó, ofreció y practicó

- 112 **Teresita Ángela Martín Ruiz.** Fui entrando, conducida por la sabiduría de mis padres, a una relación viva, cercana con Jesús, el Hijo de Dios
- 115 **Arturo Navarro.** Del Dios al que le gusta que le recen... al Dios del encuentro
- 121 **Eduardo Quintana Salazar.** Sobre algunas ideas de Dios en los primeros años de primaria desde el territorio neutral de la existencia y sus exigencias
- 130 **María Eugenia Aceves Bravo.** Sólo en el encuentro de mi propio espíritu encontré la voz de Dios
- 132 **Graciela Esther Abascal Johnson.** El Dios en el que creo es un Dios vivo, más allá de las muchas y duras críticas que le hago a la Iglesia
- 137 **Luz María Álvarez Villalobos.** Creo en el único Dios que es uno y que es tres personas
- 139 **Laura de Guzmán.** Un hombre fue crucificado para que yo viva y pueda disfrutar de todo lo que Él nos da
- 141 **Juan Santos, danzante a la Virgen de Zapopan.** Nosotros nos vestimos como ellos, porque fueron los únicos que sí alabaron mucho a Dios
- 144 **Vania Citlalli de Dios Rodríguez.** El Dios que conozco no es institucional, está en la esperanza de los otros
- 145 **Carlos Josué Ocampo Briseño.** Yo comulgo con Dios en mi interior y me comunico con él a través de mis acciones diarias

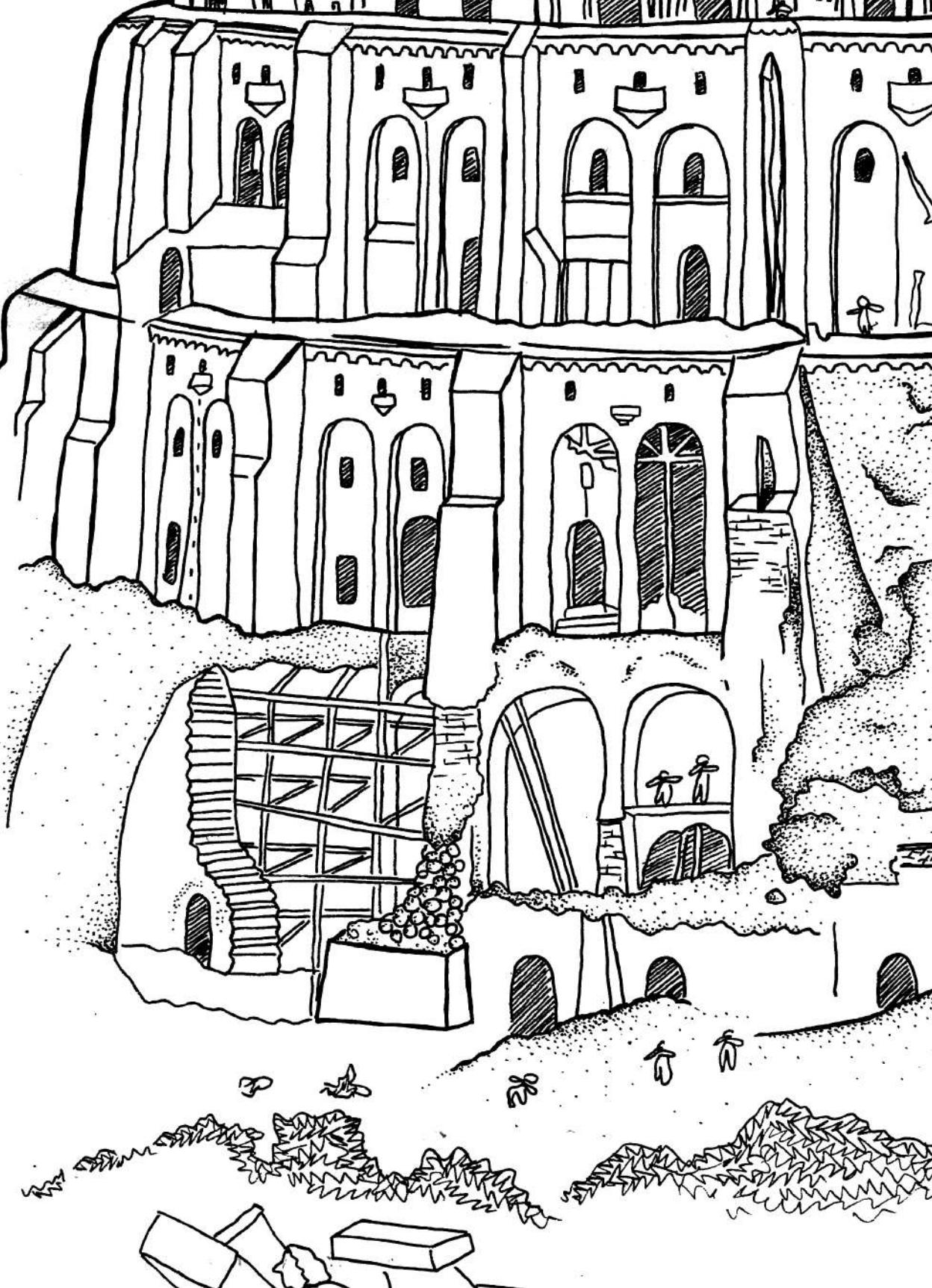
149 Capítulo IV La idea de Dios como don, como gracia

- 149 **José de Jesús Parada Tovar.** Creo en Dios Uno y Trino
- 152 **Wolfgang Vogt.** La existencia de Dios es un misterio que no aclara la religión y tampoco la ciencia
- 156 **Felipe Herzsenborn Jonisz.** Un Dios personal, un Dios de presencia, un Dios que puede, que se manifiesta
- 160 **Francisco Javier Reynoso.** Habita en mí y en todos los que quieran y crean en Él
- 160 **Sita Ram Das- José Manzo.** Resulta extraño ser un devoto perdido de Sri Ram en Guadalajara
- 164 **Reyna Margarita Franco Escamilla.** Un Dios que escapa a

- las figuras y descripciones que nuestros condicionamientos conceptuales pueden hacer
- 167 **Alma Guadalupe Aguilera Medina.** Al final cada uno sigue esperando la vida eterna al lado de ese Dios en el que te enseñaron a creer
- 168 **Paulina Sierra Ladrón de Guevara.** Dios lo inunda todo con su presencia absoluta
- 172 **Vicente Leal Zacarías.** Dios es Dios... y punto
- 174 **Isabel Navarro López.** Él está junto a mí. No conozco su nombre
- 176 **Zaira Edith Gutiérrez Ruiz.** Creo en el Dios que no se deja poseer por una cultura porque está en todas de distintos modos...
- 179 **María del Carmen Olague Méndez.** La experiencia de Dios en mi vida se ha formado en un hábito y una trayectoria de vida que me marcó para siempre
- 183 Capítulo v
Construyendo la idea de Dios**
- 183 **Lolita.** «Mi padre te ha enviado un mensaje»
- 185 **Rodolfo Contreras Estrada.** Espiritualidad en la esponsalidad en Cristo
- 187 **Giancarlo Fragoso.** Cuando te duele el alma, ¿con quién ir?
- 194 **Mayté Ortega.** Creo en Dios, pero a veces parece que no existiera
- 196 **José de Jesús Camacho González.** Un Dios para todos y todo
- 196 **Lucía Cruz.** Un Dios sin intermediarios
- 198 **Malu Villegas.** Un Dios que puede escucharme, no un Dios que exige asistir a misa
- 200 **Rodolfo Ruiz.** Dios no es exclusivo de una sola religión o de un solo país, ni tiene un solo nombre
- 201 **Paulina Gabriela Reyes Barajas.** Un Dios que se manifiesta en mis acciones, en mi manera de ver el mundo y ser feliz o infeliz
- 202 **Bárbara Gama.** Siempre creí sin saberlo
- 204 **José Octavio Guevara Rubio.** A Dios lo puedo definir desde distintos aspectos que he concluido personalmente

- 207 Capítulo VI**
La idea de Dios en situaciones límite
- 207 **Liliana Patricia Acosta.** Dios... en mi locura
213 **Testimonio de Josefa.** Es pecado ser débil y no tener temor de Dios
217 **Testimonio de Lilia.** «A mí, la virgencita me cuidó, por ella no me morí»
222 **Testimonio de María.** Dios me salvó la vida. Sólo que no entiendo por qué pasamos por tanto dolor
224 **Testimonio de «Paraíso».** Jesús me acompaña en mi cruz, pero sólo Dios Padre nos puede salvar
227 **Luis Alberto.** Me vi orillado a buscar a Dios
229 **Arnulfo Sepúlveda.** Eso es mi Dios...
- 233 Capítulo VII**
Cambiar nuestra idea de Dios
- 233 **Enrique Marroquín.** El Dios en quien no creo
236 **Raúl Aceves.** Creo en un Dios existente y activo al margen de las religiones institucionales
238 **María Guadalupe Morfín Otero.** Mi Dios es la música del mar contenida en el espiral del caracol
242 **Conrado Ulloa Cárdenas.** Tantas tan intocables caricaturas-de-dioss, NADA TIENEN QUE VER con el Dios en quien sí creo
247 **Adalberto Gutiérrez.** Hace falta que en forma real y en presencia venga para reformar nuestro concepto sobre Él
253 **Alfonso Rubio Delgado.** Mi creencia en Dios cada vez se ha ido alejando de lo establecido por la religión y de los filósofos occidentales
260 **Laura Liliana Méndez Torres.** Un Dios que he llegado a conocer con base en mis vivencias y lo que he aprendido en la religión que profeso
263 **Yolanda Ramírez Michel.** Nada de eso es en sí mismo Dios, pero eso amo cuando amo a Dios

- 267 Capítulo VIII**
Vivir la vida sin Dios
- 267 **Magdalena González Casillas.** ¿Por qué soy atea?
- 273 **Sayri Karp.** Era un personaje protagónico que se volvió familiar...
- 274 **Patricia García Guevara.** ¡Dios mío! ¿Dónde está la Diosa mía?
- 277 **Olivia Fregoso.** Dentro del budismo no hay un Dios creador; a través de las enseñanzas del Buda se logra alcanzar la iluminación o el despertar completo
- 282 **Juan David Covarrubias Corona.** Mi propio derrotero como misionero me llevó a una confrontación muy severa
- 285 **Jorge Enrique Delgadillo Núñez.** La discusión entre los creyentes y no creyentes es una cuestión de si se quiere o no se quiere creer
- 288 **Pedro Javier Cueto Michel.** Las dudas fueron y son más grandes que la supuesta fe
- 291 **Roberto de la Rosa.** Se empezó a desarrollar la idea de que en realidad yo tenía más control sobre mi vida que Dios
- 295 **Luis Gilberto.** ¡Bien por nosotros!
- 297 Capítulo IX**
La idea de Dios en el arte
- 297 **Marisa Herzlo.** Dios es el espacio entre la gota que cae y el suelo
- 298 **Jorge Orendáin.** Poemas
- 303 **Mario Alejandro Aguilar Álvarez.** Me dio el don de la vida, y yo le llamo Padre
- 304 **Sandra Bernal.** Sólo aquellos que danzan por amor a Dios/ sabrán que dejaron de existir un instante
- 306 **Maximiliano.** Lo que Dios Es
- 308 **Celina Vázquez.** Uno
- 310 Referencias**
- 315 Autores**



Prólogo

José María Vigil

Guadalajara es conocida por su generosa acogida a todas las opciones religiosas. Y este libro también lo muestra: diversidad de opciones religiosas (y no religiosas) y pluralidad incluso dentro de una misma opción religiosa. Una variedad irreductible, en definitiva, en torno al misterio mismo de lo religioso, Dios, o más amplia y profunda, la Divinidad, sea ésta (o no) *theos*, como la llamaron y configuraron primero los griegos, de cuyo nombre e imagen se ha venido traduciendo y transmitiendo en diferentes lenguas y culturas.

Como demuestra el capítulo primero de este libro, es milenario el debate en torno a Dios, y también lo son los conflictos e incluso las guerras religiosas. Como decía Martin Buber, Dios «...es la más cargada de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan mancillada, tan mutilada. Generaciones de hombres y mujeres han hecho rodar sobre esta palabra el peso de su vida angustiada, y la han oprimido contra el suelo. Yace en el polvo, y soporta el peso de todas esas personas. Las generaciones de hombres, con sus partidismos religiosos, han desgarrado esta palabra. Por ella han matado y han muerto. Y tiene marcadas en sí las huellas de los dedos y la sangre de todos ellos». Durante mucho tiempo, el debate «Dios sí, Dios no» gastó demasiadas energías de la humanidad.

La Agenda Latinoamericana 2011 recoge el testimonio de Juan Arias, el famoso periodista-teólogo que, con ocasión del debate del Concilio Vaticano II sobre el ateísmo, escribiera aquel artículo famoso «El Dios en quien no creo», texto que hubo después de ampliar y de convertir en libro, que sería traducido a diez idiomas y que todavía hoy, cuarenta años después, se sigue publicando. El cardenal Benelli le

comentó que el libro era un fruto más de todo aquel movimiento de la época, que puso en cuestión aquellas tradicionales imágenes negativas de Dios. La cuestión ya no era «creer o no creer en Dios», sino en qué Dios creer.

Después de enfrentamientos seculares con el teísmo, los cristianos concretamente comenzábamos por aquel entonces a entonar un *mea culpa*: no resultaba noble enfrentarnos al ateísmo sin reconocer que podemos estar de acuerdo con él en muchas cosas: «En lo que muchos ateos no creen, es en un Dios en el que yo tampoco creo», había declarado el patriarca Máximos IV en el debate conciliar. Y más: «Los cristianos reconocemos que en la génesis del ateísmo hemos tenido parte los cristianos, en cuanto que con nuestra conducta hemos velado más que revelado el genuino rostro de Dios», diría luego el documento *Gaudium et Spes*, que recoge el consenso conciliar. Habíamos pasado, pues, de la polémica sobre si Dios existe o no, al debate más matizado sobre la imagen de Dios: en qué Dios creemos o no creemos.

El debate no se quedó en la discusión de las imágenes de Dios en sí mismo, sino que se amplió a su función social. No se trata sólo de cómo «nos imaginamos la imagen» de Dios, sino del papel que asume esa imagen en nuestra convivencia. Andrés Pérez Baltodano lo ha escrito con palabras certeras en un país tan emblemático como Nicaragua: «Lo más urgente en mi país es cambiar la imagen de Dios», y entrega varios cientos de páginas para mostrar cómo la vida, la suerte, la felicidad o la postración de un país depende también de la «imagen de Dios» que, por tradición y costumbre, de padres a hijos, de generación en generación, nos vamos entregando acriticamente, como un pesado paquete revelado, incuestionable, que exigiría sumisión completa e indubitable, y que, como fácilmente se echa de ver, condiciona gravemente nuestras relaciones sociales, y nuestra relación con la historia y con la naturaleza. Tan trabado está el concepto de Dios con nuestra vida, con nuestras religiones y con nuestra sociedad, que el poeta Casaldáliga cree que sólo cambiando de Dios podremos acometer los demás cambios:

¿Por qué no cambias de Dios?
Para cambiar de vida hay que cambiar de Dios
Hay que cambiar de Dios para cambiar la Iglesia
Para cambiar el Mundo hay que cambiar de Dios.

Pedro Casaldáliga

La Agenda Latinoamericana sugirió a los editores locales aplicar ese desafío a su país: «¿qué es lo que habría que cambiar en la imagen de Dios en mi país?», con la petición de que en cada lugar se acomodara la pregunta a la situación local. De su aplicación en Guadalajara, este libro es el producto. Un resultado espléndido que manifiesta —lo decíamos— la amplia «hiero-diversidad» o diversidad religiosa de la ciudad, la diversidad histórica y la actual. Se trata de un buen servicio que los coordinadores del libro, Celina Vázquez y Wolfgang Vogt, han prestado al conocimiento de *La idea de Dios en Guadalajara...* y al debate que ello puede suscitar. Ahí están estas páginas, o más propiamente dicho, estos testimonios vivos, sinceros, que arrancan de la profundidad de cada persona que toma la palabra, ofreciendo con frecuencia lo más vivo de su opción religiosa para la reflexión personal y para el debate público.

Ése puede ser el paso posterior: a partir de esta viva e irreconciliable *hiero-diversidad* caben muchas reflexiones y elaboraciones, que no han sido posibles en los milenarios de debate, de polémica y hasta de guerras. Ahora, en esta nueva era de democracia y de pluralismo, es posible dialogar, y con la madurez adquirida, reconocer que debemos dar nuevos pasos. Tal vez, «creer o no en Dios ya no es la cuestión», se atreve a decir tímidamente la Agenda Latinoamericana 2011 (pág. 142), en un sentido más profundo ahora. Tal vez, hoy, con una nueva perspectiva epistemológica, somos conscientes de que muchas de nuestras expresiones clásicas sobre Dios, que hemos tomado como expresiones literales, no son, como creíamos, «descriptivas de la realidad a la que se refieren», sino más bien alusivas, simbólicas, metafóricas... Descubrimos que la religión ha tenido también una función programadora de la sociedad; ha sido como el «sistema operativo» que ha manejado las relaciones macro de la vivencia y de la conducta social humana. Tradicionalmente, la religión ha marcado a la humanidad los puntos cardinales sobre los qué orientarse; nos ha dicho —dogmática e indiscutiblemente— quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos... Hoy, más bien sabemos que no sabemos mucho de todo esto. Hoy la epistemología nos dice que con nuestro conocimiento, simplemente «modelamos» la realidad para mejor habérnoslas con ella.

Si esa nueva perspectiva epistemológica es correcta, debemos replantear muchas afirmaciones por las que hasta ahora estábamos dispuestos a discutir y hasta a pelear con quienes tuvieran una visión religiosa diferente. El viejo lenguaje religioso dogmático, y supuestamente «descriptivo», debe dejar paso a otra forma de hablar más modesta y

flexible, más consciente de los límites y de las características propias del conocimiento humano, tal como hoy se nos va desnudando poco a poco. En la nueva perspectiva epistemológica, la diversidad no es contradictoria, ni incompatible, sino positiva y enriquecedora.

El tema de Dios no está sobreseído. Ni está pasado de moda. Está en plena actualidad. Sólo que... necesita de nuevas imágenes. Las viejas están gastadas. No dicen ya mucho, han perdido significado. Hace falta «creer de otra manera» (Torres Queiruga). Porque «otro Dios es posible» (hermanos López Vigil).

El obispo anglicano John Shelby Spong acaba de publicar un libro en castellano titulado *Un cristianismo nuevo para un mundo nuevo* (Abya Yala, Quito 2011, abyayala.org). Y lo subtitula: *Por qué la fe tradicional está muriendo y cómo una nueva fe está naciendo...* Palabras graves para un título. Se trata, creo, del único libro en el que, en este momento, un cristiano —obispo incluso— defiende la necesidad de superar el «teísmo», para pasar no a un ateísmo, lógicamente, sino a lo que él llama el «postteísmo». Como protestante, se dice consciente de estar llamando a una «Reforma» mucho más radical que aquella a la que convocó Lutero. Se trata de un desafío radical para todos los que seguimos hablando de Dios. Un desafío también para todos los autores y los lectores de este libro. Su lectura no acabará en sí misma, sino que pedirá con urgencia —estamos seguros de ello— un debate de profundización. Y en este tema, *nunquam satis*, nunca acabaríamos.

Gracias a Celina y a Wolfgang, y gracias a todos los autores y autoras que con tanta generosidad y sinceridad han colaborado para hacer de este libro un monumento más a la conocida *hierodiversidad* de la ciudad de Guadalajara.

Introducción

No existe más, en Guadalajara, el monopolio de la fe en manos de una iglesia única y verdadera. Hemos crecido en una sociedad donde la religión ha impregnado todas las esferas de la vida cotidiana, pero que poco a poco, y de manera cada vez más acelerada, va desprendiéndose de las explicaciones elaboradas y las respuestas contundentes emitidas desde las cúpulas. Tampoco existe ya un régimen de partido único. La tapatía es hoy una sociedad que clama por la democracia, por la libertad con todos sus riesgos y manifestaciones, la libertad de expresión, libertad sexual, libertad de conciencia, libertad política y ciudadana, y por supuesto, libertad religiosa.

Desde la década de los setenta se han asentado en Guadalajara numerosas comunidades religiosas de las más variadas tradiciones, ganando con el paso de los años un mayor número de adeptos. Dos situaciones han contribuido, desde nuestro punto de vista, a la expansión de estas creencias e iglesias: por un lado, la inserción de nuestra sociedad en el complejo e inevitable fenómeno de la globalización, una de cuyas características es la expansión de las comunicaciones y la ruptura de fronteras físicas y culturales, lo cual nos ha acercado más al conocimiento de otras culturas y tradiciones religiosas; y, por otro, lado, a la reciente crisis de la Iglesia católica en el mundo, que como institución ha atravesado por serios problemas humanos que le han valido una fuerte disminución en los índices de confianza y credibilidad.

Una reciente encuesta realizada por una universidad católica a jóvenes de bachilleratos públicos y privados en las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, señala en porcentajes lo que en este libro presentamos en tanto ideas religiosas: «Los jóvenes ya no quieren

saber nada de la Iglesia»; «Dios sí, Iglesia no». El 73 por ciento de los jóvenes son críticos e indiferentes hacia la Iglesia católica. El 38 por ciento consideró a la Iglesia católica como una institución aburrida y que acumula riqueza; a la religión católica «como una religión más», y Dios «algo en que la gente cree». En la nota publicada en diferentes medios de comunicación, se señala cómo «destaca la poca confianza que manifiestan los jóvenes a toda institución humana, pero, paradójicamente confían más en Dios y la familia».

El 28 por ciento de los jóvenes encuestados manifiesta una cercanía con su fe, los valores transmitidos en su religión y confianza en su Iglesia. El 73 por ciento restante, perteneciente a los segmentos «crítico» e «indiferente», se acerca a otras tradiciones e iglesias diferentes a la católica, motivados por una inquietud espiritual y religiosa. Es este acercamiento a otras denominaciones el que se refleja en el crecimiento y expansión de una gran variedad de asociaciones religiosas a lo largo y ancho de nuestro país, pero que todavía no se aprecia claramente en los datos de los censos de población y vivienda.

Lo que en este libro presentamos es la diversidad de caminos que los habitantes del occidente de México transitan hacia el conocimiento de un mismo Dios, cuyo punto de partida es, en muchos casos, la visión católica del mundo aprendida y asimilada durante un largo proceso histórico de tradición legada por una Iglesia que fue depositaria de la fe y la credibilidad durante varios siglos, actitud que ya no corresponde a los signos de los nuevos tiempos.

La idea de Dios en Guadalajara refleja los cambios en la percepción del mundo y de lo trascendente que se está gestando, hoy por hoy, en la todavía considerada ciudad con el mayor porcentaje de católicos y principal formadora de clérigos católicos en el mundo.

La idea de Dios y el diálogo interreligioso

Frente a los grandes cambios sociales y culturales de los últimos años, y las consecuencias que en la vida cotidiana provoca la profunda crisis actual, estudiosos del fenómeno religioso en Guadalajara hemos estado reflexionando acerca de la fe, la crisis de las instituciones religiosas, el pluralismo religioso y, más en particular, la idea de Dios en las diferentes religiones. El equipo de investigadores miembros del Seminario Permanente Interinstitucional Diálogos, Fe y Cultura invitó al padre Camilo Maccise, religioso carmelita, a impartir un seminario con el tema «La fe en tiempos de crisis». El padre Maccise, desde la profun-

didad de su misticismo, nos compartió una visión muy esperanzadora de la fe y la manera como se experimenta en los nuevos tiempos. Nos explicó que la fe no significa creer verdades, sino que «desde el punto de vista bíblico, la fe es una apertura a Dios, una disponibilidad frente a sus caminos... Tener fe quiere decir, en realidad, estar seguros, porque estamos apoyados sobre una roca que es Dios. Y de ahí nace un sentimiento firme, una actitud llena de confianza y seguridad».¹

Posteriormente, en septiembre del 2009, tuvimos la oportunidad de conocer al teólogo católico latinoamericano José María Vigil, quien fue invitado por este mismo equipo a impartir un curso con el tema «Teología del pluralismo religioso». De manera casi paralela se han desarrollado diálogos interreligiosos en nuestra ciudad y que han puesto en el centro de la reflexión la idea de Dios: grupos de diálogo interreligioso donde creyentes de diferentes iglesias y tradiciones compartimos nuestras inquietudes espirituales y reflexiones acerca de la trascendencia. La comunidad judía de Guadalajara organizó unas conferencias con el tema «El Dios en el que creo», donde participaron los rabinos de Guadalajara y de otras ciudades de América Latina con audiencia de la comunidad hebrea, y a las que fuimos invitadas personas externas. El Centro de Estudios Religión y Sociedad de la Universidad de Guadalajara, al cual pertenecemos, propuso como tema central de su seminario «Las pruebas de la existencia de Dios», con veinte conferencias de especialistas que hablaron desde sus diferentes disciplinas. Aunque este seminario se ha realizado de manera periódica, abierto a todo el público, en las instalaciones del Museo Regional de Guadalajara ubicado en el centro de la ciudad, y cuenta con una audiencia importante, la asistencia durante este año se incrementó de manera impresionante. Mas de 200, y a veces hasta 300 personas escuchando conferencias no es común en nuestras actividades académicas relativas a las disciplinas humanas.

En el seminario «Teología del pluralismo religioso», José María Vigil expuso su tesis, que comparte con otros destacados teólogos católicos en América Latina y Europa, acerca de la importancia y necesidad del diálogo macro ecuménico. Vigil ha seguido desarrollando en sus escritos la idea, surgida en, y avalada por los documentos del Concilio Vaticano II, de que Dios se ha manifestado a muchos pueblos en diferentes épocas y culturas; idea que, vista bajo la óptica de un mundo globalizado, en el siglo XXI, pareciera obvia.

¹ Camilo Macisse, OCD, «La fe en tiempos de crisis». *Revista Querens de Ciencias Religiosas*, UNIVA, año X, mayo-agosto, 2009, núm. 29, p. 20.

Sin embargo, no es así. Para Vigil, al igual que para otros teólogos de espiritualidad cristiana, pueden distinguirse tres posturas del catolicismo con respecto a la idea de Dios y el camino de la salvación:

1. La postura exclusivista, que proclama que la revelación contenida en la Biblia es la única auténtica; que Dios envió a su hijo único para redimir a la humanidad y sólo a través de Él y su Iglesia (la católica) es posible la salvación.
2. La postura inclusivista, que proclama que la Iglesia católica es la única poseedora del verdadero mensaje y el único camino de salvación; pero que puede recibir a cualquier persona que se acoja en su seno a través de una conversión profunda y sincera.
3. El diálogo interreligioso. Reconoce la validez de otras religiones como vías al conocimiento de Dios y caminos de salvación y la veracidad de sus postulados como auténticamente revelados. Promueve el diálogo entre religiones en el entendido de que Dios se ha manifestado a lo largo de la historia a todos los pueblos en diferentes lenguas.²

Estas posturas, muy probablemente en el mismo o en diferente grado, se encuentran también en otras comunidades religiosas en el mundo. Desde nuestro punto de vista, las características fundamentales del fenómeno religioso actual y del signo de los nuevos tiempos son: el acercamiento entre culturas y religiones; las crisis actuales de las instituciones religiosas, que han despertado entre sus feligreses el deseo de conocer otras creencias religiosas y alternativas eclesiales; el despertar de una nueva espiritualidad dialogante en prácticamente todas las tradiciones religiosas. Estos son fenómenos propiciados por la globalización, y cada vez más claros en el nuevo milenio.

Frente a esta situación, Vigil propone el fomento de una actitud dialogante no sólo entre creyentes cristianos (ecuménica), sino entre creyentes de las diferentes religiones. Se refiere a ello con el término de «macroecumenismo», y aporta elementos para comprender este fenómeno desde la perspectiva católica postconciliar. El macroecumenismo, o diálogo entre religiones cristianas y no cristianas, señala: «es un espíritu que inspira unas actitudes y que proviene de una experiencia espiritual, de una experiencia de Dios en el mundo y en la historia, y de una forma determinada de percibir el mundo y sus procesos». Y

esta experiencia de Dios no es, de ninguna manera, privativa de la Iglesia católica o de los creyentes cristianos, sino una experiencia común desde las diferentes religiones.

Dios es ecuménico, señala Vigil. Dios no es racista ni está ligado a ninguna etnia ni a ninguna cultura. Dios no se da en exclusividad a nadie. La revelación del Nuevo Testamento rompe los muros del Dios «judío» y nos manifiesta al Dios universal, al Dios que quiere que todos los humanos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2, 4)... Y añade que después de muchos avatares históricos en los que la imagen de Dios, en el ámbito de la civilización occidental, había sido de nuevo vinculada excesivamente a una cultura —confluencia de varias culturas hegemónicas: griega, latina, sajona—, la reflexión y el discernimiento cristiano a partir del Concilio Vaticano II nos ha devuelto una visión más clara del rostro ecuménico de Dios: «Hoy contemplamos más claramente la presencia del Espíritu de Dios a lo largo de toda la historia, en todos los pueblos, en todas las culturas...»³

Esta presencia del Espíritu ha dejado su huella en textos revelados en múltiples lenguas: en el sánscrito del mensaje milenario de los Vedas, en la India, quizás los textos más antiguos en la historia de la humanidad de los cuales se conserva un registro; en el lenguaje ideográfico oriental de las enseñanzas del *Tao Te King*, el *Wen Tzú* de Lao Tsé, y el *Chou I* en China; en el arameo y hebreo de la *Torá*, mensaje de la revelación de Dios al pueblo judío; en hebreo, arameo y griego en la Biblia del mundo cristiano, en el árabe del *Corán*; en las lenguas africanas de los cultos yoruba, y en las americanas originarias de los cultos prehispánicos, como el wirrarika, el maya o el náhuatl... Es evidente que Dios ha hablado a todos los pueblos en todas las lenguas. Pero además ha hablado desde las profundidades del silencio del misticismo. Y es quizás, allí, donde se manifiesta de manera más evidente la unicidad de Dios y de su revelación.

A lo largo de la historia, desde el pensamiento occidental, se ha difundido la idea de que las diferentes religiones adoraban a diferentes dioses. Las iglesias construyeron modelos teológicos para fundamentar la veracidad de sus creencias y, como la verdad es una, justificarse como poseedoras del único mensaje revelado. Cada teología proponía la primacía de su propia construcción de la deidad por encima de las demás, o simplemente las descalificaba. Estas ideas han tenido como consecuencia posiciones fundamentalistas y han generado guerras de

³ José María Vigil. «Macroecumenismo», en *Ibid.*, pp. 279-292.

religión y conflictos políticos adosados de creencias religiosas, como la reciente en Irak⁴

Paralelamente, en todas las tradiciones han surgido grandes místicos que han dejado una profunda huella en sus iglesias y mantienen el mensaje de la revelación desde su profunda experiencia espiritual. Es aquí, en la experiencia espiritual profunda, donde encontramos un mensaje común acerca de la idea de Dios revelada a personas excepcionales, o a personas simples que han decidido vivir su fe de manera excepcional.

El concepto de religión y los niveles del hecho religioso

El concepto de religión se ha construido en el pensamiento occidental a lo largo de la historia. En el siglo IV, Lactancio propuso el término *relicare*, re-ligar = atar, como el vínculo de piedad que enlaza a Dios y a los hombres. Fue san Agustín (s. IV-V) quien estableció las bases en que se cimenta la teología católica posterior, tan influyente en la construcción del pensamiento occidental. Para él, si la religión vuelve al hombre a su Creador (verdad única), la religión es, por tanto, equivalente a la verdad. Y en la medida en que dice, sólo puede haber una verdad, por lo tanto, sólo hay una religión verdadera entre múltiples religiones falsas.⁵ En consecuencia, la verdad es exclusiva del cristianismo.

Para el pensamiento científico del siglo XIX, que privilegió el papel de la ciencia sobre la teología, se proponen nuevas explicaciones al hecho religioso que nos permiten distinguir los diferentes niveles en que se expresan las religiones. Marx consideró que «La religión es el opio del pueblo», y en este tenor, para Pareto (1848-1923), Lenin (1840-1924), Freud (1856-1939) y Engels (1820-1895) la religión es producto o reflejo mental de intereses económicos, necesidades biológicas o experiencias de privación de clase. Las creencias religiosas son falsas con referencia a normas científicas; mantenerlas es irracional con referencia a las normas del pensamiento lógico.

A principios del siglo XX nace, con Emilio Durkheim (1858-1917), la sociología de la religión. Para él, la religión es un sistema unificado de creencias y prácticas relacionadas con temas sagrados; es decir, cosas apartadas y prohibidas; estas creencias y prácticas unen, en una sola comunidad moral llamada Iglesia, a todos los que se adhieren a ellas.

⁴ Flores Soria, Ortiz Acosta y Vázquez Parada, *La guerra de los dioses. Análisis del fenómeno religioso y político en el conflicto entre grupos radicales del Islam y Estados Unidos*. Universidad de Guadalajara, CUNORTE, 2003.

⁵ *De vera religione liber I. La ciudad de Dios*.

Visto así, propone Durkheim, todas las religiones responden de diferentes maneras a las condiciones dadas de la existencia humana. La religión ha sobrevivido porque desempeña funciones sociales básicas: mantener las creencias comunes por medio de la práctica ritual. Para el ser humano, la religión es una respuesta a los dilemas existenciales de la vida humana (enfermedad y muerte), respuesta que va estructurada y dirigida por culturas religiosas que tienen el efecto social de unir a los individuos en colectividades.⁶

Con base en estas propuestas, podemos y debemos distinguir los niveles en que se expresa el hecho religioso.

El primer nivel, y el más profundo, lo constituye la fe. La fe es el núcleo central de toda religión, es la creencia en Dios experimentada en la vivencia humana.

El segundo nivel es el de las religiones: sus creencias y sus ritos; sus textos religiosos y sus prácticas litúrgicas y populares surgidas y desarrolladas en contextos históricos específicos. Las religiones son, por tanto, diferentes caminos para llegar al conocimiento del mismo Dios.

El tercer nivel es el de las iglesias. Las iglesias son instituciones humanas cuyas funciones son: congregar a los fieles (dar identidad), enseñar la religión (ayudar a transitar el camino del conocimiento de Dios) y avivar la fe. Todas las religiones, en la medida en que desempeñan funciones sociales, forman también organismos sociales que se consolidan en instituciones. Estas instituciones son llamadas iglesias, retomando el término griego de *ekklésia* o congregación.⁷

En el primer nivel, el camino de la fe se transita desde la espiritualidad y preferentemente desde el silencio. O como dice Leonardo Boff, «a través del diálogo con el yo profundo, con la divinidad que nos habita y la búsqueda de respuestas en el propio corazón».⁸ Es en este nivel, «en la experiencia de fe, donde se realiza esa integración de todas las personas y cosas en el Todo», señala el teólogo católico Camilo Maccise, y añade que la experiencia de fe es liberadora; lleva a

⁶ Emilio Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Colofón, México, edición digital <http://es.scribt.com/doc/IP95719/DURKHEIM-lasformas-elementales-de-la-vida-religiosa>.

⁷ Éstas, en nuestro país, a partir de las modificaciones al artículo 130 constitucional, que regula la relación del Estado con las iglesias, son referidas como Asociaciones Religiosas.

⁸ *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad*, p. 139 y 55. Por su parte, René Genón encuentra que este núcleo fundamental de todas las religiones comparte una misma creencia que denomina «esotérica» (en el sentido de secreto exclusivo para los iniciados).

la persona a una apertura a la trascendencia y la hace vivir la comunión con Dios. Al mismo tiempo, la comunión con Dios abre a las dimensiones liberadoras que trae consigo el creer en Dios.⁹

El nivel de la religión es el discurso y las prácticas que se derivan de él. Es el nivel del mensaje que lleva al conocimiento de Dios y lo trascendente desde diversos contextos culturales; es, en concreto, el discurso teológico.¹⁰ Este discurso está presente en los textos revelados y las teologías de cada religión, así como en el magisterio de cada iglesia. Por tratarse de textos revelados, es común encontrar al interior de las iglesias (comunidades) posturas que señalan que sus textos son inamovibles y que el suyo es el único mensaje verdadero.

Abraham Joshua Heschel, uno de los rabinos y pensadores más destacados del siglo pasado, como lo califica Joshua Kullock, advierte sobre los peligros de la dogmatización religiosa. En su libro sobre los Profetas

«afirmará sin rodeos que incluso Ds puede ser transformado en un dogma, en una idea vacía de todo contenido real: [Una idea o teoría de Ds pueden fácilmente volverse un sustituto de Ds, impresionante para la mente mientras que Ds como realidad viva se encuentra ausente del alma]» (1962, p. 221).¹¹

Heschel señala que la teología se ha concentrado

«en las formas en las cuales se traducen nuestras creencias» y propone, en oposición a ella, una «teología profunda» que ayude a descubrir el lugar donde la fe nace y se desarrolla: En oposición a la teología, la cual pertenece al ámbito racional y es plausible de ser expresada en términos humanos, lógicos y distantes, la teología profunda no es racional y por ello es imposible afirmarla por medio de palabras (Heschel, 1972a: 117-118). Esta teología profunda se encuentra en el ámbito de aquello que no está dado a ser siquiera pronunciado, y por tanto sólo puede ser aprehendida a través de la vivencia personal sin intermediarios: «Las experien-

⁹ Macisse, *op. cit.*, pp. 23-24.

¹⁰ La teología, que se refiere al problema de Dios, es un mundo de sentido erigido por el hombre con medios lingüísticos para explicar la realidad que no puede ser entendida por completo a través del pensamiento y la experiencia ordinaria... Maneras de comunicación con Dios, cauces de la revelación de Dios a los hombres. Joseff Smith, *Filosofía de la religión*. Herder.

¹¹ «El Ds del Pathos en A. J. Heschel», Joshua Kullock, artículo inédito.

cias más grandes son aquellas para las que no tenemos ninguna manera de expresarlas» (1951, p. 16).¹²

El nivel de las iglesias es el social: la comunidad de los hombres que viven en sociedad y establecen relaciones políticas. El lenguaje de las instituciones, como creaciones humanas, es el lenguaje de la política. Las relaciones de las instituciones son alianzas políticas; las crisis de las instituciones religiosas son crisis de instituciones humanas que, pensadas de esta manera, no deberían afectar la fe de los creyentes.

Diferenciar estos tres niveles del hecho religioso nos permite comprender que la creencia en Dios, es decir, la fe, puede darse y se ha dado a lo largo de la historia a través de los diferentes caminos de las religiones transitados a través de las diferentes comunidades religiosas o iglesias. Por lo tanto, cuestionamos fuertemente el concepto de fe que propone el *Diccionario ideológico* de Corominas: fe: «Definición teológica: virtud teologal que nos hace creer lo que Dios dice y la Iglesia nos propone», por asumir como universal la veracidad de una sola institución eclesial y descartar, por omisión, a las demás. No es válido tampoco, desde esta perspectiva, señalar que quien cuestiona a la iglesia cuestiona a Dios mismo o pierde la fe, como señala frecuentemente el discurso católico. Proponemos como alternativa a este concepto manipulado de fe, la idea de espiritualidad de Leonardo Boff, como «el modo de ser que propicia la vida, su expansión, su defensa, respeto a su lógica que es el don, la gratuidad y comuniún con las otras vidas y alteridades»,¹³ donde la fe no se entiende sólo como creencia que ataña a la razón, sino implica la vivencia de manera consecuente.

Así pues, desde la perspectiva sociológica en que se inscribe este libro, entenderemos la fe como relación del hombre con Dios, vínculo personal que se establece a través de la oración y la meditación. A las religiones como el nivel teológico e identitario; doctrinas que permean culturas y proporcionan identidad; y a las iglesias como el nivel de organización de las comunidades de creyentes y su relación con el mundo, ubicadas en los planos social y político.

Entendidas en ese orden, el proceso de la religiosidad se transita de la espiritualidad a lo identitario y luego a lo social y político, donde la primacía la tiene la comunicación con Dios, que provoca un cono-

¹² *Ibid.*

¹³ Leonardo Boff, *La dignidad de la tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad*. Trotta, 2000.

cimiento que acerca a lo trascendente, y luego una acción social regida por una ética coherente.

El orden inverso (iglesia-religión-fe) pone la preeminencia en la institución como reguladora del orden social y político (poder), luego las identidades religiosas y los discursos, y al final la espiritualidad.

Esta disyuntiva queda planteada: entre el poder y la fe, o entre la política y la espiritualidad. ¿El acercamiento personal o colectivo a lo trascendente o la influencia de una institución sobre el mundo entero? Es el gran reto que corren siempre las asociaciones religiosas reguladas por hombres, poniendo el acento en uno u otro lado.¹⁴

«¿Acaso no tenemos un mismo padre para todos nosotros? ¿No nos ha creado un mismo Dios?» Con estas preguntas, recogidas de la reflexión de un rabino judío, Friedrich Heiler, inicia su ensayo «La historia de las religiones como preparación para la cooperación entre las religiones», donde señala los puntos en común de las diferentes tradiciones religiosas en el mundo. Presentados de manera muy sucinta, son:

- La realidad de lo trascendente, lo divino, lo sagrado, el Otro.
- Esta realidad trascendente es inmanente a los corazones humanos; el espíritu divino vive en los corazones de los hombres.
- Esta realidad es para el hombre el mayor bien, la mayor verdad, la mayor justicia, bondad y belleza.
- La realidad de lo divino es el amor último que se revela a los hombres y en los hombres.
- El camino hacia Dios es el sacrificio.
- Las religiones enseñan el camino hacia Dios y el que conduce hacia el prójimo.
- El amor es el camino alto hacia Dios.¹⁵

Es un error pensar que la pluralidad de iglesias signifique pluralidad de «dioses», o que Guadalajara sea una ciudad donde habitan muchos dioses. Esto es confundir los niveles de lo religioso y empalmar el nivel de la fe en el ámbito de las instituciones. La confusión del concepto de «fe» con el de Iglesia católica está presente en el incons-

¹⁴ Ver Vázquez Parada, Lourdes Celina y Wolfgang Vogt. *De Juan Pablo II a Benedicto XVI. El rumbo de la Iglesia católica en el tercer milenio*. UdeG, Guadalajara, 2006.

¹⁵ Heiler, Friedrich. «La historia de las religiones como preparación para la cooperación entre las religiones», en Mircea Eliade y Joseph Kitagawa, *Metodología de la historia de las religiones*. Paidos Orientalia, España, 1986, cap. VIII.

ciente colectivo de nuestra sociedad tapatía¹⁶ debido, en gran medida, a la asimilación que el discurso religioso católico ha hecho de la idea de Dios en la persona de sus clérigos, y principalmente de su jerarquía.¹⁷ Todavía la encontramos presente en algunos de los testimonios que componen este libro, donde se señala, por ejemplo, que se es ateo por estar en contra de las posturas de los jerarcas católicos, o por asumir una postura crítica con respecto a la situación y los problemas de la institución eclesial católica.

¿*Extra Ecclesia Nula Salus*? Si el conocimiento de la verdad es inalcanzable a la comprensión humana, según Gadamer,¹⁸ el conocimiento de «la verdad» religiosa no puede ser propiedad exclusiva de una iglesia. Hay que reconocer, con la humildad que propicia la sabiduría, que la revelación está presente en todas las religiones, y que es necesario el conocimiento de las demás para valorar la propia; o como señala Mahatma Gandhi: «Al igual que un árbol tiene una sola raíz y múltiples ramas y hojas, también hay una sola religión verdadera y perfecta, pero diversificada en numerosas ramas por intervención de los hombres.»¹⁹

La única religión verdadera es aquella que nos religa con lo trascendente, manifiesta en las diferentes revelaciones a lo largo de la historia de la humanidad, y diversificada en los diferentes textos por los cuales Dios se ha manifestado a los hombres.

El camino de la investigación

Hechas estas aclaraciones, haremos ahora explícito el tránsito metodológico. La relación con José María Vigil se ha mantenido, de manera fecunda, a través de correspondencia y comentarios a los libros de teología latinoamericana. En enero del 2010 ofreció algunas páginas de la *Agenda latinoamericana* y nos solicitó escribir o pedir a otras personas

¹⁶ «Decir que todas las religiones son buenas es un absurdo palpable, una blasfemia contra Dios, un error funesto para el hombre». <http://reaccioncatolica.blogspot.com/2009/07/todas-las-religiones-agradan-dios.html>, consultado el 28 de febrero del 2011.

¹⁷ Ver Lourdes Celina Vázquez Parada. «Su indigna hija que besa su mano. Correspondencia de María Manuel Guzmán a Fray Romualdo Gutiérrez» en Vázquez Parada, Lourdes Celina y Darío Flores Soria, (coords.) *Mujeres jaliscienses del siglo XIX. Cultura, religión y vida privada*. Editorial Universitaria UdeG, Guadalajara 2008 pp. 84-110.

¹⁸ H. G. Gadamer. *Verdad y método*, t. 2. Ediciones Sigueme, Salamanca, 1992.

¹⁹ www.literato.es/autor/mahatma_gandhi.

que escribieran su idea de Dios, para comparar con escritos de otros países latinoamericanos. Trabajamos en ello. Invitamos a algunos escritores, artistas, o personas que desde nuestro punto de vista se han cuestionado de manera sincera su idea de Dios, y que podrían aportar ideas frescas.

La respuesta fue muy positiva. Escribir la idea personal de Dios motivó a muchas personas. Algunas ya se inquietaban desde antes en esta reflexión y entregaron sus textos casi de inmediato. Otros, los más, en días o semanas. La invitación pedía escribir un texto breve, de una a ocho cuartillas con el tema «El dios en el que (no) creo». Y se les solicitaba que lo escribieran pronto, porque nos interesaba que quedaran plasmadas las ideas más personales, profundas, que guardamos en el subconsciente, y que saldrían a la primera oportunidad. Nos interesaba la primera impresión; el primer flashazo. La vivencia de Dios. El Dios al que se reza o al que uno busca en la vida cotidiana. Las reflexiones posteriores se verían sesgadas por otro tipo de inquietudes relacionadas posiblemente con aspectos de reflexión teológica, o «de imagen».

Las primeras aportaciones fueron, obviamente de gente católica, creyente. Pero en la medida en que se fue ampliando la respuesta, vimos la necesidad de incluir e invitar a personas que practicaran otras religiones o tradiciones. Enseguida compartimos este proyecto con amigos de otras denominaciones e iglesias: judíos, anglicanos, protestantes, evangélicos y pentecostales; a personas de la Iglesia de la Luz del Mundo, Testigos de Jehová, budistas, vaishnavas, taoístas, hare krishnas, católicos de diferentes congregaciones religiosas masculinas y femeninas, ateos, etc., de manera que los textos reflejaran la idea de Dios en un universo plural y diverso, que incluyera a creyentes y no creyentes; personas de diferentes edades, profesiones, situaciones económicas y personales, género, universidades, etcétera.

Entre otros aspectos que se han venido planteando en el desarrollo de este proyecto, contemplamos la importancia de incluir las visiones de un sector, cada vez más amplio en nuestra ciudad, de personas que se consideran ateas, agnósticas o simplemente no creyentes. Hemos participado en varios programas de radio con comunicación abierta al auditorio, y entre los comentarios del público se habló de este aspecto. Se trata de un sector organizado, que tiene una red virtual y que considera la creencia en una religión como un aspecto de atraso cultural. Solicitamos a varios «ateos» sus escritos y dialogamos ampliamente con ellos. La mayoría no quiso colaborar en este libro, pero nos com-

partió su idea de no creyente. En muchos casos, en el fondo, lo que encontramos es más que una no creencia en Dios, un rechazo a la Iglesia católica y en particular a su jerarquía. Pensamos que la situación crítica por la cual atraviesa la Iglesia católica en el mundo ha provocado un éxodo importante de fieles, pero además ha afectado fuertemente la creencia en Dios. Un análisis de este problema nos llevaría a distinguir entre creer en Dios y creer en sus pastores; pero es comprensible la asimilación de estas ideas en una iglesia que tradicionalmente ha asociado la figura de sus funcionarios con la de Dios mismo. Sorprende además, gratamente, encontrar entre nuestros alumnos de Historia de las Religiones y Filosofía de las Religiones, en la Universidad de Guadalajara, reflexiones muy serias acerca de por qué se es ateo.

Con el fin de presentar reflexiones de personas de diferentes edades, ocupaciones, profesiones, condición económica y social, género, etc., el sector más difícil fue el de los políticos. Insistimos de diversas maneras con políticos de todos los partidos y nunca obtuvimos respuesta. Finalmente, en confianza, alguno dijo que manifestar su idea personal de Dios (en esta ciudad, o en este país, y tal vez en América Latina), afectaría su «imagen», y por lo tanto prefería no manifestarla. En la memoria colectiva reciente estaban las campañas contra el aborto y las uniones de personas del mismo sexo, impulsadas y atizadas por la jerarquía católica en todo el mundo. Posturas que tal vez no se comparten por todos los fieles de la Iglesia, pero que en la balanza política, y dada la fuerza e influencia de la jerarquía eclesial católica, pesa. De manera que este libro no cuenta con textos de políticos en activo de ningún partido.

El interés por la diversidad de autores no tiene ninguna relación con las estadísticas; pretende, más bien, contemplar el amplio panorama del universo social y religioso de Guadalajara. Se trata de una investigación cualitativa que muestra la diversidad de opiniones y criterios con respecto a lo trascendente, pero que de ninguna manera puede ni debe considerarse como fuente estadística de la diversidad real. No es el interés de este libro mostrar, por ejemplo, qué porcentaje de ateos hay en nuestra ciudad con respecto al total de creyentes; ni qué porcentaje de católicos con respecto a los creyentes de otras denominaciones. No. Nuestro interés, y el objetivo del proyecto es mostrar los razonamientos en torno a la idea de Dios que existen en esta ciudad. Y alrededor de este objetivo pueden plantearse muchas preguntas, por ejemplo: ¿La diversidad de situaciones de los autores refleja una diversidad paralela con respecto a la idea de Dios?, ¿los miembros de

las diferentes iglesias tienen ideas diferentes acerca de Dios?, ¿los creyentes de las diferentes comunidades eclesiales perciben a Dios como lo establecen los dogmas de sus iglesias?, ¿es diferente la manera de percibir la divinidad según la edad o el género?, ¿qué tan significativo es Dios en los hechos de la vida cotidiana?, ¿hay elementos comunes en la percepción de la divinidad entre los creyentes de las diferentes religiones?, ¿qué tan influyentes son las iglesias en la vida de los creyentes?, ¿la visión del mundo católica es todavía la visión del mundo de los tapatíos?, ¿lo que la Iglesia católica proclama con respecto a la teología es lo que los tapatíos creen?

Estos y otros temas pueden tratar de reflexionarse a partir de los textos que se encuentran en este libro. Se trata, como puede observarse, de una investigación más enfocada en los ámbitos de la filosofía de las religiones y la historia cultural, que en el de la sociología cuantitativa o las estadísticas. Es un libro que aporta a la comprensión de la identidad cultural de los habitantes del occidente de México en los nuevos contextos de la globalización y la postmodernidad; un libro que da elementos para concebir a nuestra sociedad como diversa culturalmente, más allá de los clichés que en el siglo xx se le adjudicaron (tal vez con razón) de muchos, mochos y machos.

La idea de Dios y la política en Guadalajara

El occidente de México, y Guadalajara en particular, se ha considerado como una región de fuerte predominancia y hegemonía católica de corte conservador. Las estadísticas del INEGI nos marcan un índice de 95% de pertenencia a esta iglesia. Vivimos en un ambiente donde la opinión de la jerarquía católica es muy influyente tanto en la vida política como en los ámbitos cultural y social. La arquidiócesis de Guadalajara está encabezada por un cardenal protagónico que opina (o al que se consulta) sobre todos los aspectos de la vida social y política del estado de Jalisco.

Sin embargo, Guadalajara ha evolucionado culturalmente durante las últimas décadas, más de lo que sus gobernantes perciben. Los cambios en las creencias religiosas conllevan también nuevas percepciones de los ciudadanos con respecto al poder y el ejercicio de la democracia, la participación ciudadana y la relación entre ciudadanos y gobernantes. La idea que se transmite de la divinidad y que es asimilada por los ciudadanos tiene, por supuesto, implicaciones políticas con respecto a la cultura política y la formación de la ciudadanía. Una

reciente investigación realizada en Nicaragua señala, por ejemplo, cómo la idea transmitida por la Iglesia católica en América Latina, de un Dios providencialista, que todo lo ve y todo lo sabe; que regula, administra y audita todo lo que pasa en el mundo, produce entre los ciudadanos-creyentes un pensamiento político que se caracteriza como «pragmático resignado»; que acepta la realidad como dada, que no tiene voluntad transformadora; que no se scandaliza ante la realidad, que la acepta y se acomoda.²⁰ Esta es, con mucho, la actitud mayoritaria de los ciudadanos de nuestros países y, en particular, de nuestra ciudad de Guadalajara. Trasladamos nuestra dependencia mental de un Dios providencial que todo lo sabe y todo lo tiene predestinado, a la relación de dependencia con los detentadores del poder político y económico, que todo lo saben y todo lo deciden, y frente a lo cual no podemos hacer nada.

Baltodano señala que esta idea del Dios providencial es un disfraz utilizado por la mano invisible del mercado, y añade que no puede existir un estado moderno dentro de una cultura religiosa premoderna. Tampoco puede existir la democracia dentro de una cultura religiosa providencial. Y, finalmente, que no puede existir un estado de derecho, verdaderamente laico, dentro de un marco de valores que nos empuja a pensar que Dios es el que lo determina todo.²¹

Reconocer estas profundas relaciones entre el pensamiento religioso y el político, debe llevarnos a cambiar nuestra idea de Dios, señala Baltodano; pero, además, creemos que es indispensable que los actores políticos reconozcan la enorme responsabilidad de formar verdaderos ciudadanos de un Estado laico. Esta tarea implica, en primer lugar, reconocer en nuestra sociedad la diversidad de ideas religiosas y de comunidades de creyentes. Que los gobernantes deben trabajar para el conjunto de los ciudadanos, independientemente de su afiliación eclesial, propiciar el diálogo interreligioso como base de la convivencia pacífica de los ciudadanos y establecer relaciones con todas las iglesias asentadas en nuestro país. Libertad de cultos para las diferentes iglesias y respeto y no intromisión de las iglesias en la vida política del país. Como salta a la vista, no estamos señalando nada nuevo; simplemente recordando lo que nuestra Constitución establece como base del funcionamiento de un Estado laico, pero es necesario recordarlo

²⁰ Andrés Pérez Baltodano. «No hay tarea más urgente en Nicaragua que cambiar la idea de Dios». En *Agenda latinoamericana*, Abya Yala, 2010.

²¹ *Ibid.*

en la situación actual que se vive en Jalisco, porque parecieran trasladarse las funciones de ambos mandos. Los líderes políticos privilegian la relación con la jerarquía de una institución eclesial, sobrevalorando la influencia que ejerce en sus creyentes. Suponen que asumir en sus discursos de campaña los postulados éticos católicos les redituará un mayor número de votos en el momento de las elecciones; o incluso los legisladores han llegado a proponer, calcados, programas de gobierno redactados por la jerarquía vaticana, argumentando coincidencia de criterios y libertad de fe y expresión. Pero también existe, por otro lado, un acercamiento de la alta clase política con la santería, en su vertiente adivinatoria u oracular.

Independientemente del partido al que pertenezcan, los líderes políticos aceptan y estiman la influencia de la jerarquía católica; consideran que retratarse con el cardenal en eventos públicos les genera simpatía ciudadana, y tal vez sea cierto, pero son actitudes que en nada contribuyen a la formación de una sociedad consciente ni a una ciudadanía participativa. No está de más que en la política los líderes reconozcan la diversidad religiosa real; se atrevan a expresar su propia idea de Dios y a vivir de manera abierta y sincera su propia fe, más allá del interés mediático que pudiera representarles. Cuando esto suceda, podremos pensar que la jalisciense es una sociedad madura, moderna, democrática, respetuosa y tolerante a la diversidad religiosa. Esto es ver hacia adelante, pensar y construir nuestro futuro de manera responsable. Los textos que aquí presentamos muestran un sincero interés de los habitantes de esta ciudad por construir una sociedad nueva cuyas bases ya están, querámoslo o no, cimentadas.

Agradecemos la valiosa colaboración de todas las personas que aportaron sus testimonios para la edición de este libro. No hay textos mejores o peores, falsos o verdaderos, buenos o malos; cada uno refleja el punto de vista de su autor, su visión de lo trascendente, su idea de Dios, la vivencia de su fe en la vida cotidiana.

Especialmente enriquecedores han sido los diálogos con creyentes y practicantes de diversas religiones, en espacios que se han ido creando en esta ciudad: el rabino Joshua Kullock, los sacerdotes católicos Enrique Marroquín y Germán Fragoso; Arturo Navarro, Heriberto Vega, María Eugenia Aceves, Elsa López, Felipe Jerzenborn, Kwon Tae Jung, Muni Satama Das. Una experiencia gratificante ha sido conocer la vida religiosa actual, sus retos y perspectivas, a través de la formación de las nuevas teólogas y teólogos en el Centro Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC, que nos ha permitido conocer y compartir la

espiritualidad de las diferentes congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, católicas, su vivencia de la religión y su experiencia de Dios. El acercamiento con el taoísmo en el II Encuentro Internacional de Sun y Tao celebrado en nuestra ciudad en noviembre del 2010, con la visita del gran maestro Choi Byung Ju. La participación en la *Revisita Querens de Ciencias Religiosas*, editada por la Universidad del Valle de Atemajac, que se ha convertido en un referente importante para el estudio del catolicismo en nuestra región. Todo ello nos habla del creciente interés en nuestra sociedad por conocer, acercarse y compartir las experiencias religiosas.

Agradecemos, finalmente, a Paulina Gabriela Reyes Barajas y a María del Carmen Olague Méndez, estudiantes de la licenciatura en Historia de la Universidad de Guadalajara el apoyo que nos han brindado a través de su participación en el programa de ayudantes de investigación del PRO SNI 2010.



CAPÍTULO I

La idea de Dios y el ateísmo en la historia cultural de Occidente

El ateísmo es un fenómeno del mundo moderno. Hoy en día es posible encontrar personas que creen en Dios y otras que niegan su existencia, pero a nadie se le ocurre pensar en la posibilidad de que haya varios dioses. El politeísmo existió en el mundo antiguo donde sólo los judíos propagaban la idea de un Dios único. Todos los pueblos eran creyentes y buscaban el apoyo de sus dioses; los que mejor conocemos son los de la mitología greco-romana, que todavía forman parte del patrimonio cultural del Occidente.

En nuestra comprensión actual, los dioses griegos son personajes de una mitología fantástica, figuras literarias, pero para los pueblos antiguos se trataba de divinidades reales que influían en su vida cotidiana. Todos los pueblos tenían su mitología y sus deidades, porque era impensable vivir sin religión. La religión formaba parte de la vida pública, no se limitaba al ámbito privado.

En Grecia, los fieles acudían a los templos porque había una religión bien organizada, pero otros culturas menos desarrolladas construían, y lo siguen haciendo en zonas asiladas, apartadas de la civilización moderna, representaciones de la deidad utilizando figuras antropozoomórficas vinculadas con los fenómenos de la naturaleza. A estas representaciones de la divinidad, nuestra tradición occidental las consideró como adoración de ídolos por pueblos primitivos. El narrador mexicano Francisco Rojas González nos cuenta en su famoso cuento «El Diosero» cómo un indígena destruye al dios de barro que tiene en su casa porque no lo protegió de una tormenta, y decide luego hacer otro más eficiente. Los ídolos siempre han existido y son expresión de una religiosidad primitiva.

En época del profeta Moisés, los judíos ya habían superado la idolatría, pero ésta seguía siendo una tentación. En el Antiguo Testamento podemos leer cómo durante una ausencia de Moisés, algunos judíos adoraron un becerro de oro.

Para muchos judíos de la época era muy difícil comprender el monoteísmo. En los siglos anteriores a Cristo predominaba la idea de que cada pueblo y tribu tenía sus propios dioses. Los judíos fueron la excepción porque adoraban a un solo Dios. Supuestamente, el Dios de los judíos nada tenía que ver con otros pueblos. Eso lo podemos observar en el caso de Jefté, quien todavía confía en los dioses de la tribu de su esposa, cuando lo eligen juez.¹ Finalmente, se decide por el Dios judío a quien le promete un sacrificio humano si le hace ganar una batalla decisiva.² En el fondo, Jefté no entiende el monoteísmo porque Yahvé para él no es el único Dios que existe en el mundo, sino el único Dios de los judíos, quien es superior a los dioses de otros pueblos.

Un germano o un griego no adora a Yahvé porque es el dios de otro pueblo. Cada tribu tiene que adorar a sus propios dioses o a los del pueblo que la conquista. Así, para los habitantes de los países conquistados por los romanos, los dioses de Roma son más eficientes que los locales, que no supieron protegerlos contra el enemigo. Roma, por lo general, se muestra tolerante, y en las nuevas provincias conquistadas agrega a los dioses locales los del imperio. El Supremo Pontífice del Estado es el emperador, el cual a veces se puede convertir en un dios; de esta manera va a ser inmortal. Incluso Livia, la esposa del emperador Augusto, rogaba insistente al emperador Claudio que la hiciera convertir en diosa porque sólo de esta manera le sería posible evitar después de su muerte los castigos que la esperaban por sus numerosos pecados. Los dioses sólo pueden estar en el cielo.³

Al igual que en el judaísmo, en el cristianismo y el Islam, Dios es un ser perfecto, superior a todos los hombres. En cambio, en el mundo antiguo, a los dioses se les atribuyen las mismas debilidades que tienen los seres humanos. Así se explica que hombres como los emperadores Augusto, Claudio o Calígula se puedan convertir en divinidades. Mu-

¹ Versión novelada del capítulo «Jefté» del Libro de los Jueces del Antiguo Testamento, en Lion Feuchtwanger, *La hija de Jefté*, EDAF, España, 2002.

² *Y el espíritu de Jehová fue sobre Jefté: y pasó por Galaad y Manasés; y de allí pasó a Mizpa de Galaad; y de Mizpa de Galaad pasó a los hijos de Ammón. 30 Y Jefté hizo voto a Jehová, diciendo: Si entregares a los ammonitas en mis manos, 31 Cualquiera que me saliere a recibir de las puertas de mi casa, cuando volviere de los ammonitas en paz, será de Jehová, y le ofreceré en holocausto.» (Jue 11: 29-31).*

³ Robert Graves, *Yo, Claudio*, Edhsa, Barcelona, 2008.

chos habitantes de la isla británica que conquistó Claudio personalmente, ven en el emperador romano un ser divino y rezan delante de su escultura. También para los aztecas que no conocían los caballos ni las armas de fuego, los militares españoles fueron percibidos como dioses blancos, cuyos cuerpos se extendían por el animal al cual cabalgaban. La asimilación de estas imágenes con la figura de Quetzalcóatl (el dios dual), en cuya leyenda se auguraba su regreso, se piensa que facilitó la conquista.

Los romanos integraron sin mayores problemas los pueblos conquistados a un sistema religioso presidido por el emperador. Sin embargo, los judíos se negaron a someterse a la autoridad religiosa de los emperadores, quienes eran incapaces de comprender el monoteísmo. Así, y sin advertir la gravedad de las consecuencias, Calígula dio la orden de colocar en todos los santuarios de su imperio una estatua suya. El extravagante emperador quería que todos los habitantes del imperio tuvieran la oportunidad de adorarlo como a un dios más. No se privaba a los ciudadanos de la libertad de venerar a los dioses de su preferencia. Por eso Roma se sorprendió mucho de que los judíos de Jerusalén se levantaran para protestar contra el ídolo que se había colocado en su templo, donde las imágenes estaban prohibidas, y sólo se permitía rezar a Yahvé, el Dios único.

El monoteísmo se convirtió en una amenaza para el imperio romano cuando la influencia de un tal Jesús de Nazareth empezó a extenderse por todo el territorio. Los cristianos, obviamente, no reconocían la autoridad religiosa del emperador de Roma, representante de una religión politeísta; es decir, pagana. Roma trata de frenar el avance del cristianismo de manera sangrienta, pero en el siglo IV el emperador Constantino entiende que eso es imposible y decreta tolerancia frente al cristianismo, que más tarde se convierte en la nueva religión oficial del Imperio romano.

Un sucesor de Constantino, Julián, quien pasó a la historia con el calificativo de «El Apóstata» (361-363) durante sus dos años de gobierno, en vano trata de regresar la rueda de la historia. Los templos de los dioses paganos están en decadencia y cada vez hay menos gente que cree en ellos. La sociedad entendió y asimiló la idea del monoteísmo, de manera que el politeísmo le parecía ya anacrónico. Lo que para Claudio todavía era una secta judía estrañaria, ahora se convirtió en una iglesia cristiana poderosa que tiene carácter oficial en el imperio romano.

El nuevo Dios cristiano, en muchos aspectos es idéntico al judío, porque es uno solo y no tiene corporeidad como los dioses paganos.

Además es perfecto. El judaísmo da también una fundamentación filosófica a la existencia de un Creador que, según los trece fundamentos de la fe judía, expuestos por Maimónides,⁴ «es la causa de la existencia de todo... es inconcebible su inexistencia debido a que si no existiera sería extinguida la existencia de todo y no habría una Causa que pueda persistir en su ser.»⁵

Para Maimónides es de suma importancia la unicidad de Dios, y precisamente en este punto discrepa del cristianismo, que con el dogma de la Santísima Trinidad disgrega a Dios en tres partes. Obviamente, para los judíos Jesús nunca ha sido Dios o hijo de Dios. Los cristianos de los primeros siglos tuvieron muchas dificultades para aceptar la divinidad de Jesús, pero finalmente se impusieron los teólogos que lo consideraban divino. El dogma de la Trinidad, según el cual Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas distintas que forman un solo Dios verdadero, hoy en día es aceptado por la inmensa mayoría de los cristianos. Sin embargo, para muchos judíos, analizando racionalmente el dogma de la trinidad, llegan a la conclusión de que los cristianos tienen tres dioses. Al fundar el islam, Mahoma aplica el concepto de la unicidad de Dios y reconoce a Jesús como profeta, pero no como hijo de Dios. El islam, igual que en el judaísmo, es, en este sentido, una religión más racional que el cristianismo.

Judíos y musulmanes se dirigen directamente al Dios único sin la intercesión de los santos, los cuales desempeñan un papel importante en el cristianismo romano, donde también la veneración a la madre de Jesús es muy relevante; tampoco en estas religiones se acepta la intercesión de los santos y mucho menos la intermediación de los clérigos en la relación de los fieles con Dios.

En los frecuentes procesos de sincretismo católico a lo largo de la historia, las representaciones de los santos o de las diferentes advocaciones de la Virgen, ocuparon el lugar de los dioses paganos. Es el caso de la virgen de Guadalupe, a quien muchos indígenas mexicanos identificaron con su antigua diosa Tonantzin.⁶

En el seno de la iglesia griega u ortodoxa surgió el movimiento iconoclasta que en el siglo XI destruyó imágenes de santos porque veía en ellos ídolos. A diferencia de la iglesia latina de Roma, la iglesia ortodoxa no acepta esculturas de santos, sino sólo pinturas. A través del

⁴ Maimónides (1135-1204). *Introducción al capítulo Jelek*. Traducción al español y notas al pie: Manes Kogan y Joshua Kullock.

⁵ *Ibid.* Primer fundamento.

⁶ Richard Nebel. *Santa María Tonantzin, Virgen de Guadalupe*, FCE, México, 2006.

arte religioso se enseña el Evangelio a las masas analfabetas durante la Edad Media; y es precisamente a partir de la iconografía de esta época que el Dios abstracto de los judíos que nos describe Maimónides, toma la forma de un ser de carne y hueso. Sólo judíos y musulmanes prohíben esculturas y pinturas en sus sinagogas y mezquitas; tendencias parecidas podemos también observar en la Reforma Protestante del siglo XVI, donde el culto a la virgen María y la veneración a los santos ya no se permite. Los luteranos toleran algunos cuadros en sus iglesias, mientras que los calvinistas destierran todas las imágenes de ellas, conservando, sin embargo, el dogma de la Trinidad. El arte religioso de la Edad Media está al servicio de la religión y se dirige a toda la población, mientras que la filosofía, que como *ancilla* (sirvienta) está al servicio de la teología, sólo se dirige a un pequeño grupo de intelectuales.

Lo que nos salva es la fe, pero es indispensable complementar la fe con la razón, dice el filósofo medieval de Mallorca, Raimundo Lulio (1232-1316). Lulio cree en la unicidad de Dios y trata de demostrar su existencia por medio de cálculos matemáticos. Su experiencia de vida entre cristianos, musulmanes y judíos lo llevó al estudio profundo de las religiones. Se dio cuenta que también judíos y musulmanes creen y que están convencidos de poseer la única verdad. Propone que en las discusiones entre creyentes, la fe no es criterio de verdad, sino la razón. De ahí, y del hecho de que Dios puede y quiere ser conocido (*Desconhort* XXX, 349) se sigue una devaluación del creer, aunque no del contenido de la fe. Creer es, frente al conocer, una forma deficiente de acercarse a Dios. La fe puede equivocarse pero la razón jamás: «creencia puede estar en verdad o en falsedad, es por eso que fe no hace distinción entre verdadero y falso, por eso como la razón hace distinción entre verdadero y falso conviene que todo lo que es razonable sea verdadero» (OE II, 144). El fundamento de esta afirmación está en el hecho de que la fe cree sin dudar y la razón examina entre lo verdadero y lo falso.⁷

Los astrólogos, que abundan en la Edad Media, utilizan las matemáticas para calcular el movimiento de los astros y su relación con los destinos humanos. La filosofía escolástica de Santo Tomás de Aquino (1224-1274)⁸ se basa en la razón y utiliza la lógica aristotélica para demostrar la existencia de Dios y otras verdades de la fe. A nadie se le

⁷ Fernando Domínguez Reboiras «Raimundo Lulio: la Fe Consciente». Conferencia pronunciada en Río de Janeiro, el 21 de octubre de 1998. Profesor del *Raimundus Lullus Institut* de la Universidad de Freiburg.

⁸ Quien es proclamado Doctor de la Iglesia en 1567 por el papa san Pío V.

ocurriría cuestionar la existencia de Dios y las verdades que trasmite la Biblia. La filosofía y el arte están al servicio de Dios. Pintores y literatos se basan en su fantasía para describirnos los castigos terribles a las personas que no cumplen con la ley de Dios.

Dante Alighieri (1265-1321), en su *Divina Comedia* nos pinta los sufrimientos de las almas condenadas. A partir de sus referencias, se construyen las imágenes que durante mucho tiempo los frailes evo-carán en sus sermones describiendo con lujo de detalles los terribles sufrimientos que esperan a los pecadores en el infierno. Con estas descripciones artísticas contrasta la argumentación racional y abstracta de Maimónides, según el cual Dios «recompensa a quien cumple con los preceptos de la Torá y castiga a quien transgrede sus admoniciones. La recompensa mayor es el Mundo Venidero, y el castigo mayor el exterminio [del alma]».⁹ Los medievales pueden describir a Dios de muchas maneras, pero jamás dudan de su existencia y están convencidos de que sin Dios no existiría el mundo, que «todo lo creado depende y deriva de Él», como afirma Maimónides. El hombre medieval tiene plena confianza en Dios, sin cuya protección no podría vivir. Para él, la tierra es el centro del universo y para salvarse hay que subir al cielo, mientras los condenados bajan al infierno, que está en el interior de la tierra. Esta cosmovisión tan clara y sencilla empieza a agrietarse con el descubrimiento de una parte desconocida del planeta, el «nuevo continente» de América, y los progresos de una ciencia moderna que descubre que la Tierra es un punto en el universo y no su centro. Ya no se puede negar que la Tierra es un globo y no un disco; en cambio, la asimilación de la idea de que no es el centro del universo es menos evidente y más difícil de comprender.

Para el hombre medieval, que tiene plena confianza, Dios es como un padre omnipotente, porque sólo Él puede resolver los problemas humanos. El hombre se siente demasiado débil para explorar exclusivamente con la ayuda de la razón los secretos de la naturaleza y de su propia existencia. Esta situación cambia con René Descartes, el gran filósofo de la primera mitad del siglo XVII, quien es considerado fundador de la filosofía moderna. Para Descartes, la existencia de un ser perfecto, Dios, es evidente. Se piensa que nadie puede dudar de Dios porque la idea de Dios es algo que llevamos dentro de nosotros desde nuestro nacimiento; es decir, es innata. Muchos afirman que la filosofía de Descartes es compatible con la Biblia, pero aún así las iglesias

cristianas prohibieron su obra. Tal vez el pecado mayor de Descartes es que nos invita a explorar el mundo sin la ayuda de Dios, basándonos sólo en nuestra razón humana. El hombre ya no necesita a Dios para tener la certeza de sus conocimientos; con la razón le basta. Su lema *Cogito ergo sum* (Pienso, y por lo tanto existo) provoca la indignación del clero, que no puede admitir que para él la razón humana puede desarrollarse sin la ayuda de Dios. Sus reflexiones causan protestas y se le acusa de ateísmo y sacrilegio, lo cual es absurdo porque Descartes jamás dudó de la existencia de un Dios perfecto.

En el siglo XVII, cuando nace la filosofía moderna, Baruch Spinoza (1633-1677), quien deja profundas huellas en el idealismo alemán, declara que Dios equivale a la naturaleza (*deus sive natura*). Tampoco Baruch Spinoza duda de la existencia de Dios, pero también este filósofo judío es repudiado por el clero, ya que su idea de Dios es diferente a la de judíos y cristianos. Para Spinoza no existe un Dios personal, porque para él Dios es igual a la naturaleza. Dios no es una causa externa, sino que se expresa o gobierna sólo mediante las leyes de la naturaleza. Dios nunca se quedó fuera de su creación, porque Él es el mundo. Esta postura la llamamos «Panteísmo». Los rabinos nunca le perdonaron a Spinoza su afirmación de que la Torá carece de inspiración divina. Es curioso que filósofos como Descartes y Spinoza, tan convencidos de la existencia de Dios, con tanta frecuencia hayan sido insultados como ateos.

En el siglo XVIII, el «Siglo de las Luces», surge un nuevo concepto de Dios conocido como «Deísmo». Se trata de un Dios filosófico que ya existió en la obra de Aristóteles, que se da a conocer por medio de la naturaleza y sus leyes, y nunca se revela de manera sobrenatural. Un ser superior que hace muchísimo tiempo creó el mundo, pero no influye de manera personal en la vida humana. La mayoría de los filósofos ilustrados creían que era irracional concebir un mundo sin Dios. Sólo algunos materialistas consecuentes eran ateos.

Voltaire (1694-1778), el filósofo más difundido de la Ilustración, cree en un Dios razonable y acusa a la Iglesia de propagar la idea de un Dios monstruoso. Por eso, Voltaire no se considera cristiano, porque de otra manera, dice, no podría amar a Dios. Emplea gran parte de su vida para luchar contra la Iglesia, su enemiga principal. Para la mayoría de los ilustrados, la existencia de Dios es como una evidencia. El origen del universo sólo puede ser Dios. Sin embargo, a pesar de su creencia en Dios, a los ilustrados les cuesta trabajo creer en la revelación: no conciben a la Biblia o el Corán como palabra de Dios, idea presente ya

cien años antes en Spinoza, quien había negado la inspiración divina de la Torá.

Un concepto muy común en la época que ya existe desde Descartes es el de Dios innato: desde su nacimiento, el hombre lleva la idea de Dios en su mente, lo cual significa que la fe en Dios es anterior a la instrucción religiosa. Jean Jacques Rousseau, en su novela de educación *Emilio*, propone a los maestros que no hablen a sus alumnos de Dios, ya que ellos tienen que descubrirlo por su propia cuenta. Así, el niño Emilio presencia un día el bello espectáculo de una puesta de sol y se queda tan impresionado que se deja caer de rodillas para darle gracias al Creador del mundo, a quien acaba de descubrir y del cual antes nunca le habían hablado.

Actualmente, estamos más bien convencidos de que la religiosidad es producto de la educación. El director de cine alemán Werner Herzog defiende esta tesis en su película *Jeder für sich und Gott gegen alle* (Cada uno por su parte y Dios contra todos) donde lleva a la pantalla el caso real del joven Gaspar Hauser, quien pasó toda su infancia sin contacto con el mundo. Cuando lo descubren y liberan de su prisión, Gaspar se mueve torpemente en un mundo para él desconocido. Obviamente nunca aprendió a hablar, pero como suponen que la idea de Dios es un concepto innato al hombre, debe conocer a Dios sin que le hayan hablado de Él. Dos pastores protestantes lo interrogan al respecto, y desconcertados y molestos tienen que aceptar que Gaspar Hauser no tiene ninguna noción de Dios.

La idea panteísta de Spinoza la asimila en el siglo XVIII Gotthold Ephrahim Lessing (1729-1781), autor del drama *Natán el sabio*, en el cual promueve la tolerancia entre judaísmo, cristianismo e islam, que para él son tres caminos distintos para llegar al mismo Dios. Para Lessing, Dios, entendido como Uno y Todo, «no existe como una realidad personal frente al mundo, no existe como algo que está frente al mundo o fuera de él. No es ningún poder que pueda ser adorado, que pueda ser benévolos y despiadado. Dios es simplemente el conjunto de todo lo que es, y actúa a través de la causalidad entre las cosas y los hombres».¹⁰ Por difundir estas ideas se acusó a Lessing de ser ateo; acusación que su amigo, el filósofo ilustrado judío Moses Mendelsohn, rechazó.

El poeta y dramaturgo Friedrich von Schiller (1759-1805), destacado representante del idealismo alemán y amigo de Johann Wolfgang

¹⁰ Safranski, Rüdiger, *Schiller o la invención del idealismo alemán*. Biografía, Tusquets, España, 2006, p. 315.

von Goethe, quiso estudiar teología protestante, pero lo obligaron a escoger la carrera de medicina. Sus estudios de ciencias y filosofía lo alejaron de la fe de su infancia y así dejó de ser, como dice Safranski, «...religioso en el sentido de una ortodoxia eclesiástica, ni protestante, ni católica. No creía en el Dios de la Biblia, ni en la eficacia redentora de la muerte de Cristo... ni en la creación del mundo y el juicio final... Las religiones históricas, positivas, eran para él actividades culturales, producidas por el espíritu específico del hombre».¹¹

Schiller dice en su ensayo *La misión de Moisés* (1790): «Nada más sublime que la sencilla grandeza con que los sabios describieron al Creador. Para distinguirlo de manera realmente definitiva, se abstuvieron incluso de darle nombre,¹² y añade que Dios es «la conexión general de las cosas», y que el uso de la razón es el verdadero culto a un Dios abstracto, al cual no le podemos dirigir súplicas. De acuerdo a su biógrafo, Safranski, es una idea original de Schiller «la de que haya una relación entre el monoteísmo cristiano y el dominio de la razón abstracta en la modernidad. El monoteísmo cristiano ha desplazado a Dios a un más allá invisible y a una interioridad igualmente invisible.... Sólo media un paso entre este mundo despojado de alma y encanto por causa del monoteísmo y el moderno desencanto científico».¹³ René Descartes, quien en el siglo XVII predica que la razón es más importante que la revelación divina o la intuición con su frase clásica «Pienso, por lo tanto existo», encuentra la oposición de Rousseau (1712-1778), quien simplemente invierte el lema de Descartes diciendo «Existo, por lo tanto pienso».

Obviamente, estas ideas modernas no fueron aprobadas por las iglesias oficiales, las cuales vigilaban la pureza de la fe. El nuevo pensamiento teológico de Lessing, Schiller y otros ilustrados, era una amenaza para el poder del clero protestante y católico. La sola sospecha de ideas ateas podía tener consecuencias desagradables. También a Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), amigo de Schiller y uno de los más grandes filósofos alemanes de la Ilustración, se le acusó de ateísmo. Schiller trató de protegerlo y retenerlo en la Universidad de Jena,

¹¹ *Ibid.*, p. 365.

¹² Cit. en Richard J. Bernstein, *Freud y el legado de Moisés*, México 2002, Siglo XXI Editores, para quien: «Al dar muerte a Moisés los judíos se rebelaron contra las rigurosas exigencias *geistige* de un estricto monoteísmo, que prohibía las imágenes sensoriales; un monoteísmo que demandaba renunciar a lo instintivo. En el transcurso de la historia judía, sin embargo, la Geistigkeit impuesta por el monoteísmo mosaico consiguió la victoria en la definición del judaísmo.» pp. 53-55.

¹³ Safranski, *op. cit.* p. 285.

pero en 1799 Fichte renunció a su cátedra de filosofía. Por fortuna, en el Siglo de las Luces la sociedad ya era más tolerante: si Lessing, Schiller o Fichte hubieran expresado sus ideas acerca de Dios algunos siglos antes, hubieran sido quemados en las hogueras de la Inquisición. Voltaire nos recuerda las atrocidades de la Inquisición en su cuento filosófico, *Cándido*.¹⁴

Con el desarrollo de la ciencia moderna, Dios toma cada vez más la forma de un ser supremo abstracto. Mientras los dioses antiguos se parecían a los hombres y compartían con ellos todas las debilidades humanas, el Dios único es un ser supremo perfecto e incomprensible para los seres humanos comunes y corrientes.

A partir del siglo XVI, la Iglesia católica va perdiendo poco a poco su monopolio sobre la educación. Astrónomos como Giordano Bruno (1548-1600, sacerdote), Kepler (1571-1630 hijo de un mercenario y una madre acusada de practicar la brujería), o Galileo Galilei (1564-1642), se niegan a someterse a la doctrina oficial según la cual la tierra es el centro del universo. En el siglo XVII, Descartes crea un sistema filosófico que nada tiene que ver con la filosofía escolástica que se enseña en las aulas de las universidades, que son en este tiempo instituciones eclesiásticas. Isaac Newton (1642-1727) crea una física nueva que es la base de la física actual, mientras que en las universidades se sigue enseñando la física medieval, que no se somete al rigor científico. Lo mismo pasa con muchas otras disciplinas. Gracias a la industrialización, que mejora los niveles de vida, es cada vez más evidente el poder de la ciencia moderna en detrimento de la presencia de la Iglesia católica, porque la vieja universidad escolástica, que todavía en el siglo XVIII enseñaba lo mismo que en la Edad Media, está condenada a desaparecer. Ahora se

¹⁴ La Universidad de Coimbra decidió que el espectáculo de unas cuantas personas quemadas a fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir que la tierra tiemble. Con este objeto se había apresado a un vizcaíno, convicto de haberse casado con su comadre, y a dos portugueses que al comer un pollo le habían sacado la grasa; después de la comida se llevaron atados al doctor Pangloss y a su discípulo, a uno por haber hablado, y al otro por haber escuchado con aire de aprobación. Los pusieron separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de allí a ocho días los vistieron con un sambenito y les engalanaron la cabeza con unas mitras de papel: la coraza y el sambenito de Cándido llevaban llamas boca abajo y diablos sin garras ni rabos; pero los diablos de Pangloss tenían rabo y garras, y las llamas ardían hacia arriba. Así vestidos salieron en procesión, y oyeron un sermón muy patético, al cual se siguió una bellísima salmodia. Cándido, mientras duró la música, fue azotado a compás, el vizcaíno y los dos que no habían querido comer la grasa del pollo fueron quemados y Pangloss fue ahorcado, aun cuando ésa no era la costumbre. Aquel mismo día, la tierra tembló de nuevo con un estruendo espantoso.

entiende que las matemáticas son mucho más útiles para la tecnología que para la astrología y las especulaciones teológicas.

En el estado de Jalisco, en 1826, el gobernador liberal Prisciliano Sánchez cierra la Universidad de Guadalajara, que había sido fundada por la Iglesia católica al final de la época colonial, en 1792, porque ya no es un lugar adecuado para formar profesionistas modernos. Funda entonces el Instituto del Estado con un programa académico más amplio y acorde a lo que el gobierno esperaba de la educación superior: la enseñanza oficial en Jalisco habría de ser «pública, gratuita y uniforme».

Un problema fundamental del siglo XIX es que la Iglesia sólo con dificultades y a regañadientes acepta la ciencia moderna, porque ve en ella a un peligroso rival de la religión. A veces se desata una lucha encarnizada entre ciencia y religión. El ateísmo tiene cada vez más adeptos, porque no existe ningún método científico que compruebe la existencia de Dios. Así se oponen la fe y la razón y muchas veces la confianza ciega en la ciencia se convierte en una nueva religión.

Para Karl Marx (1818-1883), la religión es el opio del pueblo. El marxismo niega la existencia de Dios con argumentos científicos;¹⁵ Dios es un invento de la clase dominante que promete a los desheredados de esta tierra una mejor vida después de la muerte. En el lugar de la religión coloca el marxismo una utopía social: el paraíso es de este mundo y se realiza después de una revolución proletaria que culmina con la construcción de una sociedad sin clases. Para los marxistas no existe una vida después de la muerte, y por lo tanto, se puede prescindir de Dios. Tampoco creen en Dios ni en el cielo, sino en el progreso histórico, que lleve a los hombres a una vida mejor en la tierra. Rechazan la fe y la revelación divina y se basan únicamente en el análisis científico.

Durante el siglo XIX, la ciencia se convierte cada vez más en rival de la fe. De acuerdo a la filosofía positivista de Augusto Comte (1798-1857), que surge en Francia y es propagada en México por un grupo llamado «Científicos», con el apoyo de Porfirio Díaz, sólo existe lo que podemos percibir con nuestros sentidos. Por lo tanto, la existencia de Dios es una especulación que no podemos fundamentar con ninguna prueba científica. La secularización en la vida intelectual avanza a

¹⁵ «No es fácil sostener argumentos de que Marx o el marxismo no son fundamentalmente ateos», señala Bryan Turner en *La religión y la teoría social. Una perspectiva materialista*. FCE, Sociología, México 1997, p. 177.

pasos agigantados. El Vaticano reacciona encerrándose en una postura rígida en lugar de buscar una reconciliación entre la fe y la razón, la religión y la ciencia. Los teólogos y filósofos escolásticos desprecian a los científicos porque son víctimas de la ilusión de poder explorar el mundo sin la ayuda de Dios. Los científicos se burlan de la Iglesia porque no se basa en conocimientos racionales, sino en revelaciones divinas. El papa Pío IX trata de resolver esta situación con el dogma de la infalibilidad. El Concilio Vaticano I de 1870 establece que las declaraciones oficiales del Papa, en materia de fe, son de inspiración divina y que ningún católico debe dudar de su verdad absoluta. Con este dogma se fortalece la posición del clero como mediador entre Dios y los hombres.¹⁶

En su ciclo de novelas *Monsieur Bergeret*,¹⁷ Anatole France ironiza la posición de la Iglesia: un teólogo, que es personaje de su novela, declara que la ciencia perfecta sólo existe en el cielo porque nada más Dios la realiza bien, en tanto que la física y la química humanas se quedan en niveles deficientes. Bajo este argumento se pretende sacar como conclusión que sólo con la ayuda de Dios somos capaces de alcanzar la ciencia perfecta; de manera que, en consecuencia, el contacto con Dios que mantiene el Papa es mucho más eficiente que la investigación científica. Sin embargo, muchos intelectuales de la época confían más en la ciencia que en la infalibilidad del Papa. Les resulta sumamente difícil poder creer en un Dios que dirige el mundo a su voluntad en todos sus detalles.

Es paradigmático el caso del novelista francés Georges Duhamel, quien tiene una sólida formación científica. En su novela autobiográfica *La crónica de los Pasquier*,¹⁸ nos dice que una fe firme dentro de la Iglesia católica le ayudaría mucho, pero su experiencia como investigador científico le borró la fe de su infancia. En su novela *Diario de un aspirante a santo*,¹⁹ libro de cabecera de Juan José Arreola, el protagonista trata de realizar los ideales cristianos a pesar de no creer en Dios.

¹⁶ «La doctrina de la fe que Dios ha revelado *ha sido entregada a la esposa de Cristo como un depósito divino para ser fielmente guardada e infaliblemente declarada*. Lo dado a la Iglesia para su exposición autorizada, no lo puede transformar la razón en una ciencia más perfecta de las ideas, dejando de lado el magisterio eclesiástico» RS p. 92). Subrayado nuestro.

¹⁷ Anatole France, *Histoire Contemporaine*. 4t., Calmann. Lévy, París, 1988.

¹⁸ Georges Duhamel, *Chronique des Pasquier*, Omnibus, París, 1999.

¹⁹ Georges Duhamel, *Diario de un aspirante a santo*. Ediciones del Equilibrista. México, 1993.

Uno de los problemas de esta época es el hombre que desea, pero no puede creer en Dios. Ahí tenemos también el caso de Miguel de Unamuno en cuya novela *San Manuel Bueno Mártir*²⁰ presenta como protagonista a un párroco ejemplar. Para no desilusionar a sus feligreses, sigue en su puesto a pesar de haber perdido la fe en Dios.

En la literatura alemana actual, Ulrich Harbecke presenta al inicio de su novela *El cardenal creyente*²¹ la escena en que un cura, antes de iniciar la misa, confiesa a sus feligreses que acaba de perder la fe, y éstos lo comprenden y les parece injusto que deje de ser su párroco. En cambio, el obispo lo destituye.

La situación de los ateos es muy difícil porque no pueden formar una iglesia. Muchos perdieron simplemente la fe, aunque en el fondo les gustaría creer, mientras que otros no se interesan por cuestiones religiosas; pero hay también ateos militantes que tratan de convencer a los demás de que Dios no existe y provocan así la ira del clero. En los antiguos países comunistas, donde el ateísmo era la postura oficial de los gobiernos y no se daba instrucción religiosa a los niños, el número de ateos o personas sin religión es muy elevado. De acuerdo a estadísticas recientes, en Alemania una tercera parte de la población, que reside sobre todo en el este del país, no pertenece a ninguna comunidad religiosa.

La lucha entre la fe y la razón continúa en la actualidad, sin embargo, el optimismo de la Ilustración, según la cual la ciencia iba a crear un mundo mejor, tiene muchas grietas. El judío Isaac Bashevis Singer compara en su novela *Sombras sobre el Hudson* el universo medieval del rabí Isaac Luria con el mundo científico moderno. Para éste y otros judíos de su época, quienes creían en ángeles y serafines «el cielo estaba lleno de sabiduría, de espiritualidad, de compasión, de pureza. Según ellos, al alma judía le correspondía el papel principal: cada precepto observado llevaba a todos los mundos el regocijo de Dios; cada pecado los perjudicaba. ¿Cómo era en cambio el universo de Einstein y de Eddington? Un espacio vacío, poblado de esferas formadas por átomos ciegos que corrían y se lanzaban febrilmente de un lado para otro. A semejante universo poco podía importarle que surgiera un nuevo Hitler en cada generación. La conclusión global que se sacaba de esta ciencia moderna era que Dios tiene menos inteligencia que una

²⁰ Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*. Biblioteca EDAF, Madrid, 1985.

²¹ Ulrich Harbecke, *Der gläubige Kardinal*, Grupello, Düsseldorf, 2004.

pulga».²² Singer rechaza la cosmovisión de los científicos modernos y se decide por el Dios medieval. La ciencia no da al hombre respuestas satisfactorias a sus preguntas sobre el sentido de la vida. Singer fue educado en una familia de jasidim, una secta judía para la cual el fervor religioso y el misticismo son más importantes que el estudio. Los místicos judíos, cristianos o musulmanes, buscan su propio camino hacia Dios. Para ellos, la experiencia individual, su visión personal de Dios, es lo esencial. Allí radica el peligro que señala la jerarquía católica, porque no siempre las visiones de los místicos son compatibles con el dogma, que no es intuitivo sino racional.

La idea de Dios en el pensamiento místico

La culminación del misticismo medieval se encuentra en los escritos del maestro Eckhart (1260-1328), quien, como famoso profesor universitario, se aleja de la enseñanza escolástica de Tomás de Aquino, enfatizando la unión de Dios con el alma. Exige que el alma sea despojada de todo lo que no fuera ella misma, a fin de poder recibir en su interior la pura presencia de Dios (Espíritu). Cuando desaparecen las particularidades del yo en el alma, entonces puede nacer Dios en ella. Eckhart llega al extremo de afirmar que Dios y el yo forman una unidad. La iglesia oficial rechaza esta tesis como herejía. Eckhart es, en primer lugar, teólogo y filósofo, pero también es considerado literato.

Las visiones de los místicos no se prestan para escritos sistemáticos filosóficos, sino encuentran su culminación en obras literarias. Santa Teresa de Jesús utiliza con mayor frecuencia la prosa; san Juan de la Cruz se expresa en verso. Para Teresa de Jesús, Dios está vivo y presente. Entiende al hombre como capacidad de Dios; habitado en su «castillo interior» (yo profundo) por Uno que lo trasciende. El preludio al diálogo con Dios es la capacidad de comunicación y diálogo con los otros. En su metáfora del castillo interior, la puerta para entrar en las moradas interiores es el acto de la oración, que abre a la comunicación con Dios. La oración es la palabra profunda del espíritu: *Tratar de amistad, estando muchas veces, tratando a solas, con quien sabemos nos ama.*²³

Si Dios es el Infinito, Inmutable, Eterno, ¿cómo pretender limitarlo? Al pretender conceptualizar la idea de Dios, deja de ser Dios. Tam-

²² Isaac Bashevis Singer, *Sombras sobre el Hudson*. Ediciones B, Barcelona, 2000, p. 264.

²³ Alvarez, T. *Teresa de Jesús*. Santander, España: Sal Terrae, 2002.

poco la experiencia mística puede traducir en palabras la religión con lo trascendente. Y es precisamente en la experiencia mística donde se expresan las similitudes entre las diferentes religiones en todos los tiempos. El místico busca el contacto directo con Dios sin preocuparse por el dogma y por ello está, según la Iglesia, en constante peligro de incursionar en la herejía. No explica a Dios de manera racional, como los filósofos, sino se le acerca de manera intuitiva y lo percibe de forma individual.

Para Eckhart, el alma humana se une con Dios, para el místico barroco Jakob Böhme, Dios está en todos los objetos. Los libros de este zapatero alemán, ampliamente difundidos entre las clases populares, fueron prohibidos por el clero protestante. Las visiones de Böhme chocan a menudo con las doctrinas oficiales y se pierden en el esoterismo. A veces, el misticismo se relaciona con la religiosidad popular. Los poemas de san Juan de la Cruz son más accesibles a un gran público que libros teológicos y filosóficos. El misticismo tiene un gran atractivo para muchos creyentes; sin embargo, el miedo a la herejía y exclusión de la Iglesia es grande.

También en la cultura islámica el misticismo desempeña un papel importante. Rumi (1207-1273), el poeta más grande de Persia, es místico. En sus poemas encontramos la idea de la unicidad de Dios y su identidad con el hombre:

¿Por qué debo buscarlo?
Soy el mismo, soy como él.
Su esencia habla a través de mí.
¡Me he estado buscando!

O del también persa Omar Khayyám (1040-1125):

En los monasterios, las sinagogas y las mezquitas se refugian los débiles a los que asusta el Infierno. El hombre que conoce la grandeza de Dios no siembra en su corazón la mala semilla del terror y de la imploración.

Mi corazón me dijo: «¡Quiero saber, quiero conocer! ¡Instrúyeme, Khayyám, tú que has trabajado tanto!» Pronuncié la primera letra del alfabeto, y mi corazón me dijo: «Ahora ya sé. *Uno* es la primera cifra del número que no acaba». ²⁴

²⁴ Omar Khayyám, *Rubaiyat*, El Barquero José J. de Olafeta, editor, Barcelona, 2008, pp. 34 y 39.

Los sufíes representan la corriente mística del islam, y los derviches, una especie de monjes musulmanes, tratan de acercarse a Dios a través del éxtasis que producen en sus danzas. La mayoría de los musulmanes que pertenecen a las grandes confesiones sunita y chiíta ven a los grupos místicos con desconfianza. El Dios de la experiencia mística no siempre es el mismo que nos presenta la teología oficial:

La Realidad divina es a la vez Conocimiento y Ser; el que quiera acercarse a Ella ha de superar no sólo la ignorancia y la inconsciencia, sino también el aparcamiento del espíritu por un saber puramente teórico, y otras «irrealidades» de este género. Por esta razón, muchos sufíes, y entre ellos los representantes más eminentes de la gnosis, como Muhyi-d-Din ibn Arabi y Omar al-Khayyám, han afirmado la primacía de la virtud y de la concentración con respecto al saber doctrinal; los verdaderos intelectivos son los primeros en reconocer la relatividad de toda expresión teórica». ²⁵

Nuestra idea de Dios la hemos concebido y desarrollado como humanidad a través de la historia, incorporando en esa imagen idealizada nuestras propias expectativas y limitaciones; porque la experiencia de lo trascendente propiciada por estados místicos no puede conceptualizarse. Conceptualizar es, finalmente, poner límites; y pretender conceptualizar lo trascendente termina por destruirlo, convertirlo en un sinsentido.

En el misticismo judío, de acuerdo a la lectura hermenéutica reciente de Pia Gyger, según Günter Schiwyl: en Gershom Sholem encontramos, por ejemplo en la mística cabalística de Yitzak Luria y de su escuela del siglo XVI, la convicción de que la forma definitiva del Creador depende de su creación: «el proceso en el cual se muestra a sí mismo, se hace nacer y se desarrolla, no llega a su final completamente dentro de Dios mismo. Hay partes del proceso de restitución que se encargan al hombre... Con otras palabras, el hombre que da la última perfección al rostro de Dios, es el mismo que coloca a Dios como Rey y formador místico de todas las cosas en su reino celestial y da al Formador mismo la forma última.» ²⁶

²⁵ Titus Burckhardt, *Introduction aux doctrines ésotériques de l'Islam*, pp. 117-118. (Introducción al sufismo, Paidos, Ibérica, 2006). Cit. en Prefacio a *Omar Hhayyám, Rubaiyat*, El Barquero José J. de Olañeta, editor, Barcelona, 2008.

²⁶ Pia Gyger, *Maria Tochter der Erde Königin des Alls. Vision der Neuen Schöpfung*. Kösel, Alemania, 2005, p. 99.

Así, desde el pensamiento místico judío, la obra del Creador culmina con la participación del hombre creado, que es quien da la última perfección al rostro de Dios y lo coloca como su rey, en respuesta al privilegio que Dios le concedió al hacerlo «a su imagen y semejanza». Creador y creatura complementan, de esta manera, la Gran Obra. Es, pues, el hombre quien da a Dios la forma última.

Pero no siempre se ha colocado a Dios en el centro del universo; ni las acciones de los hombres se han inspirado siempre en su presencia como Rey. La historia de las religiones nos habla permanentemente de la manera como los hombres han buscado a Dios y los diferentes caminos rituales que a través de las épocas y las culturas se han trazado para acercarse a Él. El hombre ha buscado a Dios a través de las religiones y sus ritos, pero parece no encontrarlo en las circunstancias de desgracia. Cuando nos preguntamos dónde estaba Dios cuando ocurrieron las tragedias, asumimos que Dios se ausenta, se esconde y deja al hombre actuar de acuerdo a su libre albedrío. Eso se piensa generalmente, y se le reclama y reprocha el abandono como un hijo a un padre ausente. Sin embargo, ¿es Dios quien se retira o es el hombre quien lo ha echado de su presencia? Desde el punto de vista de A. J. Heschel, «Ds había sido literalmente echado de este mundo, viviendo desde entonces en un triste y doloroso exilio» del cual es preciso devolverlo. Heschel vivió en los márgenes de un mundo que decidió expulsar a Ds.²⁷ No obstante

La voluntad de Ds es estar aquí, manifiesto y cercano; pero cuando las puertas de este mundo son cerradas de golpe frente a Él, Su verdad es traicionada, Su voluntad desafiada, entonces Él se retira, dejando al hombre consigo mismo. Ds no se apartó por propia voluntad; Él fue expulsado.²⁸

De acuerdo a Kullock, para Heschel, cuyo pensamiento es retomado por una corriente importante del judaísmo,

«Ds era aquel que no sólo movía los hilos de la historia, sino que a su vez se conmovía y reaccionaba frente a lo que la humanidad hacía aquí en la Tierra. No se trataba ni de un Ds lejano ni de una deidad indiferente al acontecer de nuestro mundo. Ds se preocupaba y se encontraba en la

²⁷ Joshua Kullock, *op. cit.*

²⁸ *Ds está en el exilio.* (Heschel, 1951, pp. 153-154) cit. en *Ibid.*

permanente búsqueda del hombre. No sólo el hombre debía buscar a Ds; basándose en textos tradicionales judíos... Ds también buscaba al hombre (1959: 136)» Y para contemplar a Ds propone tres caminos: percibir la presencia de Ds en el mundo, en las cosas; percibir Su presencia en la Biblia; y percibir Su presencia en los actos sagrados... «el Ds de la naturaleza es el Ds de la historia, y la manera de conocerlo es hacer Su voluntad.»²⁹ (p. 31)

Así, pues, y en esto coincide el misticismo cristiano: «Lo esencial es un modo de vivir, no un conjunto de verdades en qué creer. La fe es un don gratuito y es una decisión libre de la voluntad y de la razón.³⁰ El cristiano debe ser un místico, dice Macisse recordando a Karl Rahner, alguien que ha experimentado la presencia de Dios; «que a través del microscopio de su fe descubre a Dios presente en todas las circunstancias y lo contempla en las personas». En la mística cristiana se vive en profundidad «la fe que actúa por medio del amor» (Gal 5, 6) que unifica la vida del creyente tanto en lo positivo como en lo negativo de la propia existencia y de la historia; en la experiencia de la presencia de Dios y de su ausencia, que purifica en el camino hacia la comunión-transformación y hacia un «saber» como don divino que se comunica gratuitamente... Toda la persona —vida y acción—, se ve afectada y comprometida.³¹

Así como la fe se expresa también en la práctica religiosa y en la vivencia en comunidad, el diálogo interreligioso puede hacerse desde tres niveles: entre los dirigentes de las iglesias, propiciando pactos; desde la comunicación entre las religiones, a nivel de discurso teológico, pudiendo (o no) llegar a establecer acuerdos,³² y desde el nivel de la espiritualidad. Es en este nivel donde se llega a una verdadera unión expresada en un mismo lenguaje. El lenguaje de la espiritualidad y/o del silencio. Nuestra percepción es optimista; consideramos que esto

²⁹ *Ibid.*, p. 31.

³⁰ Macisse, *op. cit.*, p. 25.

³¹ Macisse, *op. cit.*, pp. 34-35.

³² «¿Es posible que sólo a causa de la cuestión del ministerio eclesial —sacerdocio, episcopado, ministerio petrino— tengamos que vivir en iglesias separadas y no podamos participar juntos en el Banquete del Señor? ¡Y sin embargo es precisamente así!» Cardenal Walter Kasper, «La teología ecuménica. Situación actual» Lección doctoral del cardenal Kasper en su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad Pontificia Comillas, publicado en *Revista Querens de Ciencias Religiosas*, ¿Hacia dónde va la Iglesia? UNIVA, año VI, mayo-agosto 2005, núm. 17, pp. 63-76.

se está realizando desde las bases de creyentes, de manera silenciosa y muchas veces sin que sus dirigentes lo perciban ni lo encaucen. Que el camino de la mística se está transitando a través de diferentes expresiones religiosas en el mundo.

Dios en el lenguaje de la vida cotidiana

La fuerza de la asimilación de una idea en nuestra visión del mundo y nuestra percepción de lo cotidiano se refleja en el lenguaje que utilizamos todos los días y en todas las situaciones. Nuestro punto de vista es que hoy en día, a diferencia de las generaciones anteriores, en la cultura tapatía el referente a Dios se ha venido perdiendo en el plano del discurso y del sentido común. Prácticas cotidianas que todavía se realizaban en los años setenta, como persignarse al pasar frente a una iglesia, asistir a misa, rezar el rosario de manera congregada en familia, se han venido perdiendo de manera acelerada. El rezo de oraciones como forma de convivencia familiar fue sustituido rápidamente por la reunión frente al televisor, cuya presencia borró además las tertulias vespertinas en que se transmitían anécdotas familiares y se contaban cuentos. Hoy por hoy, las nuevas generaciones «socializan» de manera individual a través de las redes electrónicas.

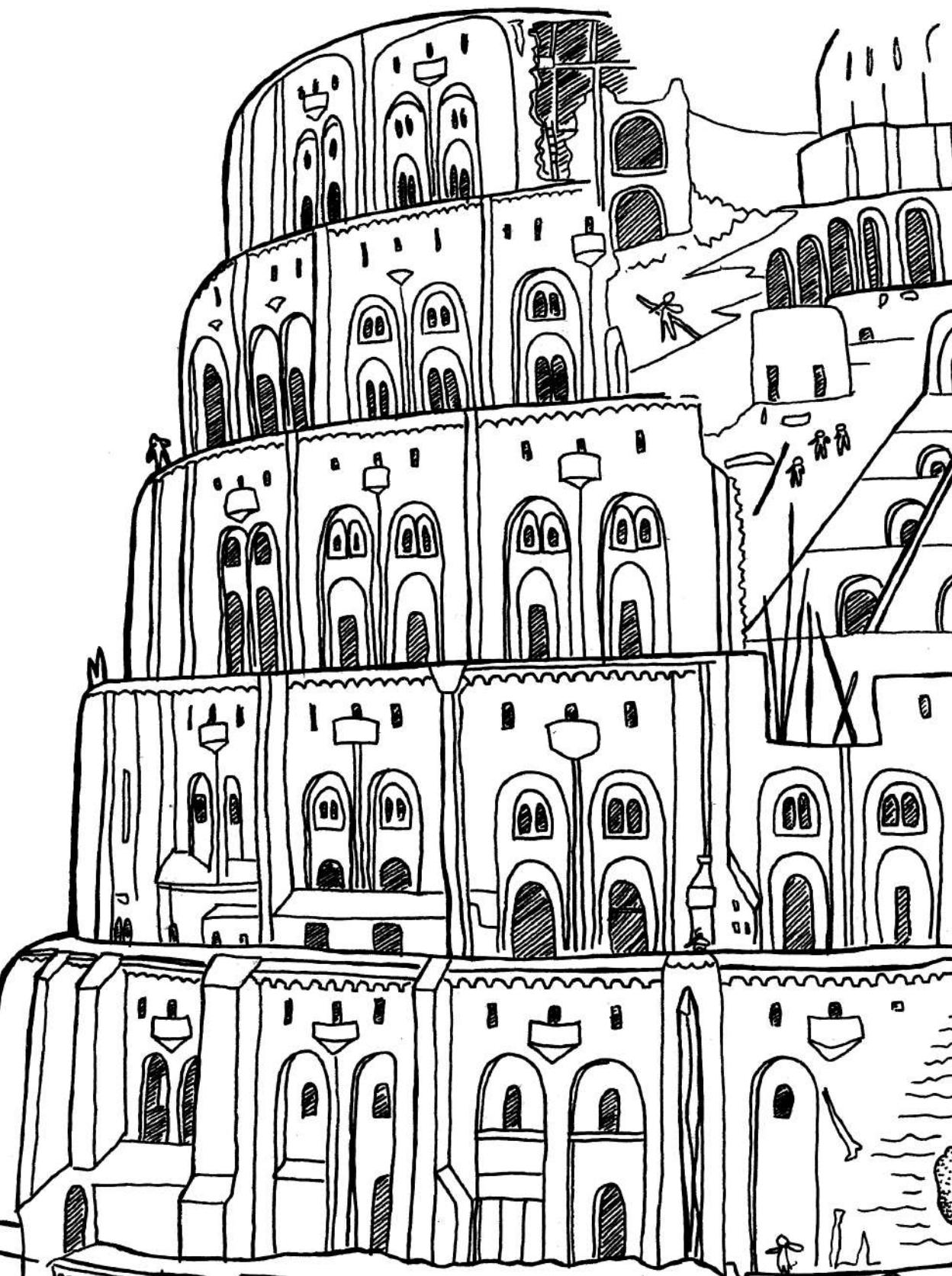
Paradójicamente, al mismo tiempo que disminuye la asistencia a los cultos religiosos, llama la atención observar el uso de rosarios colgados al cuello o de imágenes religiosas en pulseras y anillos como un elemento integrado a la vestimenta cotidiana. Rosarios que no se rezan pero que al vestirlos protegen contra los enemigos o «el mal».

La enunciación de Dios en el lenguaje cotidiano es, también, cada vez menos frecuente; no obstante, lo encontramos referido en las siguientes expresiones:

- El Dios en el que (no) creo.
- El Dios en el que creo.
- El dios en el que no creo, los dioses en los que no creo.
- Dios inventado, Dios inmediato.
- Dios padre, providente, y misericordioso.
- Dios, hijo único.
- Dios padre-madre.
- ¡Ay Dios! ¿Hay Dios? ¿Cuál dios?
- La diosa madre.
- *Oh my God!*

- Hablando de Dios en español.
- ¡Dios mío!
- El niño Dios, el Dios vivo, Diosdado.
- ¡Diosito te va a castigar!
- ¡Está endiosado!
- ¿Ya la chupó el diablo? ¡que la chupe Dios!
- *God bless America.*
- «En el nombre de Dios».
- En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.
- Teófilo, Teodoro, teísta, teocracia, ateo, Teo, Teotihuacán, Teo González.
- En el nombre de Dios les pido, le suplico: cese la represión!
- Dios te ve, Dios te oye, Dios te juzga...
- Los juicios se dejan a Dios.
- ¡Adio!
- ¡Dios de mi vida!
- Niñito Jesús/ sal del copón/ hecha un brinquito/ y ven a mi corazón!
- ¡Dios quiera!
- Dios quiere....
- ¿Dónde está Dios?
- «Las pruebas de la existencia de Dios».
- ¡Ni lo quiera Dios!
- Dios dice.
- Dios dijo.
- Dios quiere.
- ¡Dios lo perdone!
- ¡Dios permita!
- En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
- Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo...
- ¡Dios te bendiga!
- ¡Dios te castigó!
- ¡Dios te dé más!
- Gracias a Dios!
- A Dios sean dadas!
- ¡Por Dios!
- Dios me lo dio. Dios me lo quitó.
- ¡Dale gracias a Dios!
- Es una prueba de Dios.
- Hijos de Dios.

- Dios en tu vida, Dios en tu corazón
- ¡Por Dios y por la Patria!
- ¡Santo Dios!
- ¡Dios santo!
- ¡Ve con Dios!
- ¡Pídele a Dios!
- ¡Juro por Dios!
- ¡Dios quiera!
- ¡Dios te oiga!
- ¡Oh Dios!
- Dios está aquí/ qué hermoso es...
- «Y si no me lo traes/ vale más que se muera/ ya que su alma no es mía/ que sea de Dios».
- «Dios mío, Dios mío/ acércate a mí...»
- Dios te salve María.
- «A Dios le pido/ que si me muero sea de amor...»
- ¡Se cree Dios!
- Cuando Dios da...
- ¡Obre Dios!
- Es una prueba de Dios.
- Dios aprieta pero no ahorca.
- ¡Ojalá!
- Una caridad por el amor de Dios.
- En la gloria de Dios.
- Dios te pague
- Muy bien, con la gracia de Dios.
- ¡En Dios confío!
- ¡Gloria a Dios!
- ¡Adiós!



CAPÍTULO II

La idea de Dios en la reflexión teológica

Rabino Joshua Kullock

Comunidad Hebrea de Guadalajara. Director ejecutivo de la Unión Judía de Comunidades de Latinoamérica y el Caribe. Nació en 1980 en Buenos Aires, Argentina. Para completar su formación rabínica cursó las carreras de Estudios Bíblicos y Pensamiento Judío en la Universidad de Haifa, Israel, la maestría en Pensamiento Judío en el Instituto Schechter en Jerusalén y la especialización en Educación de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Está casado con Jessica, con quien tiene tres hijas.

«*Eloheinu veElohei Avoteinu»... «Ds nuestro y Ds de nuestro padres»*

«*Eloheinu veElohei Avoteinu»... «Ds nuestro y Ds de nuestro padres»». Así comienza la primera bendición del rezo más importante de la tradición judía, la Amida. Tres veces por día, los judíos nos dirigimos a Ds reconociendo la continuidad significativa de Su presencia en nuestras vidas desde los tiempos de nuestros padres y hasta hoy en día. A su vez, la bendición dice: «Ds de Abraham, Ds de Isaac y Ds de Jacob», dando cuenta de que generación a generación es nuestro compromiso el de redefinir la relación que nos une con Ds, entendiendo que el Ds de Abraham era diferente al Ds de Isaac, el cual a su vez era distinto al Ds de Jacob. Tantas son las visiones de Ds como personas hay en*

la Tierra. En consecuencia, cada uno de nosotros debe hacerse de un tiempo para darle forma a la divinidad, porque, sin esta imagen, difícilmente se podrá establecer relación alguna con Él.

En este sentido, Ds sería como un espejo: mientras que cada uno de nosotros ve en su reflejo una imagen distinta, el espejo seguirá siendo uno solo. Más aun: así como nuestra propia imagen va modificándose con el correr del tiempo y el pasar de los años, así también ocurre con la construcción de la propia teología. Estos cambios que experimentamos en la forma en la que aprehendemos el mundo no hacen más que confirmar que la teología en general, y la visión que tengamos de Ds en particular, siempre estarán sumamente vinculadas a nuestras biografías, a nuestros recorridos personales.

Mi propia visión de Ds parte de reconocer tanto la imposibilidad de reducirlo a una única descripción válida, como de la aceptación de que cada una de las descripciones que hagamos de Él (¿o Ella?) será siempre finita, subjetiva y limitada. No hay una única visión posible de Ds sino que cada uno de nosotros se identifica más con algunas interpretaciones mientras que al mismo tiempo se opone a tantas otras.

El reconocimiento de mi incapacidad cognoscitiva en lo que refiere a Ds, se manifiesta también desde la propia escritura: al ser el lenguaje el camino por el cual abarcamos la realidad circundante, la utilización del fonema «Ds» da cuenta de que nuestros intentos siempre serán acotados, siendo que nunca estaremos en condiciones de dar entidad completa tanto al significado como al significante. Wittgenstein sostenía que de aquello sobre lo que no se puede hablar, es mejor callar. Maimónides, en el siglo XII, expresó este punto a través de lo que dio en llamar «Teología negativa.» En lo que refiere a Ds, mucho hay para decir, pero mucho más hay para callar, no por censura, sino por imposibilidad.

Personalmente, creo que la presencia divina se manifiesta y revela en el misterio de la vida y el amor. Es la fuerza que sostiene y nutre al universo, que posibilita el orden de la naturaleza, y que anida en nuestro propio ser inspirándonos para hacer acto de la potencia de nuestras mejores virtudes. Esta fuerza ilimitada e inaprehensible se corresponde con el aspecto trascendente e impersonal de Ds, el cual a su vez encuentra un eco tradicional en lo que los místicos judíos medievales llamaban el *Ein Sof* (o «sin fin»). El acceso a esta fuerza radica en sus múltiples manifestaciones en la acción, las cuales nos permiten inferir la realidad de su existencia. Son estas manifestaciones las que nos ayudan a construir las metáforas de un Ds inmanente y las descripciones más personalistas de la divinidad.

En el nivel trascendente, no hay lugar para dualismos o personalismos. Nuestra realidad es parte de Ds, aun cuando Ds trasciende los límites de dicha realidad. Es en el nivel inmanente en donde podemos articular algunas metáforas que presentan a un Ds personal, a una deidad con la cual se puede ingresar en diálogo sincero y significativo a partir del estudio y la oración. En este nivel, la idea del pacto es central: cada una de las partes se compromete a actuar de determinada manera, no para gozar de premios o evitar castigos, sino con el claro objetivo de fortalecer la relación. En este sentido, si hay un Ds en el que no creo, es un Ds que propina recompensas o maltrata conforme el hombre cumple o deja de cumplir con determinados mandatos.

Por el contrario, sí me identifico con la metáfora que propone ver en Ds a un educador, interesado en el aprendizaje significativo de valores propositivos por parte de la humanidad. En palabras del profeta: «Hombre, Él te ha declarado que es bueno, lo que pide Ad-nai de ti: hacer justicia, amar la misericordia y caminar en humildad con tu Ds» (Mi. 6:8).

A diferencia de quien plantea la imagen de un Ds que pide sumisión absoluta, yo creo en un Ds que nos invita a un diálogo que se articula —en el caso del judaísmo— a partir de nuestros textos canónicos, con el continuo pedido de seguir interpretándolos, incluso si eso nos lleva a desafiar las lecturas literales o tradicionales. El Ds en el que creo no pide nunca que dejemos de lado nuestro raciocinio; por el contrario, es a partir de la propia experiencia intelectual y sensorial que podremos descubrir su presencia en nuestro mundo, tanto a partir del estudio como de la contemplación de los milagros que rodean nuestra vida cotidiana.

Al creer profundamente en un Ds de amor, otra de las metáforas con las que personalmente me identifico y que describe la relación entre la divinidad y el hombre, es la metáfora que nos plantea el vínculo en términos de un matrimonio. A diferencia de la imagen del Ds educador, la idea del matrimonio nos propone una relación afectiva y horizontal en donde marido y mujer construyen el lazo que los une a partir de acciones concretas y cotidianas. En este tipo de relación, ambas partes reconocen la necesidad que sienten de la compañía del otro, y dan cuenta de la mutua dependencia que les posibilita el acceso a una unidad superadora. Asimismo, este tipo de vínculo se vuelve significativo en lo que refiere a la relación del hombre para con su prójimo, ya que si no podemos establecer aquí en la tierra relaciones interpersonales significativas y duraderas —tanto de pareja como de

amistad— con nuestros semejantes, difícilmente lograremos abrirnos a una relación de este tipo con Ds. De igual manera, y como sosténia Levinas, si no logramos desarrollar una profunda empatía con el otro que nos busca con su rostro y su mirada, tampoco conseguiremos establecer una verdadera relación de Yo-Tú con el Otro por antonomasia.

«*Eloheinu veElohei Avoteinu»... «Ds nuestro y Ds de nuestro padres.»*

Así comencé este texto, tomando las palabras que dan inicio al rezo central de la tradición judía. De igual manera, y a modo de cierre, me permito citar palabras adjudicadas a Rabi Israel Baal Shem Tov, fundador del Jasidismo del siglo XVIII:

¿Por qué decimos «Ds nuestro y Ds de nuestros padres»? Hay dos tipos de personas que creen en Ds. Una cree porque su fe le ha sido legada por sus padres; y su fe es fuerte. El otro llega a la fe a fuerza de meditación y búsqueda. Y esta es la diferencia entre ambos: el primero tiene la ventaja de que su fe no puede ser sacudida, por muchos tropiezos que se le pongan; pues su fe es firme, ya que la ha heredado de sus padres. Pero hay una imperfección en esto: es un mandamiento dado por el hombre y ha sido aprendido sin meditación ni razonamiento. La ventaja del segundo hombre es que ha llegado a la fe a través de su propia fortaleza, a través de mucha búsqueda y meditación. Pero esta fe también tiene un defecto: es fácil de sacudirla ofreciéndole la evidencia contraria. Pero aquel que combina ambos tipos de fe es invulnerable. Es por ello que decimos «Ds nuestro,» debido a nuestra búsqueda, y «Ds de nuestros padres,» debido a nuestra tradición.

Laura Muñoz Pini

Nació en 1961. Profesora de la Universidad de Guadalajara, licenciada en Historia y maestra en Sociología. Cristiana evangélica.

El Dios de la Biblia es el Dios en el que creo

Dios

El Dios en el que creo es el Dios de la Biblia, considerada esta Palabra de Dios. Creo en:

- Un solo Dios verdadero. «Porque hay un solo Dios», 1 Timoteo 2:5. «Dios de los dioses», Salmo 136:2 y «Señor de los señores», Salmo 136:3.
- El único que hace grandes maravillas, Salmo 136:4.
- El Todopoderoso. «Yo soy el Dios Todopoderoso», Génesis, 17:1. «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir», Apocalipsis 4:8b.
- El misericordioso, bueno y fiel, y el que perdona. «Pero Tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia», Nehemías 9:17b. «Alabad a Jehová, porque él es bueno, Porque para siempre es su misericordia», Salmo 136. «Justo es Jehová en todos sus caminos, Y misericordioso en todas sus obras», Salmo 145:17; «porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios», Deuteronomio 4:31. «Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos», Deuteronomio 7:9. «Fiel es Dios, por lo cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor», 1 Corintios 1:9.
- El Dios que es amor. «El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados», 1 Juan 4:8-10. «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros», Romanos 5:8. Y como Jesús

mismo dijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna», Juan 3:16.

- El Dios que es justo, «Los juicios de Jehová son verdad, todos justos», Salmo 19:9b; «Justo es Jehová en todos sus caminos, Y misericordioso en todas sus obras», Salmo 145:17; «Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí», Isaías 45:21; «Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados», 1 Juan 1:9.
- El Dios que es Espíritu. Dios no es hombre ni mujer, por lo que no tiene características humanas, «porque Dios soy, y no hombre», Oseas 11:9. «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta», Números 22:27. «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren», Juan 4:24.
- El Dios de paz, «pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz, 1 Corintios 14:33. «Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivir en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros», 2 Corintios 13:11.

Fuentes de revelación

El Dios en el que creo se revela a los hombres, y por tanto a mí, a través de tres fuentes: Su Creación, la conciencia y Su Palabra contenida en la Biblia. En primer lugar, Su Creación me muestra su poder, su bondad, su magnanimidad, su grandeza, su control, su hermosura, su misericordia, su amor. Cada nuevo día al ver el sol me confirma su fidelidad. Cada año con cada estación y cada clima me muestra su misericordia. Dios es un Dios que cumple sus promesas y éstas también se encuentran en la Biblia. Alguna vez en el mundo hubo un diluvio. Dios prometió que no volvería a haber otro y lo ha cumplido. Para sellar esa promesa creó al arco iris y cada vez que contemplo la belleza del arco iris recuerdo esa promesa divina. En segundo lugar, Dios se manifiesta a través de mi conciencia porque tengo pleno conocimiento del bien y del mal y la capacidad y libertad para decidir en qué sentido quiero actuar. Creo en un Dios que creó al hombre con libre albedrío, y ejerciendo ese libre albedrío los hombres nos hacemos pecadores. Al hacer a un lado nuestra conciencia y responsabilidad, culpamos a Dios por nuestros pecados y errores y por sus consecuencias. Creo en un Dios que respeta ese libre albedrío. Y en tercer lugar, creo que la Biblia es

La Palabra de Dios revelada al hombre. La Palabra con mayúscula, haciendo hincapié en que es la única Palabra de Dios revelada al hombre.

La Biblia

Reconozco la autoridad soberana de la Biblia en materia de fe. La Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, contiene el plan de Dios para la salvación del hombre, el mensaje de las buenas nuevas. Dios ya dijo todo lo que tenía que decir en la Biblia, no olvidó nada, por lo que no creo en nuevas revelaciones.

Creo en la Biblia protestante, porque la católica contiene más libros y pasajes que fueron añadidos, hasta después de la Reforma que intentó Lutero, por la jerarquía como una medida de contención contra este movimiento.

Por considerar a la Biblia Palabra de Dios, me di a la tarea de leerla completa precisamente para conocer a Dios y para verificar si lo que dicen que dice la Biblia es lo que dice. Y además porque no creo que un grupo minoritario de líderes religiosos «escogidos» y «sabios» tenga la posesión exclusiva de los genuinos valores de salvación. Creo que todos tenemos derecho a conocer esos valores de salvación de una manera directa, sin interpretaciones «correctas» de dirigentes o grupos que pretenden manipular, dominar y mantener a la gente en la ignorancia. Y también porque obedezco el mandato bíblico que dice: «Escudriñad las escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí», Juan 5:39; y «Escudriñando cada día las Escrituras, para ver si estas cosas eran así», Hechos 17:11. Mi preparación en torno al conocimiento de Dios se ha ido dando desde que acepté a Jesús como Salvador y durará toda la vida; he asistido a la escuela bíblica dominical, he tomado cursos en un seminario bíblico así como en el grupo de mujeres. Así pues, practico el principio de la libre lectura de la Biblia y debido al conocimiento adquirido practico el principio de la «predicación de los laicos» o del «sacerdocio general».

La Iglesia y los santos

Creo en una Iglesia terrenal de tipo democrático en la que los funcionarios eclesiásticos son «servidores» de la comunidad religiosa y no al contrario. Estoy a favor de la separación del Estado y la Iglesia, de la tolerancia y del respeto a la libertad de creencias. Tengo el ideal de

la *ecclesia pura* o comunidad visible de los santos. Los santos, desde mi perspectiva, no son personas perfectas sin pecado y sin mancha. La Biblia dice que todos somos pecadores y todos estamos destituidos de la Gloria de Dios. Los santos somos las personas que creemos en Jesús, Jesús el de la Biblia. Considero que ningún poder terrenal eclesiástico oficial puede dispensar bienes de salvación, es decir, ninguna Iglesia terrenal tiene el poder ni la capacidad de perdonar pecados ni de salvar. Desconozco las indulgencias eclesiásticas y el carisma oficial. La Iglesia de Cristo es espiritual y está formada por todos aquéllos que tomamos la decisión de seguir a Cristo y de creer en Él como único y suficiente Salvador, como único mediador entre Dios y los hombres y como único Señor.

Jesús

Soy cristocéntrica. Doy culto a Dios sólo a través de Jesucristo. Jesús es el centro de mis creencias, principios, ideas y preceptos, al igual que de mis actividades. Creo que Jesús es Dios hecho hombre, el Mesías, el único mediador entre Dios y los hombres, el Hijo de Dios, el Salvador, el pastor, el pan de vida, la única cabeza de su Iglesia. Jesús es mi Señor y Salvador.

- Es el Salvador: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos», Hechos 4:12. Jesús es el Mesías.
- Jesús es el camino, la verdad y la vida, Juan 14:6. «Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres», Juan 8:32. Al conocer a Jesús conocí la verdad y soy libre. «Así que si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres», Juan 8:36.
- Jesús es el único mediador: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre», 1 Timoteo 2:5. Jesús es el mediador del nuevo pacto: «Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo su muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna», Hebreos 9:15.
- El sacrificio de Jesús es suficiente. Hay un solo y válido sacrificio para la remisión de pecados: «Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse

muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos», Hebreos 9: 24-28. Jesús es el único que quita el pecado del hombre y por tanto el mío.

Jesús es la roca, la piedra del ángulo, piedra viva y el único fundamento. Jesús, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, 1 Pedro 2:4-8. Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, Efesios 2:20. Jesús, único fundamento: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo», 1 Corintios 3:11. Jesús es la roca, 1 Corintios 10:4. La única cabeza de la Iglesia de Cristo es Jesucristo mismo. «Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo, Hechos 4:11.

La fe

Creo en la justificación por fe y no por obras. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe», Gálatas 2:16. La fe es don de Dios, Efesios 2:8. «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos». Hebreos 11:1. La fe no es ciega, «Así que la fe es por el oír, y el oír la palabra de Dios», Romanos 10:17. Los siguientes versículos también sostienen que la salvación es por fe: Juan 3:16, Mateo 9:22, Marcos 5:34, Lucas 8:48, Efesios 2:8-10, Romanos 1:16, Romanos 3:24 y 28, Romanos 5:1, Romanos 9:30, 2 Timoteo 3:15 y 1 Pedro 1:9. No hay un solo versículo en toda la Biblia que establezca que la salvación es por obras, pero es importante puntualizar que la fe sin obras es nula: «Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras», Santiago 2:17-18. La fe se perfecciona por las obras, Santiago, 2:22. La fe actúa junto con las obras, Santiago 11:22. Después de la fe se realizan las buenas obras y

no al revés. Muy importante, el que no cree ya está condenado, no es que se vaya a condenar después de que muera, ya está condenado, Juan 3:18-21, Marcos 16:16. Soy conversa desde hace 25 años; antes de serlo escuchaba a los cristianos decir que estaban seguros de ser salvos. En aquel entonces lo consideré soberbia. Después de conocer el mensaje bíblico, considero soberbia la pretensión de querer salvarse con obras, sin reconocer que el sacrificio de Jesús fue suficiente. Para salvarme por obras debo cumplir los Mandamientos; acepto que no puedo. Nadie los cumple. Decidí creer en Jesús.

El mensaje

¿De qué hemos de salvarnos? Del pecado, de la muerte y de la condenación eterna. En lo personal, prefiero enfocarme en que Dios es amor. Sin embargo, la Palabra de Dios habla con absoluta claridad del pecado, de la condenación eterna que éste acarrea y del infierno. El mensaje contenido en la Biblia tiene lógica a pesar de que se hable de fe y de cuestiones espirituales. Si añadimos mediaciones, el mensaje pierde sentido y el sacrificio de Jesús resulta inútil. El mensaje bíblico se puede presentar de diferentes maneras, pero en esencia es el mismo. He aquí un esbozo:

- Dios es el Creador del Universo y todo lo que en él habita; creó al hombre a su imagen y semejanza: hombre y mujer los creó y habitaron el huerto del Edén.
- El hombre fue creado para tener comunión con Dios.
- El hombre desobedeció a Dios y entraron el pecado, la enfermedad y la muerte al mundo. La humanidad se multiplicó sobre la faz de la Tierra al igual que su maldad. Desde entonces, el hombre se apartó de Dios: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios», Romanos 3:23.
- El pecado tiene como precio la muerte o separación de Dios en el infierno: «Porque la paga del pecado es muerte», Romanos 6:23 a.
- Pero hay una forma de no morir: «mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro», Romanos 6:23 b. Dios ofrece gratuitamente el regalo de vida eterna a través de Jesús.
- La única condición que el hombre debe cumplir para recibir ese regalo es aceptarlo, creer en Jesús como Salvador: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»,

Juan 3:16. Y, «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros, Romanos 5:8.

- Jesús es el único camino que lleva a Dios. Jesús le dijo a Tomás: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.»
- Jesús siempre está llamando, pero sólo entra cuando le abrimos la puerta: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entrará a él», Apocalipsis 3:20. Yo la abrí.
- Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Este plan tiene que ver con una vida abundante, no con una vida de miseria y limosna; Cristo lo confirma cuando dice: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia», Juan 10:10. Tiene que ver con el privilegio de ser hechos hijos suyos. Tiene que ver con la libertad: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres», Juan 8:32. Y tiene que ver con que Dios quiere que seamos obedientes: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos», Juan 8:31.

Hija de Dios

Todos somos criaturas de Dios mas no todos somos sus hijos. Somos hijos de Dios los que creemos en Jesús como único y suficiente Salvador: «a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios», Juan 1:12. A los que no, no.

El Bautismo

Es una manifestación pública de fe y no salva. Para ser salvos es necesario creer; creer se constituye en una precondición necesaria del bautizo: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo», Marcos 16:16; «Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados», Hechos 18:8. Me bauticé siendo adulta, habiendo adquirido el conocimiento esencial del Evangelio porque todos los versículos bíblicos que tratan el tema del bautismo señalan que es necesario creer primero, habiendo reconocido que soy pecadora, habiendo confesado mis pecados únicamente ante Dios y aceptando que necesito a Jesús como Salvador.

Los Mandamientos

Los 10 Mandamientos básicos se encuentran en Éxodo 20 y Deuteronomio 5. Es importante conocerlos tal y como se encuentran en la Biblia, no para salvación porque nadie puede cumplirlos, sino para reconocer que somos pecadores incapaces de cumplirlos y, por lo tanto, necesitamos un Salvador. Los mandamientos son mi guía de conducta e intento obedecerlos por amor y gratitud a Dios por la vida eterna que Él ya me dio por haber creído que el sacrificio de Jesús en la cruz fue suficiente.

La oración

Mis oraciones a Dios son espontáneas, no están estructuradas, no son nunca iguales ni son repetitivas, según la enseñanza de la Biblia. Tomo el «Padre nuestro» como una guía que contiene las partes elementales que conforman una oración: alabanza y adoración; reconocimiento de la soberanía de Dios tanto en el Cielo como en la Tierra; reconocimiento de que Él es el Proveedor, ante quien podemos presentar nuestras peticiones; arrepentimiento y perdón; y acción de gracias. El Padre nuestro no se repite una y otra vez debido a que el mismo Jesús dijo: «Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos», Mateo 6:7. «Cuando multipliquéis la oración, yo no oiré» dice Jehová en Isaías 1:15. No hago oraciones por los muertos porque en más de 20 cartas apostólicas no se recomienda una sola oración por ellos.

Sin imágenes

No tengo imágenes de veneración o culto, ya que obedezco el Primer mandamiento que Dios dio al hombre a través de Moisés: «No tendrás dioses ajenos delante de mí. No harás para ti escultura, ni imagen alguna de cosa que está arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las servirás...», Deuteronomio 5:7-9 y Éxodo 20:3-5, así como todos los versículos del Viejo y Nuevo Testamento, que prohíben esta práctica tan común en muchas iglesias y naciones.

PD. A pesar de que ésta es una composición libre, incluí gran cantidad de versículos bíblicos porque el Dios en el que creo es el Dios de la Biblia. Y sí, en mis años de estudio, aprendí de memoria la gran mayoría de los versículos aquí citados, que son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.



Leticia Rodríguez Ramírez

Teóloga egresada de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Profesora del Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos, AC de la Universidad de Valle de Atemajac, la Universidad Marista y del Secretariado Diocesano de Catequesis.

Te buscaba y mi corazón no descansó hasta no dar contigo

Me pidieron hablar del Dios en el que creo, por tanto quiero aclarar que es una experiencia, no un artículo sistemático de teología, porque entonces sería otra cosa y si fuera eso tendría que extenderme a una investigación más exhaustiva. Sin complicarme mucho me puse a escribir y expresar la imagen de Dios que yo vivo, como teóloga del siglo XXI, laica después de un proceso de 29 años de experiencia de Dios.

Si pudiera hablar de una ruta o de lo que intentaré compartir con ustedes, es mi fe en:

- Un Dios humano-encarnado.
- Un Dios liberador.
- Un Dios creativo.
- Un Dios sorprendente.
- Un Dios desconcertante.
- Un Dios del que sólo se puede hablar por medio del amor humano.

Me piden que hable del Dios en el que yo creo; es difícil hablar de Dios, siempre lo ha sido, máxime en un ámbito donde la mayoría no visualiza en su horizonte a Dios (al menos de manera existencial) y mucho más porque de Dios sólo podríamos decir lo que no es, según el Aquinate (mejor conocido como Santo Tomás de Aquino): «Nosotros no podemos captar de Dios lo que Él es, sino solamente lo que no es, y el modo como los demás seres se sitúan con relación a Él» (S. Tomás, Suma Contra Gent. I, 30) (Ib 41-43)¹

¹ Martí Ballester. <http://www.autorescatolicos.org/jesusmartiballester.com.htm> (consultado el 30/03/2010).

Pero la resistencia se quitó al reflexionar: ¿En qué Dios creo yo? Pensé lo fácil que había sido mi primer encuentro consciente con el Dios de la vida y que me dio un giro impresionante a los 18 años, cuando después de una trayectoria cristiana tradicional, de repente irrumpió en mi existencia cambiando y girando toda mi vida: El Dios cercano, amigo, dialogante, humano... ése que buscaba, como decía san Agustín: «Te buscaba y mi corazón no descansó hasta no dar contigo».²

Encontré fácil hablar de mi experiencia, de lo que a mí me sucedió como a tantos que en su vida han podido gritar «Dios existe, yo me lo encontré»³ como lo hace el francés André Frossard, hijo de un diputado, ministro y primer secretario general del Partido Comunista Francés. Por lo tanto, ateo que se convierte al cristianismo.

Estoy muy de acuerdo que hay que recurrir a la ley natural para poder dialogar de Dios en este tiempo, y por ello desde la razón caminar hacia lo invisible como lo dice: «Dios puede ser conocido por la razón natural: «De la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento, se llega a conocer a su Creador». (Sab 13, 6). Y la Iglesia ha dicho que «el discurso natural puede demostrar con certeza la existencia de Dios y la infinitud de sus perfecciones.»

«Al defender la capacidad de la razón humana para conocer a Dios, la Iglesia expresa su confianza en la posibilidad de hablar de Dios a todos los hombres y con todos los hombres. Esta convicción está en la base de su diálogo con las otras religiones, con la filosofía y las ciencias, y también con los no creyentes y los ateos. Puesto que nuestro conocimiento de Dios es limitado, nuestro lenguaje sobre Dios lo es también. No podemos nombrar a Dios sino a partir de las criaturas, y según nuestro modo humano limitado de conocer y de pensar.» (CEC, 39-40).

Este texto del Catecismo de la Iglesia católica, me da el atrevimiento para hablar de Dios. Efectivamente, creo en un Dios al cual sólo se le puede conocer por medio de lo visible es decir: un Dios que se encarna en el mundo en la plenitud de los tiempos por su Hijo (Cf. Gal 4, 1ss), pero que hoy se manifiesta en las personas que destellan amor, bondad, sencillez, calidez y humildad, algo que parece en extinción, Indudablemente está gastada la palabra, pero estoy convencidísima que a Dios nadie le puede conocer si no es a través del amor humano.

² http://translate.google.com.mx/translate?hl=es&langpair=en%7Ces&u=http://www.catholicradiodramas.com/Saints_Works_Augustine/augustine_our_heart_is_restless_until_it_rests_in_you.htm (consultado el 7/05/2010).

³ Tomado de <http://www.capellania.org/docs/jcremades> (consultado el 10/05/2010) Las citas son de: Dios existe, yo me lo encontré, de André Frossard.

Y, sin embargo, hay que tomar en cuenta lo que dice un gran Padre de la Iglesia como es san Juan Crisóstomo: «Como todas las criaturas poseen una cierta semejanza con Dios, las perfecciones de éstas reflejan la perfección infinita de Dios. Pero es necesario purificar nuestro lenguaje de todo lo que tiene de limitado, de expresión en imágenes, para no confundir al Dios <inefable, incomprensible, inalcanzable>», con nuestras representaciones humanas. Y continúa el texto:

Nuestras palabras humanas quedan siempre más acá del misterio de Dios. Al hablar así de Dios, nuestro lenguaje se expresa de modo humano, pero capta realmente a Dios mismo, aunque no pueda expresarlo en su infinita simplicidad. Pues «entre el Creador y la criatura no se puede señalar una semejanza tal que la diferencia entre ellos no sea mayor todavía». (C. Letrán IV). Nosotros no podemos captar de Dios lo que Él es, sino solamente lo que no es, y el modo como los demás seres se sitúan con relación a Él. (S. Tomás, Suma contra gent. I, 30) (Ib 41-43)⁴

Bien queda claro que balbucearé la imagen del Dios en el que creo.

El transcurso de los años me ha dado la firme convicción de que la ENCARNACIÓN es el acto más grandioso del Dios en el que creo, la divinidad bajando a la altura de su creatura para que nosotros podamos captar su amor. (Cf. Jn 1,1 ss; Filp 2, 4ss Himno Cristológico)

Más recientemente, el Concilio Vaticano II ha recordado la misma doctrina al subrayar la relación nueva que el Verbo, encarnándose y haciéndose hombre como nosotros, ha inaugurado con todos y cada uno: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la virgen María se hizo verdaderamente uno de los nosotros. Semejante en todo, a nosotros, excepto en el pecado.» (Gaudium et Spes, 22)⁵

Un Dios metido en el entresijo de la vida cotidiana, lo entiendo mejor ahora que vivo lo mismo que vivió él, qué razón tiene el autor

⁴ Martí Ballester, J., <http://www.autorescatolicos.org/jesusmartiballestercomo.htm> (consultado el 30 /03/ 2010). SUMA CONTRA LOS GENTILES, Santo Tomás de Aquino, Introducciones de Eudaldo Forment ed. BAC Madrid 2007, Vol I: XLIII + 670 páginas; Vol. II: XIV + 1028 pp..

⁵ <http://es.catholic.net/cristologiatodoacercadejesus/547/1288/articulo.php?id=12577> (consultado el 2 de mayo 2010).

del libro: Jesús un profeta laico»,⁶ y es que hay una carga muy fuerte en esta afirmación, nadie sabe de lo que habla hasta que no vive el mismo horizonte y en la plataforma y estructura y las experiencias de lo que habla», ese ser en el mundo sin ser de él. (Cf. Jn 17) Qué aún no acabo de asimilar.

Admiro al hombre Jesús que supo vivir en un ámbito político y fue capaz de atreverse a cuestionar la injusticia, el maltrato físico, las reglas inhumanas y sobre todo la hipocresía de aquellos que ostentaban una vida «digna», llevando una doble vida.

Admiro al Hijo de Dios que levantó a la prostituta (Cf. Jn 8, 1 ss.) actitud valiente y comprometida, la valoró porque amaba; Jesús que se acerca a los leprosos y no teme, porque sabe que lo de afuera no daña tanto, como la podredumbre del corazón. ¿Cuántos de nosotros todavía vivimos un racismo semejante al de la época judía del tiempo de Jesús? ¡Claro está, son otras circunstancias, pero las mismas conductas!

Jesús no fue cualquier laico, fue un laico excepcional

Un laico que liberaba a su paso. En este Dios creo, y me cuesta mucho creer por donde van sus pasos en medio de esta situación socioeconómica y política, eclesial y social, pues seguramente contrario a lo que le sucedió a Él, no veo como el Amor pueda abrirse paso en medio de violencia, cinismo, hipocresía, soborno, traición de los amigos, desconfianza, dentro del seno de los que nos llamamos «cristianos», etc. Bueno, tengo que decir que Cristo tenía una certeza: «El Padre y yo somos uno» (Cf. Jn 10, 27-30) y esa fortaleza le llevó hasta el culmen de su misión: la cruz.

Creo en un Dios que aparentemente fracasó, y aquí incluyo su creatividad y su sorprendente capacidad para romper nuestros esquemas mentales, tradiciones y reglas sumamente bien fundamentadas en «arena movediza», ya que sin Él todo se lo lleva la tormenta. (Cf. Mt 7, 21 ss.).

Fracasado ¿quién sigue a un fracasado en el mundo de hoy?

Me resisto aún a creer y, sin embargo, hay tantas experiencias en las que de las cenizas ha resurgido mi vida como el ave Fénix ¿qué extraña contradicción, la que vive el hombre? Constantemente necesitamos llegar al límite, tocar fondo y ahí, justamente ahí nos espera una expe-

⁶ J.M. García Mauriño, *Jesús un profeta laico*, Federación para la Paz universal. Espacio Ronda. Ronda de Segovia 50. Info@upf-spain.org, Madrid 26 de marzo 2009 (consultado 10 de abril 2010).

riencia de humanidad sorprendente, la fuente de la sabiduría: «Nos conocemos y le conocemos a Él». Se hace realidad la oración de san Agustín: «Señor que me conozca y te conozca así llegaré a gran santidad.» Palabra mal entendida en muchas épocas, que ahora la Iglesia traduce (ver compendio de la Doctrina Social de la Iglesia y los pone como sinónimos, en HUMANIDAD). Y a la cual también nos deja en deuda ese compendio: ¿Si la iglesia somos (me incluyo porque se me parte de ella) expertos en humanidad, ¿dónde está esa Iglesia?

Creo en un Dios que se esconde, y después de haber dejado herida a su presa, jamás sana, es extraño pero la presa, en este sentido bíblico, no huye, al contrario, busca al que lo dejó herido. Aquí tomo las palabras de san Juan de la Cruz: «Adonde te escondiste amado y me dejaste con gemido, como el ciervo herido.»

Desconcertante, supongo que eso era lo que quería decir Jesús: «No podrán decir el Reino está aquí o allí» (Cf. Lc 17, 20-21), inabarcable, un Dios que desconcierta cuando parece no conocérsele jamás y luego está tangible en el hermano «Lo que hiciste a uno de éstos, conmigo lo hiciste» (Cf. Mt 25, 1 ss.) o aquella frase tan lapidaria de san Juan: «Cómo pueden decir que aman a Dios que no ven sino aman al hermano al que ves, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.» (Cf. 1 Jn 4, 20). Entonces sí, el Inabarcable nos pide abarcarlo, protegerlo, cuidarlo, ayudarlo, estando a nuestra merced, ¿no les parece desconcertante?

Los medios de comunicación han explotado hasta el cansancio la palabra mágica: el amor. Al parecer, todos estamos de acuerdo que es «el punto de apoyo» de Arquímedes que mueve el mundo. Sí, pero sin justicia no hay amor. Y dirá José Ma. Castillo en su libro *Alternativa cristiana* en su octavo capítulo: «Sin justicia no hay eucaristía» (hay que entender la eucaristía como el pan compartido, la vida social buscando el bien común, el salario justo, el trabajo digno etc... Ya sé que parece ingenuo, pero, entonces, para qué le decimos a los que no creen que seguimos a Cristo, cuando no hacemos lo que él nos dice?

Por ello, creo que no es cualquier amor el que mueve al mundo, sino aquél que se vehicula en personas de carne y hueso que quieren hacer una trasfusión de VIDA Y AMOR A LA HUMANIDAD, con su existencia, basta ya de palabras bonitas, SE NECESITAN MÁS QUE NUNCA ACTOS DE JUSTICIA, DE LIBERTAD, COMPROMISO CON LOS DESPROTEGIDOS Y VOCES QUE SEAN PROFÉTICAS EN EL SIGLO XXI para que el AMOR pueda vencer a la muerte.

La literatura es preciosa en el Compendio Social de la Iglesia, «que se dice experta en humanidad». Yo me pregunto ¿dónde encontramos esos espacios que sean relevantes para generar nueva humanidad y una cultura cristiana católica que se dice poseedora de toda la verdad? Como lo afirma la *Fides et Ratio* núm. 15, parafraseando: «La Revelación genera pensamiento»; por lo tanto, debería generar una cultura cristiana ¿o no?

Cristo plenitud de la Revelación marcó un nuevo horizonte en el amor, ya lo hizo pero ahora sólo nos falta pedirle humildemente: ¡Señor, dame de tu vida y amor, pues sin ti no puedo ni vivir ni amar hasta dar la vida como Tú.

Necesitamos profetas, y resuenan en mi memoria los gritos de la Plaza de San Salvador en los XXV años de conmemoración de la muerte de Monseñor (año 2005) donde en plena eucaristía frente al Nuncio Apostólico, el pueblo gritaba: «**QUEREMOS OBISPOS CON LOS POBRES**» ¿Seguirá vigente hoy, que la voz del pueblo es la voz de Dios?

Creo en el Dios que mostró Jesucristo, un Dios liberador, encarnado y hecho amor comprometido en la historia.

EN ESTE DIOS ES QUIEN CREO.

Monseñor Pedro Agustín Rivera Díaz

Asesor del equipo de Radio María en Guadalajara. Nació en Jalapa, Veracruz, en 1953. Se tituló de Químico en 1979, ingresó al Seminario en 1982 y fue ordenado presbítero en 1990. Desde 2006 es rector del Templo Expiatorio a Cristo Rey, Antigua Basílica de Guadalupe en la ciudad de México.

Conociendo al Dios que sale al encuentro. Dios Amor, Uno y Trino que no es soledad sino comunidad de Amor y Vida

Cuando se piensa en la experiencia religiosa de un sacerdote, lo primero que hay que hacer es reconocer que esta experiencia no se hace en un día ni lo es para un tiempo determinado, sino que es para toda la vida y hasta la eternidad. Por eso, al hablar del DIOS EN QUIEN YO CREO tengo que remontarme a mis primeras experiencias de Dios a través de mi familia, principalmente mi papá, mis catequistas, mis

amigos y mi entorno social. Lo que puedo decir es que Dios me salió al paso a través de todas las personas que me hablaron de Él y me dieron testimonio de su amor, bondad, generosidad y servicio.

Posteriormente, en mi juventud, y de nuevo a través de las personas, fui conociendo al Dios que sale al encuentro del joven a través de quienes le dieron confianza, lo animaron y le mostraron caminos de realización en la misión y en el esfuerzo de procurar hacer todo bien y mejor para gloria de Dios.

Precisamente, en la juventud es donde se me manifiesta Dios como el Dios presente, que nunca abandona y requiere de una respuesta personal y comprometida, que perdona, redime, da esperanza y marca rumbos de servicio y santidad, pues invita directamente a servirlo en los demás, empezando por la propia familia, expandiendo el corazón más de los propios límites físicos y que suavemente va haciendo surgir el deseo de una entrega total a Él, a través del servicio en el ministerio sacerdotal, presentándose como el tesoro más valioso, por el que vale la pena dejar profesión, trabajo, familia y todo para seguirlo a Él.

Es indudable que a lo largo de este camino está la familia, los demás, la Iglesia, los santos y la virgen María, pero sobre todo está Dios y la experiencia de Él a través de la vivencia de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación. Alimentada la propia vida con todo esto y con la oración y la adoración a Jesús Eucaristía y fortalecida por el servicio desinteresado a los demás, se vive la experiencia del discipulado y del envío misionero, desde donde brota en algunos el deseo de la consagración en la vida religiosa y en el ministerio sacerdotal.

Cabe también destacar que, si bien es cierto que están todas experiencias personales e incluso íntimas con Dios, Él también se hace presente en los problemas personales y en los del mundo, en las propias fallas y pecados como en la maldad y el error del hombre, por lo que la presencia de Dios invita a reconocer que no sólo hay algo mejor, sino que uno no puede ni debe quedar indiferente ante esas realidades, de tal manera que, en lugar de mantenerse ajeno o indiferente a ellas, el amor a Dios impela a buscar y a encontrar soluciones y a sembrar esperanza y mostrar caminos de salvación. Podría decir que a través de las adversidades y del mal presente es donde también la fe se fortalece y surge el deseo de llevar a Dios, ahí donde Él no es conocido o es rechazado, donde se requiere más de su amor para sanar y dar nueva vida.

EL DIOS EN EL QUE CREO es el Dios escondido en el pobre y en el que sufre, en quien lo ama y en quien lo rechaza, en el santo y en el

pecador, en el otro y en mí. Es el Dios escondido en la técnica y en la ciencia del hombre, pues se manifiesta en él y a través de él. Es el Dios escondido en los acontecimientos y en la naturaleza, es el Dios escondido que, sin embargo, en todo se revela con profundos destellos de amor que no dejan de cautivarme y me animan para que yo también sea un destello de su luz, y procure que todos vivan la misma alegría de descubrir a Dios en su corazón, para que ellos también lo reconozcan en su vida y lo manifiesten con sus palabras y acciones.

EL DIOS EN EL QUE CREO es quien me ha conducido a lo largo de mi vida y esto lo puedo constatar cuando miro hacia atrás y veo el camino recorrido, en donde no sólo descubro las huellas de su amor sino también las señales o momentos que puedo considerar importantes, como una especie de preparación para realizar lo que ahora hago o lo que soy.

EL DIOS EN EL QUE CREO realmente es mi Dios y mi todo, es quien me reta día a día a ser mejor y ayudar a que los demás y a que el mundo mismo sea mejor. Es por eso que quiero que todos los conozcan y lo amen y ésa es la única recompensa que quiero.

EL DIOS EN QUE CREO es quien me ha llamado a ser parte de la Iglesia católica, quien en mi Madre y Maestra, quien me engendra a la vida de la gracia y me acompaña, instruye y dirige y si caigo o fallo me levanta y orienta y por eso la amo y nunca la abandonaré, sino por el contrario siempre procuraré servirla y procurar que brille con todo su esplendor.

EL DIOS EN QUIEN CREO, que me ha llamado a su servicio para que lo sirva en mis hermanos. Desde que escuché su voz he procurado seguirlo en este servicio, primero como laico, luego como seminarista, luego como diácono, y hasta la actualidad como sacerdote desde el día de mi ordenación, el 16 de mayo de 1990, hace ya veinte años.

EL DIOS EN QUIEN CREO todos los días se pone en mis manos en el pobre que ayudo, en el enfermo a quien acompañó y unjo, en el niño que acaricio, en el joven que oriento, en la mujer que escucho, en el hombre al que aliento, en el anciano que hago reír, en la ancianita que me ve como a su nieto.

EL DIOS EN QUE CREO todos los días se pone en mis manos cuando rezó, o escribo o hago algo bueno para los demás y para gloria suya, cuando predico o escucho a alguien en sus penas, en su angustia o en sus alegrías, pero, sobre todo, EL DIOS EN QUE CREO se pone en mis manos cuando absuelvo o consagro las especies de pan y de vino.

En síntesis, EL DIOS EN QUIEN YO CREO ES EL DIOS AMOR, UNO Y TRINO, QUE NO ES SOLEDAD SINO COMUNIDAD DE AMOR Y VIDA

y quien crea al hombre a su semejanza para que lo haga presente en el tiempo y en la historia, en medio de la creación, la vida y el amor que sólo el ser humano puede experimentar y compartir. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** es quien me crea para COMPARTIR con la humanidad la alegría de la felicidad y nos crea libres para que hagamos la elección de vivir en la verdad en la justicia, experimentando desde el momento de nuestra concepción la grandeza de su amor, por lo que, sabiendo que rechazamos su plan de amor, no nos rechaza sino que nos envía a su Hijo, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna, y así, el mismo Dios nos enseña cómo vivir para ser felices en el amor, en el servicio y en el perdón, base importante para la solidaridad y la construcción del bien común.

EL DIOS EN QUIEN YO CREO es quien se queda en medio de nosotros y nos muestra destellos de su amor en aquellos hombres y mujeres que lo buscan y se dejan transformar por Él, de tal manera que si cada persona es un reflejo de su amor y confianza por la humanidad, los santos son la manifestación de lo que Él puede hacer en quien se deja transformar por su amor.

EL DIOS EN QUIEN YO CREO es Padre y creador de todo cuanto existe y por mismo puedo reconocer su presencia en cada cosa y en toda la creación. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** es verdadero Dios y verdadero Hombre, que se hace como uno de nosotros para enseñarnos cómo vivir, y nos da una gran prueba de su amor al morir en la Cruz y nos da la esperanza que salva al resucitar. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** es Espíritu Santo que me transforma, me inunda con su amor y me hace «uno» con Él.

EL DIOS EN QUIEN YO CREO es increado y, sin embargo, se hace hombre desarrollándose en el vientre de una mujer, enseñándonos que la dignidad del ser humano no está por el tamaño o volumen que ocupa en el espacio, sino en la grandeza de que desde el mismo momento de la concepción es un individuo de la especie humana, creado a imagen y semejanza de Dios.

EL DIOS EN QUIEN YO CREO me hace familiar suyo, pues me permite llamarle Padre y Hermano y se hace familiar mío al tomar mi naturaleza humana y al vivir en una familia en Nazaret, acompañado de su Madre, la virgen María y de su padre adoptivo, san José. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** me da la virgen María como Madre mía.

EN FIN, **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** no sólo es el fundamento de toda teología verdadera, sino el soporte y creador de todo cuanto existe y de toda cosmología. Es el sustento de todo ser viviente, en particular del hombre, y es fundamento de toda auténtica antropología y del reconoci-

miento de la dignidad de la vida del ser humano, y de sus derechos humanos. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** es el origen y culmen de toda verdad, belleza, bondad y libertad. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO**, en particular con sus Mandamientos, es el punto de referencia para la sana, plena y auténtica convivencia humana y garante del pleno desarrollo Humano. **EL DIOS EN QUIEN YO CREO** es referente necesario para la ciencia, la política, la ciencia, la legislación, para los medios de comunicación, para la educación, para la sociología y la psicología, para toda ciencia, pues todo procede de Él y todo lo ilumina con su bondad.

Concluyo diciendo que el **DIOS EN QUIEN YO CREO** es Persona, es amor, no es punto de referencia que yo invento y hago a mi medida, sino que es quien me ha creado y me reta día con día a ser, no solamente bueno o mejor, sino que me pide y me da todos los medios para asemejarme a Él, siendo santo.

Gracias Señor porque me aceptas tal como soy, pero haz que me convierta hasta ser como Tú quieras que sea. Señor, **MI DIOS EN QUIEN YO CREO**: que todos te conozcan y te amen, es la única recompensa quequier

Shirley E. Muñoz Graciano

Nació en 1986 en Los Ángeles, California. Musulmana y miembro activo de la comunidad musulmana local, en la que es conocida como Safia. Estudia la carrera de Historia en Guadalajara y ha vivido en esta ciudad desde el 2007.

Es el mismo Dios, sólo que los musulmanes nos referimos a él en árabe

Mi religión y forma de vida es el islam y el Dios en el que creo es Allah. Muchas personas creen que Allah es una deidad muy distinta al Dios, en el que creen los católicos y judíos, pero la verdad es que no. Nuestro libro sagrado es el Corán, el cual fue revelado al profeta Muhammad, el elegido por Allah para guiar a los hombres de su Ummah o familia, hace más de 1,300 años. Rezo cinco veces al día postrándome ante Allah en dirección a La Meca, lo cual resulta extraño para la mayoría de la gente. A veces no es fácil dejar lo que uno está haciendo cuando es hora de la oración, en especial antes del amanecer, pero la satisfacción

y la paz que uno siente mientras ora en sumisión a Allah es indescriptible.

El islam fue una religión que siempre llamó mi atención desde pequeña, aunque crecí siendo católica. Mis padres nunca fueron católicos practicantes y el catolicismo siempre me dejó muchas dudas que nunca nadie pudo resolver. A pesar de que me parecía una religión con creencias bellas, sentía un gran vacío. Cuando cumplí 16 años, comencé a asistir a una preparatoria en Los Ángeles, donde gran parte de mis compañeros eran musulmanes, por lo que para mí el islam se convirtió en algo primordial. Sin embargo, decidí esperar a tener más conocimientos sobre el islam antes de hacer mi conversión formal. Para aceptar el islam no es necesario estudiar por cierto número de años o hay que hacer un ritual solemne, simplemente es necesario que uno crea en los seis artículos de la fe del islam, los cuales son: creer en un solo Dios, en los ángeles, en los libros revelados por Dios, en sus profetas y mensajeros, creer en el día del juicio final y en la omnipresencia de Dios. Al creer esto y pronunciar la *Shahada* o profesión de fe, uno se convierte en musulmán.

Me tomó cerca de un año prepararme para tomar la decisión de decir la *Shahada*, la cual es «testifico que no existe ninguna deidad excepto Allah y que Muhammad es su mensajero». Declarar y creer en lo que dice la *Shahada* es el primero de los cinco pilares del islam, y al convertirme en musulmana comencé a realizar lo estipulado por Allah en los otros cuatro pilares: rezar las cinco oraciones o *Salat* cinco veces al día, pagar el *Zakat* anualmente, el ayuno durante el mes de Ramadán y, por último, realizar la peregrinación a la Meca o *Hajj* por lo menos una vez en la vida.

A diferencia de otras religiones que son más seculares, el islam, más que una religión, es una forma de vida, regulada por lo que Allah nos dice en el Corán y por las enseñanzas y el ejemplo del profeta Muhammad o *Sunnah*. Al aceptar el islam tuve que implementar muchos cambios en mi vida que, si bien no fue tarea fácil, me trajo muchas satisfacciones. Uno de los cambios que podría parecer más radical fue comenzar a usar el velo o *hijab*. La gente me pregunta todos los días si mi religión me obliga a utilizarlo. La verdad es que no, yo lo utilizo porque usar el velo es uno de los mandatos de Allah en el Corán y como musulmana estoy convencida de lo importante que es complacer a mi creador. En realidad, el *hijab* te hace sentir liberada, porque al usarlo no tienes la presión constante de tener cierta apariencia para ser aceptada de acuerdo a los cánones estéticos occidentales.

Una de las cosas que más me gustó del islam es el hecho de que incluso las cosas que nos podrían parecer más insignificantes, como saludar y sonreír a las personas, si tenemos la intención de hacerlas por y para Allah, se convierten en actos de adoración que Allah tomará en cuenta el día del juicio. Allah para mí lo es todo, es omnipotente y omnipresente y es el único que tiene facultad de perdonarnos o castigarnos. Allah para mí es lo más hermoso que existe y mi razón de existir es adorarlo. Para muchos podría sonar extraño, pero los mejores momentos de mi vida son los que paso haciendo oración a Allah. La sensación de que Él me está escuchando es tan fuerte, que en muchas ocasiones no puedo controlar las lágrimas.

Aceptar el islam como religión y forma de vida y someterme a Allah ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. Tengo muchas aspiraciones en la vida, pero la más grande de ellas es ser una buena musulmana y poder llegar a imitar las costumbres del profeta Muhammad, para así complacer al creador de todo lo existente y al dador de vida, Allah.

María Elsa López Maldonado

Miembro activo de la Iglesia del Dios Vivo, Columna y Apoyo de la Verdad la Luz del Mundo. Maestra en Lengua y Literatura Mexicanas por la Universidad de Guadalajara.

Dios vivo inmensamente misericordioso, que atiende nuestros ruegos y contesta nuestras peticiones

El Dios en que creemos en la iglesia La Luz del Mundo es un Dios vivo inmensamente misericordioso, que atiende nuestros ruegos y contesta nuestras peticiones cuando las elevamos en oración con devoción y respeto, es nuestro Padre creador, Él nos conoce y nosotros a Él aunque no le vemos físicamente porque es espíritu; sin embargo, cuando oramos de hinojos invocando su nombre por medio de su hijo Jesucristo, sentimos al momento su presencia, entonces todo nuestro ser se conmueve y tiembla porque siente la proximidad del ser que más amamos, el Dios todopoderoso al que adoramos y alabamos con loas, glorias y alabanzas y al que nos acercamos por medio de la oración sabiendo que existe y que todo lo puede. Algunas veces le rogamos

por nuestras propias necesidades y otras le pedimos bendición para nuestros hijos y familiares o amigos; pero estamos conscientes de que Dios escucha y responde la oración de los piadosos; de los que procuran llevar una vida recta, pues Él desaprueba la impiedad, aunque se compadece del pecador arrepentido, si éste se acerca a Dios con humillación, ofreciendo dejar su mal comportamiento.

No sabemos su nombre, pero en el de Cristo le invocamos y con clamor y lágrimas logramos conmoverlo, percibimos que está a nuestro lado escuchando nuestras súplicas, recibiendo nuestra gratitud y atendiendo a cada uno de sus hijos que con corazón contrito se dirigen a Él con fe y confianza, porque creemos fielmente que es un ser supremo de poder infinito. La palabra con que lo nominamos, es decir, «Dios», define los atributos que posee, porque es un ser divino, el único Dios verdadero, no hay otro creador del universo y del hombre en el que se recreó dándole de su imagen espiritual o soplo de vida. Desde luego es inmortal porque no tiene principio ni fin; su origen es incommensurable, Él fue primero que todo lo que existe y cuando los cielos y la tierra terminen su ciclo, Dios permanecerá porque es eterno. También tiene el atributo exclusivo de la omnipresencia, por lo que se encuentra en los cielos, en la tierra, en todo lugar y, desde luego, en nuestro corazón.

Este sentido de inmediatez que nos permite platicar con Dios es una dádiva que con su ejemplo nos enseñó Cristo. Él oraba al padre en todo tiempo y fue escuchado por su temor reverente, nunca le exigió, por ello en su oración le decía: «Padre: si es posible pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya...» De igual manera, es el Señor Jesucristo el que nos lleva al Padre, por medio de él pedimos y recibimos los dones espirituales y aún los materiales, de ahí que el apóstol de Jesucristo, Samuel Joaquín Flores, nos aconseja poner en oración todas nuestras necesidades y a confiar sólo en Dios, al que debemos amar con todo el corazón, teniéndole presente en todo instante, a honrarle en cada acción que realicemos y agradecer sus bondades aunque no le contemplemos, pues sabemos que siempre nos acompaña y nos cuida. Esta cercanía exige que siempre llevemos una vida íntegra, que no llevemos una doble moral, porque Dios nos ve en cualquier lugar, incluso conoce nuestros pensamientos; de ahí que no podemos escondernos para obrar el pecado, adonde vayamos ahí está nuestro Dios; sólo que no le vemos porque es un ser incorpóreo.

Asimismo es omnisciente, atributo que nos da la confianza para acercarnos a Él, solicitar su consejo sabiendo que conoce todo, el pasado, el presente y el futuro de la humanidad a la que le dio facultad de

pensar y, por ende, libertad con responsabilidad para elegir el camino del bien o del mal. Si decidimos servirle de corazón y voluntariamente, Él está atento a nuestras necesidades para aconsejarnos e iluminarnos con su presciencia, ya que es omnisciente, sabe lo que le vamos a pedir, lo que nos hace falta y cómo vamos actuar, Él nos inspira, pero nos deja que tomemos nuestras propias decisiones con el libre albedrío que nos dio para decidir, y en esa presciencia sabe de antemano cómo vamos a utilizar los dones innatos con que nos revistió. Por lo tanto, somos responsables de los actos de maldad o de bondad que hagamos a lo largo de nuestra vida, aunque nos da la fortaleza para soportar las adversidades y todo lo que nos commueve en nuestro ser.

Se caracteriza por la sabiduría con que nos guía, enviando siempre a mensajeros como el apóstol Aarón Joaquín para que nos enseñen a conocer la voluntad de Dios, a quien la Iglesia reconoce por ungido de Dios, por sus enseñanzas cristianas que Él le ha revelado y el ejemplo de vida, que lo distingue como un auténtico servidor de Dios. Él nos incita continuamente a honrar a Dios en todo, con palabras y hechos, para que a su vez nos abarque en su misericordia. Dios, como Padre, siempre nos protege porque somos sus hijos, miembros de su pueblo que rescató del mundo, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que para nosotros, los hermanos de la iglesia La Luz del Mundo, es el hijo de Dios, el Mesías que vino a salvarnos, pero es necesario aceptar su evangelio, porque todo el que crea en su hijo resucitará para vida eterna en los cielos, pues nos dio a ese hijo unigénito en propiciación. Es tanto el amor de Dios para nosotros que no escatimó la vida de Jesucristo, y a cambio de ella quiso darnos la salvación de nuestra alma por compasión y misericordia sin parangón; pero es necesario recibir la doctrina de Cristo predicada por un apóstol y tener la certeza que Él, Señor Jesucristo, aceptó morir para salvarnos; pero Dios lo resucitó, después lo sentó a su diestra en los cielos, desde donde está intercediendo por nosotros que somos sus hermanos adoptivos; estado místico que nos concedió con la dádiva del Espíritu Santo; gracia espiritual que a la vez nos permite percibir el galardón que nos espera y vivir con la esperanza en la vida eterna para nuestra alma, pues el cuerpo no tiene parte ni surte en los cielos con Dios.

Aunque para alcanzar este premio es necesario amar a Dios sobre todas las cosas, que es el mayor mandamiento, y amarle en el prójimo que vemos. Igualmente, procurar la paz con todos, llevar una vida sobria, cuidar el cuerpo que ahora es el templo del Espíritu Santo, conservar la fe y la esperanza hasta el último día de nuestra existencia,

practicando la caridad y la compasión con los necesitados, pues el justo se salvará por sus buenas obras que quedaron escritas en el libro de la vida, el cual abrirá Cristo con la autoridad para juzgar a las almas. Esta es la razón por la que en la Luz del Mundo reconocemos que Dios nos elige para conformar su iglesia, y esta elección es por determinación divina, aunque no teníamos méritos. Sin embargo, después de la conversión, es necesario ejercitarnos en el amor y la piedad a Dios y a su iglesia, porque galardonará a los que hicieron la voluntad de Dios, se compadecieron del que tenía hambre material y espiritual, socorrieron al pobre y al necesitado, visitaron a los hermanos enfermos, fueron fieles a Dios en la felicidad y en la adversidad, nunca se olvidaron de adorarle, amarle, agradecerle y alabarle por su bondad para con la humanidad. A éstos, el padre eterno los llamará a su derecha a poseer las moradas eternas, y a los irreverentes, idólatras e impíos los arrojará al fuego eterno de la condenación.

La pedagogía de Dios es colocarnos en la disyuntiva de seguir el camino correcto, el que elija servirle, además de la vida y el sol que hace salir para buenos y malos, en el día postrero le dará el precioso galardón de la vida eterna, en donde las almas serán como ángeles en el cielo. Al mismo tiempo, son innumerables las bendiciones por servir a Dios, aunque implique negamiento. Ésta es la razón por la que a nuestro Dios le servimos por amor, por la misericordia de darse a conocer a nosotros, llamarnos a formar parte de su pueblo y enviarnos un embajador del reino de los cielos que trae el Evangelio de Cristo, enseña el auténtico culto cristiano y la genuina adoración a Dios porque el Altísimo es bueno y misericordioso, digno de suprema alabanza.

El Dios en que creemos es uno y no le representamos en figura alguna; por ello, en la iglesia la Luz del Mundo no adoramos las imágenes ni a ningún ser que esté sobre los cielos o en la tierra, ni ningún ídolo porque son seres inanimados sin prez ni gloria. Para orar a Dios, las mujeres nos cubrimos la cabeza con una mantilla y de rodillas y en el nombre de su hijo Jesucristo nos acercamos a su sagrada presencia, suplicándole, incluso con lágrimas, a fin de moverlo a misericordia, pues sabemos que al corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia; por ello, en la iglesia La Luz del Mundo elevamos la oración a Dios acompañada de llanto, de reverentes súplicas y con devoción y fe.

Quien acuda a la Hermosa Provincia en Guadalajara, Jalisco, sede de la iglesia La Luz del Mundo o a cualquiera de las más de mil quinientas casas de oración diseminadas en cuarenta y tres países en donde ha sido aceptada la doctrina, comprobará la devoción y respeto

con que se efectúan los cultos de adoración a Dios, y si observa de cerca las prácticas y creencias que los hermanos hacen cotidianamente, comprobará que el cristianismo no es una religión de fe teórica, sino una forma honorable de vida; por ello, dijo el apóstol de Jesucristo, Samuel Joaquín Flores: «No hay mayor dignidad que ser cristiano.»

Noé Robles Gil

Congregación Cristiana de los Testigos de Jehová. Noé accedió a la invitación de escribir acerca de «El Dios en el que cree»; sin embargo, mencionó que por tratarse de un texto para publicar, y con el fin de que no se prestara a confusión, nos entregó este escrito, que es lo que cree su Iglesia y, por tanto, él. Se trata de un texto de difusión de la Congregación Cristiana de los Testigos de Jehová, donde se explica la idea de Dios que deben creer todos sus fieles.

«El que me ha enviado es real»

¿Es Dios real para usted?

Cuando experimenta problemas angustiosos, ¿se acerca inmediatamente a Dios en oración? Si así es, ¿siente que está hablando con una persona real? Jesucristo dijo sobre su Padre celestial: «El que me ha enviado es real» (Juan 7:28). Sí, Jehová Dios es real, y orarle a él es como pedir ayuda o consejo a un amigo humano íntimo. Por supuesto, para que Dios oiga nuestras oraciones, éstas tienen que satisfacer los requisitos bíblicos, como, por ejemplo, el de acercarse con humildad al «Oidor de la oración» mediante su Hijo Jesucristo (Salmo 65:2; 138:6; Juan 14:6).

Hay quienes piensan que en tanto Dios es invisible, es también impersonal. Para ellos es como un ente abstracto. Incluso a algunos cristianos, que conocen los maravillosos atributos de Dios, a veces les resulta difícil verlo como un ser real. ¿Le ha sucedido a usted? En tal caso, ¿qué puede ayudarle a percibir la realidad de Jehová Dios?

Estudie las Escrituras

—¿Estudia las Santas Escrituras con regularidad? Cuanto más frecuente e intenso sea su estudio de la Biblia, más real será Jehová Dios

para usted. Su fe se verá fortalecida y le permitirá, de hecho, «ver a Aquel que es invisible» (Hebreos 11:6, 27). Por otra parte, es probable que el estudio infrecuente o esporádico de la Biblia no produzca ningún efecto importante en su fe.

A modo de ejemplo: imagínese que su médico le dice que se aplique cierta pomada dos veces al día para eliminar un sarpullido persistente. ¿Le desaparecería éste si se aplicara la pomada sólo una o dos veces al mes? Probablemente, no. De igual modo, el salmista nos da una «prescripción» para nuestra salud espiritual: leer la Palabra de Dios «día y noche [...] en voz baja» (Salmo 1:1, 2). Para que el beneficio sea acumulativo tenemos que seguir la «prescripción»: un estudio diario de la Palabra de Dios con la ayuda de las publicaciones cristianas (Josué 1:8).

—¿Le gustaría que el tiempo que dedica al estudio de la Biblia fortaleciera más su fe? He aquí una recomendación: después de leer un capítulo de la *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras* u otra Biblia que tenga remisiones, seleccione un versículo que le interese y busque los textos a los que se remite. Esta costumbre enriquecerá su estudio y, sin duda, le impresionará comprobar la armonía interna de la Biblia. De este modo, Jehová Dios, el autor de la Biblia, será más real para usted.

El uso de las remisiones también puede familiarizarlo con las profecías bíblicas y su cumplimiento. Es posible que conozca las profecías más importantes de la Biblia, como las que se refieren a la destrucción de Jerusalén por los babilonios. Pero la Biblia contiene una cadena de profecías interrelacionadas y su cumplimiento. Algunas de ellas no son muy conocidas.

Por ejemplo, lea la profecía sobre el castigo por la reconstrucción de Jericó y luego analice su cumplimiento. Josué 6:26 dice: «Josué hizo que en aquel tiempo en particular se pronunciara un juramento, y dijo: ‘Maldito sea delante de Jehová el hombre que se levante y de veras edifique esta ciudad, aun a Jericó. Pagando con la pérdida de su primogénito eche los fundamentos de ella, y pagando con la pérdida del menor de los suyos ponga sus puertas’». El cumplimiento llegó unos quinientos años más tarde, pues leemos en 1 Reyes 16:34: «En sus días [del rey Acab], Hiel el betelita edificó a Jericó. Pagando con la pérdida de Abiram, su primogénito, colocó el fundamento de ella, y pagando con la pérdida de Segub, el menor de los suyos, puso sus puertas, conforme a la palabra de Jehová que él había hablado por medio de Josué hijo de Nun». Sólo un Dios real pudo inspirar esas profecías y hacer que se cumplieran.

Al leer la Biblia es posible que le llame la atención cierto punto en particular. Digamos que le interesa saber cuánto tiempo pasó entre una profecía y su cumplimiento. En vez de preguntárselo a otra persona, ¿por qué no intenta hallar la respuesta usted mismo? Con la ayuda de tablas y obras de consulta bíblicas busque la respuesta con el mismo esfuerzo que dedicaría a descifrar el mapa de un tesoro (Proverbios 2:4, 5). El que halle las respuestas por sí mismo tendrá un efecto profundo en su fe y hará que Jehová Dios sea más real para usted.

Ore con regularidad y fervor

No pase por alto la importancia de la oración y de la fe. Los discípulos de Jesús le pidieron específicamente: «Danos más fe» (Lucas 17:5). Si Jehová no ha sido muy real para usted, ¿por qué no expresarle en oración que necesita más fe? Pida a su Padre celestial con confianza que le ayude a verlo como una persona real.

Si le preocupa algún problema, tómese el tiempo necesario para expresarse sinceramente a su Amigo celestial. Jesús oró intensamente poco antes de su muerte. Aunque condenó la práctica religiosa de pronunciar largas oraciones para hacer ostentación pública, él pasó toda una noche orando en privado antes de escoger a sus doce apóstoles (Marcos 12:38-40; Lucas 6:12-16). También podemos aprender una lección de Ana, quien fue madre del profeta Samuel. «Ella oraba prolongadamente delante de Jehová» para pedirle que le diera un hijo (1 Samuel 1:12).

¿Cuál es la lección fundamental de todo ello? Si queremos recibir respuesta a nuestras oraciones, tenemos que orar sincera, ferviente e incesantemente, y, por supuesto, en armonía con la voluntad de Dios (Lucas 22:44; Romanos 12:12; 1 Tesalonicenses 5:17; 1 Juan 5:13-15). De este modo, él será real para usted.

Observe la creación. El pintor manifiesta su personalidad en sus cuadros. De igual manera, las «cualidades invisibles» de Jehová, el Diseñador y Creador del universo, se ven claramente en su creación (Romanos 1:20). Cuando observamos cuidadosamente la obra de las manos de Jehová, entendemos mejor su personalidad, y así él se hace más real para nosotros.

Si observamos la creación de Dios más que sólo superficialmente, es posible que ésta impresione en nosotros la realidad de las cualidades divinas. Por ejemplo, los datos sobre la navegación de las aves pueden profundizar nuestra valoración de la sabiduría de Jehová. Al leer sobre el universo, aprendemos que la Vía Láctea, de unos cien mil años luz

de ancho, es sólo una de las miles de millones de galaxias que se calcula que hay en el espacio. ¿No impresiona en nosotros la realidad de la sabiduría del Creador?

Sin duda alguna, la sabiduría de Dios es real. Pero ¿qué significa para nosotros? Pues, por ejemplo, que los problemas que cualquiera de nosotros pueda presentarle en oración, nunca van a parecerle demasiado complicados. Efectivamente, hasta un conocimiento somero de la creación puede hacer que Jehová sea más real para nosotros.

Ande con Jehová

¿Puede usted experimentar personalmente lo real que es Jehová? Sí, en la medida que se parezca al fiel patriarca Noé. Él siempre obedeció de tal manera a Jehová, que pudo decirse: «Noé andaba con el Dios verdadero» (Génesis 6:9). Noé vivió como si Jehová estuviera a su mismo lado. Dios puede ser así de real para usted.

Quienes andan con Dios confían en las promesas bíblicas y actúan en consecuencia. Por ejemplo, creen en las palabras de Jesús: «Sigan [...] buscando primero el reino y la justicia de Dios, y todas estas otras cosas [las necesidades materiales] les serán añadidas» (Mateo 6:25-33). Es cierto que Jehová no siempre nos provee lo que necesitamos como nosotros lo esperamos. Sin embargo, cuando oramos a Dios y luego experimentamos su ayuda, llega a ser tan real para nosotros como alguien que está a nuestro lado.

Esta relación estrecha con Jehová se profundiza andando continuamente con él. Piense en Manuela, una testigo hispanohablante, que ha pasado por muchas pruebas. Ella dice: «Siempre que he tenido problemas o necesidades, he seguido el principio de Proverbios 18:10: acudir a Jehová por ayuda. Siempre ha sido ‘una torre fuerte’ para mí». Manuela puede expresarse así después de treinta y seis años de confiar en Jehová y experimentar su apoyo.

¿Está usted empezando ahora a confiar en Jehová? No se desanime si su relación con él no es aún como le gustaría que fuera. Viva todos los días como alguien que anda con Dios. Al ir forjando un patrón de fidelidad en la vida, llegará a disfrutar de una relación más íntima con Jehová (Salmo 25:14; Proverbios 3:26, 32).

Otra manera de andar con Dios es estando absorto en su servicio. Cuando participa en la predicación del Reino se hace colaborador de Jehová (1 Corintios 3:9). Si es consciente de este hecho, Dios será muy real para usted.

El salmista dice: «Haz rodar sobre Jehová tu camino, y fíate de él, y él mismo obrará» (Salmo 37:5). Nunca deje de «hacer rodar» sobre Dios cualquier carga o preocupación que tenga. Acuda siempre a Él por ayuda y dirección. Si ora a Jehová Dios y confía plenamente en él, se sentirá seguro porque sabrá que él nunca dejará de actuar en favor suyo. ¿Se acerca usted a Jehová con confianza para expresarle sus preocupaciones personales? Lo hará, si Dios es real para usted.

Emilio López de la Cruz

Marakame Wirrárika. Permitió utilizar el testimonio grabado en el video *Sol huichol. Preparación y ritual de la fiesta del tambor en una familia huichol* de Roland Pellarin en colaboración con Ulla Straessle. Señaló que le era difícil expresarse en español y que ya en el video decía todo. Visita con frecuencia la ciudad de Guadalajara para hacer curaciones.

Sobre todo, entendí la visión integral del mundo divino

Nunca hasta ahora había contado mi historia, ni mis visiones, ni lo que había aprendido, a mis hijos, nietos, padres o abuelos. El interés es que mi familia tuviese un recuerdo de mi peregrinación que hice durante mi juventud al desierto sagrado de Wirikuta. También puede ser útil a mi familia para que sepan cómo llegué a ser chamán; porque mi papá no me enseñó la manera de curar a la gente.

Al tomar el peyote sagrado recibí los mensajes que me mandaban los dioses, que entendí y aprendí de ellos, es por eso que ahora soy marakame, un chamán huichol. Muchos tienen miedo al peyote, pero la rosita te da conocimiento y sabiduría, de hecho es una planta de enseñanza y debes tratarla con mucho amor y cariño.

De joven quise ir al desierto de Real de Catorce para conocer mejor mi cultura. Salimos de Ciruelillo y nos quedamos primero en Pochotitla. Como los otros peregrinos eran ancianos y caminaban lentos, quise rebasarlos porque era joven y fuerte, pero debía respetar el ritmo de los demás. Varias veces tuvimos que pararnos para acampar en el lugar sagrado de El Águila, cada noche hacíamos un fuego sagrado para los espíritus, pero yo no lo entendía. La peregrinación se llevó a cabo según unos conocimientos que yo no tenía. Al final llegamos al

lugar llamado Nierika «El Rostro» y nos quedamos a acampar. Al día siguiente llegamos a la puerta de los peregrinos. Era joven y no traía ofrendas como flechas, velas ni jícaras. En estos lugares sagrados sentía la presencia de muchos dioses, quise entender lo que ocurría y eso necesitó de mí muchos sacrificios. Los ancestros y los abuelos hicieron las jícaras con mucho amor y los llevamos a Wirikuta porque eran importantísimas para nosotros.

Fue el santo Domingo quien nos indicó el camino a seguir. Entonces, los otros peregrinos me dieron una jícara con peyote para consumirla. Fue gracias a las visiones de la rosita que me hice chamán. Si alguien está interesado puede captar los mensajes. Muchos tienen miedo del peyote, sobre todo los jóvenes, pero la rosita te da conocimientos y sabiduría. De hecho es una planta de enseñanza. Esta planta sagrada es amarga, pero si fuera dulce como una manzana, la consumiríamos demasiado.

El día que esta medicina te da un conocimiento debes de hacerle un regalo y tratarla con mucho amor. Los dioses nos han otorgado esta planta para que entendamos sus mensajes.

Esa noche entendí lo que los dioses me querían decir. Sobre todo entendí la visión integral del mundo divino. Comprendí por primera vez que los dioses se comunican entre ellos. Observé en mis visiones un venado llamado Kaoyumari, él me anunció que antes que nacieran los hombres, los dioses salieron de San Blas. Luego fueron cada uno en cuatro direcciones diferentes para difundir sus mensajes. Vi que había un lago, un valle, y cómo los dioses transformaron el valle en llanura. De repente vi un chamán que me anunció que yo sería chamán porque tengo el don.

Este anciano me dio unas plumas sagradas que yo acepté. Es ahí cuando todo empezó con ayuda del peyote, que da enseñanzas y sabiduría. Las plumas sagradas eran muy antiguas; se llaman Muwieri, y las tomé. Fue así como entendí que sería chamán y que debía de seguir este camino. Nosotros los chamanes sólo transmitimos los mensajes que nos envían los dioses.

Durante esta y otras visiones escuché los mensajes que me mandaban los dioses. Yo no estaba soñando, ni borracho, sólo estaba bajo los efectos del peyote. Me pusieron de pie largo tiempo sobre este disco que giraba. En este tiempo pude observar los lugares sagrados donde vivían los dioses.

De joven siempre quería conocer Real de Catorce y los lugares sagrados, para saber quién vivía en estos lugares. Con el peyote podía comunicarme con los dioses sin ningún problema.

En ese círculo entendí que nuestro padre Tayau, el sol, estaba llegando. Oí un ruido tremendo, eran los pasos de nuestro padre el Sol, Tawerika. Los dioses me avisaron: «Cuidado. Él nos puede abandonar, pero no le dejes». De repente vi un arco iris, estando todavía en el círculo. Los dioses me dijeron: «No te muevas porque el Padre Sol te puede quemar. Escucharás señales de él, y cuando te haya dejado los mensajes, los captarás y comprenderás durante la noche». Luego me di cuenta que había una serpiente dando vueltas a mi alrededor. El Sol me dijo que mi camino era el correcto y que iba a recibir un mensaje importante, un mensaje sobre el maíz, de cómo nació y también de dónde viene. Cuando era joven no me importaba la milpa, pero esta vez entendí que eso era vital para nosotros. Tenemos que proteger el maíz, respetar esta herencia de los antepasados, de los dioses.

La fiesta del tambor⁷

En la primera vez, dice que se abre la puerta; por ejemplo, ese es en la primera. Para nosotros, todos los grupos a entregar a nuestra energía, toda. Esa es cosa muy importante. Hay que pedir el agüelito fuego, por eso el canto de los marakame de ahí, porque escuchan qué está pasando. Escuchan lo que cada quien a nuestra familia, todo, que estemos bien, porque él pide de favor todo, que está enfermo, te dicen los marakames. Cuando cantan, va a cantar un marakame y van a participar los niños con la sonaja, haz de cuenta, dice de los marakame que va una peregrinación a Real, esos marakames los van a arrear a los niños, todos. Hacen un círculo, también manejo de energía, y luego cada quien sus ofrendas, su vela, su maíz, eso se llama la fiesta del tambor, del maíz, de los niños. Esos marakames van a pedir mucho por ellos, y lo va a llevar hasta el Real, hasta donde se regresa, hasta las aves.

Eso es cuando sacrificamos al toro a nuestros dioses. Ésa es la vela que hay que prender, de los que es una ofrenda, es también a nuestros dioses, se bendice, es de la sangre de todos, es una ofrenda, es una vela, un cirio, pero tú tienes que compartir de todo. Cuando se acaba, en la tarde le dicen «ya los traen» y ya le dicen «ya llegamos». Ya descansan a los niños y ya le dicen los marakames que descancen, porque se cansan mucho, y a nosotras las mamás, pues ya le decimos «te damos gracias», que descansen, que estén bien, y ya se acabó el círculo, ya se

⁷ Narrada por una mujer de la comunidad, anónima.

despide de los marakames, también él, los niños, pos gracias a Dios no nos pasó nada. Todo bien en la ceremonia, y ya hacemos despedida y se acabó la fiesta del tambor.

Cuando ya se acaba el tambor ya sigue el baile, pero así en la noche, la danza, ya siguen la danza y también hacen un círculo cada persona o los dos, lo que pueda uno bailar, toda la noche también.

Ya cuando se acaba la fiesta y le damos los marakames caldo de res, tortillas, lo que nosotros sabemos hacerle, le hacemos un regalo, porque los marakames, los jicareros nos cansamos mucho, y aparte la energía dos veces. Dos noches sin dormir, no te imaginas cómo se cansa, pero vale la pena. Yo pienso que es nuestra costumbre, ojalá que no la perdemos.

Ananta Ram Das

Comunidad Hare Krishna de Guadalajara. Su nombre significa «Sirviente de aquel que es Dios, que da ilimitada bienaventuranza». La entrevista se realizó en el templo de la Comunidad Hare Krishna Nueva Nilachal de Guadalajara, en octubre del 2010.

Un devoto de Dios se dedica y busca ser un instrumento de Dios

Conocí al maestro Bhaktivedanta Swami Prabhupāda en California, en Culver city en el año de 1975. Acabando de estudiar aquí en la Universidad de Guadalajara fui de vacaciones a California y conocí al maestro durante los últimos dos años que estuvo en California —dio dos vueltas al planeta— fue una relación muy calurosa y amistosa; al mismo tiempo, estaba aprendiendo en el templo principal después del de Bengala, en India.

Nosotros no creemos en las personas porque creemos que son débiles ante las cosas de la vida. Un devoto de Dios se dedica y busca ser un instrumento de Dios, no se vuelve un instrumento de los sentidos y las debilidades pasionales de los sentidos del cuerpo, ésa es la diferencia de ser devoto. Jesús, por eso, fue de gran renombre; no conoce la gente muy bien la historia, porque a veces ven nomás su lado espiritual y no quieren ver que tenía un cuerpo también, y ésa es la verdadera historia de Jesús: que era también un ser vivo, pero tenía realizaciones

y conocimientos. Partiendo del espíritu que es eterno y está conectado con el cuerpo, puede entender toda la historia de Jesús y verdaderamente ver la realidad, que es la misma realidad en nosotros: que entre más conocemos y llevamos a cabo los conocimientos que ya están en todo el planeta, podemos vivir una vida igual que Jesús, pero no como la que entiende la gente, con un fanatismo sin conocimiento o una especulación sin tener fe en Dios.

—¿Quién es Dios para usted?

—Dios es el creador de la creación. Hay un gran ejemplo que pueden encontrar y lo han oído en la historia: Newton estudió cómo funcionaban los planetas, y en su casa hizo el esquema de cómo estaban el Sol, la Tierra, Venus, Marte, Júpiter, todos girando alrededor, y un amigo le dijo «¿quién creó esto tan bello?» y contestó: «he ahí la cuestión. Alguien crea las cosas, no es por accidente». Nosotros estamos investigando la acción intuitiva del ser humano, tratar de entender las cosas, pero también la creación misma; y cada ser es parte de la creación. Por eso, en todas las escrituras le dicen, «están hechos a imagen y semejanza de Dios.» Los únicos seres que entienden en la Tierra son aquellos que tienen un cuerpo humano; todos los demás cuerpos de vida no pueden autorrealizarse, por eso, todas las escrituras dicen que el hombre tiene un cuerpo a semejanza de Dios. Y este cuerpo humano es el reflejo del que es el esencial, el cuerpo original, la chispa viviente, tiene cuerpo, ojos, manos, pero no se quema, no se moja, no se corta; es de diferente materia. Hay que entender en el plano científico la materia: hay materias y energías diferentes, la energía más material es la que percibimos, y es cambiante; la esencia es la que no cambia. De ahí que se puede entender que todos los demás seres dependen de cuando el alma alcanza esta evolución que hemos entendido con Darwin, él la entendió, pero no se quiso meter a fondo sino dejar el principio de que hay una evolución. El humano mismo tiene que encontrar cuál es esa evolución en la esencia. Llega usted a un cuerpo humano y es ahí donde tiene que actuar para autorrealizarse; los demás seres dependen de la acción que tenemos los seres humanos para que los demás se beneficien con nuestras acciones. Todo, desde vibrar y probar, cada acción que hacemos para poder alimentar al cuerpo y para vibrar, comunicarnos, alabar, con sólo pronunciar frases de conocimiento de autorrealización. Todo este conocimiento se puede encontrar en la historia de la humanidad; se encuentra en las pirámides de México, en las pirámides de Egipto, en las pirámides y templos de la India, y en toda la historia del planeta. Buscando van a

encontrar que la historia de la humanidad es una sola, pero en diferente lugar.

Vishnu es una palabra para Dios en sánscrito, como así tenemos en el idioma castellano palabras para definir a Dios, en cada idioma se tienen para definir a un creador y a la creación. *Vishnu* significa «Aquel que es el sustentador de las cosas»; el aspecto omnipresente de Dios que está en cada átomo, en cada célula, dentro de cada alma, para dar dirección. Es como la electricidad, se expande, pero también usted es de la misma naturaleza, de esa energía eterna. Por eso ahí está Dios, y lo dicen en todas las escrituras. Hay un aspecto omnipresente de Dios junto con el alma, la *Shiva*, la chispa viviente, la esencia de cada cosa, átomo, células.

La vida es vibración. Hay datos en muchas maneras: «El principio fue el verbo». Dios crea por sonido, verbo. Pero crea una materia, le da una función, la materia ya está ahí, la esencia, las almas ya está ahí, por su libre albedrío toman un lugar donde quieren estar y vienen de los lugares del mundo antimaterial, del mundo espiritual, lo que muchos conocen como el paraíso; es más allá de todos estos universos. Hay tres cuartas partes de energía eterna donde están los universos espirituales, y uno puede dirigirse hacia allá por el libre albedrío.

En mi experiencia eso se da a través de cultivar el conocimiento. Es una experiencia reveladora. Dios dice (hay versos semejantes en todas las escrituras) que el conocimiento de Dios está aquí en la Tierra, en la historia que cuenta toda la humanidad, en la directa percepción del yo, de su ser, por realización y revelación; a medida que lleva cierto conocimiento a la práctica, las energías funcionan diferente y usted puede contactarse con ese diferente tipo de energías y así tiene realizaciones; como cuando vamos a la escuela: a medida que nos enseñan vamos entendiendo por principios de lógica y razonamiento; nada se puede entender sin esos principios.

Yo desde que comencé como ser vivo, al tratar de entender la vida, fui analizando la situación. Aún viviendo aquí en México, busqué cómo vivir de la mejor manera para poder autorrealizarme. Primero entendí que todo esto que hacemos de complacencia de los sentidos es un sabotaje a nuestra realización, vivir en esta sociedad no es fácil. Si no tiene conocimiento, si no tiene un carácter personal, usted es víctima de toda la propaganda que hay: cómprese un nuevo vestido, una licuadora, un nuevo carro... y acaban cambiando de esposa y de novio tras novio. Aquí en Guadalajara, un ejemplo, hace años hicieron un censo y había siete mujeres por cada hombre: ¿qué van a hacer todas las demás mujeres? y ¿qué van a hacer todos los hombres?, ¡es

por lógica! yo buscaba mi personal realización, pensaba vivir fuera de aquí y buscar un lugar donde no depender y, hasta ahorita, buscando el conocimiento.

Pero Dios también busca la manera de que uno aprenda, Él es el que ayuda, la Divina Providencia. Todos esos seres que hay en el universo funcionan en una armonía junto con nosotros, y Dios mismo es parte de ello, de sus energías. A veces el aspecto de Dios no es fácil de entender; pero si entiende uno, por lógica, que hay creación y que uno también procrea, entonces se puede entender que hay algo, que usted es parte de esa creación de eternidad y que la materia cambia. Nadie piensa que va a morir, pero en todo momento se están muriendo; si hay un accidente, nosotros continuamos en nuestras labores; todo mundo sigue como si no fuera a morir.

La materia está cambiando cada momento, vivimos con una ligera percepción de que va a cambiar y que algo va a cambiar en nosotros; lo vemos en casa, en la sociedad donde vivimos, pero con ese condicionamiento; porque tenemos raciocinio, entendemos que si están cambiando las cosas, no hay que dejarnos llevar tanto por la ilusión, hay que estar más sobrios para la realidad, de que estamos siendo a través de una experiencia humana y no sabemos cuándo se termina; entonces hay que ponerse serios y no hacerse tantas ilusiones con las cosas: querer preservar las cosas que no van a preservarse. Dicen que si uno se autorrealiza se liberan diez almas en generaciones por venir y diez generaciones de almas que están conectadas en el pasado. Uno se apega por el condicionamiento, a las personas, a la familia, pero tanto amor parece que no da chance de respirar, ni de madurar, ni de tener una vida libre.

Dios me enseñó muchas maneras, al no querer yo vivir así, pero no tenía todo el conocimiento. Había estudiado en la universidad y buscaba todo en los libros que podía entender. Andaba buscando y tratando de entender la vida, entenderse a uno mismo y salir de las imitaciones que a uno le hacen creer, tradiciones que no ayudan, que a veces son como ganchos de historia. Hay que entender la historia, que fue temporal, no identificarse tanto que uno se anda matando por tradiciones que no le llevan a autorrealizarse ni ayudan a los demás a liberarse. Si uno quiere lo mejor para uno, es como querer lo mejor para los demás, porque donde vive con los demás en la tierra, al buscar lo mejor para usted, quiere lo mejor para el lugar donde está y todos los que están, como pájaros, árboles, seres humanos sin importar la raza.

Así que fui a Estados Unidos y aprendí de los maestros, conocí a muchos de los que leí aquí, porque a Estados Unidos iba mucha gente,

como que allá era donde juntaba Dios a todos. Dios nos está enseñando cómo poder convivir y apreciar a los demás.

Aquí no existe el sacerdocio; todos pueden casarse. Aquí es más bien como la escuela, va uno y estudia. En una escuela se tienen principios y regulaciones: a la hora de entrar uno tiene que seguir los principios, primero: no tener relaciones físicas, amorosas o conyugales, sin estar casado. Es como el principio del conocimiento, ya que si tiene relaciones va a procrear, para que así use su energía, es como una ciencia que se ha perdido; pero si cuida todos esos principios que enseñan las escrituras va a ver que vive más saludable, no depende tanto, porque cuida su energía, no la tira y tiene más sobriedad; sus sentidos no lo andan llevando e ilusionándose y sufriendo a cada momento; mejor hace las cosas con conciencia: conciencia: es puro conocimiento, de educación y así sabe uno que si tiene relaciones va a nacer un hijo, y uno busca la mejor educación para uno mismo, mejor ambiente para que aquel ser tenga una buena atmósfera y una buena mentalidad y un buen cuerpo.

Karma es una palabra que se ha vuelto muy popular, pero el significado real lo podemos entender hasta en la ciencia. Einstein lo entendió: acción reacción, causa y efecto, eso lo aprende uno en la escuela, ése es el principio de que funciona todo. Puede nacer un alma que no es muy buena en una familia buena y es para aprender los buenos de los malos y los malos de los buenos; van a aprender que los malos han tenido más actividades en el pasado, que tuvieron una reacción, su reacción es tu tipo de mentalidad y su cuerpo y su tipo de conciencia, pero todo es educación. Un árbol puede estar torcido, pero con conocimiento se endereza, se le cuida y se endereza, de la misma manera, nunca es tarde para aprender y para llevar una vida buena y entender que uno es un ser eterno, tan pronto comienza uno a entenderlo hay que actuar para dejar de sufrir.

En la historia, cada rey y emperador hacía un palacio de piedra. Todos tienen figuras de *Vishnu*. El templo más grande de *Vishnu* no está en India, está en Vietnam. De acuerdo al sonido, Vietnam significa «el nombre absoluto de Dios», de la raíz de los idiomas. Lo que tenemos es conocimiento de cómo está funcionando el universo con seres que hay allí, no los entendemos porque nuestra atmósfera y nuestro cuerpo no ven el tipo de cuerpos que hay en esa atmósfera; es otra forma de vida, cada forma de vida es diferente. Aquí nos podemos entender nosotros porque tenemos el mismo cuerpo, y vivimos dentro de esta atmósfera del planeta tierra, pero así como hay un océano aquí de sal, hay mu-

chos océanos diferentes en todo el universo, y así como tenemos esta atmósfera de capa de ozono, ellos tienen otras atmósferas; entonces, de acuerdo a la naturaleza, son diferentes los cuerpos. Muchos tienen cuerpos sutiles: el ejemplo más cercano que tenemos es el de los ángeles; los ángeles viven en un planeta también, son unos de los seres que representan a Dios; ellos están en bondad y nos ayudan a nosotros; por eso, desde niños nos enseñan a invocar a los seres de bondad divinos, para que los seres que no tienen un cuerpo y que no son seres divinos no te molesten, seres de ignorancia, de oscuridad. El principio es que los seres que no evolucionan pueden no tomar un cuerpo y quedarse en un plano sutil, ésas son las personas que no quisieron autorrealizarse, que se rehusaban a vivir una vida sana, una vida espiritual.

Brahma es el primer ser viviente dentro de cada universo, se entiende que en el principio fue el verbo. Hay una manifestación y Dios instruye al primer ser viviente de cada universo, y ese ser manifiesta todos los seres que pueblan todos los planetas y los universos le llaman *prayapatis, manus*, y ellos van poblando. Todos los seres tienen la función de poblar todo el universo, porque solamente así las almas, teniendo un cuerpo, van a autorrealizarse y eso lo vemos en toda la historia, y va mas allá. Uno de los libros que leemos nosotros se llama *La canción del supremo*, que narra un acontecimiento que sucedió antes de que cambiara la vibración en el planeta, de que entrara la nueva era, todavía el sonido y todos los planetas, y estaba aquí Dios mismo en una manifestación. *Krishna* significa en sánscrito «aquel que es el más atractivo», todos apreciamos en una persona sus cualidades; todos nos conocemos y apreciamos las cualidades que tenemos; y así apreciamos también a nuestro amigo que es Dios y que es nuestro mejor amigo. Él también tiene sus cualidades, las mismas que nosotros tenemos, la naturaleza del alma es *Sat* eterna, *Cit* llena de conocimiento, y *Ananda*, llena de bienaventuranza, de felicidad, diferente a la que percibimos con nuestro cuerpo. Todas las almas toman una función; dicen que hasta usted puede tomar esa función de *Shiva o Brahma*, o *Durgan*, la Guadalupana, que es reflejo de la madre del universo y la han conocido en toda la historia de la humanidad.

Omó ni Obatalá

Se reserva la identidad del entrevistado.

Cada persona tiene un cuadro espiritual, unos guías específicos que pertenecen a alguna de las falanges más importantes de los *orishas*

El *Umbanda* es un triple sincretismo en donde tienes, por un lado, los cultos de la tradición africana, las religiones nativas de América y el cristianismo completamente imbuido en esos cultos. El Cristo del Corcovado de Brasil, por ejemplo, el Jesucristo que está en el Pan de Azúcar, para los brasileños es Jesucristo, pero también es *Obatalá*.

Mi familia pertenecía a los cultos Umbanda, los cultos espirítistas sincréticos, y era adepta al candomblé, una variante brasileña de la religión yoruba. Yo tenía ocho años cuando sucede este contacto hermoso con la visión africanista.

Hay una forma de pertenecer a estos cultos sin ser formalmente iniciado: participar en los rituales. Es ahí donde yo entro en contacto con algunas disciplinas como la mediumnidad incorporativa, propias del africanismo y del espiritismo sincrético. Es ahí donde veo por primera vez una incorporación, una manifestación mediúnica a través de un cuerpo que es prestado, para que ese espíritu, o esa fuerza se manifieste, hable, trabaje, etcétera.

La forma del culto en esas religiones es muy visual: hay muchos colores, muchos elementos naturales. Es un culto muy terrestre, participan muchos elementos naturales: comida, velas, incienso, aromas... hay una explosión sensorial muy fuerte. Todo eso se utiliza como ofrenda o como una especie de vehículo, de intercambio con esas fuerzas.

Lo segundo que puedo decir, y es muy fuerte, es la noción de que todo el tiempo estoy acompañado. Eso fue lo primero que empecé a sentir, que la vida no es exactamente lo que uno ve nada más, sino que en todo tiempo y en todo lugar hay presencias. Salir a la calle y saber que en esa esquina va a estar *Eleguá*, va a estar *Oxún*, etc., todas estas manifestaciones; que cuando estoy cruzando una vía de tren va a estar *Ogún* ahí, que cuando hay armas o cuchillos está igualmente *Ogún*. Si todo elemento natural tiene un espíritu regente, entonces la vida entera está regida, está organizada, tiene leyes que son invisibles. Entonces, sentí que nunca más iba a estar solo, jamás; aunque no pudiese

ver quién estuviera ahí, siempre habría algo. Eso es lo primero que está ya en mi corazón y que cambia mi manera de ver el mundo completamente. El mundo se vuelve sobrenatural, así, de repente.

Cada persona tiene un cuadro espiritual, unos guías específicos que pertenecen a alguna de las falanges más importantes de los *orishas*; estos espíritus regentes, que podríamos comparar con ángeles, son espíritus angélicos muy elevados. Entonces, dentro de esas falanges se acomodan espíritus de diferente jerarquía; en una jerarquía menos elevada esos espíritus nos están acompañando; cada practicante tiene que llevar a cabo una relación de conocimiento y afinidad con cada uno de estos guías o cuadro espiritual que está haciendo las veces de guardianes, de regentes, de custodios. Eso lleva tiempo, porque es necesario conocer cuáles son esas entidades, a cuáles de esas falanges pertenecen, cuáles son sus colores, etc.; además, ese guía tiene que llevar un proceso de conocimiento del cuerpo, es decir: en la mediumnidad incorporativa yo tengo que aprender cómo ceder el cuerpo y él tiene que aprender cómo tomar el cuerpo. Es como andar en bicicleta o algo así, al principio uno se cae, pero después uno va aprendiendo a ceder los equilibrios. Esto es un trabajo en el que el cuerpo de uno es cedido en préstamo, de alguna forma, y eso es un aprendizaje desde los dos lados: desde lo sobrenatural a lo natural y de lo natural hacia lo sobrenatural. Eso lleva varios años, durante los cuales se van manifestando los diferentes guías.

La primera afinidad que aparece es lo que se llama «el santo de cabeza» o el *orisha*, «el santo» le dicen en Cuba. El *orisha* de cabeza que me rige es *Obatalá*, soy *omóni Obatalá*; eso significa «hijo de *Obatalá*». Cada una de las personas que han sido creadas y manifiestas en este mundo tienen un regente, un núcleo, un núcleo de regencia a partir del cual todo su ser se manifiesta y evoluciona. Es un arquetipo que lo liga con el origen de todo; tenga esa persona conocimiento del arquetipo o no la tenga, de todas formas el arquetipo está ahí. En ese sentido, *Obatalá* es mi padre, podríamos decirle así, y mi madre; es ambas cosas porque es un *orisha* andrógino, que tiene las dos naturalezas. Hay *orishas* o ángeles que tienen características masculinas, otras femeninas y éste en especial tiene las dos naturalezas incluidas; es hijo directo de *Olofí*. *Olofí* es la divinidad en persona, del cual no conocemos absolutamente nada, más que a través de sus hijos, que son las emanaciones directas de *Olofí*.

Olofí está retirado de la Creación; es lo que se dice. El primer hijo que tiene *Olofí* es *Obatalá*. *Obatalá* manifiesta al resto de los *orishas*

con *Yemanjá*, que es la contraparte femenina y se vincula con el mar. Cada uno de estos ángeles tiene una conexión muy fuerte con alguno de los aspectos de la materia, con algunos ámbitos materiales; por ejemplo a *Obatalá*, a diferencia de los demás, se lo conecta con el cielo, con la atmósfera. A *Xangó* se lo conecta con las piedras, con los rayos. *Oxossi* es el cazador, se le identifica con las matas, con los lugares de bosques. A *Ogún* se le conecta con los metales; rige las herrerías, las armas, tiene que ver con la guerra, los conflictos; y así cada *orisha*. *Elegguá* es el señor de los caminos, el señor de las encrucijadas, es el que abre y cierra todo lo que sucede en el mundo; el que tiene las llaves, y el más cercano a nosotros. En esta especie de jerarquía, *Elegguá* es el que nos asiste de forma más cercana, y, por lo tanto, tiene una moral bastante similar a la moral humana, bastante doble.

Una sesión de mediumnidad incorporativa tiene los siguientes elementos: el más importante es el tambor, que es el que llama. El *pai de santos* es el que está guiando o dirigiendo la sesión; generalmente hay un altar en el frente y están los médiums dispuestos en un semicírculo amplio. Detrás de ese círculo está el resto de la gente, los invitados externos, la feligresía. Todos los médiums están vestidos de blanco o con atavíos propios de su santo o del día especial, si es una fiesta. La gente que hace consulta entonces abre, y efectivamente consulta con la gente de mediumnidad, con los espíritus que estén *cabalgando* en ese momento, y el espíritu trabaja. En esta consulta es donde se da el acto médico, el acto de curación. Se da así porque este espíritu mediumnizado, a través de esta persona, actúa generando manipulaciones de la bioenergía, eso es lo que hacen, manipulan la energía, aquí le llaman limpias ¿no?, utilizando diversos elementos como vínculos, como soportes; puede ser una planta, una bebida, el humo del tabaco, cualquier elemento natural. No es en sí el elemento el que cura sino la forma o fuerza vital que anima a ese elemento lo que genera la curación. Entonces, el espíritu trabaja generando un vínculo entre la fuerza vital de los elementos, ordenando, equilibrando la fuerza de la persona que está consultando, eso es básicamente.

La evolución espiritual que puede proporcionar este culto a diversas personas depende del criterio personal con el que el consultante se acerque a esa tradición y de la honestidad y la madurez espiritual de aquel que imparte la instrucción. Es sumamente subjetivo, no hay un corpus de enseñanza como en la Iglesia católica, no. No hay eso, hay arquetipos. Los arquetipos son mitológicos, no significa que no existan, sólo son mitológicos; entonces, es muy difícil regular la ense-

ñanza. Se conoce muy poco del acervo cultural que dio origen a estas prácticas.

Hay un gran conocimiento sobre el uso de la botánica. Es un conocimiento que de hecho hoy en día sigue siendo completamente cerrado y secreto. No se le da un dato sobre una hierba a ninguna persona que no sea un iniciado. Es un culto muy, muy extendido en Cuba; se ha hecho una cosa preciosa en torno a esto.

En México no hay *Umbanda*, la influencia mayor está en una parte de Cuba. Lo que hay es santería cubana; hay *babalaos*, una especie de sacerdotes de *Ifá*, que no es lo mismo.

Lo que me aleja principalmente de ese camino es el doble filo que tienen estos cultos, el grave peligro que encierran. Es el conocimiento de las mecánicas naturales y sobrenaturales; es decir, la magia. La magia que encierran esos cultos es poderosa; es un instrumento bellísimo; pero así como he visto curar enfermedades, también he visto matar gente. Yo intuyo que detrás de todo esto hay una verdad muy elevada y que no hay practicantes que sepan transmitirla, entonces me alejo y digo: «tengo que buscar una forma de vincularme con un estado de pureza que sea menos peligroso para mí».



CAPÍTULO III

La idea de Dios en el camino de la vida

Marina Parada

Nació en 1933. Pertenece a la Asociación de Damas Voluntarias del Hospital Civil de Guadalajara. Estudió en la Escuela Normal Occidental y trabajó al lado de su esposo en la fabricación y venta de joyería. Madre de 12 hijos.

Nunca supe que también me hablaba por medio de su creación

El Dios en el que creo. Un proceso

¿Quién es Dios para mí?

Recuerdo que desde que era niña lo percibía como un solo Dios omnipotente, grande, que hizo todo, autor de todo lo creado, y, por lo tanto, al ser yo su hija, me tenía que castigar de todo: ¿te caíste? ¡Dios te castigó!, ¿te raspaste? ¡Dios te castigo! Nadie fuera de Él se salvaría. Llegaba la Navidad y, como toda niña interesada, esperaba un regalo traído del cielo. Algo muy pequeño recibía, y en mis adentros me decía: ¿por qué a las ricas les trae regalos más grandes y a nosotros menos? ¡Imposible preguntar a alguien, porque entonces cometería el pecado de envidia!

A pesar de mis interrogantes, disfrutaba mis regalitos, que a la vez eran sagrados porque venían de cielo. Cada 24 de diciembre me daba miedo que Jesús me castigara por mis faltas y sufría mucho. Luego, amanecía y disfrutaba mis juguetes. Dios era un Dios castigador. Los

confesores de entonces también eran regañones, pero representaban a Dios.

¡Nunca olvidé semejante trauma! Por mi casa vivía un tal Margarito «el Loco». Decían que era mariguano. Nos divertía mucho cuando todas las chiquillas al salir de la doctrina pasábamos a propósito junto a su casa a gritarle. Él salía con un garrote y corríamos. Buena diversión. Un día se ahorcó. ¡Qué miedo! El señor cura de entonces dijo en el púlpito que ya no se llamaría camposanto por enterrarlo, se llamaría panteón. Que el cuerpo pasara muy lejos del templo porque «el condenado» se había ido al infierno. Dios lo mandó allí por el gran pecado... Mi santa madre, llena de valor y rebasando las disciplinas de nuestras creencias, juntó a muchas personas del barrio, incluyendo niñas, para pedir por su alma y nos decía: «nosotros no sabemos nada. Si está en el purgatorio o se condenó. Además, miren a la mamá. No es justo que la dejemos sola y con tanto dolor». Entonces, a rezar el rosario. ¡Y qué miedo nos daba! Pareciera que se levantaba el muerto que ya era un diablo.

En ese tiempo llovía muy fuerte y se hacían las culebras en el cielo. Se salía el agua del río, inundaba las casas, salía la gente asustada con mi mamá y le pedía que rezara a Dios porque nos estaba castigando. Ella no decía nada. Sólo nos juntaba a rezar. Prendía una vela bendita y de rodillas todos. ¡Y de verdad, llegaba la calma! Y advertía: Ya ven cómo con la oración y pidiendo perdón a Dios se aplaca. Yo entre mí decía: entonces, Dios a veces no castiga tanto.

En otra ocasión, alguien del pueblo cayó al río y se murió. «Porque no fue a misa el domingo y Dios lo castigó». Mi papá, que en paz descansase, fue un señor correcto, cumplido, trabajador, sin vicios, gracias a Dios. Nos traía a raya. Y a mis hermanos grandes con cualquier detalle no cumplido los castigaba con mucha dureza. ¡Yo me asustaba tanto que me dolía la cabeza!. Sin embargo, me sentía orgullosa de él.

Un día, mi hermano juntó afuera de una carpintería tablitas que don Claro, el dueño, tiraba. Cuando llegó mi papá, le preguntó si las había pedido, él dijo que no, que estaban tiradas y las recogió. Le puso una fajiza y de las orejas lo llevó con el carpintero y lo regañó. El señor le dijo: para eso son, que se las lleven los niños. Mi padre le dijo: prefiiero ser así, y no cuando me muera que Dios me castigue por no haber corregido a mis hijos. ¡No los quiero rateros!

Entonces, ¿cómo es Dios para ti, Mara? Es un Dios temible, pero también justo. Y yo no tengo otra opción. Trataré de ser buena para no

ir al infierno. Reflejaba a Dios como a mi papá: bueno, correcto, pero muy castigador.

Llegué a Guadalajara siendo una adolescente ingenua, sin malicia. ¡Una ciudad hermosa! Aquí radicamos la familia numerosa, ¡qué diferencia a la casa espaciosa de mi pueblo! Fuimos muy pobres, pero constantemente oía decir a mis papás: La providencia de Dios no nos faltará. Recen el rosario en familia y ya veremos. Confiaban en Dios, y así consiguió una casa chica y trabajo en la iglesia de san Felipe de Jesús. Conoció a un sacerdote de María Auxiliadora. Iba cada día en su bicicleta con una canasta de pan de otro día. Nos bendecía a todos y agradecía a Dios bueno y providente, porque jamás nos faltaría el pan, porque Él siempre vela por los pobres.

Sin tener terminada mi primaria, me llama un sacerdote a quien recuerdo con mucho cariño y me dice que estude la normal. ¿Cómo? ¡No tenemos dinero, no he terminado la primaria! Yo trabajaba subiendo hilos a las media nailon y envolviendo anilinas en la tlapalería «La estrella». Ese poco dinero lo entregaba a mi mamá como mi pequeña aportación. Pero el sacerdote muy seguro me dijo: Ve con el Sagrado Corazón. Ponte en sus manos. Háblale. Pregúntale qué quiere de ti. Yo mientras en la santa misa me uno contigo, ya verás que no hay ningún Padre tan amoroso y providente que quiera más a sus hijos como Dios. Y así fue: estudié; se sucedieron uno a uno cada milagro económico, moral, y yo iba percibiendo a un Dios bueno.

Al pasar el tiempo, me casé. Se me hacía durísimo pensar si en esa vida también Dios actuaría en mí. Era un núcleo cerrado al exterior, sin malicia y sin audacia, seguía normas a como diera lugar para salvar mi alma, la de mi esposo y la de mis 12 queridos hijos. ¡Qué responsabilidad llevar a todos al cielo! Por ello sufría, lloraba, contemplaba todo en silencio, pero con muchísimo amor, y cuando oía decir que el amor de Dios era infinitamente más grande que todo el amor de las mamás del mundo juntos, decía: «No es posible que Él ame tanto...» En 1985 entré a un grupo carismático. En toda mi vida jamás había oído hablar de Dios-amor en esa magnitud y prohibidísimo los juicios humanos: que el que se suicidó, el que murió sin confesión, el que vivió mal, etc., etc., están condenados... ¡Ah! Eso sí: peca el que juzga. Todo le toca a Dios «Ni a Judas lo puedes juzgar». He ahí que los traumas de mi niñez se iban aclarando.

Más tarde, en 1988, entré al Instituto Bíblico Católico ¡Qué maravilloso estudiar las Sagradas Escrituras! En mi vida jamás las había estudiado, creí que eran prohibidas y paso a paso me enseñaban a ese

Dios desconocido para mí y nunca podría explicar ese maravilloso descubrimiento. Un Padre que ama sin distinción de razas y credos y con especial ternura a los excluidos de cualquier sociedad, huérfanos, viudas, prisioneros, abandonados... ¡y pensar que ese Padre pide que tú, Mara, sientas sus bondades, protección y te relaciones con los que más sufren en la tierra...!

Ahí caí en la cuenta de aquel catecismo de antaño que rezaba: FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN (¡Gracias a Dios ya se quitó esa mala interpretación!). He ahí donde dice san Juan «Yo soy la luz del mundo y donde ella penetra habrá vida y me mostraré como el Padre, lleno de amor con ternura universal». Amo a los creyentes y a los no creyentes.

La Palabra ha sido para mí como la respuesta a tantísimas interrogantes que he dejado atrás. Sí, me cuesta, luchó mucho por hacerla vida en mí (ej. Rom 5:20-21) «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia de Dios».

Más allá de los trastornos de nuestra vida espiritual, crisis de fe, pecados, desalientos, está Dios, con su Gracia y su Amor (Jn 10:11) «Yo soy el Buen Pastor. Doy la vida por mis ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este corral. A ellas también las llamo y oirán mi voz. Habrá un solo rebaño con un solo Pastor».

Mc 10:26: «Entonces, ¿quién puede salvarse? Para los hombres es imposible. Pero para Dios, todo es posible.

Dt 1:5: «Mientras vivas nadie te resistirá. Estaré contigo como lo estuve con Moisés. No te dejaré. No te abandonaré, sé valiente y ten ánimo». Gn 1:27: «Y creó Dios al hombre a su imagen y semejanza. A imagen de Dios los creó». Una afirmación mayor del amor de Dios que busca en el hombre una relación muy personal.

Bien, cuando tomo el curso de Escatología (una esperanza más allá de toda esperanza), aprendo que ese Dios amor supera infinitamente todo el amor humano en una unión muy personal con Él, como un éxtasis de amor, de una vida transformada en un mundo transformado por Él, y cuando alguien pregunta: ¿y aquél que se suicidó?, ¿y el narco?, ¿el blasfemo?, ¿el pederasta?... Respuesta: está prohibido juzgar a Dios con tus criterios humanos. Y es cuando me puse a recordar hace como 35 años: Yo en la plenitud de mi vida, con 12 tesoros (mis hijos) que necesitaban de mis cuidados, un esposo a quien amaba también mucho, llena de proyectos y... ¡caray! Una transfusión equivocada. 10 horas de luchas inolvidables y después de tantos tormentos lo vi. ¡Sí! ¡Era Él! Grande, hermoso. No lo puedo

describir. Y al llegar casi casi a su presencia me manifiesta su Amor tan grande, grande, que opaca ese apego a mis hijos y a mi esposo. Nada quiero. Sólo poseerlo a Él.

Y ¡oh Dios! Por el momento, ¡qué tristeza volver a mi realidad! Luché para aceptar que no lo podía contemplar, que ya no me iba a abrazar. ¿Y quién me podría dar ese amor celestial? ¡Entonces, Dios sí existe! ¡Dios sí es amor!, pero también es justo. Porque sus atributos son perfectos. Llegué a la conclusión de que yo, como cada ser creado, soy llamada a cumplir una misión específica: a unos les da cien dones, a otros diez y a alguien más sólo uno ¡y a trabajarlos!

Cuando muere mi esposo (1991) mi vida fue diferente: creí que Dios me pedía que con mis esfuerzos humanos y regalos de Él (su gratitud) los echara a caminar a pesar de muchos conflictos que en mi nuevo estado sería de adelantos y retrocesos, con fuerzas y desencantos. Si seguir a Dios fuera todo en línea recta y sin obstáculos... ¡cuidado! No es el camino de Él. En un retiro con los religiosos trapenses, un buen día se me dijo: «Y pensar que Dios lo puede todo. Y entra en sus designios que los pobres e indefensos sean arrollados y despreciados por los poderosos y deja sufrir al inocente y morir al justo. Y el Viernes Santo es la hora de las tinieblas... todos huyen. Esa noche es justamente el punto máximo de la oscuridad vivida por el hombre «¡Dios mío!, ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» Pero luego llega la resurrección de todos y para todos en su plenitud.

El mal no triunfará. El bien y la luz llegarán. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. ¿Qué me atora a mí?, ¿qué me entristece y me apalea? Si analizo a cada uno de mis queridos hijos los veo y aseguro que todos, gracias a Dios, son de corazón grande, con muchas virtudes y valores. ¡Y pensar que yo me estanco por no verlos a todos muy unidos! Algo me espanta, un tormento: candil de la calle, oscuridad de tu casa. Luego leo las Sagradas Escrituras, cuando el Señor no pudo hacer milagros en su propia tierra. Aún así me lastimo. Y un santo sacerdote me dijo: El Señor te dice «llena con mi amor y predilección esa ausencia de fraternidad que consideras tener. Quiero tu heroísmo, tu sacrificio, tu entrega en mis enfermos, en los indefensos. Pídeme mis ojos, mi corazón para que ames y mires con mi corazón y con mis ojos a los más desamparados, ¡esos son mis predilectos! El dolor, agotamiento, tus debilidades y preocupaciones son para mí una gran joya. Entrégamelos y apóyate en mi Amor».

Yo un día descubro que tengo mucha soberbia disfrazada de virtudes, y tontamente dejo el Sagrado Ministerio. Pido perdón muchas

veces y aún así, en mi humildad mal entendida, me dice el Señor en una lectura: «Ábreme más tu corazón. Quiero poseerlo todo con mi Amor. Rasga los velos que te cubren a mi vista y úneme a ti para siempre...» Ese es mi Dios, el que antes nunca había conocido, que a pesar de mis flaquezas me sigue amando.

En 1994, estando en oración, se nos dijo que oráramos mucho porque llegaría la apostasía de la Iglesia. (Tercer secreto de Fátima.) Y pensar que el justo vive de fe, que a mí me tocó vivir en esta edad como a cada quien en la suya. En lo personal me duele mucho, pero gracias a Dios, por esta situación triste que pasamos, porque era necesario limpiar y sacar a la luz los daños monstruosos de muchos. Pero eso sí, en Mt 16 dice el Señor: «Las fuerzas del infierno no la podrán vencer. Yo estaré con ustedes hasta el fin». Los escándalos son muchos, pero la Iglesia se sostiene por tantos hermanos que se entregan en el silencio en oración. A pesar de todo, mi Dios es el sublime, el celestial, el único que ama inmensamente, cuya paternidad es a la vez maternidad. Él me ha sostenido a pesar de mis fallas. Gracias mi Dios.

«Ay del hombre que confía en el hombre», dice la Sagrada Escritura, y un santo reza: «tarde te conocí». Claro, yo también, tarde fui conociendo a mi Dios. Nunca supe que también me hablaba por medio de su creación, de la tierra, las flores, los frutos, el agua, el viento, el cielo estrellado, y yo misma, que cada ser, creatura o persona simbolizan su grandeza y su proximidad con Él. Y como antes dije: también somos reprendidos cuando traicionamos y explotamos la naturaleza, que como ser vivo muere poco a poco. ¡Ése es mi Dios! Que todo lo bello con su manifestación de amor me lo da para recrearme en ese espacio inmenso y sagrado de su amor y omnipotencia. Amén.

Padre Germán Fragoso

Nació en 1941. Sacerdote católico y marista. Compartió parte de su vida con los indígenas, lo cual lo enriqueció mucho.

Creo en el Dios que Jesucristo experimentó, ofreció y practicó

Premisa

Dado que lo que se busca es la vivencia de esta verdad, me parece oportuno hacer esta observación preliminar: lo más simple, muchas veces, es lo más complejo.

Siento que describir mi experiencia sobre Dios, ya que mi conocimiento no se debe quedar en lo puramente intelectual, se me torna complejo por todo lo que esto implica en mi vida.

Aporto mi *experiencia actual*. (A lo que he llegado, sin dejar por completo a un lado toda una historia de vida.)

A propósito, para no caer en el error de «teorizar», no quise trazarme un esquema; aunque no quise tomar a ligera lo que escribí; quise que salieran las palabras desde el fondo del corazón, aunque sea en forma somera.

Desarrollo

Después de mi peregrinar por la vida, en donde he recibido muchos, y en diversos aspectos, influjos que me han ayudado a formar y forjar una vivencia de Dios, puedo decir que ahora *trato* de creer en el Dios que Jesucristo trató de presentar, desde su vivencia, y quiso compartir con sus seguidores.

Este mi *creer en Dios*, últimamente se me ha vuelto el deseo de *creerle a Dios*. Mi creer en Dios, repito, en el Dios de Jesucristo, se me ha vuelto la obsesión de vivir —*creerle a Dios*— y no sólo quedarme en la teoría de lo que ese Dios significa para mí.

Decía que mi fe en Dios, como vivencia, ha ido evolucionando; aunque, como todo lo humano, no deja de aflorar en ciertos momentos lo que por muchos años ha sido parte de esa creencia. (A veces lo intelectual quiere regir lo práctico; pero, en ciertas circunstancias cru-

ciales, aparece lo que has vivido por años: resabios de miedos, influjos formativos, *intereses*...)

Así las cosas:

Trato de llevar una vida coherente —Jesús la llamaría *verdad*— con lo que soy; el gran impulso, el gran sostén y la gran esperanza es esa fe en un Dios que me quiere y siempre está atento a mi ser y quehacer humano y que, a su vez, confía en mí. (Que ésa ha sido una de las grandes convicciones a que he llegado: Dios me juzgará no por otro título, sino por si fui buena persona; claro está, en donde Él me ubicó en mi existencia.)

En el trato con los demás me he esforzado por presentar la imagen de Dios *Padre Madre*, idea que adquirí de los indígenas, como el Dios de la bondad plena; al que le duele, más que nada, nuestro fracaso existencial; el que siempre está atento a nuestras necesidades; el que, más que estar preocupado por lo «qué he hecho de malo», lo está por lo «¿qué me falta de hacer de bueno?», y siempre me está ofreciendo su ayuda para avanzar.

Recalco que creo en el Dios que Jesucristo *experimentó, ofreció y practicó*: lleno de preocupación por los demás, por ser honestos, por establecer el *reino de Dios*, el Dios de la misericordia, el Dios preocupado por el pan en la mesa de todos sus hijos, el Dios que quiere que no haya enfermedad, que no haya divisiones ni confrontaciones de ninguna índole: ni de clases sociales, ni de sexo, ni de edades, y el Dios que se preocupa de la fraternidad humana, como su gran sueño y anhelo... el Dios que goza al ver a todos sus hijos reunidos y ayudándose. (Sobre todo para mí y mi ser sacerdote: el Dios que ayuda a que todos se puedan realizar como personas y puedan contar con lo necesario para realizar este gran destino. La tarea sacerdotal para mí no es sólo *cultural ni dogmática*, algo que he llegado a relativizar mucho, y, a veces, hasta sentir repugnancia en mi propio interior, y quisiera que no fuera así, sino una tarea de humanización en toda la extensión de la palabra. Me ha llegado a causar efectos negativos en la salud el ver y experimentar el gran fracaso humano: perder la esencia de ser personas y sólo vegetar y cargar la vida como el gran peso que, en vez de ayudar, está siendo una maldición para muchos.

Esta misma fe, como servidor-*ministro*- me está interpelando continuamente y me ha llevado a confrontaciones con otras personas de mi propio gremio; esta fe en el Dios de Jesucristo, me hace que no acepte muchas cosas negativas que veo dentro de mi propia Iglesia, que no son inherentes a ella, pero que sí, algunos —y no puedo explicar

todas las gamas que hay en ellos— han proclamado como esenciales o monopólicas de la misma.

Esta fe me impulsa a estar cada día al tanto de la realidad que me rodea, ya sea a nivel nacional o internacional; no quiero ser sólo un espectador: quiero ser actor en esta humanidad y en esta época en que me toca vivir. (Y mi malestar personal es el que constato en mí ciertas incoherencias; contrario a Jesús, a veces me lleno de pesimismo y desesperanza; aunque, volviendo la cara a ese Dios que lleva miles de años sin perder la esperanza en la humanidad y muchos años viendo mi vida sin perder la esperanza en mí... trato de volver a echarle ganas a lo que estoy haciendo.)

En razón a esta fe, quiero tratar de entender personalmente y hacer que otros entendamos a los que no viven como nosotros o como yo. Por la fe en Dios Padre Madre de todas las gentes, ahora relativizo muchos de mis juicios sobre los que tienen otra forma de creer en Él (aunque, insisto, a veces me gana más lo prejuicial, visceral o institucional que el verdadero respeto al que está detrás de todas las conductas humanas, no obstante, creo, también a Él le duelan, o no las juzgue como yo).

Respecto a mis fallas: por creerle al Dios bueno, y creer que en Jesucristo se hizo palpable, he llegado a la consecuencia: a mi Dios no le importa lo que haya fallado; le importa el esfuerzo que haya hecho o siga haciendo por ser bueno y hacer el bien.

La fe en ese Dios, respecto al *más allá*, ahora, ya no me llena de miedo: he llegado al convencimiento que ese Dios, que es el creador de todos y de todas las cosas, es el Dios del amor infinito: Él tiene un único parámetro que es, precisamente, el amor a todos, hasta lo máximo imaginable y el destino que ha fijado a todos es llegar a la verdadera felicidad.

Teresita Ángela Martín Ruiz

Religiosa Carmelita del Sagrado Corazón. Ha sido superiora y provincial de la congregación. Estudió la licenciatura en Psicología y la maestría en Desarrollo Humano en el ITESO. Directora del Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos, AC.

Fui entrando, conducida por la sabiduría de mis padres, a una relación viva, cercana con Jesús, el Hijo de Dios

Me cuesta empezar el presente trabajo. Definitivamente es difícil hablar de mi experiencia de Dios: empezando por el hecho de que ésta es profundamente dinámica. Me asomo a mi ya muy larga trayectoria de vida y me doy cuenta de que ha ido evolucionando conmigo.

Me parece que es importante asomarme a los primeros recuerdos. Tuve la gracia de contar con unos padres que, con sencillez y sensibilidad trabajaron para que se abriera esta posibilidad en mi vida. Comparto algunas anécdotas que manifiestan esta apertura, si bien están inscritas en la sencillez de la infancia.

Era alguno de los días siguientes a la Navidad, quizá yo tenía entonces cuatro años. Había recibido como regalo una sencilla muñeca «de pasta», material que me parecía bonito, aunque frágil, quizás me la dieron así porque yo era una niña «cuidadosa». Mi hermanita, dos años menor que yo, pasaba por una etapa en la que gozaba con lanzar al aire casi todo lo que llegaba a sus manos, motivo por el que a ella le dieron un muñequito de hule, resistente, aunque menos bonito que mi muñeca. Esa tarde estaba mi papá en casa y conversaba con el albañil que cerraba una bóveda en nuestra casa. Mi hermanita insistía: préstame tu muñeca... Yo me esforzaba en hacerla comprender que si se la daba, me la rompería, pero ella insistía aún más, hasta volverse un llanto casi constante. Mi papá parecía no darse cuenta, siguiendo su conversación, hasta que, en un momento determinado, se dirigió a mí en tono de mando, diciéndome: préstale tu muñeca a tu hermanita. Se la di y en el mismo momento ella, contenta, la lanzó al aire y cayó hecha trizas. Ahora la del llanto era yo; no había poder que me consolara. Recuerdo bien que mi mamá me decía: hija, no llores, yo te voy a comprar otra más bonita... Eso no me contentaba en lo mínimo, pues

decía: Yo no quiero otra ni aunque esté más bonita, yo la quería porque me la regaló el Niñito Dios... No recuerdo en qué terminó, pero sí muy bien del motivo de mi estimación de la muñeca.

Años más tarde, este acontecimiento y otros muchos así de sencillos me han dado las claves de cómo de una forma experiencial, cotidiana, fui entrando, conducida por la sabiduría de mis padres, a una relación viva, cercana con Jesús, el hijo de Dios.

En mi ambiente, muchas cosas contribuían a fomentar esa relación. Así, cuando experimenté la llamada vocacional, recuerdo muy bien cuáles eran las motivaciones, pues fui cuestionada por algunas amistades acerca de mi decisión: Respondía yo: ¡Quién puede ser más digno de ser amado con toda mi alma que Él! Esta fue la fuerza que me impulsó a salir de mi familia a la comunidad, dejando atrás también a amigos y amigas, un trabajo de maestra que me gustaba, una especialidad de Normal Superior iniciada y que era codiciable, etcétera.

Sin embargo, no todo sería el paraíso. Viví mi primera gran prueba durante el noviciado: no sé todavía de dónde o cómo surgió: hicimos las novicias ejercicios espirituales y fui golpeada fuertemente por el contenido de una de las conferencias: el padre decía que cuántas personas, por menos pecados que yo, estaban en el infierno. El hecho es que, a partir de ese momento, me sentí rechazada por Dios, pero con tal intensidad, que me parecía imposible vivir una sola noche, o un día. No podía aceptar la idea de vivir alejada, y menos rechazada por Dios. ¿Cómo pasar una larga noche en esas condiciones? Fui asistida por mi maestra de novicias con una gran paciencia, sin experimentar el mínimo alivio. Recuerdo cómo me pasaba las noches enteras llorando, me iba al corredor por temor de despertar a mis compañeras, pues la disposición del dormitorio hacía pequeñas celdas aisladas sólo en lo visual. Mi maestra me canalizó para consultar a un sacerdote muy sabio, excelente en la acogida y comprensión, pero nada era un alivio para mí. Fueron muchos meses los que duró esta prueba, que vino a quebrantar mi salud. En resumen, vine a entender experiencialmente que no podía llamar «vida» a una situación de carencia tan severa, pues hubiera preferido morirme muchas veces. Poco a poco, casi para profesor, un año después, fue volviendo la paz. Más tarde, en el tiempo de mi profesión temporal, hubo otro tipo de pruebas, que me afianzaron en la certeza de mi vocación, hasta llegar a la profesión perpetua.

Encuentro mi experiencia como cíclica, pero siempre a mayor profundidad. También ubico cómo Él ha sido tan sabio en su pedagogía en mi vida: ha cuidado el darme, sobre todo las experiencias dolorosas,

desconcertantes, justamente en el momento en el que Él mismo me había ya preparado, de modo que ya no me era posible echarme atrás, sin la conciencia de que, el hacerlo, sería definitivamente infidelidad.

Progresivamente he ido diferenciando en mi vida la relación con el Padre, con Cristo y con el Espíritu. Descubro que la dinámica ha sido el amor; no el mío, sino el que Dios me ha hecho ir descubriendo que me ofrece, siempre anticipándose, siempre gratuito, pero siempre a su modo, que con frecuencia no acierto a comprender. Una dimensión que me resulta fuerte, difícil, es comprender y aceptar que no es manipulable, que yo no lo puedo prever, manejar, controlar. En muchas ocasiones, justamente cuando he creído que mi vida tiene una dirección que alcanzo a ver, que de alguna manera me significa seguridad, irrumpen con lo imprevisto, me desinstala, revuelve todo y hace algo nuevo, que me pide soltar lo construido y abordar otra tarea o etapa nueva con todo lo que significa de desconcierto, ignorancia, nuevas búsquedas; en no pocas ocasiones, aceptación de lo que no está en mi mano cambiar.

En el contexto de estos procesos, descubro una presencia que no sabría cómo expresar. Sólo sé que hay momentos y circunstancias en las que es imposible ignorar o desconocer que Él está o ha estado, que podría yo dar cualquier cosa, incluso la vida, por asegurarlo. Muchas veces esta convicción ha tenido que ver con la aceptación de algunas misiones específicas que percibo tan difíciles que me superan. Es así como he podido abordarlas con paz. Por otra parte, en forma cotidiana persiste la convicción de su presencia callada, pero cierta.

Otro aspecto de mi experiencia ha sido el de ser perdonada. Me deja anonadada el amor y la bondad inmensa que ha mostrado ante mi realidad de pecado. Ésta ha superado cuanto pudiera siquiera imaginar. La seguridad de su amistad restaurada ha llevado en consecuencia a la necesidad de perdonar, aceptar el abrir puertas de reconciliación con personas concretas ante situaciones difíciles, precisamente porque no podría tomar actitudes mezquinas cuando tengo la conciencia de que las ofensas que yo le hice a quien es infinito, fueron olvidadas.

La persona de Cristo es, me parece, la gran clave para vivir el asombro del amor infinito con el que me vivo amada, y que me impulsa a compartir con tantos hermanos que veo que pasan por la vida con el sinsentido de la soledad, frente al ofrecimiento con el que nuestro Dios nos sale al paso y que ha realizado entrando en nuestra historia, visible, uno de nosotros ya para siempre, así como lo presenta el Evangelio.

En resumen, veo cómo su presencia ha permeado mi vida, dándole sentido: unas veces con suavidad, otras con dolor, incluso con desolación e incertidumbres, pero la convicción de que esta presencia ha crecido y evolucionado conmigo, como en una espiral, no sé si creciendo o profundizando.

Arturo Navarro

Es maestro en Educación por la Universidad La Salle Guadalajara y estudios de espiritualidad en la Escuela Franciscana de Espiritualidad y el Instituto de Filosofía Franciscano, licenciado en Filosofía por la UNIVA, licenciado en Educación con especialidad en Ciencias Sociales por la Normal Superior Nueva Galicia. Académico del Centro de Formación Humana en el ITESO, donde es coordinador de la Cátedra Fe y Cultura, y profesor de la asignatura Diálogo y pluralismo religioso.

Del Dios al que le gusta que le recen... al Dios del encuentro

¿Quién es Dios? Es una pregunta compleja porque una definición nos lleva a poner límites, y el concepto mismo de Dios implica reconocer paradójicamente que es *el sin límites*. La respuesta que se pueda dar a tal cuestión está mediada por la experiencia de la vida cotidiana. Las siguientes notas son de un creyente que a partir del diario vivir y las preguntas que en él se despiertan ha modificado su idea de Dios.

El Dios al que le gusta que le recen

Como en toda familia tradicional que se sienta orgullosa de sus ideas, Dios siempre ha estado presente en mi vida. Las fiestas en la iglesia de la colonia tuvieron la aceptación de todos, y era costumbre al caer la noche hincarse delante de la imagen de la Virgen del Sagrado Corazón para rezar el rosario dirigido por la abuela. Entre repeticiones, bostezos y llamadas de atención para no quedarme dormido, aprendí una imagen de Dios que poco a poco ha sido desplazada.

El Dios de la infancia funcionaba de manera lógica: le gustaban los rezos y cantos y había que dárselos. A cambio, él estaría contento y nos daría una cantidad de beneficios impresionantes. Entre ellos una buena muerte «cuando mi muerte llegare, tu patrocinio me ampare con Jesús y María», el cambio de vida «que el hereje vea sus yerros, que todos los pecadores tengamos arrepentimiento y que este santo ejercicio...», o la visión beatífica «oh María, madre mía, oh consuelo del mortal, amparadme y llevadme a la patria celestial»... Todo era posible para este Dios, por ilógicas que fueran las cosas: que no llegaran los ciclones, la salud de un enfermo deshauciado... el Dios de la infancia, además, era todopoderoso.

Estas dos suposiciones: que Dios desea recibir rezos y ser todopoderoso, configuran el horizonte de comprensión de la divinidad de muchos seres humanos. Con esta imagen construyen un universo de relaciones con Dios, consigo mismo y con los demás. A partir de rezar y pedir al todopoderoso se configura una moral de la expectativa de dádivas, y, en cierto sentido, de la espera inactiva, dado que Dios es la causa eficiente de lo que ocurre. Se trata de un Dios de la vida que parece estar más interesado en su vida a partir de lo que le gusta recibir: oraciones y ruegos, que interesado en la vida de sus criaturas.

Esta imagen, como las estatuas vacías, recibió un primer golpe al descubrir que, a pesar de las rodillas pelonas por estar hincado, y las plegarias y novenas realizadas: «oh Espíritu Santo tú que me aclaras todo, que iluminas todos los caminos para que yo alcance mi ideal. Tú que me das el don divino de perdonar y olvidar el mal que me hacen y que en todos los instantes de mi vida estás conmigo, yo quiero en este corto diálogo, agradecerte por todo y confirmar una vez más, que nunca quiero separarme de ti por mayor que sea la ilusión material»; las cosas no funcionaban así. Orar no aclaraba todo, dejaba más dudas y cuestionamientos que el libro de *Historia Sagrada* de FTD no resolvía; orar no implicaba saber con mayor claridad cuál era el camino correcto, a pesar de tener clara la doctrina del camino fácil y el camino difícil para llegar al cielo; orar tampoco solucionaba los conflictos interpersonales para perdonar al que me había mostrado la lengua, metido una zancadilla o robado el lonche; por supuesto, menos servía para olvidar que el otro tenía la barriga llena y yo el corazón triste. Ese Dios de la infancia fue más complicado con eso de «nunca quiero separarme de ti por mayor que sea la ilusión material» personificada en los sueños y los malos pensamientos de la adolescencia.

Esta manera de pensar en Dios separado del mundo y de la vida fue el primer conflicto. Dicho conflicto brota de las limitaciones que para resolver preguntas vitales presenta la imagen de Dios como aquel a quien le gusta que le recen... y si éste no es Dios ¿quién es Dios?

El Dios de los manuales... y la reflexión filosófica

Los datos que tenemos de Dios son diversos, las religiones discuten entre ellas por darnos una idea de lo que es Dios, pero al final es sólo eso: una idea. Hoy entiendo que el Dios verdadero no puede ser encerrado en los conceptos, aunque éstos ayuden a tener una cierta claridad sobre el asunto. Por eso, mi acercamiento a Dios ha caminado por distintas vertientes, una de ellas ha sido la de la diversidad de religiones. Que si su nombre es Jehová, Yahvé, Krisna, Alá. En fin. Se trata de una discusión que no acaba, pero la cercanía a los textos sagrados me ha llevado a concluir que hay al menos una cierta coincidencia entre ellas al pensar a Dios como lo más grande. Aunque cada religión se mueva llevando — como decimos en México — «agua a su molino», construyendo un discurso unilateral, coherente hacia el interior, pero en confrontación con las demás religiones y pretendiendo que su narración sea considerada la única verdadera. Esto se complica más cuando se confunde la estructura de las instituciones religiosas con Dios, pues no se resuelve nada.

Corrían los años de estudio de la filosofía y con ese pretexto tuve mi primer acercamiento sistemático a la reflexión sobre Dios en la que concluí que el Dios en el que creo es histórico y metahistórico, inmanente y trascendente aunque resulte paradójico.

«Es un Dios histórico, que sin dejar de ser concebido en forma metafísica y especulativa, lo encontramos en el tiempo como liberador y dador de sentido de la existencia; no como un escape o tabla de salvación sino como aquél que explica la vida impidiendo que las cosas se divinicen, y que el devenir y la muerte sean un camino hacia el sin-sentido de la existencia. El Dios en quien creemos es aquel que fundamenta nuestra realidad terrena».¹

Cuando afirmo que Dios es inmanente y trascendente, entiendo que «no se puede concebir como una idea abstracta, alejada del hombre, sino como una realidad muy concreta»² que no se muestra indife-

¹ Navarro Ramos, Jesús Arturo. *Análisis del ateísmo de Nietzsche desde un punto de vista cristiano*, Tesis de licenciatura en Filosofía, Univa 1993, p. 53.

² Hans Küng. *Ser cristiano*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1977, p. 389.

rente frente a la tarea humana de hacer la vida. Por eso, Dios no es un ser moralista que siempre nos vigila y está al cuidado de quien no hace las cosas bien para arrojarlo a los abismos de la nada; que priva de todo, que pide mortificaciones, sacrificios y renuncias para luego conceder una visión beatífica.

Reconocer lo anterior permite asumir desde ese momento que *salvación es encontrar el sentido de la existencia* en una relación de alteridad, es decir, de reconocimiento del otro como otro y que «amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo» es expresión de no querer vivir superficialmente.

Esta perspectiva sobre Dios vino a movilizar la imagen creada por los manuales teológicos que hablaban de Dios, y a estar muy atento al discurso religioso, pues muchas imágenes de Dios, que son sólo eso, cuando no pasan por el análisis crítico, se divinizan llegando a llamar Dios a cualquier cosa. Éste es el riesgo del discurso religioso cuando no se pone en su justa dimensión.

Mis siguientes acercamientos a la reflexión sobre Dios vinieron cuando uno de mis alumnos me preguntó con claridad: ¿Qué es el hombre? ¿Cómo lo defines? Mis respuestas me llevaron al único terreno que me permitía integrar una respuesta: la filosofía. Del acercamiento a los existencialistas fui y vine a través de planteamientos y replanteamientos sobre lo que significa ser humano y concluí después de muchos años que el hombre es unidad bio-psico-socio-trascendente en proyecto de realización a partir de la relación ética.

Se dice fácil, pero llegar a esta síntesis no lo fue. Concebir al hombre como unidad me llevó a no disgrarlo, a ver que «no tenemos» alma y cuerpo (o si se quiere, alma, cuerpo y espíritu) como algo separado, sino que somos alma, cuerpo y espíritu al mismo tiempo en un todo integrado.

Lo siguiente fue decir que el hombre es una *unidad biológica*. Esto resulta obvio, pero me remite a la existencia de la corporeidad. Si no soy únicamente el cuerpo, soy con el cuerpo. El cuerpo es mi instrumento de realización, mi mediación de contacto con la realidad, por eso no puede ser malo. Frente a tantas propuestas de trascendencia que indican que el cuerpo es una cárcel y que es limitación, para mí el cuerpo es mediación, espacio de comunicación y de convergencia. Porque tengo cuerpo soy humano, aunque no sólo por eso. De aquí concluí que para aceptar una propuesta sobre Dios —incluso de tipo religiosa— que coincidiera con mis reflexiones, ésta no debía rechazar el cuerpo, porque es bueno.

Pero ser humano no es sólo tener cuerpo, sino emociones, sentimientos, intuiciones, voliciones; y éas no se localizan en alguna parte física. Apareció entonces otro aspecto de la definición: el hombre es unidad *bio-psíquica* donde la razón se une a la subjetividad. Sin embargo, no era suficiente pues el entorno, el contexto hacen diferentes a las personas. Concluí que el hombre es una *unidad bio-pisco-social* a partir de lo cual el hombre puede ser visto como un lobo, pero también como un hermano.

Pero no todo quedó ahí, pues reconocer lo anterior no dejaba de ser igual que muchas otras posturas. Percibí entonces que el hombre es un ser con ansias de infinito que infinitos finitos nunca podrán llenar. A esa situación le llamé «trascendente»: el hombre es una unidad bio-psico-socio-trascendente.

La anterior definición satisfizo la preocupación por el hombre, pero eran apenas unos datos estáticos. El problema comenzó cuando aparecieron los elementos dinámicos, es decir, no todos los seres nos comportamos igual aunque esencialmente se le pueda definir como unidad. El encuentro nuevamente con Sartre llevó a pensar que cada ser humano es un proyecto, pero no todos los proyectos son iguales. Hay proyectos de vida para dominar y para utilizar. Asumí, entonces, que el hombre es un proyecto de realización a partir de la relación ética, es decir, somos humanos únicamente en el encuentro con los demás dado que los demás nos humanizan, nos hacen humanos.

Esto, definitivamente, tuvo consecuencias sobre mi manera de creer en Dios. En esta forma de creer en Dios convergen la vida cotidiana, la perspectiva asumida sobre el ser humano, algunos datos de las religiones y la posibilidad de encontrarnos con otros seres humanos. En la intersección de estos cuatro asuntos está mi idea de Dios, es decir, del Dios en el que creo, alejado de las suposiciones de la infancia, de los manuales y de ciertos discursos religiosos que enfatizan la moralización y el ritualismo como mecanismos fundamentales para llegar a Dios.

Una imagen más cotidiana: Dios a través del encuentro humano

Al aceptar que Dios está más allá de la moralización y el ritualismo, y que la vida cotidiana nos puede revelar su presencia, aparece un matiz en mi idea de Dios. El hombre —según diversas tradiciones religiosas— es imagen y semejanza de Dios, pero esa imagen no es en términos biológicos, psicológicos o sociales. El hombre es imagen de Dios

en cuanto que es *relación*. La referencia bíblica de la creación de Adán y Eva: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Los creó hombre y mujer», me llevó a comprender que el Dios que prohíbe las imágenes en el Antiguo Testamento, valida una sola imagen de él y ésta es la pareja humana en el encuentro. Nuevamente, la relación como categoría religiosa y no sólo filosófica, apareció en el encuentro con el otro. Un *encuentro con el otro* que en el texto bíblico está expresado en la relación de pareja, pero que puede ser realizable en cualquier encuentro humano que se tenga, en que esté presente la capacidad de apertura a la mismidad del otro, a su misterio, que paradójicamente nos revela lo que somos.

En este mismo orden de ideas, la fe en esta forma de mirar a Dios tiene consecuencias serias en la vivencia de la religión al considerar que

La religión debe ser menos ritualista y mágica [...] menos cicatera y urgadora en pequeños detalles y más luchadora y atea de los fetiches que nos apartan del Dios vivo y verdadero del evangelio. Más comprometida contra toda suerte de injusticias de un sistema, que cuando es mayúsculo «desorden» es incompatible con la verdadera religión: orientación total de la vida humana hacia Dios.³

En esta configuración sobre Dios y su relación con la religión, ésta sería más cercana en tanto propusiera una forma de acercamiento a Dios, que no agote ni sustituya la exploración que cada persona pueda hacer por su cuenta. Por otro lado, una religión que piense a Dios desde la perspectiva del encuentro y la relación ha de presentarlo como aquel que explica la vida y evita que las cosas se divinicen, para humanizar situándose más allá del ritualismo y de la fe sin sentido.

El acercamiento a Hans Küng⁴ y a Agustín Basave Fernández del Valle⁵ me llevaron a entender que *ser cristiano es ser plenamente humano*. Y el contacto con Carlos Bravo SJ en sus libros *Galilea Año 30* y *Jesús hombre en Conflicto* me han permitido entender que «Jesús quería mostrar que al Padre le importaba la vida de los hombres, y que el

³ Germán Marquínez Argote. *El hombre latinoamericano y sus valores*, Editorial Nueva América, Bogotá, 1986, p. 417.

⁴ Cfr. Hans Küng, *Ser cristiano*, Ediciones Cristiandad y *¿Existe Dios?*, Ediciones Cristiandad.

⁵ Cfr. Agustín Basave Fernández del Valle, *La sinrazón metafísica del ateísmo. Teoría de la habencia y La Filosofía como propedéutica de salvación*.

modo de agradarle era mediante el cumplimiento de las exigencias de la justicia y del amor, y no por el cumplimiento de leyes o de ritos»,⁶ por lo que el Reino es una estado de cosas diferentes al de la opresión en todas sus formas y manifestaciones. La tarea de la religión, entonces, es no desentenderse del mundo y de las responsabilidades de la historia.

Ahora tengo una certeza: no soy un creyente apático. Me apasiona mi fe en Dios que va madurando, y busco dar razón de lo que creo desde una certeza vital: *la relación con Dios pasa necesariamente por la relación con el otro*. Estoy seguro que esta experiencia de encuentro pasa por otras religiones o incluso fuera de ellas, y creo finalmente que cada uno podrá buscar su respuesta.

Este encuentro con el otro adquiere formas diversas y matices a veces apasionados, otras veces trágicos: el encuentro con la muerte, la enfermedad, la salud, el éxito, el proyecto no realizado, el compartir una comida, un diálogo —pero siempre en la relación—, se recrea la posibilidad de acercarse al Dios que se revela en encuentro con el otro.

Eduardo Quintana Salazar

Nació en 1967. Es profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Guadalajara. Forma parte del cuerpo académico Cibernética, Erótica, Filosofía y Teología del Departamento de Filosofía Católica.

Sobre algunas ideas de Dios en los primeros años de primaria desde el territorio neutral de la existencia y sus exigencias

No sé cómo empezar el presente texto, amable lector, lo que sí sé es que estuve varios días haciendo memoria —recordando mi niñez entre los 6 y 9 años,⁷ ya que lo que contara antes de dichas edad no sería creído ni aceptado— y reflexionando en algunas ideas que giraban en torno a Dios —a petición de la coordinadora del presente texto— y me sor-

⁶ Carlos Bravo, *Galilea año 30*, Centro de Reflexión Teológica México, 2000, p. 41.

⁷ Pero recordé algo de en un periodo específico de mi niñez, advirtiendo que en otros momentos y textos cubriré los periodos: de 10 a 12 años; de los 13 a 17; de 18 a 21; de los 22 a 27; de 29 a 33; de 34 a 37; y de 38 al presente.

prendí al ver que no dista mucho de lo que hoy pienso. A pesar de que han cambiado muchas cosas, visto nuevas caras y nuevas lecturas, mis interrogantes son las mismas, aunque corregidas y aumentadas. Así que no puedo decir que he cambiado ni que he permanecido siendo y desiendo. Empezando por algún lugar-parte de mi regresión, recuerdo que dentro de mi familia había diversas ideas de cómo vivir la fe católica, que puedo compactar de la siguiente manera: 1) mi abuela paterna era muy rígida y conservadora; 2) mi abuela materna era muy flexible —y no sé si liberal—; 3) mi padre no era rígido, pero no puedo decir flexible o liberal, pues nunca ha manifestado una postura abiertamente; 4) mi madre era muy rígida y conservadora; 5) mi tío —hermano de mi padre— era muy flexible, pero nunca supe si liberal; 6) los hermanos de mi madre eran flexibles, y al menos dos muy liberales. Desconozco si su rigidez o su flexibilidad era producto de su fe católica o era más bien producto de su ignorancia; me inclino más por lo último. En cuanto a la oposición madre-hij@, es decir, entre mis abuelas y padres eran muy contrarios. Además, el perfil de los vecinos es el mismo que descubrí en mi familia. Aquí también me inclino a pensar que más que liberales, sus actos también eran impulsados por su ignorancia y apetitos. Si pienso en los sacerdotes, entonces recuerdo los templos a los que me llevaban como Santo Cura de Ars, Santa María Lacoque; San José Obrero; la Merced, La Catedral, la Basílica de Zapopan y el santuario de Cristo Rey, en el cerro del Cubilete —Guanajuato—, principalmente. En todos ellos encontré varios tipos de sacerdotes: 1) los rígidos que vivían en su casa propia y con familiares; 2) los flexibles que vivían en la parroquia, pero con familiares; 3) los flexibles que vivían en la parroquia con otros sacerdotes; 4) los liberales que vivían en su propia casa; 5) los liberales que vivían en comunidad en la parroquia; 6) misioneros rígidos que vivían en comunidad; 7) misioneros flexibles que vivían en comunidad; y 8) los misioneros liberales que vivían en comunidad. No recuerdo otros casos.

Después me enteré de que los sacerdotes diocesanos pueden vivir con sus familiares o en comunidad con otros sacerdotes y que los misioneros —jesuitas, josefinos, franciscanos, combonianos, agustinos, entre otros— siempre vivían en comunidad con otros sacerdotes y sus familiares esporádicamente los visitaban o iban a visitar. Los rígidos veían pecado en todo, decían que la vida era un valle de lágrimas y que sólo venimos a sufrir en esta vida, que como pecadores estábamos muy lejos del cielo y muy cerca del fuego eterno del infierno y en las garras del demonio. Los flexibles, a pesar de lo anterior, estaban convencidos

de que podíamos vencer todo lo anterior por medio de la fe, la esperanza y la caridad. Y los liberales decían que todo lo anterior eran puras tonterías, que eso era un absurdo ya que Dios era amor, que estaba con y a favor nuestro, que estaba del lado de los pobres y oprimidos, de los enfermos y presos, del lado de los que padecían injusticias, que la vida era bella y bonita, que no era egoísmo buscar la propia felicidad aquí en la tierra. Estos últimos⁸ se dividían en cuanto a las manera de cambiar el mundo, unos con violencia y otros por medio de la no-violencia —recuerdo que escuché hablar de Luther King Jr. y Gandhi, pero no alcancé a comprender la fuerza y profundidad con que hablaban de ellos— ya que querían cambiar el mundo, querían que terminaran las injusticias, miseria, opresión y dolor del mundo por medio de la acción de la no-violencia.

Por cierto, eran puras mujeres. En su mayoría eran mujeres muy mayores de edad, muy rígidas y con una firme convicción en el pecado mortal y la hoguera del infierno y dándose tiempo para juzgar a todas las personas, sobre todo las mujeres jóvenes que usaban minifalda, medias transparentes, camisetas ajustadas, amplios escotes, etc. En cuanto a las catequistas jóvenes, éstas tenían otra manera de pensar, la cual cambiaba al asistir a cursos catequistas en el decanato correspondiente; se volvían muy rígidas, se cubrían de más el cuerpo, se volvían serias y regañonas.

Por otra parte, en la escuela había profesores católicos y otros que se decían ateos y comunistas, los segundos se burlaban mucho de los primeros. Esto también llamó mucho mi atención. En los grupos en que estudié también había niños —y adolescentes e incluso gente mayor a 18 años— muy rígidos, flexibles y liberales, en cuanto a sus ideas religiosas. En un grupo con edades tan diversas se deliberaba sobre muchas cosas que no había escuchado nunca en casa, por ejemplo: guerra, guerrillas, guerrilleros, comunistas, anarquistas, socialistas, *hippies*, existencialistas, fascistas, etc. Si juntamos las descripciones anteriores de mi entorno, hay una constante entre familia, vecinos, curas, catequistas, profesores y compañeros: ambientes rígidos, flexibles y liberales. Pero volviendo a la escuela, esas diferencias desaparecían cuando empezábamos a hablar de fútbol, caricaturas, películas,

⁸ Hoy sé que los rígidos eran conocidos como ultramontanos o conservadores o preconciliares; y los flexibles y liberales estaban aceptando las propuestas del Concilio Vaticano II, creían en las bondades de dicho concilio. Pero los más radicales fueron más allá, tomaron tesis socialistas y comunistas —más allá del mismo marxismo-leninismo—; éstos vivían las ideas de la Teología de la Liberación.

etc. Así surgió un *territorio neutral* donde podíamos opinar y ser libres de pensamiento, allende las ideas religiosas o políticas que los adultos querían que tuviéramos y temiéramos al obedecer rígidamente a padres, sacerdotes, profesores, catequistas, policías y adultos mayores. Por ello, recurriré, en este texto, al terreno neutral para exponer mis ideas y conflictos que estaban en los ambientes en que vivía mi existencialidad de dicho periodo de mi vida.⁹

Interrumpo esta secuencia de ideas, pues me acaba de llegar la impronta de que los niños de sexto de primaria en torno a la Navidad iban a destrozar el corazón de los niños de primero y segundo de primaria —como previamente a ellos ya les habían destruido el corazón y su inocencia de ilusión mágica— al decir que no había niño-Dios, que eso era un engaño, que el niño-Dios no traía los juguetes sino los papás.¹⁰ No se me olvida eso, dicho 24 de diciembre traté de no dormir toda la noche para comprobar aquella afirmación, pero fue inútil. Ya por la mañana desperté con los juguetes junto a los zapatos. En la misa del 25 de diciembre un sacerdote dijo que lo más importante de la Navidad no eran los juguetes, las fiestas, las borracheras, ni el relajo; que lo más importante era que Dios se hizo niño, para hacer un hombre, como nosotros. Que para poder salvar al hombre de las garras del pecado era necesario que tomara la condición humana. Era el Dios hecho niño, el Emmanuel (el-Dios-con-nosotros) para la redención humana, que ese niño-Dios era Jesús de Nazareth, el Cristo —el Mesías—.

Ahí entendí e hice una conexión que no comprendía antes: pude unir la imagen del Jesús crucificado y el niño-Dios, ambos eran la misma persona. No era ese ser mágico que se dedicaba a buscar y hacer juguetes para los niños, sino el-Dios-hombre que estaba de lado de nosotros los pobres. Descubrí que los adultos veían estos dos hechos

⁹ Al empezar a leer me di cuenta que había lecturas que podía entender, como el libro de lecturas de español 1, 2 y 3; los cuentitos —revistas de historietas que rentábamos en el puesto de revistas del mercado hundido de la colonia San Marcos— del Chapulín Colorado, Capulinita, El pato Donald, Tom y Jerry, la Pantera Rosa, etc. Pero la hoja parroquial me presentaba una ambivalencia, algunas cosas entendía, otras eran extrañas, Cafarnaum, Antioquia, Efeso, Tesalónica, Mesopotamia, o los nombres de la genealogía de Jesús de Nazareth. También me costaba trabajo entender la historieta de Kalimán —el karma y el cuerpo astral, por ejemplo— que también escuchaba en la radio. La revista *Duda* —que leía uno de mis tíos— me llamó la atención, pero se me dificultaba entender lo que decían.

¹⁰ Había que portarse bien para ser digno de los regalos de Navidad. Además, «Topo Gigio», «El Tío Carmelo» —Guadalajara— y «El Tío Gamboín»; «Chabelo» y «Cepillín» pedían a los —televidentes- y niños en general, que se portaran bien, sobre todo si querían regalos en Navidad.

como distintos. Pero yo entendí e hice dicha unión. El niño-Dios era Jesús el hijo del carpintero (san) José y de (la-virgen) María (Madre-de-Dios), entonces sería san-Jesús o santo Jesús, pero me dijeron que no le dijera así, pues el era algo más que San o Santo, y que estos últimos eran atributos de santidad de los hombre y que Jesús estaba más allá, que era Dios, que era hijo de Dios. Su explicación salió peor, pues no alcanzaba entender que Jesús fuera al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, esto no tenía sentido para mí, pero me dijeron que esa unión era un-misterio-de-Dios.

Al regresar de las vacaciones de Navidad a la escuela, dije a alguno de mis amigos que no era importante quién nos diera los juguetes, que si los daban los papás era porque nos querían —y muchas veces no tenían dinero— y por eso no nos llegaban los regalos que pedíamos. Entonces, no era lo mismo pedir a Dios-todo-poderoso muchos juguetes que a los papás, pues sabíamos que estos últimos no tenían dinero, que había carencias y pobreza. Desde ahí me daba pena pedirle juguetes caros, que salían en la televisión, a mis papás, pues no había dinero para ello; mejor decía que no me interesaban o que no quería. Todo juguete en esas circunstancias era bueno. Insisto, no es lo mismo pedirle algo a un Dios-todo-poderoso que a los papás carentes de recursos económicos —aplíquese a otros casos—. Por otro lado, en el programa de televisión «El Chavo del ocho» en Navidad no pide juguetes al niño-Dios sino una torta de jamón. Mientras «Quico» le presume todos los juguetes que iba a recibir. En Navidad no tenía con quien celebrar la-cena-de-Noche-Buena. No recuerdo que se hablara mucho del «gringo-santa-Claus» esa mercadotecnia fue creciendo poco a poco hasta llegar a contaminar las costumbres cristianas-mexicanas.¹¹

Por otro lado, los programas de televisión «La familia Monster» y «Los Locos Adams» no hablaban de Dios, pero sí de los poderes de la magia y hechicería y brujería —por cierto, más poderosos que la religiones establecidas o la ciencia misma—. Sus personajes nos hacían reír, que en otros contextos darían miedo. Tampoco se hablaba de Dios en «Conquista —o guardianes, no recuerdo bien— del espacio», Per-

¹¹ Recuerdo que algunos jóvenes y adultos del barrio decían que eso del santa Clos —así lo pronunciaban— era pura mercadotecnia que venía de los gringos, que era un personaje de los protestantes enemigos del niño-Dios para conquistar a México y América Latina. También decían que los Santos Reyes era una costumbre de los chilangos —decían que eran enemigos de los tapatíos—. Por ende, que en Guadalajara debía celebrarse al niño-Dios, y no a los Santos Reyes ni al santa-Clos-gringo. Aunque en caso de invasión gringa, se podía celebrar al mismo tiempo al niño-Dios y a los Santos Reyes para unir a todos los mexicanos contra los gringos.

didos en el espacio», «Tierra de gigantes» y «Viaje a las estrellas». En estas series la tecnología era lo más importante; hablaban del futuro de la humanidad; de la conquista del espacio; del vínculo con seres extraterrestres —buenos y malos—; y del trato cotidiano con robots y máquinas pensantes y autónomas. No había Dios, Santísima Trinidad, Cristo, ni ninguna religión; no había pecado mortal, valle de lágrimas, inmortalidad causada por la divinidad. En cambio, había tele-transportación, alimentos encapsulados, naves espaciales que alcanzaban la velocidad de la luz, paraísos artificiales: estar en el planeta Tierra, en la playa, en el bosque, en el desierto o con una persona amada —en una sala o por medio de un casco— robots con emociones, máquinas que obedecían al hombre, naves espaciales gigantes, viajes intergalácticos o inter-espaciales, androides y amistad con extraterrestres —por ejemplo: el famoso «Señor Spock, del planeta Vulcano», lenguajes desconocidos, ciencia y tecnología desconocida, pero superior a la humana, tratados interplanetarios, guerra intergalácticas, comunidades humanas muy distantes de la tierra, entre otros. Y no había nada de productos comerciales que saturan los grandes almacenes y pequeñas tienditas de barrio, no saturaban las mentes con necesidades artificiales creadas para consumir productos, no había iglesias, ni se enamoraban, no había coche de ideologías comunista contra capitalista, no había música popular, ni *rock and roll*, no había *hippies*, ni indígenas; pero sí seguían las ideas racistas de exclusión y eugenésia.

En la serie televisiva «Viaje a las estrellas», con el capitán Kirk y su nave «Enterprise», decían que estaban conociendo civilizaciones súper avanzadas más allá de los límites humanos. Por ende, de repente el futuro de la humanidad se vinculó con el futuro espacial, por lo que el cristianismo se veía completamente incompatible. Luego pensé que el futuro espacial y todas sus creencias sin-Dios parecían ser incompatibles, como si fueran dos mundos diferentes. Qué difícil poder pensar con esos maremotos de ideas, que se revolvían más con lo que estudiábamos en la primaria: dioses prehispánicos, sirios, egipcios, chinos, hindúes, griegos y romanos. Aquí también aparecía uno choque entre la creencia en Dios y los otros dioses, y las series espaciales.¹²

¹² ¿Para qué Dios? ¿Para qué dioses? ¿Para qué un futuro espacial? Sobre todo si en la vida cotidiana se hablaba que se iba a acabar el mundo por una guerra atómica provocada por Estados Unidos y la URSS, pleitos entre estudiantes y la policía, decían que había guerrilleros en Guadalajara que estaban haciendo la guerra, que los comunistas, que los socialistas, que los anarquistas o los *hippies* —no recuerdo que se hablara de narcos ni terrorismo, pero sí de represión del gobierno priista contra

Todas esas cosas más me confundían, pero al mismo tiempo más me fascinaban dichas problemáticas. Luego, en algún canal de Televisa —no recuerdo si fue el 2 o el 5— sacaron a Pedro Ferriz¹³ pasando imágenes de Júpiter y unos meses después las de Saturno. Aunque la televisión era en blanco y negro —Telefunken, de «bulbos» que tardaban en calentarse para poder verla— las imágenes se me hicieron increíbles —aún me acuerdo—, las vimos en familia y no recuerdo que alguien se maravillara tanto como yo. Ahí decía Ferriz que nunca había llegado el hombre —y su creación—, tan lejos como ahora, era un hecho histórico. Júpiter, el planeta gigante compuesto todo de gases, con una turbulencia marcada en su ecuador de movimientos más intensos varias veces más grande que nuestro planeta; eso me impresionó. Pasaron algunas imágenes de sus lunas, y meses después me maravillé con los impresionantes anillos de Saturno y sus nubes; eso era increíble. Después, llegó una lluvia de especulaciones de si habría vida en alguna de las lunas de los planetas gigantes, pues dijeron que en varias fotos hubo indicios de que tuvieran agua y condiciones de vida como la nuestra. Después, tuve la oportunidad de ver, en alguna revista, fotografías de Júpiter y Saturno, y me dejaron extasiado. Empecé a leer un poco sobre el universo y lo mismo hice al observar los fenómenos atmosféricos y celestes. Me fascinó contemplar la Luna y Sol, ver cometas, estrellas fugaces, algún eclipse. Quise identificar en los movimientos del sol y la luna como funcionaba el sistema geocéntrico y el heliocéntrico. En mis primitivas observaciones veía que tenía más validez el primero, y se me dificultaba demostrar que el segundo fuera el verdadero; así que hacía trampa y siempre ganaba el sistema heliocéntrico porque en la escuela y los libros decían que era el correcto. Pero lo que veían mis ojos es que el sol salía por el oriente, se levantaba poco a poco hasta estar encima de nosotros y posteriormente ocultarse por el poniente; el mismo movimiento tenía Venus y las estrellas, pero no la Luna.¹⁴

los mexicanos—. Los vecinos más ancianos tenían mucho resentimiento contra el gobierno federal por haber querido eliminar el catolicismo de México —eran sobrevivientes cristeros— que todavía decían ¡Viva Cristo Rey y muera el mal gobierno! ¡Viva la santísima virgen de Guadalupe!

¹³ Decía: «un mundo nos vigila» y que Enrique Cuenca parodiaba de manera perfecta en «Los Polivoces».

¹⁴ Relacioné los datos de la escuela con las películas que hablaban del espacio y las lecturas de la revista *Duda* y descubrí o comprendí —aplíquense ambas— que todos los pueblos antiguos vinculaban sus ideas religiosas con los cuerpos celestes o cielo empíreo junto con la referencia los fenómenos infra-lunares —lo que está debajo de la Luna y que afecta a lo que ocurre a nuestro planeta Tierra. Ahí me empecé a dar cuenta de que debería haber un puente muy estrecho entre la religión —hoy,

Amable lector, por ende, sugiero que recupere sus antiguas intuiciones de la infancia sobre el mundo, el hombre y Dios, y que algunas veces modificaron o transformaron en el transcurso de su vida. Además, me acaba de llegar la idea perdida en mi memoria que también había leído algo sobre Cristo extraterrestre; decían que no había resucitado, que una nave espacial lo elevó al cielo —me imaginé una especie de tele-transportación y me gustó dicha idea—. Me imaginé a Cristo cruzar el mar de Galilea por medio de alguna tecnología o energía que le permitía caminar por el mar; que la multiplicación de los panes o peces era producto de una máquina que hacía crecer o reproducir cosas; que la curaciones de leprosos era por medio de algún aparato —como el bati-cinturón de Batman—; que sabía lo que iba a pasar porque se metía en alguna máquina del tiempo, etc. Yo no sentí que eso afectara mi-fe-en-Dios. Pero al platicarlo con los adultos, éstos se turbaban y decían que era una herejía pensar o decir esas cosas, así que nuevamente tuve que callar.

Pude y puedo pensar en un Dios-revelado que haya sido anunciado por seres o habitantes —algunos dicen que son ángeles, otros que extraterrestres— de otras regiones del universo, al contrario eso se vuelve muy interesante y osado.¹⁵ Y para terminar el texto, responda algo que deje inconcluso, el puente estrecho entre Dios y la imagen del futuro espacial del hombre. Una imagen que venía en mi libro de ciencias naturales —creo que de tercero— traía a una persona más grande que la tierra y que salía medio cuerpo de ella para alcanzar los misterios del universo para contemplar toda la idea de Dios; por otro lado, un sacerdote me dijo que el hombre cristiano de hace mil años atrás veían que atrás del universo físico —más allá de los límites que

teología— y la astronomía. La idea de Dios, del Dios-revelado se correspondía en ambas disciplinas, aún cuando la actual astronomía no trate de Dios. Después de más de treinta años, veo con mucha satisfacción que no me equivoqué. Tardé muchos años en volver a la misma premisa por haber escuchado a los adultos y sus propias confusiones disfrazadas de fe religiosa y conocimiento y por miedo a seguir siendo rechazado por defender ideas que molestaban mucho a los adultos; tuve que callar mis ideas y hoy me arrepiento de ello. Mi tesis de maestría sobre los sistemas del mundo en la Guadalajara colonial me hizo recordar varias de mis intuiciones de la infancia que se reafirmaron cuando leía un texto que vinculaba la teología y la astronomía, de 1506 o 1509.

¹⁵ Y aquí suspendo, temporalmente algunas de mis observaciones sobre la idea de Dios en mis primeros años de primaria. Lo que puedo decir es que hace mucho que no admito algunas cosas que tradicionalmente se defienden en la escuela y medios de comunicación sobre algunos fenómenos celestes y atmosféricos, pues mis observaciones difieren con respecto a ella.

lo contienen— estaba la morada de Dios —sin morir— me quedé muchos días pensando y con esas ideas observaba las películas sobre el hombre en el espacio —como metáfora o sinónimo de el tránsito del hombre por el universo más allá del sistema planetario— y consideré que entonces el futuro imaginado en dichas películas era un tránsito para una mejor comprensión y búsqueda de Dios; por ende, es el mismo hombre quien ponía límites al universo, a la acción humana y al mismo Dios por sostener tan diversas y contrapuestas ideas sobre un mismo tema. Pensé que la incomprendición del futuro estaría en el mismo hombre y no en los extraterrestres o Dios. Y pensé que antes de morir esperaba que hubiera una nave espacial que viajara a la velocidad de la luz, para llegar a los límites del universo y ver a Dios sin dejar de vivir. Me emocioné muchísimo con dicha idea, pero empecé a leer eso de los años-luz y las grandes distancias en miles de kilómetros que había que recorrer; que el cielo era finito, pero ilimitado; que al dejar la tierra las personas, que las habitan —si uno viajara a la velocidad de la luz— dejarían de existir, pues unos días en el espacio serían años en la tierra, y, por ende, las personas que nos conocieron ya no existirían por lo que ya no podríamos platicar con ellas nuestras experiencias.¹⁶

¹⁶ Esto me abrumó muchísimo. Pero sigo pensando aquella idea de la misión de viaje a las estrellas: ir más allá del universo conocido; hay que penetrar en las profundidades del universo para llegar donde ningún hombre ha llegado. En otros momentos platicaré más de mis observaciones, equivocaciones, errores sueños e ilusiones en la exploración de mi mundo —universo, vida extraterrestre, robots, hombre y Dios— en el afán de comprender eso que llamamos vida. Ya no me alcanzó el espacio para narrar algunas experiencias y observaciones directas sobre la teoría de la evolución.

María Eugenia Aceves Bravo

Nació en Guadalajara en 1957. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por el ITESO. Realizó estudios de Maestría en Comunicación en la Universidad Iberoamericana. Profesora del Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos, AC. Trabajó en un proyecto jesuita de desarrollo social en Huayacocotla, Veracruz. Su formación religiosa ha estado fundamentada en la espiritualidad carmelita.

Sólo en el encuentro de mi propio espíritu encontré la voz de Dios

Cuando reflexiono sobre el Dios en el que creo, invariablemente me tengo que remitir a mi infancia, a aquella época en la que Dios era una serie de ritos y rezos, entre las oraciones de la mañana, los ramilletes espirituales y el «Santo Rosario» por la tarde con mi mamá y mis tíos, antes de jugar a la lotería.

Después, durante mi adolescencia y juventud, viví la experiencia de un Dios que todo lo puede, todo lo sana; con las misiones, el servicio social, pude vivir la realidad de la extrema pobreza, y la maldad humana con la opresión y el cacicazgo, Descubrí entonces un Dios humano, profundamente comprometido y cercano a los más pobres. Al mismo tiempo, la influencia de mi madre, una mujer muy piadosa, y mi padre una persona que decidió conocer a Dios desde los estudios bíblicos, lecturas sobre la comprensión de un Dios distinto, más reflexionado, los documentos del Concilio Vaticano II me mostraron al Dios que amo en la actualidad: Un Dios vivo con el cual es posible dialogar, es posible de estudiar, cuestionar e intentar comprender, pero, sobre todo, amar en la profundidad de su misterio.

En la actualidad, y en mi experiencia personal, el Dios en el que creo es profundamente humano, que realmente se puede experimentar en la profundidad de uno mismo. Es un espíritu que forma parte del ser humano, que al descubrir ese espíritu se vuelve persona; es decir, sólo en el encuentro de mi propio espíritu encontré la voz de Dios, que anhelo me lleve a ser totalmente persona.

Ese espíritu está, vive, lo he percibido y creo que sólo en la experiencia cotidiana de vivenciarlo a través de nuestras acciones, es que es posible descubrir su presencia en la grandeza de la humanidad, en la magni-

ficiencia de la naturaleza, en la sencillez de la sincronía del movimiento. Es en ese conocimiento, no del por qué suceden todos estos grandes y pequeños eventos, sino en la simple cotidaneidad en la que vivimos, donde se muestra día a día la grandeza de la creación, y de la gran posibilidad de descubrirme en mis habilidades, capacidades y oportunidades.

El diálogo conmigo misma y con Dios me ha permitido descubrir lo que, yo creo, me convierte en persona. Descubrir la existencia del otro, ese otro que me exige escuchar, descubrirme como parte de la Creación, (es decir, no el TODO de la Creación) entrar en comunicación no sólo con el otro ser que está fuera de mí, sino entrar en contacto con esa fuerza interior que me mueve y me lleva a formar parte de esa gran sincronía que se llama vida.

Dios, para mí es la fuerza interior que me ayuda a producir la energía para actuar, para transformar, para trascender mis propias limitaciones y miedos. Buscar el bien común del otro y el mío. Ya Hanselm Grüm menciona en su libro *La espiritualidad desde abajo*, que la espiritualidad sólo se vive desde la propia realidad cotidiana.

El Dios en el que creo me permite descubrir la gran fragilidad que tenemos como humanos, como simples mortales que estamos a merced de su gran fuerza y de su gran amor. Que sólo cuando de verdad se abandona a su misericordia, a su amor, es que es posible ver su acción. Pero al mismo tiempo exige una participación constante y responsable en su gran obra, con el cuidado, la conciencia de lo que se nos ha otorgado simplemente como don, y tenemos la responsabilidad de cuidarlo, fomentarlo, acrecentarlo, y entregarlo a las generaciones posteriores.

Creer en Dios no es simplemente abandonarse a Él y esperar que la Providencia Divina resuelva todos los problemas que día a día nos pasan; sobre todo en estos tiempos donde los valores están trastocados, la conciencia moral está adormecida, la responsabilidad de preservar el mundo en el que vivimos se deja al otro; es decir, el otro es siempre el que está al lado o fuera de mí. Lo que no me genera por tanto ningún compromiso ni responsabilidad.

Es entonces que asumo que el Dios en el que creo me exige confianza y abandono en Él, pero al mismo tiempo conciencia absoluta de mi misión y mi trabajo en este mundo, donde no son sólo los rituales y las tradiciones lo que nos llevan a conocerlo, sino que vivir la experiencia de su presencia cotidiana debe hacerse en la disponibilidad de estar en contacto permanente con Él, en contacto con nuestros familiares, compañeros de trabajo, amigos y demás seres humanos con los que a diario tengo contacto.

Graciela Esther Abascal Johnson

Nació en Guadalajara en 1960, licenciada y maestra en Historia por la Universidad de Guadalajara. Profesora investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia, adscrita al Museo Regional de Guadalajara. Católica.

El Dios en el que creo es un Dios vivo, más allá de las muchas y duras críticas que le hago a la Iglesia

Hoy desperté con la intención de comenzar a escribir sobre este asunto que quizás para muchos pueda parecer intrascendente, pero que para mí significa la confirmación de mi fe, escribir sobre la idea que hoy tengo de Dios y reafirmar porqué creo.

A lo largo de mi vida he tenido muchas posiciones respecto a mi creencia en Dios. Debo confesar que fui producto de una educación estrictamente religiosa que me ha llevado a transitar por caminos difíciles y en ocasiones contradictorios; pero hoy puedo decir, sin temor a equivocarme, que esta idea de Dios es la que quiero seguir manteniendo viva hasta que me toque desconectarme de este mundo. Comencemos pues:

Fui la octava hija de un matrimonio que se llevaba muchos años de diferencia y hasta la fecha no me explico cómo pudieron vivir juntos tantos años, con tantas disparidades generacionales e ideológicas las cuales repercutieron en mi vida, pues, aunque mi padre era el mayor, sus ideas fueron hasta cierto punto liberales, como lo fue la manera de relacionarme con él, no así con mi madre que, aunque mucho más joven, su posición respecto a la religión influyó directamente en mi vida.

La primera idea que tuve de Dios fue la de un Dios protector. Tendría 4 o 5 años cuando mi madre se encargó de enseñarme acerca de ese Dios-Niño que, más que traer regalos en Navidad, cuida y protege a todos los pequeñitos, protección condicionada desde luego a su comportamiento. Primer premisa: Dios me iba a cuidar siempre y cuando yo me portara bien, ayudado, claro está, por su enviado especial, mi Ángel de la Guarda. Así, todas las noches y todas las mañanas me encendaba a su protección y, claro está, nada me podía pasar, pues era yo una niña buena, incapaz de cualquier acción que pudiera contravenir las estrictas normas de conducta y preceptos morales que impera-

ban en mi casa. Todos los días se ejercía un férreo control ideológico, sobre todo con aquellas acciones que estuvieran relacionadas con mi condición de pureza; el ideal impuesto por mi madre era que todas las niñas debíamos aspirar a ser como la virgen María, y para lograrlo era menester repetir aquella oración que nos preparaba para lograrlo:

*¡Bendita sea tu pureza!, y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se refleja, en tan gracirosa belleza
A ti celestial princesa, Virgen, Sagrada María,
Yo te ofrezco en este día: alma, vida y corazón,
Mírame con compasión, no me dejes Madre mía,
Por tu Limpia Concepción, una muy grande pureza
¡Te pido de corazón!*

Pero la niña creció y empezó a «portarse mal», y comenzaron los regaños, las amenazas y la transformación de mi idea de Dios. ¿Qué pasaba? De protegerme y cuidarme cambiaba drásticamente a vigilarme y a castigarme, pero además a infundirme un gran, espantoso y absoluto miedo, pues, junto con esta idea, apareció la figura antagónica —el diablo—, que me llevaría a padecer los más grandes sufrimientos y sentimientos de culpa que un niño pudiera experimentar.

De repente, ese ser se transformó y las cosas nunca volverían a ser iguales, a partir de los diez años, viví llena de temores e inseguridades que tendrían —treinta años después—, efectos devastadores en mi vida.

Con la firme intención de ser la niña buena que mi madre esperaba, entré a la adolescencia y con ella al despertar sexual; y la etapa que debía ser de alegría y descubrimiento se convirtió en un camino tortuoso y en una eterna lucha entre lo que yo quería ser y lo que «debía ser». Dios me vigilaba constantemente, no podía hacer nada, pensar nada que no fuera visto por Él, nada escapaba a su conocimiento y, por tanto, las famosas «pintas de la escuela», el novio, los besos furtivos, fueron descubiertos y duramente castigados; era, pues, una muchachita mala.

Estuve convencida de que el vigilante de Dios tenía nombre y forma, y era mi hermana, idea que reforzaba mi madre con la consabida frase que retumbaría siempre en mis oídos: «hay un Dios que todo lo ve». Fui entonces duramente hostigada y castigada por tener comportamientos que estaban fuera de la ley; llegué entonces a odiar la idea de ese Dios vigilante, el cual me negaba la oportunidad de vivir —románticamente— mis años de secundaria.

Decidí entonces cambiar de horizontes, los niños de mi edad no eran para mí, y me enrolé en otro de mis frustradas pasiones, —el fútbol—, y me incliné por un equipo al que hasta el día de hoy, estoy convencida que Dios no es fanático, le voy al Atlas. Equipo malo —dirán muchos—, pero yo le pedía y le suplicaba que, a cambio de mi buen comportamiento, obtuviera los triunfos que necesitaba para permanecer en primera división, milagro que no me concedió no sólo una sino dos veces, y sufrió con mi equipo las amarguras del descenso y de regreso a la negación de Dios.

Entonces me dije: ¿Qué quiere Dios de mí? La respuesta era obvia, mi buen comportamiento, no pelear, no rezongar, ser virtuosa y estudiosa, y todo eso que mi mamá quería y a mí me costaba tanto trabajo hacer.

A los 16 años, después de muchas reflexiones —y golpes por supuesto—, llegué a la conclusión de que sólo podía ser buena estando a su servicio y terminando el tercer semestre de la preparatoria; tomé la decisión de ingresar como postulante en un convento de clausura. Ya había pecado mucho, era el momento de dejar de ser la muchacha rebelde, Dios me había llamado a su servicio y empezaba mi etapa de reconciliación.

La idea era en realidad escapar al castigo divino, pues la idea de Dios-castigo seguía presente, por tanto, era necesario redimirme, abandonarlo todo, dejar atrás el pecado y las bajas pasiones que me dominaban, y entonces ocurrió un milagro: mi madre me empezó a ver de otra manera, la hija pródiga había regresado, y me sentí otra vez querida y no sólo eso, ahora tenía un lugar de privilegio entre mis hermanos, yo era la elegida. Dios había escuchado sus ruegos y tendría una hija monja, con lo cual —obviamente— mantendría un contacto privilegiado con el cielo.

Entonces, apareció la idea del Dios a mi favor, del Dios que me conviene, era mi oportunidad de tener centrada en mí la atención de mi mamá, pero de otra manera; ahora era buena y cuidadito con quien se metiera conmigo. Pasada la euforia, advertí que esta idea de Dios a mi favor me resultaba realmente peligrosa, ya que no me dejaba ningún margen de error para actuar y, por lo tanto, de nueva cuenta se convirtió en vigilante.

Poco tiempo le duraría el gusto a mi familia y de nuevo las sabias palabras: «el diablo nunca duerme», y así fue, ya que con la finalidad de reforzar mi vocación, mi directora espiritual recomendó me reincorporara a mis clases en la preparatoria; sobrevivir al semestre sería

la prueba definitiva de que realmente quería abrazar la vida religiosa. Pero no fue así, se atravesó en mi camino un joven futbolista del equipo de la Universidad (reunía mis dos pasiones) y entonces dejé todo. Adiós, Dios.

Terminé la preparatoria con un noviazgo formal a pesar de la negativa y el odio de mi madre por el raro espécimen que había osado sacar del camino de la santidad a su hija, y, por el contrario, con el beneplácito de mi padre, que cuando salí del convento me dijo que era uno de los días más felices de su vida, que no sabía qué diantres estaba haciendo ahí.

Instalada pues de nuevo en el camino de la perdición, y después de un frustrado paso por las ciencias exactas, ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras; ahí no se podía hablar de religión, eran los años en que todo era marxismo y comunismo, y se debía tener cuidado en manifestar alguna idea religiosa. Entonces, me convertí en farisea de mi fe, pues no tuve el valor de mostrarme como creyente por temor a las burlas, y me mantuve siempre con un bajo perfil, el perfil comodito que caracteriza a la mayoría de los católicos; digamos que mantuve una postura indiferente cuando de discutir cuestiones religiosas se trataba. Dios siempre estuvo ahí, pero yo ni idea, fue mi etapa del Dios ausente.

El futbolista me había alejado del camino de servicio a Dios, pero también de todo lo que se le relacionara, si me vigilaba no me importaba, si me castigaba pues menos, y desafiando todas las circunstancias y cuidados extremos a los que fui sometida —por aquello de perder la virginidad—, me casé con él. A partir de entonces, ya santificada por el sacramento del matrimonio, Dios se convirtió en figura, a fin de cuentas yo estaba dentro de su ley, y como figura permaneció invariable por casi veinte años.

Todo iba muy bien en mi vida, no necesitaba de Dios, y no lo necesité hasta que mi padre, mi adorado padre enfermó, y con su enfermedad regresaron a mí las culpas y la idea de ese Dios castigador que habría de pasarme la factura por haberlo mantenido en el olvido, por haber vuelto a ser «mala», y mi castigo fue su muerte. Caí entonces en la más profunda depresión y recibí todos los castigos que me merecía, transformados en enfermedades mías, de mis hijos y en el alcoholismo de mi esposo.

Sin duda —me repetía continuamente—, me lo merecía y estuve dispuesta a pagarlo con el sufrimiento y la desesperanza. Aquella idea del Dios castigo, combinada con el Dios justicia, regresaba para cobrarme tantos años de olvido. Fueron cuatro años sumida en el in-

fierro, aceptando la «cruz del matrimonio» y experimentando todas las noches un terrible miedo a la muerte, consciente, pues, que por mis faltas iría derechito al infierno, al lugar del fuego eterno, en el que me consumiría como justo castigo a mis pecados. Estaba realmente loca, y en mi locura me estaba llevando a mis hijos, que no atinaban a saber qué me pasaba realmente y ni cómo me podían ayudar.

Hasta que un día, llorando mi próxima muerte frente al Cristo del altar de la iglesia de San José, experimenté de repente una increíble sensación de paz. No puedo afirmar a ciencia cierta que Dios me hablara, pero sí que había alguien conmigo que me decía que lo que estaba haciendo no estaba bien, y frente a ese Cristo, figura que representaba el dolor y el sufrimiento, descubrí al Dios imagen convertido en esperanza, y desde entonces vive en mí la idea del Dios amor y ese es el Dios en el que creo.

Por muy grandes que hubieran sido mis *pecados*, más grande sería siempre su amor por mí y me siento cobijada y protegida de su misericordia, como dice el padre Ignacio Larrañaga, misericordia enteramente gratuita.

El Dios en el que creo no me pide nada y me acompaña en todos y cada uno de los momentos de mi vida, de felicidad, de tristeza, aún situaciones de gravedad. Exageraría al decir que desde ese redescubrirlo mi vida ha sido perfecta, desde luego que no, pero ya puedo ver la vida desde otra óptica, obviamente, no todo lo malo es castigo.

El Dios en el que creo es un Dios vivo, más allá de las muchas y duras críticas que le hago a la Iglesia, finalmente es una institución de hombres, de política, de economía, con todo lo que esto significa y conlleva.

Mi Dios es más que eso, es mi fe y es la certidumbre de una vida en paz y mejor, que me llena de bendiciones todos los días y en cada instante de mi vida, y es tan real como lo que estoy escribiendo ahora.

Gracias, Dios.

Luz María Álvarez Villalobos

Nació en 1966. Estudió la licenciatura en Filosofía por la UNIVA, maestría en Historia del Pensamiento por la Universidad Panamericana, Campus México. Es profesora titular de las materias de Antropología y Ética en la Universidad Panamericana, Campus Guadalajara. Tiene 26 años de casada y cinco hijas.

Creo en el único Dios que es uno y que es tres personas

El Dios en el que creo es una serie infinita de negaciones y una sola afirmación que incluye una interminable lista de verdades.

El Dios en el que creo no es una idea abstracta. No es un extraterrestre, ni es un mito o una leyenda. No es el opio del pueblo, aunque a veces nos lleva a soñar cosas inimaginables. No es un ser extraño ni lejano. No es el universo ni la naturaleza, aunque vemos su reflejo en ellos. No es un Dios imparcial, sino que siempre toma partido por el hombre. No es un Dios que no conozca en carne propia el sufrimiento. No es una mentira y tampoco es un monstruo que se satisface en destruir lo que creó. No es alguien que echó a andar un programa y se levantó a comer palomitas. No es tampoco un espíritu que vaga por el mundo divirtiéndose con el hombre ni se entretiene dándonos lecciones. No es quien nos manda enfermedades ni catástrofes. No es un ser que produce miedo y terror, y mucho menos odio. No es un Dios que nos trasciende de tal manera que puede llegar a contradecirse. No es solamente el absoluto, ni sólo la inteligencia pura, pero no puede engañarse ni engañarnos. No es vengativo, ni justiciero: es Dios.

El Dios en el que creo no es una persona. No me necesitaba, y aún así me dio la vida, a mis padres y hermanos, la inteligencia y todo lo que soy y lo que tengo porque se le dio la gana. No me necesitaba ni me necesita. No espera nada pero cree en mí, si no; por qué darme la vida?, ¿por qué complicarse con una vida llena de problemas, de dificultades y de dolor, aunque también haya alegrías, salud y logros?

Creo en un Dios todopoderoso que por amor se hizo hombre, y porque nos ama se ha declarado impotente ante nuestra libertad. Que no nos obliga a nada, incluso ni siquiera a creer en Él. Que nos dio la libertad para amar, pero que si no lo amamos, no nos castiga. Que

nos hizo libres porque nos ama y, para amarlo, necesitamos la libertad. Creo en un Dios que es justo, pero también misericordioso, que no desea para nosotros ni un solo mal, ni siquiera pequeño. Un Dios que, además de amigo, es hermano y es padre y madre.

Tengo la certeza de que Dios, que no me necesitaba, cree en mí, espera en mí y me ama. Sabe mi nombre, conoce mis pensamientos y mis más profundos deseos. Me conoce más íntimamente que yo misma, pero es tan paciente que no irrumpre en mi vida sin mi permiso. Siempre está al lado de mí, pero no se deja ver si yo no lo invito. Espera que lo escuche y que lo vea en todos lados, no porque es todo, sino porque es quien hizo todo y todo es un reflejo de su belleza, de su bondad, de su inteligencia y de su amor. Sólo se rige por la ley de la sobreabundancia: nos da mucho más de lo que necesitamos, de lo que merecemos y de lo que podemos imaginar. A lo largo de la exitosa historia del universo y de la humanidad ha dejado su huella indeleble en todos los rincones.

El Dios en el que creo por amor se ha hecho niño en las entrañas de una mujer. Ha permitido que le escupamos, que lo lastimemos, que le crucificáramos y no ha respondido más que con el acto supremo del amor que es el perdón. Es un Dios que perdona siempre que el hombre arrepentido se lo pide. Es un Dios que, siendo juez, permite que lo sentemos en el banquillo de los acusados a calumniarlo, sentenciarlo y ejecutarlo sin soltar una sola queja.

Es un Dios que siempre ha estado, está y estará con nosotros. Dueño del tiempo, nos lo regala año tras año, día a día y minuto a minuto. Un Dios que nunca nos deja, ni nos dejará solos. Creo en el Dios que no necesita el reconocimiento de los poderosos, ni la alabanza de los famosos, sino que busca siempre al débil, al inocente, al enfermo, al pequeño, al pobre, al pecador, al que lo necesita.

Creo en el único Dios que es uno y que es tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo en un Dios que es verdad, el único Dios que es amor y que por amor nos hizo y nos dio todo. Se alegra con nuestras alegrías y sufre con nuestras tristezas. Un Dios que quiere que seamos felices y que sabe cómo podemos lograrlo. Creo que Dios es verdad y es amor.

Laura de Guzmán

Nació en 1963 en Guadalajara. Es empresaria en el ramo de la joyería. Madre de tres hijos. Católica.

Un hombre fue crucificado para que yo viva y pueda disfrutar de todo lo que Él nos da

De niña me enseñaron, me platicaron, tal vez hasta me obligaron a creer en un Dios Jesús (el nazareno). Yo no sé si lo amaba, lo quería, o simplemente era miedo, pues las monjitas, mis padres, abuelos, siempre decían que Dios te va a castigar, o de plano, por cualquier circunstancia, Dios te castigó.

A lo largo de mi vida he pasado por muchas situaciones muy difíciles: accidentes, enfermedades, pérdidas (de seres queridos, económicas), y le he pedido a ese Dios, al cual me inculcaron de niña, y la mayoría de las veces no ha pasado nada extraordinario. Todo igual. No tenía resultados, o al menos los que yo esperaba.

Muchas veces me alejé de él (Jesús) renegando, exigiéndole que si en verdad era ese gran Dios todopoderoso, se fijara en mí. Y al sentir que no tenía respuesta yo decidía alejarme de Él. Claro que no eran situaciones fáciles.

En mi lucha y desesperación por encontrar algo o alguien que me ayudara, recurrió a todo: tarot, limpias. Y pasó algo que me hizo abrir los ojos: dejé el dinero que no tenía para amanecer. No niego que siempre me ha llamado la atención la numerología, el tarot y todas las ciencias ocultas, aunque creo que sin estudiarlas ni conocerlas a fondo se me facilitan en gran medida.

También he investigado sobre dirigentes religiosos (Mahoma, Confucio, Dalai Lama) y al único que encuentro razonable, según mi forma de ser y de vivir, es al Dalai Lama, aunque siempre algo me faltaba.

Me di la oportunidad y el gran regalo de regresar a mi Dios, Jesús Cristo, y descubrí algo maravilloso: Él nunca se alejó de mí. Siempre estuvo allí esperándome, consolándome, cuidándome; hubo ocasiones que hasta sentí que me abrazaba.

Entré al Instituto Bíblico por dos razones: la primera para acompañar a mi mamá, y la segunda, para cuidarla. En estos cuatro semestres he descubierto cosas muy interesantes. Trato de aprender al máximo

sobre Jesús: su vida, obras, milagros, y no por una calificación (en realidad no me preocupa). Lo hago porque es interesante y valioso saber que un hombre fue crucificado para que yo viva y pueda disfrutar de todo lo que Él nos da.

¿Por qué estoy convencida?

A lo largo de la historia hay muchas teorías sobre la Creación: que si una molécula, que si Darwin, etc., pero nunca nadie ha dicho que el mundo lo hizo Buda o Lao Tzé. Sin embargo, los debates son con Dios.

El libro más leído en toda la historia es la Biblia. Éste lo estudian científicos, investigadores, poetas, religiosos y hasta locos. La pregunta es: ¿por qué no lo hacen con el mismo interés con otro libro? Pues porque no fue iluminado por Dios.

La Creación es algo en lo que debemos detenernos a pensar: ¿quién hizo el sol, luna, mares, estrellas, montañas, animales y hasta a nosotros mismos? Por lo poco que yo sé, sólo un Ser Omnipotente lo pudo lograr, y ese ser es Dios representado en sus tres divinas personas: Padre, Hijo, Espíritu Santo.

Ningún ser sobre la tierra, extraterrestre, molécula, etc., ha podido crear algo igual o algo espectacular para decir: yo lo crié. Bueno, ni siquiera una montañita, una lagunita, una estrella...

Lo que me queda muy claro es que en todas mis situaciones de dolor, pereza, amor, tristeza, gozo, desilusión, coraje, etc., sólo le pido, o mejor aún, platico con Él, y todo esto cambia a una paz y un gozo que en ningún lado he podido encontrar. Siento un gran gozo inexplicable que me da fuerzas para seguir. Mejor aún, al llorar y pedirle con todo mi corazón, mi alma se limpia, y entonces siento que vuelvo a nacer y estoy tranquila, con mucha paz y amor. Porque Jesús-Cristo es tan bueno, que también nos dio a su madre, sí, a la Guadalupana, para que siempre esté con nosotros. Y lo que sé es que México fue el país elegido por Dios y la Virgen en el famoso año 2012.

Esto no significa que crea en todos los padrecitos. Su iglesia somos todos, o sea, cada uno de nosotros.

Juan Santos, danzante a la Virgen de Zapopan

Nació en 1974. Miembro de la danza «Lanceros de San Esteban». La entrevista fue realizada el 18 de octubre de 2010 en la basílica de Zapopan.

Nosotros nos vestimos como ellos, porque fueron los únicos que sí alabaron mucho a Dios

Traemos el traje de los apaches, de los indios, porque ellos eran los que más adoraban a Dios. En aquellos tiempos, ellos adoraban al dios del sol, al dios del agua, al dios de la luna... pero era el mismo dios, a la vez estaban alabando al mismo dios. Ellos no decían el dios sol o el dios luna, sino que decían «el dios del sol, el dios de la luna, el dios del agua». Yo lo que le he venido bailando a la Virgen es porque... como cuando está enfermo uno hace una promesa... yo hace tiempo tenía una fractura en la columna, insoportable; ya tengo veinte años. Antes de la danza ya tenía seis años viniendo, y yo le prometí a la Virgen que si me quitaba el dolor me iba a venir caminando a pata raiz, desde allá, sin huaraches, sin calzado. Lo hice y sí me alivió, pero nada más que al siguiente día agarré una infección en los pies, pero nada comparado con el dolor que tenía. Ya después un tío fundó la danza, en 1997, y yo fui uno de los primeros.

Mucha gente entra a la danza porque hace mandas a la Virgen. Yo digo: primero es Dios, porque Jesucristo es hijo, y Dios es el espíritu, el Espíritu Santo. Yo he hecho muchas mandas (a la Virgen), pero ahorita me encomiendo a Dios. Todo el camino vengo haciendo oración y eso me ayuda, venir haciendo oración, y no me canso. Yo traigo huaraches que pesan cuatro kilos el par; otros pesan cinco kilos el par. Para llegar bien aquí, sin tanto sacrificio, unos de tres kilos... yo pienso que no cumplí mi manda porque se me hicieron muy livianos los huaraches, y es que yo traía una tarea: traía un Cristo bendito, con una vara, y abajo le pegamos una imagen de una Virgen, pero esa Virgen la sacó alguien que estudia magia negra. Esa Virgen no es buena, porque viene de cosa del demonio, y yo venía por todo el camino haciendo esto (golpeando fuerte); yo hice eso porque nos pidieron esa tarea (la gente de la colonia), y que les dijéramos a todos los de las danzas que le pidieran sus pies a la Virgen, para que a lo hora que vinieran ellos, la misma Virgen viniera destruyendo al demonio.

Trae la Virgen... la hacen muy fea, supuestamente trae abrazado un niño chino, muy viejo, muy feo; trae las patas como de rana y en las orillas de las patitas trae la serpiente así dibujada.

La Virgen sí significa mucho para mí... Dios quiso poner ahí a Jesús, y yo pienso que sí es mucho, algo muy grande, porque Dios la escogió. La Virgen sí está allá con Dios, al igual que Jesús y varios ángeles, porque supuestamente los que tenemos la vida eterna somos ángeles.

—El que usted se haya mantenido trece años en la danza, es gracias a su fe, nos puede platicar qué siente a la hora que esta danzando y qué significa para usted la virgen de Zapopan?

—Yo siento mucha satisfacción al estarles bailando a la Virgen y a Dios, porque les he pedido muchas mandas y siempre me las han cumplido. Yo siempre voy con fe en Dios y en la Virgen; tengo mucha fe. La fe es lo que cuenta, porque dice uno «voy hacer una manda», pero si usted anda bailando y todo eso, y no está con fe a ellos, a Dios y a la Virgen, pues yo pienso que no se le cumplen, porque yo había hecho promesas, tontas a veces, por animales que se me han enfermado, al Sagrado Corazón, pero cuando voy danzando de repente me pegan fiebres o eso, pero sí me cumplen mi promesa. Yo tengo mucha fe; de que empecé a creer bien en Dios apenas tengo un año, porque a mí en mi sueño me estaba llevando el diablo, y me puse a hacer oración y al mismo tiempo que yo sentía... ¡yo vi el infierno! El infierno era una rueda así, redonda, de lumbre; y el diablo me alcanzó por atrás y me iba llevando; y cuando yo iba haciendo la oración, el Padre Nuestro, el Ave María, cuando yo sentía que me soltaba era con el Padre Nuestro, que es la oración más fuerte, pero haga de cuenta que al mismo tiempo, como ya sentía que me estaba llevando, ya sentía que se me trababa la lengua, o sea, como que me la mordía y ya no podía rezar bien. Entonces, hubo un rato que yo ya me di por vencido, yo sentí que ya me iba llevando; sin embargo, sentía la lumbre que me quemaba. En ese rato que ya no pude hablar, yo creo, porque me estaba poniendo tieso, me mordí la lengua; entonces ya no pude rezar. Y ya en la mente empecé a decir: Padre mío, ¿por qué me llevas? Yo creo que todavía no es tiempo de que me lleves, ¡Dios mío, yo te amo mucho!, ¡Dios Padre!»; y de ese modo me soltó y haga de cuenta que en el momento que me soltó, en la boca del infierno se fue un animal; en vez de irme yo, se fue el animal, pero a mí me soltó. Y cuando desperté ya tenía las manos en oración, hincado en la cama; y mi señora me dice: ¿y ahora tú qué?; y ya le expliqué. Muchos dicen que el infierno, que vienen del infierno... ¡No! del infierno y de la gloria ya no hay regreso para acá,

porque si se muere uno, así se va a la gloria, usted ya es un ángel, si se va al infierno de ahí ya no sale, ¡menos! Yo por eso tengo un año que sí creo bien en Dios y ¡sí existe! Mucha gente cree que no, pero sí existe, ¡sí existe!

Entonces ahora, en cada danza —porque también el danzar es una oración— yo a veces pido por toda la gente que está enferma: de cáncer o de cualquier enfermedad, inválidos, pero todo el tiempo voy acordándome de Dios, por el camino todo el tiempo voy haciendo oración, por todo el camino...

El otro día nos tocó hacer una oración de más de dos horas de danza, y yo no tanteaba aguantar, porque yo los huaraches que traigo ahorita pesan como cuatro kilos el par; yo les dije: no vamos a bailar con huaraches sino con puro zapato. No nos íbamos a poner, pues, los huaraches de la danza, porque les dije: no vamos a aguantar. Y nos dijeron no, que vamos a hacer un atajo, según así nos dijeron, y dije: bueno hay que ponérnoslos, y ya que nos los pusimos, les dije: vamos haciendo esta oración pidiéndole todos a Dios por todos los enfermos, y quedamos de acuerdo. Yo todo el camino, durante las dos horas, ¡no sé!, en un rato me olvidé de Dios y sentía el cansancio, y en un rato me volví a acordar y de ahí para el real, como una hora y media me fui haciendo oración y no me cansé nada, nada; y este día, el doce, [12 de octubre, en la romería a la Virgen de Zapopan] también venía por todo el camino haciendo eso y haciendo la tarea que me dejaron, y ya cuando llegué aquí no sentí nada, llegué muy a gusto ¡nada de cansado! Pero le digo que esta tradición que seguimos todos, poniéndose estos trajes de los apaches, de los indios, es porque ellos creían mucho en Dios, pero mucho. Ellos por cualquier cosa adoraban a Dios, pero siempre, cualquier cosa que ellos decían al dios del sol, al dios de la luna, ellos nunca decían «dios luna», sino que decían al dios del sol, al dios de la luna, al dios del agua; y por eso nosotros seguimos esta tradición, porque en verdad ellos sí amaron mucho a Dios; hacían muchos sacrificios por Él, se mataban entre ellos mismos, entre ellos mismos querían que los mataran por la adoración que le tenían a Dios. Entonces es por eso esta tradición, que nosotros nos vestimos como ellos, porque ellos fueron los únicos que sí alabaron mucho a Dios. Hasta ahorita yo también lo quiero mucho, lo adoro, porque yo pienso que Él ni en la muerte nos olvida; quizás nosotros lo olvidamos a Él, pero Él en ningún momento nos olvida. Cuando se esté muriendo uno, lo que debe de hacer uno, es acordarse de Dios y no decir ¿por qué me olvidas? o ¿por qué me dejas? Porque Él nunca lo deja a uno, es uno el que lo deja a Él, uno lo olvida a Él.

Vania Citlalli de Dios Rodríguez

Nació en 1980 y desde hace nueve años es reportera; ha trabajado tanto en radio como en prensa escrita. Estudió Ciencias de la Comunicación y actualmente cursa la licenciatura en Derecho en la Universidad de Guadalajara. Fue practicante de las disciplinas del Kung-fu durante 12 años.

El Dios que conozco no es institucional, está en la esperanza de los otros

Lo confieso: no suelo acordarme de Dios... pero siempre lo tengo presente. De niña le rezaba antes de dormirme. Platicaba con él en voz bajita —para no despertar a mi hermana—, pensaba que si le hablaba mentalmente no me escucharía y lo que tenía que decirle era importante.

Hoy, a mis 29 años, rara vez rezo antes de acostarme y me persigno cuando voy a salir a carretera o estoy frente a una iglesia, pero sigo platicando con él. Soy una reportera, una estudiante de Derecho, una esposa, una hija que continúa hablando con alguien de quien ni siquiera se tiene una imagen, un Dios que nunca he sabido cómo es ni dónde está (dicen que en todas partes), pero que existe.

Durante mi niñez, y todavía en mi adolescencia, me inculcaron la religión católica. Me obligaban a ir a misa los domingos (¡qué niño va ir por propio gusto!), a confesarme y a rezar el rosario cuando algún santo estaba de visita en la colonia. Hoy no voy a misa a menos que sea «necesario» y me es indiferente si Dios está en la religión católica o en el cristianismo, el budismo, islamismo o en el judaísmo. El Dios en el que creo es Dios y punto.

Como reportera he tenido contacto con las jerarquías de la Iglesia y me ha hecho cuestionarme la confianza y la fe que puede tenerse a ese Dios que dicen que representan. Porque si predicán con su palabra entonces, es un Dios político, que negocia, que vive en la opulencia, que come bien y duerme cobijado y viaja por el mundo, que se codea con el poder. Ése no es el Dios en el que yo creo. No creo en el Dios que está detrás de alguna institución.

El Dios en el que creo es ése al que le reza mi abuelita cada noche, al que mi mamá le pide que cuide a su familia, al que la gente que vive en zonas de riesgo se encomienda cuando comienza a llover, al que se aferran las personas que están enfermas para seguir viviendo.

Es ése al que la señora en silla de ruedas y con medio cuerpo paralizado se encomienda todos los días para tener qué darle de comer a sus tres hijos y poder sobrevivir con 300 pesos a la semana; al que le ha pedido que mejor se la lleve cuando ve que por más que le pida ayuda, no ha llegado.

Al final es un Dios que no abandona a la gente, que le da a la gente certidumbre ante la incertidumbre, que aparece en los momentos de contradicción. Es alguien generoso porque ante el dolor logra dar paz, porque la gente basa en él su fe para salir adelante.

El Dios que conozco no es institucional, está en la esperanza de los otros.

Lo confieso: no suelo acordarme de Dios, pero sé que está en algún lado o en todas partes y que existe y puedo platicar con él a cualquier hora porque sé que me escucha.

Carlos Josué Ocampo Briseño

Nació en Guadalajara en 1984. Licenciado en Comunicación por la Universidad Panamericana. Fotógrafo, dramaturgo, diseñador gráfico y promotor cultural. Fue editor de la revista *Transeúntes* del capítulo juvenil de la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística de Jalisco.

Yo comulgo con Dios en mi interior y me comunico con él a través de mis acciones diarias

Yo nací en una familia «católica» en apariencia, pero que cree en el poder de la mente y en la bondad de Dios a partir de la luz que toma a una persona como medio para hacerla llegar a otras.

Debido a la peculiaridad de estas creencias, se convirtieron en secreto de familia. El tema del que no se habla abiertamente por temor a malinterpretaciones, la discriminación y el rechazo de quienes tienen ideas conservadoras muy marcadas.

Fui bautizado, pero no nací de la unión religiosa de mis progenitores, sino del trámite legal que las mismas leyes les permitieron romper cuando yo apenas tenía cuatro años de edad. La palabra divorcio, decían mis padres, no era concebida por la fe católica; entonces comienza ese sentimiento de falta de sentido de pertenencia a una ideología.

Sentí que el Dios que me pintaba la Iglesia no era compatible conmigo, porque ellos mismos me enseñaron que Dios nos quiere a todos por igual, que él no discrimina, y los católicos, tal vez sin darse cuenta, me habían discriminado al juzgar una decisión de quienes me dieron la vida. Toda esta situación me generó un enorme conflicto interno que, debido a mi corta edad y criterio no pude razonar.

Mi educación fue privada desde el inicio. En la escuela me enseñaron a rezar el Padre Nuestro y el Ave María, el Ángelus, el rosario de 5 y 15 misterios y a realizar una serie de rituales que iban desde una marca de ceniza en la frente, una dieta alimenticia, una competencia explícita para premiar al alumno que más sacrificios y oraciones realizará en un tiempo determinado, hincarme, pararme y sentarme, comer de la mano y copa de un sacerdote, confiar en él aunque su gesto me infundiera temor, contarle mis intimidades.

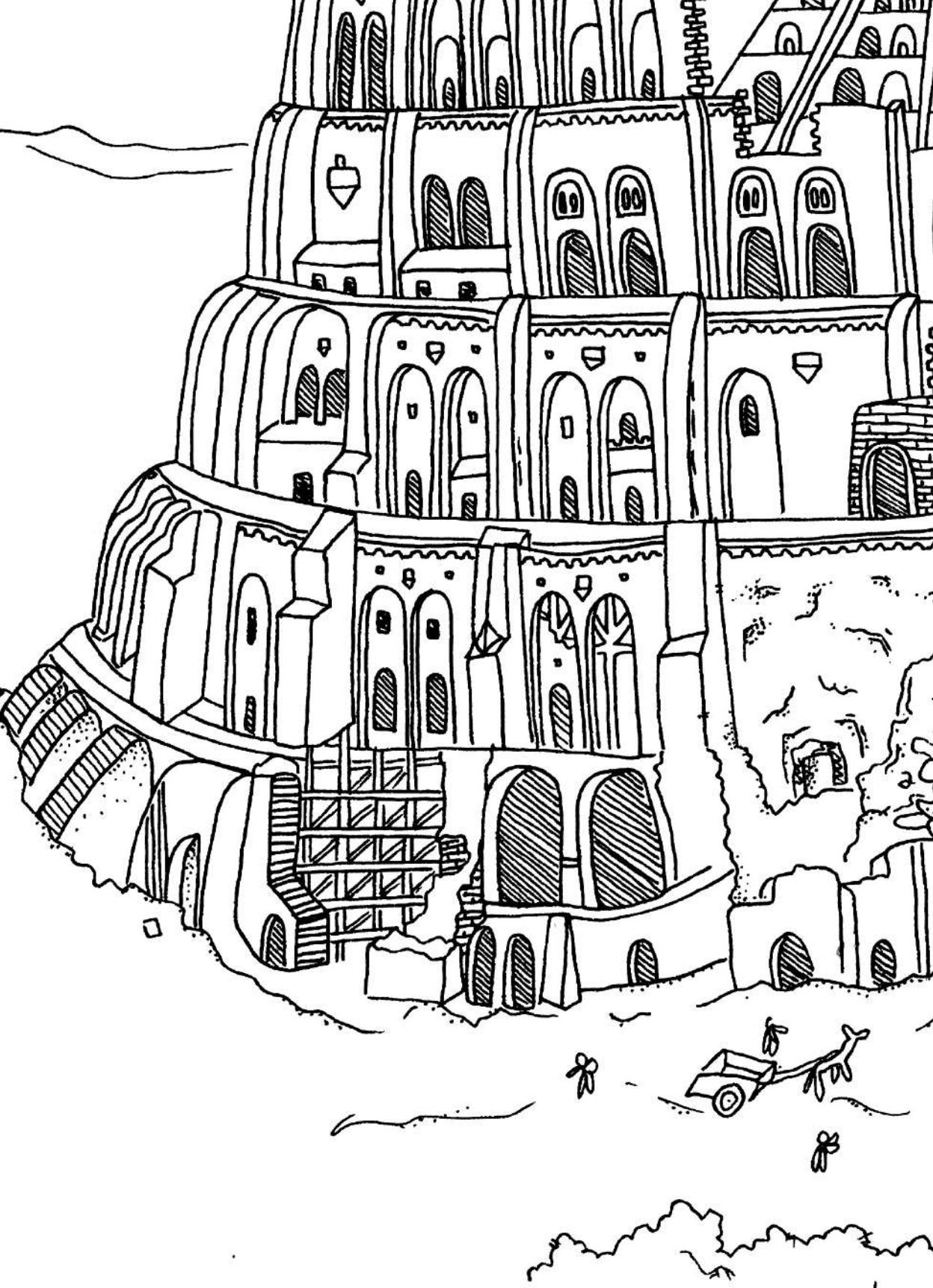
Este choque de ideas, las impuestas y las que me vinieron de familia, formaron una combinación de apatía respecto a ambas partes, pues una se oponía a la otra.

Al final, opté por rechazar a un Dios y comprometerme con el otro. El que aparté de mi vida era el que me pedía sacrificios y rituales que, para la época en que me tocó nacer, me parecían por demás absurdos. Nunca nadie me supo dar una razón lógica de por qué debía repetir una y otra vez una oración con la que no me sentí nunca identificado, que no expresaba lo que yo sentía, que no comulgaba con mis ilusiones ni con mi entorno.

Aprendí entonces a hablar con Dios. A solas, sin necesidad de ir a un templo y poner mi cara de arrepentimiento, darme golpes de pecho e ir de rodillas hasta el altar, implorando, orando, lamentándome y llorando hasta que mi eco recorriera todo el recinto. Entendí que Dios era mi amigo y que no sólo estaba ahí cuando me sentía derrumbado, sino también cuando obtenía mis mayores éxitos. Comunicarme con él no requiere de intermediarios. ¿Por qué habría de necesitar intermediarios para comunicarme con mi interior?

No creo en el Dios de las fábulas de Adán y Eva, ni en Noé ni en todos esos personajes producto de la ignorancia de una época en que la ciencia y la tecnología no habían permitido descubrir la verdad; aunque admiro la sabiduría y el ingenio con que fue escrito el libro sagrado de quienes predicaban la fe cristiana y la manera en que pretendieron dar explicación y sentido a todo cuanto los hombres de entonces podían razonar. Esa simpleza para analizar temas tan profundos y que habitan en cualquier época, le ha merecido ser uno de los libros más importantes de todos los tiempos.

De cualquier modo yo me abstengo de la interpretación que todos dan a esos textos sagrados, para dar validez únicamente a mi fe. Con la influencia de los seres que más amo y admiro, pero finalmente mía. Yo comulgo con Dios en mi interior y me comunico con él a través de mis acciones diarias, mismas que procuro siempre sean positivas, tanto para mí como para todos los que me rodean, sean o no de mi misma especie, por el simple hecho de existir en el mismo plano en que yo existo merecen mi respeto.



CAPÍTULO IV

La idea de Dios como don, como gracia

José de Jesús Parada Tovar

Último de 15 hermanos, nació en Guadalajara, Jalisco, en 1949. Fue bautizado en la religión católica, apostólica y romana. Integrante del Coro Infantil de la Parroquia de San Felipe de Jesús, y después del Coro del Seminario Diocesano Menor de Guadalajara, donde cursó cinco años de Humanidades. Estudió la carrera de Ciencias y Técnicas de la Comunicación, la cual ejerce desde 1962. Ha sido profesor de periodismo, conductor de programas de radio y televisión, jefe de información y de redacción, director del Sistema Jalisciense de Radio y Televisión de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco (2000-2006). Actualmente es editor del *Semanario Arquidiocesano de Guadalajara*.

Creo en Dios Uno y Trino

El primer impulso que me mueve para referirme a Dios es el de la gratitud, pues sólo por su infinita bondad me creó, y el don de la vida es inapreciable; inmerecido si pudiera sacarse la cuenta de los que no han sido ni serán. Tengo la certeza de que Dios es el Creador omnípotente de todo lo animado e inanimado que existe, y no requiero, para reafirmármelo, de ninguna teoría o especulación.

Atendiendo al mismo motor del agradecimiento como una iniciativa y sentimiento natural, no puedo sino sentirme absolutamente

contento y satisfecho de que Dios me haya escogido los padres que tuve y que ellos hayan aceptado, con libertad y con sujeción a sus planes, engendrarme, procrearme y traerme al mundo como el último de 15 hijos, todos ellos vivientes, simultáneamente, durante poco más de 43 años. Tan sólo este hecho, nada común y sí admirable, incita a reconocer providentes designios, muy por fuera y muy por encima de las potencialidades meramente humanas, tan cotidianamente sujetas a incidencias o comportamientos que se salen de cualquier control.

Siguiendo el mismo patrón de tiempo y circunstancias, que rige una sola Fuerza Superior, yo nací en una familia probadamente cristiana, tanto por el lado paterno como por el materno, enraizadas y entroncadas, a su vez, en cimientos muy sólidos de probidad y de muy recios valores. Por tanto, la Fe, que por Gracia de Dios me infundieron e inculcaron, en congruencia con sus firmes creencias, dejó honda huella en mí desde antes de mi uso de razón. En mis padres observé siempre convicción, coherencia de vida, actitudes y acciones (muchas y buenas obras, pues) muy a tono con su Credo, y en todo ello se esmeraban en transmitirlo en todo momento a sus hijos, sin dobleces, como una obligación y como una tarea agradable.

Puedo afirmar, sin reservas, que el amor y el temor de Dios presidieron siempre la vida familiar, privilegiada por la Providencia Divina durante tantos años y en medio de características y avatares temporales tan difíciles como corresponde a un núcleo tan numeroso y, además, migrante. Pero, eso sí, ni entonces ni menos ahora (producto seguramente de esas bases, y de tal bagaje), se me hizo «bolas el engrudo» en materia de Fe. La recibí y la conocí «descontaminada», sencilla, directa, sin rodeos, sin elucubraciones, sin cuestionamientos científicos... Tal como ellos la recibieron, la vivieron y la enriquecieron en su generosa existencia, procurando acrecentarla con conocimientos a su alcance y adicionales, y adornándola con magnánimas virtudes de caridad.

Y es que si mi señora madre, doña Teresa Tovar, se empeñó hasta el extremo en educar a sus 15 hijos con la enseñanza y el ejemplo de una vida intachable, y si también dedicó, con sumo agrado y enorme responsabilidad, 30 años a la catequesis de los niños y también de los adultos, mi señor padre, don Jesús Parada Escobedo, fue un hombre de cultura general superior para su tiempo, incluidos sus conocimientos de religión. Sin vana presunción ni falsa modestia, me atrevería a cuestionar a más de muchos si no tendrían una idea clara de Dios luego de presenciar una sesión de catequesis de doña Tere. ¡Y qué refutar a un acto de rendición plena a Dios en el momento de escuchar una de las

más de 300 obras de música sacra de don Jesús, especialmente las de su inspiración al órgano, o más aún, una de tantas polifónicas, hasta a cuatro voces, que transpiran honda piedad y un carisma de singular compositor de música y cantos exclusivamente dedicados a Dios! ¿Adónde pueden encaminarse, así, el saber, el entendimiento, el espíritu, la inteligencia, la voluntad, el gusto por lo que eleva un poco arriba del suelo?... Y, conste, son experiencias personales, vivenciales y entrañables, sí, no asumidas desde libros ni en tesis doctrinales, aunque sí ilustradas por la Doctrina Cristiana.

Si a todo ello sumamos contextualmente las condiciones del entorno educativo, cultural, social, económico, político y religioso de Guadalajara (por ejemplo, de 1950 a 1980), definitivamente, de mi parte, puedo afirmar que ese tiempo y circunstancias fueron esencialmente favorables en muchísimos aspectos para la capital de Jalisco, asistida por la mano de Dios con predilección, como puede comprobarlo cualquier bitácora, reseña o crónica que abarque dicha época en los más distintos aspectos.

Una señalada selectividad debo abonarle, a mi individual situación, el haber nacido y crecido en el bendecido barrio de San Felipe de Jesús que, al timón de su párroco, don Rafael Meza Ledesma, navegó en bonancibles aguas de incontables e invaluables beneficios. Dios refugió con luces deslumbrantes y persistentes durante muchas décadas en esa comunidad del sector Libertad tapatio que, como un prisma, aún se reflejan en el tiempo, en personas y en cuantiosas obras de diversa índole. Todo eso no es producto de la casualidad o de factores coincidentes efímeros; es la manifiesta presencia y acción de Dios, que se hace sentir casi como exclusiva donde Él lo decide.

Mi eventual paso por el Seminario Diocesano de Guadalajara me hizo valorar, durante cinco años, el deleite de haber sido llamado por Dios. Y, aunque a la postre no fui de sus escogidos, experimenté el gozo de su intimidad en la vida de comunidad, en la oración, el estudio de algunas ciencias sagradas elementales y el testimonio ejemplar de muchos formadores y compañeros. Posteriormente, en el ejercicio profesional del periodismo durante 40 años, he sentido el benigno acompañamiento de Dios, que lo mismo me ha librado que iluminando e inducido por caminos disímbolos, pero complementarios en la iniciativa privada, el gobierno, la docencia universitaria y la Iglesia. En los afanes de la comunicación, por distintos medios, Dios se me ha manifestado como el comunicador por excelencia, incluso en momentos aciagos de desempleo.

Ni qué decir de «mi» familia, la que Dios me dio mediante el albedrío de mi elección de esposa y su bondad de nuestros dos hijos. Aquí sí que me arrodillo ante la infinita Paternidad de Dios nuestro Señor: No merezco lo que tengo, pero se lo agradezco desde lo más profundo de mi alma. La Santísima Trinidad se ha hecho presente y palpable en nuestro hogar desde su binaria conformación. Nunca han existido dudas ni mucho menos reproches. La Voluntad de Dios goberna nuestras vidas, y en ella estamos de lleno confiados.

Con toda la Fe de mi Bautismo, y con la modesta razón que me he esforzado en cultivar, sin tapujos ni dubitaciones, creo en Dios Uno y Trino, y me afano en amarlo, con todas y tantas limitaciones.

Wolfgang Vogt

Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara. Nació en Alemania en 1945, hijo de padre católico y madre protestante. Fue educado en el catolicismo como condición de los abuelos paternos para aceptar el matrimonio mixto de sus padres. En 1976 llegó a Guadalajara como director del DAAD, del gobierno alemán. Realizó estudios de filología española e hispanoamericana en España, Francia y Alemania, donde obtuvo su doctorado por la Universidad de Bonn. Autor de 30 libros de crítica literaria y dos novelas. Columnista de periódicos y revistas. Se casó en Guadalajara, ciudad que eligió para vivir. Miembro del Cuerpo Académico Cultura Religión y Sociedad y del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt.

La existencia de Dios es un misterio que no aclara la religión y tampoco la ciencia

Envidio a la gente que no conoce la duda y tiene una fe inquebrantable en Dios. Parece que la religión es parte de la naturaleza humana o, como dirían Rousseau y Voltaire, algo innato. A Emilio de Rousseau no le habla su preceptor de Dios, porque éste quiere que su alumno lo descubra con sus propias reflexiones. Deslumbrado por la belleza de una puesta del sol, el pequeño Emilio cae de rodillas espontáneamente para darle al Ser Supremo las gracias por la perfección y gran hermosura del mundo que creó.

Pero si llevamos a Dios dentro de nosotros, entonces, ¿por qué tanta gente no tiene fe? Actualmente predomina la opinión que nuestra fe religiosa es producto de la educación. Como el legendario Gaspar Hauser, quien pasó toda su infancia incomunicado en una cueva oscura, no recibió instrucción ninguna y ni siquiera aprendió a hablar, no podía saber nada de Dios. Esta convicción la expresa el cineasta Werner Herzog en su película sobre Hauser. Cuando el pastor protestante de un pueblo vecino examina a Hauser sobre su fe, resulta que éste no sabe nada de Dios.

Parece que en el mundo antiguo no existía el ateísmo. Griegos y romanos, igual que casi todos los pueblos, estaban convencidos de que había varios dioses y no comprendían a los judíos por ser monoteístas. Antes, el monoteísmo se enfrentaba al politeísmo y hoy día al ateísmo. En el siglo XIX mucha gente aún creía que la ciencia podía sustituir a la religión y que la razón iba a ocupar el lugar de la fe. Pero actualmente es cada vez más obvio que la fe y la razón son caminos paralelos hacia el conocimiento. La ciencia ofrece respuestas claras que se pueden comprobar, pero Dios se escapa a toda argumentación racional y nadie puede comprobar con certeza científica si existe o no existe. Demoststrar científicamente la existencia de Dios sería el final de la fe y de la religión. No puedo creer en un ser cuya existencia es evidente. Sólo puede aceptar el hecho de que está allí. La religión actúa en las esferas enigmáticas y oscuras de nuestra existencia, en las cuales no penetra la luz de la razón y ciencia.

Voltaire cree en un Dios creador del universo, pero rechaza la idea de que Dios se manifiesta a través del cristianismo o cualquier otra religión. Para los judíos, Dios se comunica con los hombres por medio de los profetas del Antiguo Testamento, y para los cristianos Jesús, el hijo de Dios, se convirtió en hombre para redimirlos y difundir sus enseñanzas. Los musulmanes creen que el arcángel san Gabriel le dictó el Corán al profeta Mahoma. Las tres religiones se relacionan, pero es difícil determinar cuál está en posesión de la verdad absoluta. Para el Concilio Vaticano II hay diferentes caminos que conducen a Dios. Eso significa que también fuera de la Iglesia hay salvación.

La otra pregunta es si es posible la salvación sin la fe. La fe es un regalo de Dios y no la podemos conseguir a fuerza de voluntad. Hay mucha gente que se siente atraída por la religión y quisiera tener fe, pero no la tiene. *La crónica de las Pasquier*, un ciclo de novelas con fuertes rasgos autobiográficos de Georges Duhamel, refleja las contradicciones interiores de este autor francés. Debido a sus experiencias

como científico perdió la fe de su infancia y lamenta mucho no poder recuperarla. A pesar de ello, la ética del cristianismo sigue siendo vigente para él. Admira mucho la vida ejemplar de los santos y describe la vida de un santo sin fe en Dios en su novela *Journal de Salavin*, traducida en español con el título altisonante *Diario de un aspirante a santo*. A Salavin, Dios no le ha dado la gracia de la fe, pero aún así trata de convertirse en un santo secular; es decir, en un santo que no cree en Dios. Juan José Arreola, quien se define como escritor católico, admiró mucho esta novela.

Durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, para muchos intelectuales la ciencia era un sustituto de la religión. Actualmente estamos más conscientes de las limitaciones de la ciencia y pensamos que la razón y la fe son caminos paralelos que no se excluyen hacia el conocimiento. Pero a diferencia de épocas anteriores, hoy día es cada vez más difícil creer. Hemos perdido la fe ingenua y sólida de épocas anteriores. Para el hombre medieval no existía una contradicción entre religión y ciencia. La ciencia estaba al servicio de la religión, como nos muestra la filosofía escolástica de santo Tomás de Aquino. La cosmovisión medieval nos presenta un mundo finito: arriba está el cielo y abajo el infierno; una instancia intermedia es el purgatorio y el centro del universo es la tierra. Dante como poeta nos traduce las verdades de la religión en metáforas. Nos da seguridad, porque para todo hay un lugar bien determinado en un universo con límites bien marcados.

La cosmovisión poética de Dante corresponde a la fe de los niños, para los cuales el cielo está arriba y el infierno abajo. Pero crecemos y nos damos cuenta de que el cielo es un espacio abierto e infinito, en el cual no podemos ubicar el paraíso. Descubrimos, sorprendidos, que para Dios la Tierra no es el centro del universo. Las teorías de Darwin nos muestran que la Biblia no nos narra de manera objetiva la creación del mundo, porque es una obra literaria y religiosa que no nos proporciona conocimientos científicos. La ciencia ya no está al servicio de la religión. Tenemos que distinguir entre dos formas de pensar, la religiosa y la científica. La filosofía ya no es sirviente de la teología.

Para el hombre moderno, la fe y la razón son caminos paralelos que nos conducen al conocimiento, pero no siempre es fácil conciliarlos. Mucha gente trata de ignorar la ciencia y sólo acepta las revelaciones religiosas. El creacionismo rechaza al darwinismo, porque para el primero la verdad absoluta está en la Biblia. Los creacionistas son como los niños, quienes no quieren admitir que el niño dios no existe. Negar las evidencias molestas de la ciencia es un camino cómodo.

Comparar la cosmovisión medieval de Dante con la moderna de Einstein es muy desagradable. Un cielo lleno de ángeles, serafines y esferas se opone, como dice el judío creyente Isaac Bashevis Singer en su novela *Sombras sobre el Hudson* a «un espacio vacío, poblado de esferas formadas por átomos ciegos que corrían y se lanzaban febrilmente de un lado a otro. A semejante universo poco podía importarle que surgiera un nuevo Hitler en cada generación. La conclusión global que se sacaba de esa ciencia moderna era que Dios tiene menos inteligencia que una pulga». Singer rechaza la luz de la razón de los ilustrados, porque para él son más reales los poderes oscuros de nuestra existencia, es decir, el demonio.

También yo detesto la frialdad de la cosmovisión moderna y emocionante, me identifico mucho más con la religiosidad medieval. Sé que los sueños de la razón son atroces, pero no los puedo evitar, porque para mí son realidad. ¿Realmente existe el Dios sabio y omnipo-tente?, y si existe ¿interviene en la vida de cada uno de los hombres?, ¿es seguro que Él decide los destinos del mundo?

La ciencia moderna me hace dudar de la existencia, o por lo menos, de la sabiduría de Dios. La luz de la razón no es suficiente para explicar la estructura del universo. Tal vez la verdad está oculta en un misterio que no sabemos descifrar. Pero lo oculto o misterioso no aclara nada. Todo es cuestión de fe, pero el que cree nunca puede estar seguro de lo que cree. Tal vez existe Dios, tal vez no. Sencillamente no lo sé. Si Dios existe es él quien da la fe. No la da a todos. La fe es un bien que se pierde fácilmente. Un novelista alemán de nuestros días describe una escena donde un párroco les confiesa a sus feligreses que perdió su fe en Dios. Ellos lo consuelan y no quieren que renuncie, pero su obispo lo despide. Hay más ejemplos de este tipo en la literatura. Durante mi infancia leí la vida de un santo que había tenido fuertes crisis de fe. Lo mismo le pasó a Miguel de Unamuno, quien en su novela *San Manuel Mártir* presenta a un párroco ejemplar que no puede creer en Dios.

Tal vez la existencia de Dios no debe ser la cuestión central. Durante los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia estaba dividida entre teólogos que veían en Cristo sólo a un ser humano, y otros, para los cuales era divino y humano a la vez. Para mí esta polémica carece de importancia. Cristo me enseñó un camino a seguir, y si Dios existe y cuál es su naturaleza son preguntas acerca de las que no tengo certeza ninguna. La existencia de Dios es un misterio que no aclara la religión y tampoco la ciencia. Sin embargo, las enseñanzas de Cristo influyen mucho en mi vida y en menor grado las de otros profetas de la Biblia.

Felipe Herzsenborn Jonisz

Judío. Empresario del ramo alimenticio. Nació en 1951. Egresado de la Universidad Iberoamericana; ha estado involucrado en el diálogo interreligioso por más de 25 años. Entrevista realizada el 16 de junio del 2010.

Un Dios personal, un Dios de presencia, un Dios que puede, que se manifiesta

En mi experiencia hay un Dios personal, un Dios de presencia, un Dios que puede, que se manifiesta por una intervención a lo largo de mi vida, como ésta que relato. Cuando al escalar iba a caerme, había una separación como de unos 70 centímetros entre la mano de mi amigo y donde yo estaba pegado a la pared. No podía bajar, no podía subir, no podía hacer nada. En ese momento pensé y me empezaron a sudar de las manos, la tensión, yo dije «¡aquí se acabó!, son 30 metros de caída libre hacia abajo, las posibilidades de sobrevivir muy pequeñas! Empecé a revivir la historia de mi vida, tenía 21 años, entonces no había mucho que revivir, pero bueno; y de repente, en ese momento en el que está uno pensando en la vida, en el que la vida le pasa a uno enfrente de los ojos, en ese momento, de repente, sentí que me jalaban, que algo me jalaba hacia arriba. ¿Cómo mi amigo agarró mi mano? ¡No tengo la menor idea!, porque en ese momento yo perdí la conciencia de lo que estaba pasando, y estaba yo viendo ese proceso, que es cuando uno se está preparando para enfrentar la muerte. ¿Nunca han oído decir «Yo vi mi vida recorrer» cuando uno tiene un accidente o algo así? En ese momento sentía que me jalaban, y después mi amigo me jaló. ¿Cómo? No tengo una explicación racional, una explicación lógica no la tengo.

Fue una comprobación más, porque no ha sido la única, de que hay una fuerza, una presencia, una insistencia, superior a mí, con la cual yo tengo una relación personal. Ése es un nivel en el cual yo tengo una relación personal con Dios o lo que podemos llamar Dios.

Yo he tenido la posibilidad de asistir en diferentes etapas de mi vida a servicios religiosos en sinagogas, en templos católicos, en templos cristianos, templos protestantes y en mezquitas. He tenido la oportunidad de participar, no solamente de estar presente, sino de participar; y eso me ha dado una fortaleza y la convicción de que ese Dios, el Dios

de Abraham, está presente en estos tres caminos en forma absoluta. No tengo la menor duda.

La práctica judía actual, como una unidad, no existe. ¿Qué quiere decir? Esto es una religión y una práctica de vida tan amplia, como judíos hay. El arco iris que cubre el judaísmo es amplísimo, hay judíos que son ultra religiosos, que son agnósticos, que son inclusive no creyentes en Dios. No se nos olvide que el judaísmo se define básicamente a nivel meramente biológico, como aquél, aquella persona que nace de una madre judía. Entonces, no tiene nada que ver con la concepción de Dios. Una persona es reconocida como judía dentro de una comunidad por el solo hecho de que su madre es judía; por lo tanto, si esa persona tiene posiciones, algunas de ellas antagónicas al pueblo judío o al estado de Israel, situación que vemos todos los días, no por eso deja de ser judía.

Por tanto, hablar de la posición del judaísmo frente a algo es muy difícil. Podemos hablar de la posición de la ortodoxia frente a algo, o la cuestión del movimiento conservador, pero hablar del judaísmo en su totalidad ante alguna situación específica, es sumamente difícil, precisamente por no haber una autoridad central. Eso se parece mucho al Islam: ¿qué dice el islam acerca de un caso específico? Depende de la escuela interpretativa del Corán o del enfoque de la persona que está hablando. Claro que el Islam tiene una diferencia fundamental con el judaísmo: para el judaísmo, la revelación divina es una revelación que se hace a través del ser humano, ¿Qué quiere decir esto? Que el ser humano tiene capacidad de cuestionar. Esa revelación divina, la cual es cuestionada, la puede reinterpretar, la puede tratar de aplicar al contexto moderno, o contextos distintos a los originales, cosa que no sucede con el islam; en el islam la palabra revelada es palabra directa revelada en vida al profeta Mahoma, y entonces la capacidad de reinterpretar esa palabra divina es muy pequeña.

La estructura fundamental del judaísmo tiene más de tres mil años... las festividades son muy antiguas; se siguen llevando a cabo, en muchos casos, con rituales que pueden tener 1,500 años, sin ningún problema. Puede ser que haya la concepción de que el judaísmo es monolítico; pero no es monolítico, es una religión sumamente dúctil, en constante movimiento y cuestionamiento. Cada vez surgen nuevas interpretaciones de nuevos pensadores acerca de lo que ellos consideran que son los grandes temas del judaísmo: el concepto de la elección como pueblo, el concepto de la divinidad, de cómo se conceptualiza la relación entre el pueblo y Dios, cuáles son los principios éticos que

rigen al judaísmo, cómo se pueden interpretar en un marco actual, etc. El judaísmo es una religión viva, en constante cuestionamiento. Ésa es una de las características que creo que le da tanta vitalidad.

Una anécdota cuenta que cuando alguien le hace una pregunta a un judío, él le contesta con otra pregunta. El judaísmo es sumamente cuestionador; los estudios religiosos y filosóficos dentro del judaísmo son muy dinámicos, muy vivos, porque cada uno de nosotros tiene la facultad y el derecho de cuestionar y de ser respetada su opinión. Podemos o no estar de acuerdo, pero nadie en sí tiene derecho alguno.

El primer concepto monoteísta de Dios se origina en el judaísmo, como tal. No quiere decir que no hubo manifestaciones monoteístas anteriores, por ejemplo, la del faraón egipcio que trató de establecer un culto monoteísta al dios *Aton* (el dios sol, el dios Ra), pero la primera estructuración, la primera codificación de pautas de conducta totalmente distinta en una religión, es la religión judía.

Yo concibo varios niveles de la relación con Dios: el estrictamente personal, de la experiencia de Dios en mi persona, cómo yo he percibido esa presencia de Dios a través de hechos en mi vida.

Luego, tengo la concepción de que Dios tiene una relación especial y específica con el pueblo judío. Yo no concibo a Dios sin esa relación personal con el pueblo judío. También es una experiencia de vida que me ha hecho concluir que existe una relación excepcional entre el pueblo judío y Dios. Mucho de ello tiene que ver con la supervivencia del pueblo judío a través de 3,500 años frente a obstáculos inmensos, frente a pueblos totalmente dirigidos a la destrucción y a la eliminación del pueblo judío. Y el caso más sobresaliente es el holocausto, donde un pueblo se dedicó al exterminio metódico y sumamente preciso, por llamarlo de alguna manera, del pueblo judío, por el único hecho de ser un pueblo judío. No me cabe la menor duda de que si la guerra hubiera continuado, el pueblo judío pudiera haber sido exterminado en su totalidad. El hecho de que no haya sucedido así, yo lo atribuyo a una relación, a la existencia de una vinculación entre Dios y el pueblo judío.

La creación del estado de Israel, como tal, para mí se da también en el contexto de relación entre el pueblo de Israel y Dios. La permanencia del estado de Israel, a pesar de todas las dificultades y enemigos declarados en cuanto a su aniquilamiento, sigue presente, Dios mediante y por muchos siglos. Eso para mí significa que el pueblo judío tiene un compromiso: entender qué quiere decir esta relación, este pacto, entre el pueblo judío y Dios. Es un pacto que permite al pueblo judío permanecer en la historia, pero conlleva la exigencia de que el

pueblo judío es, como está escrito en el Biblia, una luz. Debe ser una luz para los pueblos. ¿Qué quiere decir? Que debe ser un pueblo ejemplar en cuanto a su comportamiento y a su relación con Dios. Éste es el segundo nivel en el cual yo identifico a Dios con la pertenencia al pueblo judío.

Hay un siguiente nivel en el cual yo considero que Dios tiene una presencia muy característica en las religiones monoteístas. Considero que el Dios de Abraham es el Dios del judaísmo, el Dios del cristianismo y el Dios del islam. Lo único que cambia son las formas, los caminos que cada una de estas religiones han adoptado para acercarse a Él, pero que en esencia es un Dios que se ha revelado a esos pueblos en una forma diferente, no me cabe la menor duda. Esto también tiene que ver con mi experiencia personal.

Por último, creo en un Dios creador del universo, creador de todo aquello que percibimos; creador de la totalidad de la humanidad, de lo sagrado de todos los pueblos. Todos los pueblos tienen la atribución de acercarse a Dios como mejor lo cuenten y lo encuentren conveniente, y cada camino es válido. No hay una religión ni hay un pueblo mejor que el otro. El hecho de que sólo el pueblo judío tenga una relación particular con Dios, no lo convierte en un pueblo superior, sino con responsabilidades diferentes, pero no en un pueblo superior. Por lo tanto, todas las concepciones religiosas, para mí, tienen validez en cuanto acercan al ser humano al conocimiento de Dios. No soy yo nadie para poder juzgar ninguno de estos caminos, pero considero que el hecho de que estemos aquí, tiene que ver con el deseo de una divinidad de que lo conozcamos; si no, no tendría ninguna razón de ser el que estemos acá.

Francisco Javier Reynoso

Odontólogo, médico cirujano y homeópata. Católico creyente y practicante.

Habita en mí y en todos los que quieran y crean en Él

El Dios en el que creo...

Es un Dios amoroso, lleno de ternura, paz y bondad.

Con tanto amor que es lo único que emana a todo y a todos.

El hacedor de todo y de todos; que habita en mí y en todos los que quieran y crean en Él.

Que infunde amor, ternura y paz, y hace que nazcan en mí sentimientos y decisiones positivas hacia mí y a las otras criaturas.

Sita Ram Das- José Manzo

Nació en Guadalajara en 1978. Músico de profesión y estudiante de Filosofía. Practica el hinduismo Vaishnava desde los 16 años.

Resulta extraño ser un devoto perdido de Sri Ram en Guadalajara

Ser devoto de una forma de la divinidad de la cual no hay ningún templo en la ciudad resulta un tanto exótico, raro y difícil. En el hinduismo la figura de Sri Ram (Sri significa Señor) es de las más veneradas, pero desgraciadamente no ha llegado a Guadalajara (me atrevería a decir que al país) una misión o linaje que lo tenga como figura central.

El hinduismo tiene muchas formas de la divinidad, pero a grandes rasgos podemos señalar dos vertientes: el vaishnavismo y el shivaísmo. El vaishnavismo centra su atención en Vishnú, dios mantenedor de la creación. Por su parte, el shivaísmo lo hace en la figura de Shiva, dios transformador de lo creado. Es común que entre los seguidores de ambas corrientes se dé la tendencia a hegemonizar la figura de su propia deidad por encima de otras. Pero, a pesar de estas actitudes, el

hinduismo en sí tiene un gran sentido de pluralidad, pues no existe ningún jerarca o institución que lo rija.

Occidente vio la llegada del hinduismo durante la segunda mitad del siglo XIX cuando llegaron a Inglaterra los primeros monjes, quienes, por cierto, no tuvieron éxito. Más tarde, durante los años sesenta del siglo XX, en la época de los *hippies*, llegó una oleada de gurús (maestros espirituales) que fueron bien recibidos al promover un tipo de vida muy acorde con la ideología del momento. Uno de estos maestros fue Bhaktivedanta Swami, un anciano monje de la tradición gaudiya vaishnava (vaishnavismo según la tradición de la región de Bengala). Él fundó una misión que se ha propagado por todo el mundo. Esta tradición tiene como deidad central a Sri Krishna y a su consorte, Sri Radha, así como al fundador del linaje Sri Caitanya Mahaprabhu (siglo XVI).

Mi primer contacto con el hinduismo fue a través de la misión de Bhaktivedanta Swami. Durante muchos años, llevé el proceso indicado por este maestro y ejecutaba la práctica en el templo de Sri Krishna. Con el pasar del tiempo, mi fe comenzó a madurar: ya no me satisfacían las explicaciones que sólo aludían a la tradición oral y mis cuestionamientos hacia las interpretaciones de las escrituras, y de los actos humanos, que hacían las autoridades, fueron tomados como acto de rebeldía.

En ese periodo fue surgiendo la necesidad de encontrar una deidad que despertara en mí la capacidad por dedicarme a ella de manera espontánea y sin coerción. Sri Ram, como una de las formas de Vishnú, no era una deidad extraña para mí. Por muchos años se me exhortó a meditar en los nombres de Sri Krishna y Sri Ram, pero siempre poniendo el énfasis, sólo, en Sri Krishna. Cuando dejé mis prejuicios y tomé la responsabilidad de mi propia fe, inquirí sobre esa divinidad que tanta curiosidad me había despertado: Sri Ram. Naturalmente, esto me llevó a tener un distanciamiento con mi comunidad religiosa y con personas que creía cercanas en el plano afectivo; pienso que esto es una parte del costo que implica el pensar de manera distinta a la del dogma.

Conocí más de la mitología que gira alrededor de Sri Ram: leí *El Ramayana*, que se trata de la escritura en la que son descritas sus historias. Así, después de leer tal libro, me sucedió lo que a muchos: quedé cautivado por esta maravillosa forma de la divinidad. En su historia, Sri Ram se muestra muy humano, porque vive en sí mismo la experiencia de ser hombre con sus alegrías y sus congojas. La lectura del *Ramayana* me transportó a un mundo en el que los dioses y los demonios son



tratados de manera cotidiana, pero, sobre todo, me llevó a un estado de conciencia en el que es posible la contemplación del misterio, de eso que se esconde detrás de las cualidades, atributos, mitos y tradiciones.

Y sí, es extraño ser un devoto perdido de Sri Ram en Guadalajara, pero más extraño resulta el tratar de hacer una vida «normal». Entenderé por «vida normal» aquella vida que está apegada a los estándares que norman la conducta, gustos e ideologías de la comunidad social a la que se pertenece, en este caso a los tapatíos. Pues resulta que apenas comienzan a salir las primeras complicaciones en el tema de la comida: el vaishnavismo propone la no violencia como una de sus máximas éticas, tanto que la hace extensiva a otras formas de vida, como los animales. El vegetarianismo es una herramienta importante, aunque no indispensable, para afianzar el hábito de una vida pacífica. Gandhi es el mejor ejemplo de lo que este tipo de ética puede lograr. Me ha sucedido que algunas personas muy apreciadas por mí se sienten desairadas cuando, al compartir los alimentos, me niego a aceptar una preparación con base en carne. En estos casos trato de explicar el lugar que el vegetarianismo tiene en mi vida y que no lo hago por cuestión de moda o de simple ocurrencia.

Otra implicación es el que la gente cree que por tener otra creencia, uno está en contra de las demás. Es frecuente que me pregunten si puedo ir a una iglesia o que si tomo en cuenta la Navidad. El tener una fe no nos pone en contra de ninguna otra ni nos prohíbe tener contacto con ellas; por el contrario: la verdadera fe trata de apreciar las otras manifestaciones de fe.

Con respecto a beber, es normal que en cualquier reunión se nos haga la invitación; ahora no tengo ningún problema con tomar un par de tragos. El problema, en todo caso, es el abuso.

Existen más recomendaciones de tipo ético-moral que no resultan problemáticas, porque la dificultad se acentúa en aquellas normas que tienen una implicación social. Así es como uno va dándole forma, es decir, va personalizando su proceso de dedicación hacia la divinidad elegida.

Después de 16 años de andar en el hinduismo, me he llegado a acostumbrar a las situaciones que surgen al tratar a las personas. Sin el apoyo de mi familia todo habría resultado más difícil; lo bueno es que me comprendieron y se dieron cuenta de que la búsqueda que inicié, cuando tenía 15 años de edad, era sincera.

Sri Ram es, pues, la divinidad que logra tocar mi corazón; es la inspiración que me vuelve creador de mi propia realidad; es la gratitud en

mi alma por amanecer un nuevo día y ser capaz de luchar por alcanzar mis sueños; es la capacidad de amar las cosas que hago y de amar a los demás; es el llanto que contengo, las lágrimas que no dejo correr y los «te quiero» que no me atrevo a decir.

Sri Ram es todo aquello que no puedo nombrar; es aquello a lo que sólo puedo hacer una lejana alusión; es lo que está más allá de la razón.

Yo comienzo por adentrarme en ese misterio a través de su parte conocida como Sri Ram.

Reyna Margarita Franco Escamilla

Nació el 6 de enero de 1975. Licenciada en Teología Espiritual, estudió la maestría en Desarrollo Humano. Imparte cursos de capacitación sobre equidad de género, prevención de la violencia, educar para la paz y otros temas de desarrollo humano en el Instituto Jalisciense de las Mujeres. Es docente en temas de teología en COEVH y en la Universidad Marista. Católica.

Un Dios que escapa a las figuras y descripciones que nuestros condicionamientos conceptuales pueden hacer

¿Quién es el Dios en el que creo? En estos momentos de mi vida me resulta difícil responder a esta pregunta, cuando este Dios se encuentra un tanto desdibujado, apenas perceptible. Pero así es mi Dios, un Dios que a cada tanto del camino se desdibuja y se muestra desconocido. Un Dios que se llega a creer y sentir conocido y reconocido, cuando nuevamente se escapa a mis moldes y camina por sendas cuya oscuridad nubla mi claridad de comprensión. Es un Dios que se dibuja y desdibuja a su antojo; que es tan dueño de sí. Pero que en profunda paradoja se deja conocer —aunque sea por momentos— con una intimidad tal que supera toda intimidad posible y le devela inmediato, personal, real, puro, eterno, verdad y vida.

Si tuviera que buscar una expresión que le defina en mi comprensión y mi experiencia, creo que la más próxima sería el «Dios de la vida»; primeramente como creador y dador de ésta en las distintas

manifestaciones de la creación. Pero la expresión que uso no se agota en este sentido del Dios-creador; me refiero al *Dios de la vida* como aquel que *revela* las entrañas de la vida y sus procesos; sus posibilidades y límites, sus ritmos y sus tiempos. Como aquel que conoce y acompaña la verdad que habita en el trance que una vida sigue desde su origen hasta su destino; o mejor dicho, la verdad por la que una vida debe andar para llegar a su destino.

El Dios en el que creo es el que *todo sondea y todo conoce*,¹ el que me sondea toda y me conoce toda. Que con una mirada me traspasa y me vuelve transparente frente él, otorgando la confianza y el descanso que brinda un destino seguro. Es un Dios cuya fidelidad inquebrantable se estrella constantemente en los muros de mi duda y mi incomprendición, ensanchando la capacidad de mi confianza. Es un Dios cuya palabra *habla* y puede ser escuchada; y no sólo esto, sino que además permanece, develando a cada paso del camino su profundidad y su prolongado significado. Es el Dios «del cerca y del junto» como dirían nuestros antepasados indígenas. El Dios que ha hecho del encuentro con los seres humanos su gran gozo y su morada.

En otras palabras, creo en el Dios que decide descubrirse en la historia de Israel... el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios íntimo de Moisés que habla *cara a cara* como lo hacen los amigos;² el Dios de Isaías, Jeremías y Elías. El Dios de Ana, de Judith, de Ruth y de María de Nazaret; el Dios de José y el Dios de Jesucristo. Que es también el Dios de Pedro y de Pablo, de María de Magdala y Teresa de Jesús; de Francisco de Asís y de Clara; de Teresa de Lisieux y del Padre Pío entre tantos más. Es decir, el Dios de una historia de salvación que iniciada hace miles de años, ha alcanzado mi vida y mi historia; y que ha tenido a bien revelarse a mi corazón, mi escucha y mi conciencia a través de ella.

Creo en este Dios que profesan los cristianos y que se revela progresivamente al ritmo de nuestra conciencia, o, valdría decir, con mayor oportunidad de acierto, que es alcanzado por nuestra comprensión al ritmo progresivo de nuestra conciencia, una vez que él ha decidido revelarse. Creo en un Dios origen y, por tanto, conocedor profundo de nuestra humanidad y sus recovecos. Profundo respetuoso de la libertad humana para decidir el ritmo y los alcances de la relación con él; pero poseedor también de una sabiduría infinita para descubrir los caminos más dignos y vivificantes para el ser humano.

¹ Cfr. Sal. 139.

² Cfr. Num. 12,7.

Y, por tanto, creo en un Dios profundamente personal y relacional que en un trato de gozosa intimidad, lanza al hombre y a la mujer que acuden a su encuentro, a un crecimiento progresivo que ensancha sus capacidades, su humanidad y su espíritu. Creo en un Dios que ama profundamente al ser humano y que ha hecho de este amor el itinerario de su revelación y sus maneras de estar entre nosotros.

Creo en el Dios que llega al escándalo de cercanía en Jesucristo, superando cualquier tapujo o reserva para darse a conocer; dejando en claro que no se trata de un Dios convencional —si de categorías se trata— , sino de un Dios que no sabe de distancias cuando la verdad en la que habita es el amor. Y que al descubrirse como tal, nos devela el origen y destino de nuestra humanidad en su búsqueda de plenitud. Un Dios que nos siente tuyos(as) y nos vive como tales. Un Dios que pronuncia una palabra única e individual en cada uno(a) de nosotros(as) y descubre en esa palabra vocación e identidad.

Creo, finalmente, que es el Dios que se puede conocer pero no del todo, que se puede escuchar pero que se entiende con el tiempo, que se puede amar pero superados siempre por la pureza y anchura de su entrega; que se acerca de una manera tan decidida, que es capaz de derrumbar uno a uno los muros de nuestras resistencias e incomprendiciones, enseñándonos a intimar. Un Dios que en su *humanidad* nos enseña a ser humanos y en nuestra humanidad nos devela su divinidad.

En fin, son tantas cosas las que podría decir sobre el Dios en el que creo y, finalmente, todas mis palabras serían apenas un esbozo de mi comprensión de él, más no de él mismo.

Alma Guadalupe Aguilera Medina

Nació el 27 abril 1960. Es licenciada en Psicología por la Universidad de Guadalajara. Profesa la religión católica, apostólica y romana.

Al final cada uno sigue esperando la vida eterna al lado de ese Dios en el que te enseñaron a creer

Qué difícil es en el transcurso del tiempo entender lo que cuando niño te enseñan los adultos, que siempre tienen la verdad. Cuando estás en esta etapa y te transmiten su conocimiento y creencias, tal cual las asimilas y crees en ellas, pero cuando llegas a la adolescencia y empiezas a tener tu propia verdad, cuestionas lo que aprendiste, lo que de buena fe te enseñaron los adultos.

Pero la verdad es que con todo y esa rebeldía siempre tienes presente a Dios, ese ser superior que siempre te vigila y ayuda cuando lo necesitas y ahí está, presente y omnipoente. Y siendo adulto empiezas a cuestionar su presencia al vivir aquellos momentos de aflicción y te preguntas «¿en dónde está Dios?» y cuando recurre a tu petición y resuelve a tu favor agradece con toda tu fe.

En el transcurso del tiempo ese Dios crece contigo, le entregas toda tu fe y compromiso de ser siempre «un mejor ser» y te comprometes a ser fiel a sus principios y llevar firmemente su doctrina, pero al mismo tiempo te conflictúa tener a la mano todas esas tentaciones mundanas que te depara la vida y que tu esencia en calidad de humano te toma por sorpresa. Esto te provoca culpa y limita tu desarrollo. Entonces, ¿cómo puede un Dios todo poderoso lleno de bondad ponerte en esta condición de «pecador»?

Entras en ese conflicto cuando se presenta ante ti toda esa divinidad creada por Él, en ese hermoso deseo de tomar y dar rienda suelta a esos sentimientos y deseos de cualquier ser vivo. Cuando disfrutas de toda esa belleza que sólo Él fue capaz de crear, cuando percibes ese aroma de la persona de quien te has de enamorar, cuando tu vista no alcanza para ver toda esa belleza de paisajes, cuando tus sentidos quieren percibir ese aire corriendo sobre tu cuerpo, o escuchar el ruido de la naturaleza creada por Él, y paralelamente también ves a ese ser indefenso que tiene derecho a crecer feliz y lo rodean afecciones que limitan su vida, a la que también tiene derecho; cuando te enteras que

existe el dolor de una guerra sin saber quién tiene la razón, cuando ves que el hambre agobia tantas personas y que existe la ambición y el desamor por el prójimo y entonces te preguntas «¿en dónde está Dios?»

Entonces es cuando creo en la concepción de un mundo que procede de las ideas y los dualismos, en donde la fe y el espíritu se contraponen a la practicidad del comportamiento y a los conceptos de una evolución más cerca de la verdad. Pero contrariamente se tiene la necesidad de vivir con una fe sin condiciones y a la cual hay que aferrarse.

Entonces, la idea de Dios se convierte en parte de uno mismo; ¿esto quiere decir que Dios existe mientras yo existo?, ¿o existo porque Dios existe? Y al final de cada uno sigue esperando la continuidad, la vida eterna, al lado de ese Dios en el que te enseñaron a creer, como el único ser ordenador del universo; aquel que tiene todas las respuestas y al que puedes llegar a conocer por medio de la fe.

Paulina Sierra Ladrón de Guevara

Nació en 1980. Es licenciada en Derecho y estudia la licenciatura en Historia. Actualmente, trabaja como traductora y correctora de estilo, da clases de traducción y redacción en una licenciatura en idiomas. Católica.

Dios lo inunda todo con su presencia absoluta

Creo en Dios no porque comprenda a la perfección el concepto de su existencia o porque mi tradición religiosa me haya inculcado su creencia. Creo en Él porque estoy convencida de que —aunque pueda sonar contradictorio— la explicación más lógica y racional de que el mundo, nosotros, y todo lo que nos rodea exista tal y como es, así como la forma en que cada elemento se integra y tiene su función bien definida, y la forma tan perfecta en que todo se lleva a cabo, sólo puede suceder si se cree que es posible la existencia de un ser trascendente.

No sabría cómo llamarlo «correctamente», ni cómo definirlo o describirlo. Sé que nuestras intenciones de conceptualizarlo no son más que pequeños bosquejos que intentan darle sentido a nuestros cuestionamientos sobre Él, pero que precisamente por derivar de un pensamiento limitado por nuestra propia naturaleza, ninguna idea puede llegar siquiera a acercarse a lo que Dios es en realidad. Tampoco

tengo un argumento convincente ni teoría que haya sido comprobada mediante algún método científico para demostrar su existencia; pero me atrevo a decir con convicción y completa seguridad que para mí Dios sí existe. No porque lo piense, sino porque lo siento.

Algunas veces no entiendo la postura de quienes no creen en Dios, pero no juzgo ni critico su impresión porque sé que cada quien tiene su momento particular y específico de encontrarse con Él, de sentirlo y convencerse. Probablemente no creen en Dios porque no tuvieron (o no han tenido) la suerte de aprender a distinguir la forma, tal vez muy sutil pero inequívoca, en la que Dios constantemente se manifiesta. También entiendo que por educación, cultura y tradiciones —considerando que todas son accidentes temporales y espaciales— mucha gente ha confundido, malinterpretado y manipulado el concepto de Dios; en parte por la capacidad intelectual del ser humano, en parte por sus intereses y ambiciones, personales o colectivos. Estos factores han influido desde siempre en la confusión, ofuscamiento e incredulidad de varios hombres con respecto a la existencia de Dios.

No tener capacidad crítica y de discernimiento para saber ponderar el papel, nivel e intención de los dogmas y tradiciones teológicas y religiosas, que si bien están estrechamente vinculados con la idea de Dios por estar dedicados precisamente al Trascendente, son en todos los casos —con buenas y malas intenciones— interpretaciones hechas por el hombre, es un asunto muy delicado que bastantes conflictos personales y colectivos ha causado en la historia. Lo que sabemos de Dios y la imagen que tenemos de Él son nuestras ideas humanas, no lo que Él es en realidad; pero si no se aprenden a distinguir estas apreciaciones, entonces llegan las dudas, negaciones e insatisfacciones.

Las religiones y sus tradiciones son buenas porque, además de dar cohesión e identidad a muy diversos grupos desde el principio de la humanidad, han sido el mejor vehículo para que el hombre intente y viva un acercamiento con la divinidad y para que desarrolle su espiritualidad. El problema surge cuando no se sabe dar el justo valor a las ideas. La realidad es que no se puede comprobar la existencia de Dios por medio de ritos o tradiciones religiosas, ni tampoco a través de la ciencia o investigaciones. Su existencia se comprueba por nuestros propios y particulares medios en la medida en que podemos percibir el mundo con mayor profundidad y en que aprendemos a ser agradecidos y sensibles ante lo sutil e intangible y lo sencillo y armonioso. Así se aprende a distinguir a Dios y a convencerse de su existencia.

No concuerdo con el criterio que niega la existencia de Dios porque no se puede ver. Me parece que esta idea demerita nuestro potencial intelectual y espiritual. Qué insignificante e ignorante es limitar nuestras valiosísimas capacidades sólo al uso de los sentidos físicos y a las posibilidades de la forma y la materia. Para «ver» a Dios hay que dejarnos sentirlo, estar atentos a la sutileza que nos está exponiendo todo el tiempo su presencia. Yo puedo verlo y sentirlo, por ejemplo, en el amor que siento por otros, el que comparto con mi gente y el que me commueve en los demás. También puedo notar su existencia en los colores, olores y sonidos, y en el perfecto mecanismo de mi cuerpo que me hace percibirlos. Su presencia la puedo sentir al ver un atardecer, las estrellas, las flores, la lluvia. Puedo saber que hay algo divino que de verdad existe cuando intento entender la maravilla del proceso de concepción y nacimiento de un nuevo ser, y desde luego en todo su ciclo vital. Igualmente, puedo apreciarlo cuando pienso en la complejidad y perfección de todo lo creado. Sólo tomando como ejemplo al hombre, puedo descubrir a Dios en su sorprendente funcionamiento biológico, no se diga en su capacidad para sentir y pensar. Para mí, todos estos ejemplos no podrían ser otra cosa más que parte de una creación divina.

Considero más difícil pensar que muchos no perciben esa chispa de creación divina en todo lo que sienten en su interior y lo que ven en el exterior sólo porque no han visto nada o a nadie que conceptualice sus ideas preconcebidas de Dios.

Tampoco estoy de acuerdo con la negación de la existencia divina porque no se ha comprobado por medios científicos, ni en los planteamientos que afirman que religión y ciencia son opuestos eternos. En un sentido estricto y visto desde la superficie, considerando su naturaleza, probablemente es muy difícil encontrar su punto de convergencia; pero si se va más allá de lo que la afirmación significa, la realidad es que Dios y razón no son opuestos ni contradictorios. Lo incompatible con estas dos ideas son la ignorancia, la intolerancia, y el miedo a pensar más allá de los convencionalismos impuestos. Si se empieza por sentir a Dios, la posible comprensión de su existencia se dará por sí sola en algún momento, y entonces tendrá tanto sentido la interrelación entre «lo divino» y «lo terreno» que se podrá demostrar que Dios y razón no pueden entenderse como verdades excluyentes, porque una es parte del otro y, por tanto, de alguna manera, ambos deben complementarse.

Por otro lado, aunque sí creo absolutamente en Dios y confío en su sabiduría y perfección, también considero válido y lógico que haya

muchas cosas que no se entiendan sobre su existencia y su relación con el hombre y toda la Creación. Por ejemplo, el dolor y sufrimiento, las inevitables desgracias e injusticias, entre otros muchos aspectos tristes e indignantes, son difíciles de aceptar bajo la perspectiva de un Dios bueno, sabio y amoroso.

No obstante que la siguiente idea no justifica para mí que tanta gente sufra tantos males, también se puede considerar que si Dios hubiera hecho un mundo «perfecto» únicamente compuesto por «lo bueno», probablemente no existiría el equilibrio que supuestamente, y según diferentes filosofías religiosas, es indispensable para la existencia del universo. Tampoco el hombre tendría la oportunidad de probar sus capacidades y cualidades, ni su deseo de progresar y prosperar en los tres ámbitos que lo integran (el físico, el intelectual y el espiritual). Probablemente, sería adecuado pensar que Dios representa el significado de amor y perfección, pero se debe ir tanto más allá como nuestra comprensión humana lo permita para entender (o aceptar) que Dios es TODO, lo que implica la existencia de ese equilibrio de todo tipo de fuerzas contrastantes ya mencionado. El principio taoísta del yin y yang podría ser una buena ayuda para intentar comprender un poco la dualidad que hace al mundo.

Aun así, para mí no hay ninguna explicación, teoría ni interpretación de ninguna corriente religiosa, filosófica o espiritual que dé sentido y atenúe o excuse muchísimas de las desgracias que algunos deben sufrir, como el dolor de cuerpo, corazón y espíritu de un niño que vive en condiciones de extrema pobreza o como refugiado de guerra, por mencionar uno de tantos ejemplos. Para este tipo de temas, no me es válido ningún argumento como «la voluntad de Dios», «el karma», «aprendizaje del espíritu», «Dios está más cerca de los que sufren» ni ningún otro del estilo.

Ahora bien, incluso sosteniendo esta opinión personal, no coincido con quienes dicen que si Dios existiera, no permitiría tantos males en el mundo y, por lo tanto, no es cierto que exista. Aunque es firme mi postura ya expresada en casos como el que se mencionó y muchos otros, podría imaginar que Dios es como un papá: el amor a sus hijos es incondicional e incuestionable, pero no por eso puede ser responsable de las decisiones y actos de sus hijos, ni puede intervenir constantemente coartando la libertad de forjar su destino, ni limitando sus oportunidades de aprendizaje y crecimiento.

Así pues, el Dios en el que creo no está «arriba», «dentro» o en algún espacio específico. Dios lo inunda todo con su presencia absoluta.

ta. Está dentro de mí, de los demás y de toda su Creación; pero también está fuera, rodeando todo, haciendo que, aunque parezca invisible, no quede ni el más mínimo espacio entre todo lo que existe. Su presencia es una extensión que nos une y entrelaza con todo y con todos. Es una fuerza que le da forma, cohesión y sentido a todo lo creado; una fuerza así de poderosa, solamente puede ser divina.

Son muy evidentes los momentos en los que se hace presente y fácil de percibir. Somos nosotros quienes muchas veces no nos damos la oportunidad de sentirlo. Considero que es una bendición inmensa poder aprender a reconocer los momentos en los que se puede «ver» la perfección que se manifiesta sin ningún impedimento en todo el universo.

Es básico sentir/pensar que Dios ES y ESTÁ, porque éste es el punto de partida para descubrir y agradecer lo mágico de la vida y, principalmente, para aprender a reconocerlo en todas las cosas y en todos los hombres y así creer en Él.

Vicente Leal Zacarías

Nació en 1981. Su religión es la cristiana (católica, apostólica, romana). Estudiante del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

Dios es Dios... y punto

«*Credo in unum Deo: Pater, Filium et Spiritus Sanctum*». (Creo en un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo). Esto es la esencia de mi fe.

Mi experiencia en Dios en el que creo.

En cuanto a la experiencia que yo he tenido a lo largo de mi vida con esta realidad, ha sido difícil; en el sentido que en las etapas de mi vida tiene distinta connotación-afirmando que no cambia la esencia del dogma sino el hecho de mis etapas en la vida: porque cuando comencé a escuchar de Dios, fue desde que tuve uso de razón; y se me presentó o se habló de un Dios omnipotente; junto con los conceptos de

cielo, infierno, pecado, que en ese momento no pude comprender en mi poca capacidad, porque más que nada se me habló de definiciones sobre Él, como Dios Uno y Trino, etc. Esto trajo muchas complicaciones al querer tener contacto con Dios y no palparlo de una manera sensitiva. Recuerdo que llegué a tomar una naranja en mis manos y se la ofrecí a Jesús para que comiera; y al ver que no pasó nada, me desesperé. Eran como retos a Dios; ahora lo entiendo: creo que un niño vive en su vida de sentidos. Pero Dios tiene sus planes para mi vida, esto no quiere decir que yo soy un títere de Él.

Al comienzo de mi experiencia con Dios a través de lo que aprendí con mis padres y catequistas, se me inculcó la manera tradicional del «Santo temor a Dios»; y confieso que más que temor le tuve miedo, pero con el paso del tiempo comprendí de manera correcta qué significa ese santo temor.

Creo que Dios en mi vida ha estado siempre presente; tal vez, no de una manera extraordinaria, como a muchos. Dios se me ha presentado en el cariño de mis padres; el hecho de pertenecer a una familia donde he sentido seguridad, creo que Dios está ahí; también lo he palpado en la naturaleza: en las nubes, sobre todo en los crepúsculos y en los paisajes que pinta en el cielo con varios colores, en el mar, las montañas, etc.; quiero aclarar que todo eso no es Dios, sino que a través de eso percibo su existencia; en la bondad de muchas personas, en la alegría de los niños y en la esperanza que hay en mi corazón. La vida que tengo y la conciencia de existir, me dan pruebas de Él. La Eucaristía, su Palabra en la Sagrada Escritura; aquí es donde lo he conocido más, la catequesis, lectura de libros de santos y sus vidas, la experiencia de personas que se han convertido a la fe católica, entre otras cosas.

He tenido ideas equivocadas de Dios: como el pensar que Dios es como nosotros; creer que Él es como yo lo amo de, entre otras. Dios es Dios... y punto.

Isabel Navarro López

Nació en 1980. Médico cirujano y partero. Miembro activo de la Iglesia de la Luz del Mundo. Profesora de la Preparatoria 5 de la Universidad de Guadalajara. Médico en Sier-
gia Juntos, AC.

Él está junto a mí. No conozco su nombre

Para mis hermanos de la Luz del Mundo y para mí, el Dios en que creemos es un Dios vivo que escucha y responde siempre a las plegarias que le elevamos de corazón, aunque no le vemos porque es espíritu; sin embargo, cuando yo acudo a la casa de oración y doblo mis rodillas, apenas cierro mis ojos y le invoco en el nombre de su hijo Jesucristo, al momento Él está junto a mí. No conozco su nombre, unos le llaman Yavé, otros Jehová, aunque Dios son las siglas que lo definen en sus cualidades, porque es un ser divino, el único Dios verdadero, el que hizo los cielos y la Tierra y todo lo que en ella habita. Es inmortal porque no tiene principio ni fin, porque mientras yo un día dejaré de existir, cuando Dios me llame a su santa presencia, Él es eterno, no tiene principio ni fin. La Biblia dice que los cielos y la Tierra pasarán, mas Él permanecerá para siempre. También tiene la virtud de la omnipresencia, por lo que se encuentra en los cielos, en la Tierra y en todo lugar. Es por eso que el apóstol de Jesucristo, Samuel Joaquín Flores, nos enseña a que nos portemos bien, a que llevemos una vida íntegra en todas partes, porque Dios nos ve en cualquier lugar, incluso conoce nuestros pensamientos porque está en nuestro corazón; así que no podemos escondernos para cometer el pecado, adonde vayamos ahí está nuestro Dios; sólo que no le vemos porque no tiene cuerpo, mas siempre está atento a nuestras necesidades para aconsejarnos e iluminarnos con su prescincia, ya que es omnisciente, sabe lo que le vamos a pedir, lo que nos hace falta y cómo vamos actuar, sólo que deja que nosotros tomemos nuestras propias decisiones, por ello nos dio libre albedrío para decidir, y en esa presencia sabe de antemano cómo vamos a utilizar los dones innatos. Por lo tanto, somos responsables de los actos de maldad o de bondad que hagamos a lo largo de nuestra vida. Él lo conoce todo, por ello siempre le pedimos de su ayuda para salir adelante, Él nos da la fortaleza para soportar las contrariedades de la vida. En la dicha o en los momentos de angustia está con nosotros, y si no nos olvidamos de Él, jamás nos dejará de socorrer.

Se caracteriza por la sabiduría con que nos guía, enviando siempre a mensajeros que nos enseñen a conocer la voluntad de Dios, a profetas y apóstoles que instruyen a la Iglesia. Como padre siempre nos protege porque somos sus hijos y aún su especial tesoro, porque somos miembros de su pueblo que rescató del mundo, por medio de Jesucristo, que para nosotros los hermanos de la Luz del Mundo es el hijo de Dios, porque así le dijo el Ángel a María: «lo que nacerá de ti será llamado hijo del Altísimo», a quien dio para salvar a la humanidad, para que todo el que crea en su hijo no se pierda, sino que un día nos resucitará para que vivamos eternamente en los cielos. Este acto demuestra que Dios nos ama y quiere salvarnos por compasión y misericordia; pero quiso determinar salvar a aquellos que crean y acepten la doctrina de Cristo; porque El Señor Jesucristo aceptó morir para salvarnos; pero Dios lo resucitó y lo llevó a los cielos, en donde está sentado a la diestra de Dios intercediendo por nosotros que somos sus hermanos, porque Dios nos adoptó por hijos al darnos el Espíritu Santo por arras para reconocernos cuando estemos ante el tribunal de su hijo amado Jesucristo para ser juzgados por nuestras obras que hubiésemos hecho en vida, porque después de la muerte ya nada podemos hacer.

Ahora que me preguntan acerca del Dios en que yo creo, puedo decirles que es un Dios todo poderoso, que me dio la vida, que me ha rescatado de la muerte, me ha salvado en todos los sentidos, me ha prometido la vida eterna, me ha dado la salvación para mi alma; y si obedezco a la doctrina de su hijo Jesucristo y practico su evangelio que le ha revelado al apóstol de Jesucristo, me dará la vida eterna allá en los cielos, pues aunque mi cuerpo muera y vuelva a la tierra de donde fue tomado, mi alma volverá a Dios que la dio. Aunque para alcanzar este premio debo portarme bien, amar a Dios sobre todas las cosas, compadecerme de mi prójimo y nunca dañar a nadie ni a mí misma, es decir, cumplir los mandamientos, porque sé que Dios tiene un libro en el que están los nombres de los que se salvarán por sus buenas obras. En él se escriben todas las acciones buenas o malas, y al final de los tiempos, Dios dará a Cristo la autoridad para abrir los libros y juzgar las almas. A los que hicieron la voluntad de Dios, socorrieron al pobre y al necesitado, visitaron a los enfermos, fueron fieles a Dios y nunca se olvidaron de adorarle, amarle, agradecerle y alabarle por su bondad, el padre eterno los llamará a su derecha para que vayan a poseer las moradas eternas; y a los impíos, irreverentes y malvados los arrojará al fuego eterno.

Yo le amo entrañablemente y le rindo adoración con amor y gratitud por todo lo que me ha dado; primero, enviándonos a su hijo para

salvarnos, por los años felices que me concede a su lado desde que le conocí y me llamó a formar parte de su pueblo. No le sirvo por temor a la condenación, sino por la misericordia infinita de adoptarme por hija, por enviar un mensajero que, cual Ángel de Dios, cuida de nuestras almas, nos instruye, nos trajo el evangelio de Cristo y como embajador nos reconcilia con el Padre que es Dios, enseñándonos que Dios es bueno y misericordioso, digno de toda alabanza, el único ser al que debemos adorar; por ello, en la Iglesia la Luz del Mundo no adoramos las imágenes ni a ningún ser que esté sobre los cielos o en la tierra, ni ningún ídolo porque son seres que carecen de poder, no pueden hacer mal ni bien. En cambio, Dios todo lo puede, siempre responde de nuestros ruegos, si los elevamos en el nombre de su hijo Jesucristo y con corazón sincero, incluso con lágrimas, porque dice la Escritura que al corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia; por ello, en la Iglesia del Señor la oración se eleva a Dios acompañada de llanto, de clamor, de necesidad y ruego. Igualmente, cuando nuestra oración ya fue contestada, le agradecemos confesando lo que Dios hace por nosotros. Así que mi vida se circunscribe a Dios en lo cotidiano, en el templo o casa de oración, en mi matrimonio, en el trabajo y en todo instante está presente en mi mente y corazón.

Zaira Edith Gutiérrez Ruiz

Nació en septiembre de 1982. Religiosa apostólica del Corazón de Jesús. Sus primeros años de formación los realizó en Perú, México, DF y en el Itsmo de Tehuantepec, Oaxaca. Actualmente, cursa la licenciatura en Sociología en la Universidad de Guadalajara y participa en la organización Dignidad y Justicia en el Camino AC (FM4 Paso Libre) apoyando a migrantes centroamericanos en tránsito por Guadalajara.

Creo en el Dios que no se deja poseer por una cultura porque está en todas de distintos modos...

Hablar del Dios en el que creo no es sólo una profesión de fe como hacemos en las eucaristías dominicales, donde recitamos una fórmula que pocas veces entendemos, más bien es reconocer, como dijera

Pedro Arrupe, quien es Aquel *que me hace levantar por las mañanas, que hace que decida qué hacer con mis atardeceres, lo que leo, lo que me rompe el corazón y lo que me llena de asombro.*

A la distancia reconozco que la imagen de Dios ha cambiado, como mi vida no ha sido la misma en estos 28 años... muchas cosas han pasado por mí: situaciones, personas, formas de pensar e incluso mi propio conocimiento personal ha ido modificando la imagen que tengo de Dios.

Me brota en primer lugar hablar del Dios en el que no creo. No creo en Dios como idea abstracta, teorizable, inalcanzable, invisible. Ni creo en esas afirmaciones etéreas de omnisciente, omnipresente, que lo sitúan en un lugar inalcanzable. No creo en Dios que sólo es Padre, porque no podría imaginarlo dando a luz ni estando al pendiente de sus criaturas con la imagen de muchos padres que tenemos en la actualidad. Ni en el todo poderoso, que con una palabra puede hacer que caiga fuego sobre la tierra; ni del titiritero que determina la vida de los seres humanos como títeres en la obra «magnífica» de la vida; ni en el todo ojos, que nos mira de día y de noche para después recriminarnos nuestras acciones, ni en el juez-castigador al que acudiremos cuando muramos para que nos juzgue y nos envíe con los cabritos o con los corderos.

Creo en el Dios-experiencia, presente en la vida desde los aprendizajes, los saberes y lo que todavía ignoro, el que conoce cada etapa de mi vida y le parecen familiares mis sendas porque las ha caminado conmigo. El Dios que lleva mi proceso y que me acoge tal como soy. El Dios de la oración cotidiana, pero más aún de la espontánea, de la no pensada ni preparada, pero que también se da mientras espero el camión de regreso a mi casa o mientras platico en la calle con algún vecino. El Dios del silencio profundo y de la palabra expresada en mil y un gestos.

Creo en el Dios Padre-Madre que me ha hecho amorosamente, que *conoce cuando me siento y me levanto*, (sal: 123) que sabe cada uno de mis gestos y es ternura, aliento, cercanía.

Creo en el amigo que, aunque pase el tiempo, siempre es cercano. El que sabe en muchos momentos cuestionarme, que no me dice lo que quiero escuchar sino que me interpela.

Creo en el Dios Salvador, preocupado y atento al murmullo de aquellos que son marginados por el sistema, de los que la sociedad de consumo quiere invisibilizar y excluir. Creo en Dios actuante y presente en la realidad, no en la que me gustaría vivir, sino en ésta: la des-

concertante, compleja, violenta y a la vez esperanzadora, motivadora, alegre. Creo en el Dios con múltiples rostros: de mujer, de pobre, de excluido, de marginada, de migrante, de indígena, de niño.

Creo en el Dios de la alegría, que sabe gozar y danzar, que disfruta del estar vivo, que celebra las iniciativas por una sociedad más humana, más incluyente, más humana.

Y creo también en el Dios que en muchas ocasiones quisiera olvidar porque me remonta a mi propia humanidad. En el Dios pequeño, pobre, necesitado, que quiere ser acariciado y escuchado, al que no le basta él mismo para ser, el Dios relación constante.

Creo en el Dios que llora con el que está triste, con el desesperado, con el solo, con el que lo ha perdido todo; que sufre a causa de la injusticia, con el endeudado, con el explotado, el desempleado, con el que no le reconocen sus derechos, con el que no tiene futuro.

Creo en el Dios que se sigue involucrando en la vida de todos y de todas, en el Dios que no se deja poseer por una cultura porque está en todas de distintos modos. El Dios que se deja llamar de cualquier manera, que deja que le pintemos con miles de formas y colores. Creo en el Dios negro, indio, mestizo, blanco.

Y creo en ese Dios que me ha llamado por mi nombre, que me ha mostrado su proyecto de justicia, dignidad, igualdad, de cuidado de la vida, de acogida que me hace querer venderlo todo para comprar el verdadero tesoro.

Creo en el Dios del camino, de la búsqueda constante, Dios dinamismo. Creo en Dios porque después de lo experimentado, no podría negarlo. Creo porque he visto su rostro en la lucha de las mujeres que se empoderan conociendo las letras u organizándose en cooperativas, en las caras satisfechas y esperanzadas de los migrantes a punto de cruzar la línea, en las iniciativas de muchos movimientos que buscan una vida más digna, en los esfuerzos de teólogos y teólogas por pensar desde otros mundos, en los rostros de los enfermos de VIH que miran como oportunidad su enfermedad, en cada una de mis compañeras de camino con las que vivo este momento y comparto retos y esperanzas en medio de nuestra diversidad.

CREO EN TI HOY. DAME LA GRACIA DE CREER EN TI MAÑANA.

María del Carmen Olague Méndez

Nació el 30 de octubre de 1989. Estudiante de la licenciatura en Historia en la Universidad de Guadalajara. Practicante de ballet. Fue bautizada en la religión católica, pero pertenece desde los cinco años a la Iglesia Evangélica Misericordia y Gracia. Hija de pastores.

La experiencia de Dios en mi vida se ha formado en un hábito y una trayectoria de vida que me marcó para siempre

Considero necesario para comenzar mencionar mi formación religiosa, ya que sinceramente creo que ningún ser humano puede crearse una opinión sobre cualquier tema que se encuentre ajena a su contexto de vida.

Desde niña me formé en una congregación religiosa de cristianos evangelistas, en donde me fue enseñado cómo conocer a Dios, y que la Biblia era la forma de conocerlo ya que es su palabra hecha letra; por lo tanto, los hombres que la escribieron fueron inspirados por él. Jesús es su hijo hecho carne, que vino a salvar a la humanidad a través de su muerte y resurrección; la salvación es un regalo que sólo se recibe creyéndolo. Ésta es una forma un tanto burda de resumir la Fe cristiana, pero básicamente es su esencia, y todo lo demás se desprende de estos principios.

Con el tiempo, al igual que sucede con cualquier individuo, me fui formando mi propio criterio, con base en la experiencia personal, el estudio, las amistades, etc. Pero a pesar de todo ello, jamás he dudado de la Biblia. Podría parecer un tanto extraño de una persona que va a la universidad y sobre todo en estos tiempos, y hasta se me podría considerar fanática. Pero repito una vez más, lo que creo es producto de mi propio razonamiento formado por mi experiencia de vida; quiero decir que en la manera en que me he relacionado con la vida espiritual y que la he cuestionado, es como se han reforzado mis creencias en lugar de debilitarlas.

Como ejemplo puedo platicar una experiencia de hace fácil 15 años había escuchado en la escuela dominical para niños un fragmento de la Biblia que dice así: «Por sus llagas fuimos sanados» (Is 53:5) Lo que le da a Dios la característica de sanador, esta cualidad la experimenté per-

sonalmente por primera vez a los 5 o 6 años cuando me enfermé de varicela, enfermedad que normalmente dura 15 días. El problema es que el brote de las ronchas apareció una semana antes de la boda de mi tía, a la cual yo tenía muchas ganas de asistir, pero la respuesta de mi mamá fue que iba a tener que quedarme a reposar en la casa. Me molesté mucho, pero fue cuando recordé aquella cita que el domingo anterior había aprendido. Y comencé a orar todo el día, recuerdo que le dije a Dios: «Si por tus llagas fuimos sanados, entonces yo no tengo por qué estar enferma.» A los tres días no quedó ni rastro de la enfermedad. Yo sé que para la ciencia, y en específico para la medicina, debe existir una razón ajena a Dios por la cual me sané, pero para mí, simplemente fue la mano de Dios en mi vida. Además, aprendí que la sanidad es de quien toma la bendición, es decir, de quien decide creerle a Dios.

Otra enseñanza que marcó mi vida es la ley de la siembra y la cosecha (Gal 6:7) de la que no puedo nombrar un hecho en específico, pero que a lo largo de la vida para mí ha demostrado ser cierta. Y aplica tanto de forma positiva, como de manera negativa, no es casualidad que en Oriente se crea en algo parecido; por lo tanto, la ley de la siembra y la cosecha es la versión cristiana del Karma, y si existe aquí y en China (por decirlo en una expresión) quiere decir para mí que es cierta. Es por eso que se acostumbran mucho en nuestras iglesias las donaciones económicas, y no quiere decir que se nos esté explotando económicamente, sino que las personas que lo hacemos estamos seguras de que el dinero también se siembra, y, por lo tanto, tendremos una cosecha económica. Por eso, creo también que Dios es justo, ya que su palabra siempre se cumple.

Otra idea que tengo de Dios es que es amor. Ésta es un poco más difícil de explicar, debido a que la percepción de esta idea es mucho más íntima. De manera general, hay hechos en la vida diaria que lo demuestran; por ejemplo, me recuerda otra cita de la Biblia que también con el tiempo se fue convirtiendo en un hecho de vida: «Deléitate en el Señor y él concederá las peticiones de tu corazón» (Sal 37:4). Palabra que he visto cumplida en mi vida a lo largo del tiempo, y como deseos que nadie conocía, más que mi conciencia y yo, he visto realizados en la medida de que disfruto de estar en lo espiritual. Y el momento más íntimo que podría mencionar, en el cual veo el amor de Dios, es cuando me pongo a meditar con la música cristiana, tal vez resulta inexplicable, pero es donde mejor veo reflejado el amor de Dios.

Siguiendo por otra línea, la misma creación es evidencia de que Dios existe y de su habilidad creadora. Me parece increíble ver cómo

cada organismo en la tierra está hecho y diseñado para funcionar de una manera específica, y el planeta es absolutamente perfecto; en realidad, son las acciones del hombre las que lo han deteriorado.

Para mí, la ciencia no desacredita la existencia de Dios ni su habilidad creadora. Desde mi perspectiva, la ciencia es la explicación de cómo Dios opera; para poner un ejemplo, el día que se descubrió que el agua funciona y se recicla por medio de un ciclo, se dijo que no se trataba que una divinidad mandara la lluvia, sino que existe una explicación científica para el fenómeno de la precipitación. Entonces, no quiere decir que Dios no mande la lluvia, sino que al crearla diseñó un sistema para que el suceso se repitiera constantemente.

Con todo esto no trato de defender una religión ni un punto de vista de ningún grupo en específico, y mucho menos de criticar otros modos de entender lo espiritual; al contrario, simplemente trato de exponer de manera muy breve cómo es que a lo largo de tan solo 20 años de vida me he formado mi propia idea de Dios con base en lo que he experimentado. Aclaro que sí he cuestionado muchos aspectos de la religión cristiana, pero no en modo de juzgar a Dios, sino las acciones meramente humanas que la rodean y que son las que le marcan la diferencia entre formar una religión y formar un modo de vida. Yo no me siento parte de una religión, simplemente considero que la experiencia de Dios en mi vida se ha formado en un hábito y una trayectoria de vida que me marcó para siempre.



CAPÍTULO V

Construyendo la idea de Dios

Lolita

Dirigente popular de Guadalajara. Convoca a centenares de personas al rezo del Viacrucis en el Cerro del Cuatro, donde al final contemplan la Danza del Sol. El camino que se recorre se encuentra lleno de símbolos aparecidos milagrosamente. En su casa conserva varias imágenes tau-mártirgias de Cristo y la Virgen. La entrevista fue realizada en la colonia Miravalle por Celina Vázquez como parte del proyecto de investigación «Apariciones milagrosas de fin de milenio», en enero del 2000.

«Mi padre te ha enviado un mensaje»

Yo me he preguntado muchas veces, pero más que a mí misma se lo he preguntado al Señor, por qué me escogió a mí. [...] Yo nunca pensé ver estos regalos de Dios en mi persona, yo era católica como muchas personas somos, de misa. Nos enseñaron a comulgar, a rezar el rosario. Si no se rezaba el rosario en la casa no nos daban de cenar ni nos dejaban dormir. Y yo cuando estaba chica decía «ay, qué enfado, ya cuando yo sea grande voy a hacer mi vida como yo quiera». [...] Yo tenía días que andaba en un grupo de oración, unas personas que vienen de Estados Unidos me habían invitado a formar grupos y yo decía ¿Yo? Si ni sé nada. ¡No, pero que tú tienes algo! Forma grupos [...] yo oía que el amor y decía «ay Señor qué maravilloso que hubiera eso en mí».

Y pensaba: «Dios puede cambiar» [...] Entonces ese día tocaron a mi puerta, pero yo sentía que los toquidos eran aquí, muy adentro, y corrí [...] «Le traemos un mensaje [...]», y al momento que volteé vi que uno de aquellos hombres era Jesús. Yo vi sus ojos, los vi tan grandes como los mares más profundos [...] con aquella paz, con aquella ternura. Era una cosa como que no. Y al verlo, inmediatamente me sorprendí.

Entonces, yo ya no sé qué pasaría de mí. Nomás oí su voz que me dijo: «¿no quieres venir a recibir el mensaje que te ha enviado mi padre? Yo caminé, pero no supe cómo. Entonces me dijo: «Mi padre te ha enviado un mensaje, ¿no quieres oírlo?, ¿te gustaría grabarlo? [...] «de todas maneras el mensaje que mi padre ha enviado quedará grabado en tu mente para que sea llevado a los confines de la Tierra». Hagan de cuenta que me envolvieron en algo, como que estaba fuera del mundo, como que no oía nada si no era esa voz [...] y empezó a hablarme de aquel mensaje que llevaría y me advirtió muchas cosas. Que no me importara porque el Señor, cuando Él quería un alma, que no le había importado el precio de su sangre por nosotros y que no iba a ir nunca sola, que me iban a acompañar unos ángeles que irían por delante abriéndome puertas, que los tiempos venían ya y estaban muy cerca, a donde fuera enviada, a donde fuera invitada, a donde fuera llamada fuera a anunciarles que ya estaba muy cerca el día, que nos preparáramos porque seríamos dispersados como Cadmo entre las naciones, Empezó a hablar mucho, pero con una voz que no la podría yo comparar con algo. Y empezó a hablarme de lo que es el mensaje, bastante largo, cosa que no les puedo decir porque es muy largo ¿verdad? [...] Yo le conté a mi esposo lo que me dijeron, y por un tiempo no me dejó que diera el mensaje porque decía que se iban a reír de mí.

Ahí donde nosotros vimos el rostro (que se estampó en una piedra en el Cerro del Cuatro), estaba todo iluminado, y ya que me iba acercando se iba opacando. Pero era su luz. Era su luz, en el rostro, ahí donde nosotros lo vimos. Empezaba la lectura; decía que en estos tiempos las piedras hablarían por los que callábamos. Les da vida para que ellas anunciaran lo que nosotros no hemos anunciado como hijos de Dios. ¿Qué queríamos entender? Ahí está la cita de la palabra de Dios.

Nosotros empezábamos a rezar e íbamos. Y después de siete años de haber aparecido, empezó a voltearse. Todos los viernes hacemos una oración, y todos muy conmovidos, porque todos lo veíamos y ándeles que «Señor, pero venos, voltéanos a ver» y Él estaba volteando hacia

el cerro, hacia el monte, no a la ciudad, de ladito de ladito, ¡pues no van a creer que ahora ya está de frente viendo a la ciudad! Así es que la primera vez que lo encontramos ya viendo para acá fue la primera vez que apareció con lágrimas. ¡Imagínense a una piedra, ver que algo le va cayendo y que esa lágrima era de aceite! Pero no vimos el aceite, nomás lo olimos. Todo lo que le poníamos ahí se penetraba. Todo. Si tú llegabas y ponías un rosario ahí, se llenaba, nomás se olía, mas no se veía, tus cosas que ponías ahí todo te lo perfumaba.

Entonces, las personas empezaron a espiarnos y nosotros a esparcirnos así poquito, porque dijimos «pos van a venir a querérnoslo quitar, ¿verdad?» Y pensamos en traerlo para acá, porque tenemos una capillita, pero no, como que Dios no quiere. Le hemos preguntado qué quiere, pero no nos ha dicho nada. Ya le digo, mucha gente lo quiere ver. Pero para maldad, para sacarlo, pero Dios no les ha permitido ver. Me gustaría que lo vieran ustedes también.

Rodolfo Contreras Estrada

Nació en Guadalajara en 1957. Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara. Católico ecuménico. Ha sido dirigente del movimiento gay en Guadalajara.

Espiritualidad en la esponsalidad en Cristo

(Este trabajo fue hecho en un día en la madrugada).

Te amo, Señor. Te amo, Jesús.
Estás tan cerca de mí y yo en ti.
Tú de mí, siempre tan cerca Señor, mi Dios.
Te amo, estás en mí y yo en ti.
Te amo, Señor, te amo, Jesús.
Siempre tuyo, mi Señor, siempre.
Tuyo mi Señor, mi Jesús, tan cerca de ti,
que hasta me produce sufrimiento estar así,
te deseo, te necesito, soy tuyo.
Te pertenezco. Soy un elegido. Soy tuyo, Señor.
Jesús: te deseo, tú me amas desde que era yo pequeño.

Tú me llamaste y me llamas. Me miraste y me miras,
querido Jesús, me llamas y te deseo, mi Señor
y mi deseo es desde siempre, siempre me conoces,
sabes quién soy y cómo soy: te pertenezco.
Tú me llamas y me llamaste, yo te miré y te miré
pero tú siempre me has mirado, siempre me miraste.

Me elegiste, me hablaste desde que era niño pequeño;
yo te soñé, Señor, y te vi, Sagrado Corazón de Jesús.
Me llamaste y te oí, te escuché desde niño, desde pequeño.
Me tendiste tu mano, siempre y te miré y me prendí
de ti para siempre, Sagrado Corazón de Jesús.
Tú me hiciste saber que soy tu elegido, de ti.
Desde siempre me atrajiste, y te atraigo, Sagrado
Corazón de Jesús.
En la imagen del hogar, del pequeño templo.
Ahí, tu presente, en donde vivía en Lomas de Polanco.
Sagrado Corazón de Jesús, te amo y me amaste,
siempre me miraste y quedé prendido de ti, mi Señor.

Soy varón y tú varón. Eres mío y soy tuyo, soy de ti
tal cual soy, te quiero, me quieres, te he mirado,
te volví a encontrar allá en una pequeña capilla cuando
estuve en Texas, ahí en el Sagrario, ahí tu imagen hermosa.
En Nueva York, ahí en la catedral San Patricio, en
la capilla subterránea en el Sagrario de la Transfiguración
en Brooklyn, con mi amigo Bryant, amigo sacerdote,
con Juanita de Puerto Rico, que me adoptó como una
segunda madre, teniendo a mi madre mexicana.
Ahí estabas.

Me amas, soy tuyo, tal cual soy;
ahí te vi en Puente Grande, ahí te vi en Ejercicio de mes,
mi Señor, cerca de mí en los retiros, Tú ahí como mi padre,
como mi madre, y yo elegido, yo especial.
Te soñé y me soñé crucificado, crucificado como Tú,
en la cruz, así Señor, desnudo, desnudo, y me gritaban:
¡puto! ¡puto!
Sufría, mi Señor, y Tú estabas ahí, conmigo, Tú me quieras,
me amas, me conoces, sabes quién soy yo.
Tú me elegiste, desde que era niño y lo supe, Sagrado

Corazón de Jesús, hermoso varón, me enamoré de ti, Señor.
De ti, mi Señor, así como soy, Tú me miraste, me llamaste,
me quisiste, y me has mirado, querido Señor.
Siempre has estado, en todo tiempo, estuviste cuando
se convocó la gran marcha gay del 2000, ahí Tú llamando
por medio de mí. Era a través de mí que Tú convocaste,
y yo convoqué lo que viene de ti.
Así como soy, tal cual soy, mi Señor
Siempre cerca de mí, en todo tiempo, en todo momento,
nada escapa de ti.
Aún en esos momentos que algunos no quisieran,
del erotismo masculino, Tú, mi Señor, tan cerca de mí
y yo de ti mi amado y mi amante de ti, mi Señor,
Sagrado Corazón de Jesús, hermoso Señor, hermoso Jesús,
hermoso varón, hermoso Cristo, ahí contigo, Señor,
otro yo, Tú y yo, mi Señor.

Giancarlo Fragoso

Nació en Guadalajara en 1974. Músico del Grupo Telefunka.
Guitarrista y saxofonista. Estudia la licenciatura en Historia
en la Universidad de Guadalajara.

Cuando te duele el alma, ¿con quién ir?

No imaginé cuando recibí la invitación a redactar este texto el embrollo mental en el que me metería al realizar esta empresa. Me emocionaba mucho en un principio tener por fin ese pretexto para contarle al mundo mi *clara y siempre segura* opinión de aquel tema que *indudablemente domino* y es tocado y ensayado en casi todas las reuniones que tengo con periodicidad en mi casa o en cualquier otro lugar en el que al menos seamos dos personas, un par de caguamas, el dañino pero muy sabroso tabaco y un bonche de mp3. Opinión del tema indicado que comparto con mis cercanos cual decálogo a partir de la cual nos damos rienda suelta para acabarnos a los *fanáticos, mochos* (esa mochería que nos reduce notablemente nuestros probables concubinatos) que, por cierto, son muchos, despoticamos en contra de los *güeros* que todo hacen o deshacen bajo la consigna de

God bless America,¹ y, además, coincidimos en que no nos gustan las faldas tan largas de las atractivas chicas pertenecientes a la comunidad de la Hermosa Provincia. Invariable y peligrosamente, como es sabido y hasta mentado y prevenido en refranes populares, saltan a la par de este tema, y esto después de actualizar la agenda de embarazos deseados y no deseados, infidelidades, cambios de género, discos nuevos: 1) de manera sucinta el tema futbolístico (no comulgo mucho con esta pasión) y 2) el también siempre presente cagadero político (que hoy pareciese se tratara de comedia y cine gore).

Soy músico, estudio Historia en la UdeG, tengo 36 (casi 37) años, heterosexual, problemático para mis relaciones interpersonales, me gusta la filatelia, sufro de acúfenos y creo en... no sé qué escribir. ¿No creo?, ¿creo?, ¿Dios? ¿el gran arquitecto de la Matrix?, ¿energía? ¿Jesús? o, como dijera Homero Simpson en algunos capítulos: *Jebús?*

Por cuántas ideas de Dios he pasado desde que decidí abandonar la religión en la que, por geografía y tradición, fui formado (y sin consultármese). Mmm, ya me está quedando al menos algo claro, católico no soy. Eso haré, vayamos descartando lo que no soy, creo que así podré llegar a algo. No soporto esa idea tan elitista y vapuleadora de Dios. Aprovecho este renglón para manifestar mi respeto hacia todo aquello que no me gusta, sólo no me gusta.

Deserté de la tradición romana (para que el IFE me entienda) hace ya algunas cuantas primaveras, pero de algo me estoy dando cuenta: mi actual idea de Dios no es tan lejana de la que tenía cuando emocionado (y medio espantado) hice mi primera comunión o de cuando iba a los congresos de FEF;² además de que conservo la costumbre, a veces supersticiosa y seguramente de origen maternal, de persignarme. Esto creo que más que reivindicarme en el *antiguo régimen* personal, me recuerda que mis ideas *raras*, ja, las cargo desde hace mucho tiempo. No podía hacerme a la idea de que las versiones bíblicas de la creación y del andar humano en general, contenidas en el catecismo que la señora Hemelita tuvo a bien impartirnos, fueran concretas; siempre las he visto como metáforas. Darwin me puso a sufrir, gracias Charles. Pero no me clavaré en el tema de religión, muy claro en la convocatoria, soy alentado a hablar solamente de mi idea de Dios:

Barbón sí me lo imaginé mucho tiempo. Y más cuando en mi

¹ En español: Dios bendiga a América (USA).

² Familia Educadora en la Fé, grupo católico elitista al que pertenecí buscando reconocimiento social, algunas borracheras y fajes.

andar descubría que la barba no era meramente occidental, ni meramente apostólica y romana: hinduistas y budistas, cristianos y *hippies* sinceros, gays y bugas,³ poperos y metaleros con presencia y crecimiento capilar facial suficiente la tienen como opción dentro de su gama estética personal. Esta figura masculina de un viejo sabio imperó mucho tiempo en mi imaginación espiritual.

Lo rejuvenezco, más adelante, en mi no muy agradable pero inevitable etapa de *conversión*⁴ al cristianismo fanático típico de la clase media latinoamericana de los años 90 (o al menos de mi Tehuacán y Guadalajara queridos), el cual desaparece a Dios para suplirlo con su hijo «Cool». No te explican porqué, pero hay que tenerle harto miedo y dejar por un lado los placeres de la carne a cambio de un prometedor futuro económico y la *salvación* de tu alma. Menuda situación para un adolescente con erecciones y fiestas en ascenso.

Calculo que a partir de ahí, y esto se lo agradezco a mi tía que me *convirtió*, es que empiezo a buscar a mi *Personal Jesus*.⁵

Creyente, le contestaría a la señora del censo poblacional. ¿En qué cree joven? Mire, si viene en las preguntitas póngale que en Dios, si es curiosidad de usted (sic), prefiero no explicarle porque la voy a hacer bolas.

Después de esta breve etapa *gringocristiana*, y junto con la mayoría de edad, empieza mi verdadera búsqueda de identidad espiritual. Tengo la fortuna de vivir por esos tiempos una experiencia de lo que la sociedad común y respetada llama con tinte peyorativo *paranormal* al visitar a Conchita, mi querida vecina quien, con una técnica de lectura sobre la mano derecha, me dijo y predijo tantas cosas verdaderas que en tan sólo un par de minutos superaba ya los testimonios de espiritualidad que busqué tantos años. Perdón, pero es absurdo ser y esconderse. Existir y no dejarse ver.

Es ahí donde mi mente y espíritu asumen ya al *alma* como una realidad tangible y es que tienen más sentido las cosas.

Debo confesar que hasta en la posibilidad del orden alienígena o meramente extraterrestre pienso muchas veces. Imagínate ahora mi experiencia con el por muchos negado «Caballo de Troya» de J. J. Benítez. Señoras y señores, si Jesús vive en el cielo, es extraterrestre, ¿qué no? Y bueno, así como he pasado por la posibilidad alienígena, me he

³ Término «cool» utilizado para referirse a heterosexuales.

⁴ Término utilizado más comúnmente por los cristianos protestantes de nuestra época para referirse al hecho de asumir sus doctrinas.

⁵ Título de un exitoso tema de la banda *Depeche Mode*, procedente de Basildon, Essex (Inglaterra) y que en español se traduciría: Jesús personal.

acercado, al menos de manera informativa, a las religiones orientales, al shamanismo, al ateísmo. No sé si podré tener una conclusión muy pronto, lo que sí sé es que pertenezco al vulnerable grupo de los que buscan en dónde acomodar sus creencias y necesidades espirituales. El grupo de «los creyentes» podría llamarlo. Un amplio término.

Al momento de escribir este pequeño texto, abordan y bombardean mi mente y espíritu dos situaciones que me han hecho rereflexionar (*sic*) acerca de la existencia de Dios, de mi Dios. Me descubro a la noche orando, sí, un músico adulto y de pelo largo orando, por mi perro. Sufrí la pérdida del hijo del Güero, nuestro otro perro y padre del finado Idefix hace unas semanas a causa de un agresivo virus, el cual se lo acabó en unos cuantos días. Mi convivencia con los animales ha sido una constante en mi vida, pero en especial con estos dos canes hemos tenido un acercamiento más profundo. Aquí pronuncio mi creencia de que son los perros y los seres vivos en general mucho más de lo que creemos e indudablemente tienen *alma*.

A esto se suma la situación por la que pasa Gustavo Cerati, personaje con quien casi de manera fortuita he tenido la fortuna de haber construido una sensible amistad. Sufre hace casi un mes un accidente cerebro vascular después de un *show* en Caracas, y al día de hoy los partes médicos son un tanto desalentadores. Oro por él, por su familia y amigos. ¿Con quién hablo al orar? No sé, ¿es una imagen mutante, tal vez hablo conmigo, con los demás, con Dios? Y lo más importante, sé que ese *algo* me escucha y le sugiero deje a Gus con nosotros más tiempo. ¿Nos sentimos vulnerables al ver que algo puede pasarle a alguien que consideramos casi una deidad? puede ser. Pero en este caso es definitivamente el cariño el que me hace buscar ayuda de ese algo o alguien que a mi parecer orquesta nuestra existencia. Creo, a partir de muchas experiencias personales, también en la fusión o suma de energías individuales en un solo gran ente. ¿El Tao, Twitter?⁶ Es increíble el desborde de energía y cariño que se ha creado por esos medios alrededor del ex Soda buscando su recuperación, y ¿sabes qué? funciona.

Cierro los ojos e intento sintetizar de alguna manera visual a mi Dios. De primera caigo en la tendenciosa costumbre de humanizarlo y le pongo cara y ojos. Pero no, un humano no podría con tanto poder,

⁶ Una de las llamadas *redes sociales* que hoy goza de altísima popularidad y por medio de la cual los usuarios externan sus actividades minuto a minuto, así como su sentir al respecto de temas comunes, los cuales se indican como Fuerzacerati via internet.

no me gusta un Dios con cara de humano. Entonces, vuelvo a intentarlo y creo que puedo resumir que mi idea de Dios en este momento, y a partir de este intento más coherente es abstracta y habita, además de que en alguna parte del Universo (el cual conformado de todas las dimensiones posibles aún cuando no las entendamos o podamos acceder a ellas), en los seres a los que admiro o quiero y en mí.

No me rompo más la cabeza (al menos hoy), calculo que es uno de los temas, o el tema, más recurrentes de la humanidad, tal vez *El tema humano*.

El regreso a las milenarias religiones orientales es hoy mi rumbo aún cuando difícil es girar el timón al extremo opuesto. Me convence mucho lo que he ido conociendo. La inclusión, tolerancia y lógicas, bases de estas creencias.

A seguir buscando.

Mientras pido porque el ser humano entienda un poco mejor las cosas y se le ocurra el control de natalidad y pido también porque Idefix esté bien y Gus se restablezca de la mejor y más pronta manera.

De la vida *light*

En las presentes cuartillas trataré de platicar cómo es que se vive la religiosidad o no religiosidad, el creer o no creer en Dios, en un Dios, en varios, en nada, dentro del contexto (en este caso mi contexto) del ser músico. Del ser un terco y empedernido amante del arte y de su *modus vivendi* mismo.

Aborrezco el devenir político actual y casi todos sus personajes (a mi parecer casi todo ficción), no profeso ni pertenezco a ninguna religión estándar o incluida en las opciones del censo poblacional.

Me considero *creyente* (tengo mi *algo* propio).

Light, el adjetivo calificativo con el que acompaña a la palabra *vida* de origen sajón que utilizo en el subtítulo de este ensayo significa, en el idioma de los caballeros ingleses y en el de nuestros actuales emperadores, ligero. O séase (sic) que al hablar de la *vida light* quiero decir *De la vida ligera*.

Crecimos, los nacidos en la década de los años setenta, casi todos buscando aligerar (a punta de esfuerzos grandes y mucha paciencia) la carga moral y restrictiva de aquellas claras y duras reglas diseñadas para el buen comportamiento de un decente ser humano heredadas por nuestros progenitores o mentores, las cuales, de manera consciente o inconsciente, intentaron —y en algunos casos lograron— modelar

nuestros patrones de conducta. Algunos lo lograron más que otros; en otros, las reglas siguen siendo las mismas.

Al reflexionar sobre el tema elegido me viene a la cabeza como primera idea la de ahondar un poco en mi comportamiento general o más recurrente con respecto a los temas de disciplina en mi tiempo. ¿Tenemos la misma relajada actitud hacia los compromisos personales y amorosos?, ¿hacia levantarnos temprano?, ¿hacia el ejercicio físico?, ¿hacia (como decía mi querida abuela) las responsabilidades?, ¿hacia practicar una religión? Yo creo que sí, y ha sido un tanto nocivo, nos pasamos ya un poco. Les comparto a continuación mi cuasi adolescente y actual situación, como también mi punto de vista.

¿Problemas laborales con mi no religiosidad? Mmm, puedo decir que no. Afortunadamente, y creo que éste es uno de los más valiosos y atractivos puntos de mi *modus vivendi*, en la música se es bastante libre en cuanto a creencias extraterrestres se refiere.

¿Sociales? Sí, pero son problemas que no son tan problemas, lo utilizo como un filtro. Si no nos entendemos, pues no nos frecuentamos.

¿Personales? En un principio escribí que no, pero al recapitular y gracias a las comodidades que nos ha otorgado Bill Gates a través de Word, seleccioné, borré y suplé con esta nueva sentencia: algunos cuantos.

Partamos de que la palabra problema abarca una amplia gama de situaciones, no son sólo las más dramáticas y complicadas.

La situación laboral en este medio es, en sus formas y tiempos, heterogénea; el azar y el talento luchan por un regular ingreso (y al decir ingreso me refiero tanto al económico como a todo aquél que eleve nuestro ego), pero a la vez que, como toda otra profesión ejercida en el alguna vez atinadamente llamado *Tercer Mundo*, a veces se torna en un suplicio, es fantástica: trabajas en lo que te divierte, en lo que divierte a los demás, creas, bailas. Se convive con mucha gente, con muchas mentes. Se convive con todos los estratos: con el patrón y con el vasallo, se es jefe y se es subordinado en un mismo lugar y momento. Se convive mucho más con los otros integrantes de tu banda y el estimado equipo de producción que con tu familia misma, y con el empresario o cliente, y con los escuchas.

Pero ¿qué pasa con la religión en un *soundcheck*,⁷ ¿en un viaje? Lo mismo que pasa en mi casa, en mi escuela, en mi bar favorito: cada

quién la tiene para sí y casi no se distinguen los credos individuales. A veces me incomoda persignarme entre gente *cool*,⁸ ni modo de explicarles que no es lo que parece, que se trata de una cuestión supersticiosa personal o un intento por sentirme como cuando mi jefita me da la bendición. Pero está chido, ya nadie te la hace de los por pensar diferente. Ya el pelo largo y los tatuajes no causan tanta admiración, me gustaba más cuando éramos pocos y caíamos más gordos, je.

Creo que es un momento *light* de la historia de la religión en mi gremio, en mi entorno. Así como también lo son las relaciones amorosas y pasionales de mis cercanos y las mías. Nos relajamos. Una comodidad envidiable. ¿Virtud? Creo casi todos contestaríamos llenos de orgullo que es eso, una virtud de nuestros tiempos.

Declararme hoy apóstata en una reunión ya se vería hasta pasado de moda, todos repetimos y repetimos nuestra escisión ya añeja de la Iglesia, o de alguna Iglesia. Eso sí, por estos lares hay a quien le hace aún algo de ruido tal pronunciación. Muchas chicas quieren casarse por las tres leyes. En la *high* tapatía se pierden algunos grados y dividendos si no se va al altar. Pero pues cada quien, ¿no?, si el problema no es ser diferentes, el problema es querernos parecer todos. Sabiendo donde se acomoda uno, es bastante cómoda mi comunidad en cuanto a temas religiosos se refiere, y esto aún más en comparación a las vecinas costumbres predecesoras.

Es *light*. De manera personal sí se me complica a veces. Es difícil estar siempre diciéndole a la mamá que piensas diferente, differentísimo. Mi madre es una maravillosa persona que siempre tiene humor y amor para todos. Quiere mucho a Dios. Mis hermanos y yo somos quizás la primera generación con estas ideas pacheconas,⁹ ni siquiera cercanas al cristianismo de los rebeldes y conversos parientes o *conocidos*. Me preguntan tanto Fragosos como Faures si me casaré.

Pero la complicación real a la que me enfrento continuamente es a la derivada paradójicamente de esa tan buscada laicidad, de esa secularización de todo.

Cuando te duele el alma, ¿con quién ir?

Todos decimos que no a lo que no podemos ver y corroborar. Pero entonces, ¿qué es todo eso del 2012? ¿Esos collares wixrárikas que nos acompañan? ¿Qué la luna es mágica? ¿Buena vibra? ¿Feng shui? La vida moderna que vivimos hoy cumple con las reglas de laicidad tanto

⁸ «Buena onda».

⁹ En el caló mexicano a quien fuma marihuana se le dice *pacheco*.

buscadas en épocas de mi papá en la universidad, con el *respeto al derecho ajeno* (de algunas cosas) de nuestro célebre y más famoso prócer de la patria, con la idea de la inclusión.

Y sí, eso es una maravilla. Pero ¿estamos preparados para ser tan individuales? Más allá de las ideas de nuestra historia de bronce, ¿será tan bueno cada quien creer lo que quiera y tener menos afinidades? Con estas preguntas realmente me estoy preguntando, no estoy siendo sarcástico. Al sólo pensar en las posibilidades de respuesta me contradigo yo y me siento traicionero de algunos ideales. Pero a veces quisiera pertenecer a alguna religión. Creer en algo más concreto. Puede ser una necesidad temporal y casuística, pero tengo una idea al menos de hacia dónde voltear: El pensamiento oriental. Pero... ¿se llevará bien con mi formación *light*?

Sincera y espontáneamente.

Mayté Ortega

Nació en Guadalajara en 1965. Bióloga, residente en Rotterdam, Holanda, desde su matrimonio con un holandés. Madre de una hija.

Creo en Dios, pero a veces parece que no existiera

En el transcurso de mi vida he pensado que creo en Dios, pero a veces parece que no existiera. Pasan tantas cosas en la vida que uno no sabe, a veces, si él fue real o no; si sus principios, que fueron la base de la religión católica, se siguen como eran o no. Las personas cambian los principios básicos y se va por el camino que quieren que uno lleve. Las religiones manipulan a los pueblos de diferentes maneras, a su conveniencia, claro. Existen tantas modificaciones que a veces no ayudan a los más necesitados, algunos lo hacen, y otros lo aparentan. Saber que existe Dios y que parece que te escucha es agradable saberlo o sentirlo; otras personas parece que no existen para él: ¿Por qué existen las guerras, la maldad?, Lo más cruel que se pueda imaginar, cosas horribles que uno no se puede imaginar que existan o que alguien sea capaz de hacer. Tanto sufrimiento, enfermedades, personas que nacen pobres o sin nada, nunca llegan a tener nada y mueren sin nada. La explotación a los demás, el querer tener más y pisotear a los que tienen menos, sin

importar lo que cueste, ya sea perdiéndose vidas humanas, como si fueran figuras de barro, como si no importaran.

Al pedir consejo a los padres de la Iglesia, la mayoría actúa a su conveniencia, si quieren ayudan, si no, no. Si tu hermano se quitó la vida por equis motivo, no van a consolar a la familia por lo que él hizo: «es un pecado y no lo merece», dicen. Si te quieres casar a la Iglesia, no te dejan porque tu pareja tiene otra religión o porque es extranjero. Si eres pobre, no tienes dinero para ayudarlo, no va, si no lo complaces, no va. Si tu hijo o hija es homosexual o lesbiana, no te apoyan, al contrario, es pecado. No está bien que haya parejas del mismo sexo, que se quieran, eso es inmoral. No dejan que adopten hijos, no dejan que usen el condón, porque dijo Dios que tuvieras los hijos que él te mandara y te lo prohíben, al igual que los anticonceptivos, sin pensar en el daño que hay al tener contacto sexual con varias personas sin protección.

Evitar tener hijos sino tienes dinero para mantenerlos, darles lo básico. Si tu hermana fue violada, ¿cómo va a tener un hijo de un hombre que la ultrajó?, de una bestia que la destrozó física y moralmente, y evitando tantas enfermedades mortales.

Los mismos padres de la Iglesia cometan tantos errores y faltas que uno ¿cómo va a confesarse con ellos, a contarles tus pecados sabiendo que ellos han hecho peores cosas que tú? La cantidad de padres de la Iglesia que han violado niños y niñas sin pensar en el gran daño que les han ocasionado, y nunca son castigados, sólo los cambian de lugar o de país; que llegan a tener sus parejas a escondidas, sabiendo entre ellos que no debe de ser así. ¿Cuándo dijo Dios que tendría que haber celibato? ¡Creo que nunca! Sólo dijo: Síganme los que me quieran seguir, los que tengan pertenencias, déjenselas a los que las necesiten... el celibato es invención del mismo hombre. Los mismos españoles llegaron conquistando otros países en el nombre de Dios, matando y destruyendo todo a su paso.

Con el paso de los años ve uno, escucha o lee sobre las religiones y otros temas de la vida. Se conocen otros países y otras culturas, se ve cómo es lo normal en una religión, sin fanatismo y sin beneficio personal. Todo se puede hacer bien en la vida, siempre que uno quiera; porque analizando, no es la culpa de la religión, sino del mismo hombre que cambia las bases de la religión. Pero eso sí, es un tema para analizar siempre y preguntarnos si realmente creemos en él o existe.

José de Jesús Camacho González

Nació en Estipac, Jalisco, en 1989. Estudiante de la licenciatura en Historia en la Universidad de Guadalajara.

Un Dios para todos y todo

Mi formación dentro de la práctica de una religión fue regida por mis padres hacia la religión católica. Por lo que se puede considerar dentro del círculo de una religión y me puedo considerar parte de ella: «soy católico».

La gran diversidad de religiones que existen es muy variada y cada una, como debe de ser, tiene su esencia y su sentido de ser lo que es. Si pudiera elegir y estar regido por alguno de ellas sería, sin duda alguna, la religión del islam, ya que la considero que es la mejor entre las religiones monoteístas.

Creo en el Dios que creo cuento existe y se puede observar, ver y tocar, pero sin tomar en cuenta al Dios de tal o cual religión, porque yo creo y pienso que sólo existe un Dios para todos y todo. Dentro de mi fe, puedo decir que la existencia de Dios está presente en todo, pero ese todo no incluye a los que no pueden creer en él.

Yo seré católico y asumo lo que conlleva serlo, pero las prácticas referentes a ella no las llevo a cabo. Dios para mí es único, sin tomar referencia de una religión en específico.

Lucía Cruz

Nació en Guadalajara en 1981. Estudiante de la Universidad de Guadalajara.

Un Dios sin intermediarios

Es un padre amoroso y misericordioso. Es un padre que escucha siempre a sus hijos y los ayuda a salir de problemas y dilemas, le pidan o no su ayuda. Encuentra siempre la manera de mostrar el camino correcto a seguir, pero, al final, permite que sean sus hijos quienes tomen la decisión definitiva, respetando su decisión con todas las implicaciones que éstas traigan consigo.

El Dios en el que creo, en el que quiero creer, es un Dios que escucha directamente a sus hijos, no necesita intermediarios. Es un Dios que no necesita que se le alabe o se le honre con determinados minutos u horas diarias de rezos o determinados rituales a seguir. Es un Dios que prefiere que se le honre con acciones, con buenas acciones dirigidas los unos hacia los otros.

El Dios en el que creo está en todas partes, y por lo tanto, no requiere un lugar especial para comunicarse con él. En cualquier momento y lugar se le puede hablar, se le puede pedir ayuda, y él escuchará sin ninguna duda.

El Dios en el que creo es un padre, y como tal, no puede ser que le produzca alegría o satisfacción el sufrimiento de sus hijos, por lo que, según mi parecer, no ve con buenos ojos los sacrificios que se hacen en su nombre, tales como las «mandas» tan comunes entre los creyentes católicos de esta ciudad de Guadalajara y muchas otras. Cosas como caminar descalzo y hacerse pedazos los pies o las rodillas, golpearse a sí mismos, y algunas otras por el estilo. El Dios en el que creo prefiere que esos «sacrificios» tengan una implicación directa en este mundo y la relación con los demás; creo que a sus ojos sería mucho más agradable que en lugar de prometer caminar largas distancias, entrar de rodillas y dejar dinero en determinada iglesia, se prometiera y cumpliera solucionar conflictos con personas con quienes se considera imposible hacerlo, el dinero utilizarlo en ayudar a una persona que lo necesite, pero directamente, sin intermediarios y no por una única ocasión.

En pocas palabras, y como conclusión, el Dios en el que creo quiere acciones, no palabras, pero acciones que signifiquen algo, que traigan bien en este mundo que él creó para nosotros y en el que nos puso para hacer algo más que simplemente subsistir, que al día de nuestra muerte podamos sentir que nuestro paso por la vida cambió la vida para bien de cuando menos una persona.

Nació el 8 de octubre de 1991. Estudia en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Católica.

Un Dios que puede escucharme, no un Dios que exige asistir a misa

¿Cuál es el Dios en el que creo? No me había planteado esa pregunta, resulta interesante, después de pensar por mucho tiempo, que, por más que he intentado encontrar una creencia propia sobre mi dios verdadero, no puedo separar las creencias que desde niña me enseñaron la mayor parte de mi vida la viví en casa de mi tía abuela, que por tradición familiar practica la religión católica cristiana, tanto que mi bisabuela participó en la guerra cristera.

En casa de mi tía vivíamos cinco personas: mi tía, mi mamá, mi hermana que es siete años más grande que mi hermano y yo, mi hermano que es mi cuate y, por último, yo. Recuerdo claramente la rutina típica: el domingo asistir a misa de ocho de la mañana, por la noche rezar un rosario en la capilla; de lunes a sábado oración en el santuario de una a dos de la tarde y por la noche un rosario en casa, claro que en los días festivos estas muestras de «devoción cristiana» eran aumentadas con acciones como acudir a procesiones, a misa de siete de la mañana, ofrecer flores a la Virgen o como aquella vez en la que mi hermano y yo representamos (por tres años seguidos) a José y María en la pastorela que realizaban las monjitas, ya que mi tía era madrina de ellas.

En las celebraciones del 12 de diciembre acudíamos a la procesión realizada por el festejo a la virgen de Guadalupe, vestidos de indígenas. Me entusiasmaba demasiado vestirme de esa forma y colgarme muchas cosas, pero a mi hermana no, ya que era demasiado grande para eso, pero aún así mi tía la obligaba a ir. Poco a poco mi hermana fue logrando su independencia religiosa, causando grandes problemas entre mi tía y mi mamá, que nunca ha sido una persona tan «devota» y mi tía una «devota exagerada», quedando al final mi hermano y yo, ya que siendo de la misma edad puedo decir que padecimos de lo mismo.

Al principio no teníamos conciencia de lo que se hacía en las procesiones, misas y demás representaciones, pero conforme fuimos cre-

ciendo nos pesaba cada vez más, ya que teníamos que dejar de jugar o de ver televisión para irnos, aunque claro, la mayoría de las veces recibíamos una recompensa, como un dulce o un helado.

Con este tipo de costumbres fuimos creciendo hasta llegar el día en que decidimos (mi hermano y yo) decirle a mi tía que nosotros solos iríamos a misa, ya que teníamos la edad suficiente para hacerlo; al principio si lo realizábamos, pero después se fue haciendo menos frecuente, hasta llegar al punto de no hacerlo, causando otro problema en casa. Mi tía gritaba y nos regañaba por faltar a la fe, decía que era un pecado y nos íbamos a condenar, que no era posible cometer una falta de esa magnitud siendo que ella nos había enseñado ser buenos cristianos. De todo culpaba a mi mamá, pero al final terminó por aceptar lo que hicimos, no sin antes decirnos claramente que ella ya no nos quería igual. Eso nos lastimó mucho, pero seguimos sin ir a misa, lo sentimos como un chantaje y no queríamos caer en él; estábamos enfadados, yo empecé a creer que la Iglesia católica era una farsa e invención del hombre para sacar dinero. Así pasó el tiempo, más bien años, pasó mucho tiempo para volver a entra a algún templo, no soportaba que alguien me hablara lo más mínimo sobre la Iglesia católica. Puedo afirmar que terminé cansada de todas esas devociones, misas y demás cosas; aunque reflexionando, he llegado a la conclusión de que mi tía lo hizo porque así la enseñaron y que le gustaba llevarnos no sólo para que aprendiéramos, sino también porque le gustaba presumirnos: sus conocidos siempre la elogiaban y decían cumplidos cuando nos veían (se sentía la mamá de los pollitos). Tengo buenos recuerdos de esos días, ya no los veo con fastidio. Mi hermano asiste a misa, al igual que yo lo hago en algunas ocasiones, bastante escasas, pero la diferencia es que yo lo hago porque me nace el sentimiento de asistir y él por quedar bien con su novia, al menos eso parece.

Como lo mencioné al principio, sigo buscando una identidad de mi propio Dios, no lo he conseguido aún; el Dios en el que creo actualmente es el Dios que me enseñaron, es un Dios que puede escucharme en todos lados, no un Dios que exige asistir a misa para caer en su gracia, creo en un Dios bondadoso que no castiga y que está ahí para ayudar a los que lo necesitan. No sé si al final encuentre lo que busco, por el momento esto es lo que pienso.

Rodolfo Ruiz

Estudiante del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Nació en 1990. Católico.

Dios no es exclusivo de una sola religión o de un solo país, ni tiene un solo nombre

Mi concepto de Dios

Primero que nada debo preguntarme si creo en un concepto que los hombres no han podido terminar de definir: ¿creo en Dios? La respuesta sería sí. Desde mi niñez se me ha enseñado que Dios es el creador del cielo y de la tierra; de lo visible e invisible; nuestro sustentador y salvador. Pero podría decirse que los dogmas de fe no pueden ser una base lógica para la comprobación de su existencia, pues se debe creer en ellos por la fe. Creo en Dios no sólo por la fe sino porque lo compruebo cada que me lo pregunto. ¿Cómo puede ser posible que todo el universo se sustente a sí mismo? ¿Cómo es que estamos aquí en estos momentos? La idea de surgir de la nada es aún más difícil de creer que el hecho de que el universo surgiera de un ser supremo, aquel que pensó las cosas antes de crearlas. De no ser así ¿cómo puede explicarse la perfección del universo si no fue pensado antes de ser creado? ¿No hay suficientes muestras de perfección en la creación ante nuestros ojos? Son cosas tan comunes que a veces pasan desapercibidas, pero siempre están presentes. Desde lo más insignificante (como sería el movimiento de nuestro propio organismo, pues cada órgano tiene una función específica) hasta lo más grande (el movimiento de los grandes astros, la rotación y traslación de la tierra), muestra ser muy perfecta. Dios se revela al hombre a través de la creación.

Mi concepto de Dios estaba vagamente definido; sabía que es un ser supremo al cual se debe adorar y alabar. Al comenzar el curso no sabía cuál era el concepto que otras religiones tenían de la divinidad, pero al conocerlas me ayudó a definir mejor qué es lo que yo pienso, ahora al final del curso he ampliado mi propio concepto: Dios no es un ser limitado (espacialmente hablando), no necesita habitar en casas hechas por hombres, pues ÉL habita la eternidad, en él nos movemos, vivimos y somos. Dios no es exclusivo de una sola religión o incluso de un solo país, ni tiene un solo nombre.

Paulina Gabriela Reyes Barajas

Nació en Guadalajara en 1989. Es estudiante de la licenciatura en Historia en la Universidad de Guadalajara.

Un Dios que se manifiesta en mis acciones, en mi manera de ver el mundo y ser feliz o infeliz

Suena fácil poder describir el Dios en el que se cree, o no se cree, pero a modo personal no me fue tan fácil hacerlo, ya que a lo largo de mi vida mi experiencia cercana a Dios ha tomado rumbos diferentes. No quiero decir que sea un Dios distinto, pero ahora a mis 21 años de edad, con una formación en colegios católicos, mi percepción y mi práctica con Dios es más cercana.

Menciono lo anterior porque, a pesar de haber sido educada en escuelas católicas, mi creencia en Dios estaba un tanto manipulada y no sentía la presencia de Dios o, mejor dicho, no la percibía como lo hago ahora.

Hace no más de diez meses me enfermé; me dio una trombosis en la pierna izquierda, enfermedad poco común en una persona con mis características físicas, y aunque suene un tanto convenenciero, no lo es; mi cercanía con Dios a partir de ello es mayor, para mí fue la prueba más tajante en mi vida de la existencia de algo superior al hombre, esa energía que se manifestó en los próximos cambios positivos y también negativos en mi vida misma, energía que me ayudó a comprender que somos sólo una pequeñísima parte de la gran obra de Dios: el universo.

Durante este periodo de tiempo, y aún más atrás, mi opinión acerca de la energía divina que es lo que yo creo, cambió de manera drástica ya que cuando comencé a cuestionar la idea de Dios, a los 13 años aproximadamente, no tenía argumentos muy buenos para negar la existencia de una presencia divina en el mundo, ahora los tengo, pero para afirmarla gracias a mi visión de la vida; pese a mi condición como estudiante de la universidad la visión que los libros y las diferentes teorías científicas acerca de la creación del universo; Big Bang, etc., me son tan poco convincentes y cuestionables al igual que la versión bíblica acerca de la creación del hombre y el universo.

Pero mi creencia no está basada en ninguno de estos dos, mi creencia la baso en mi vivencia y cercanía con la energía divina cada que me levanto y acontece algo significativo o insignificante; de hecho, en donde Dios me habla con sus acciones a mi vida y hace de mí al-

guien creyente, en estos actos donde la huella de lo vivido es inevitable, donde lo justo y lo injusto tienen sentido gracias a eso, y en saber y comprender que toda acción tiene un propósito.

No es un Dios católico, ni judío ni hindú: es un Dios que se manifiesta en mis acciones, en mi manera de ver el mundo y ser feliz o infeliz. Es la máquina que mueve al universo, que me ha tocado en varias ocasiones e incluso se manifiesta físicamente en mí. Esto es algo un poco difícil de explicar, pero esa energía la he llegado a sentir en cada parte corporal, incluso al escribir esto sé que la presencia de esta energía tan grande, que es Dios, está presente.

Ésta y otras experiencias a lo largo de mi vida han fortalecido mi creencia de la existencia divina, y sé que Dios está presente en mí por la fe que también he fortalecido en esta convicción, hacia esta energía. También sé que me ha ayudado a salir de una manera más simple de mis problemas y visualizar los de otros de una forma distinta; creencia que seguirá firme durante mi camino por esta vida.

Bárbara Gama

Estudiante de la licenciatura en Historia de la Universidad de Guadalajara. Nació en 1985 en Hermosillo, Sonora. Se considera ciudadana del mundo, librepensadora, creyente de todos los dioses y ninguno a la vez.

Siempre creí sin saberlo

Breve resumen de ideologías no analizadas, no hasta la fecha.

Siempre creí, sin saberlo, en una fuerza creadora, energética tal vez, no consciente de sí misma, la cual nos daba vida, nos daba este frágil equilibrio que constantemente ponemos en peligro con nuestro dichoso carácter inventivo y este gastadísimo «libre albedrío». Y siempre que el tema se ponía a discusión —política religión y futbol en la sobremesa— llegaba a la cómoda conclusión de que toda religión enmarcaba a su manera y desde la perspectiva cultural en que cada una se desarrolló, esta misma fuerza en la que yo creía.

En realidad, no era una creencia *per se*, era un hecho que aún no había sido puesto en entredicho. Una de esas cosas que se asumen en la vida, como que el cielo es azul. Esta certeza tan vaga que después de

estudios científicos y descubrimientos espaciales, llega a saberse que en realidad no *es* azul. Es el simple reflejo que por una serie de efectos ópticos nos hace verlo azul. En realidad no es así, y cuando en la escuela nos explican que el cielo en verdad no es azul, no importa, porque nosotros seguimos viéndolo azul y si alguien nos pregunta, la respuesta será muy sencilla. Yo lo veo azul.

Así pues, yo creía que todas las religiones que hemos creado eran una misma, eran distintos nombres, formas, y criterios que establecían normas de vida para una misma cosa.

No debo desestimar el hecho de que después de varias lecturas y conversaciones con gentes con un poco de lecturas al respecto, el asunto de la religión en sí mismo daba como explicación esta necesidad humana que tenemos todos de pertenencia, de cuidado, de creer que hay algo más que esta simple vida que a veces parece tan vacía, tan sin sentido. Así, todos los dioses conocidos y hasta los desconocidos llegaba a explicarlos como una creación del hombre, paradójicamente hechos a imagen y semejanza de sí mismo.

Dado que vivo en una sociedad y geografía que ha llegado a denominarse como *occidental*, en la cual predomina el catolicismo, la imagen más cercana que tuve del tal Dios era la del dios católico. Y éste es a mis ojos tan complejo como el hombre. Puede verse como el reflejo de todo lo que el hombre quiere llegar a ser y a la vez como todo lo que teme. Así pues, resulta fácil explicar que el proceso de creación fue inverso a como los libros sagrados lo dictan. El hombre creó a su Dios.

Después de todas estas conclusiones que fueron llegando sin tiempo ni medida, terminé creyendo que la divinidad que buscábamos crear y que como sociedad alabamos, está realmente en nosotros mismos. Creía que somos nuestro propio dios y que en nosotros tenemos la capacidad de pecar así como de condenarnos o de redimirnos. Mi dios era la esperanza. La creencia de que cada uno de nosotros tiene en sí mismo la capacidad de crearse o destruirse.

José Octavio Guevara Rubio

Nació en 1984. Contador público, estudiante de Historia, escritor y periodista. Católico activo (agente de pastoral pre sacramental en su parroquia). Estudió el bachillerato en el Seminario Conciliar de San José.

A Dios lo puedo definir desde distintos aspectos que he concluido personalmente

Mi concepto de Dios

Creo que a Dios lo puedo definir desde distintos aspectos que he concluido personalmente:

Dios Creador y Ordenador. Todo lo que existe y pasa en nuestro entorno y en nuestras vidas es ordenado y coordinado por la acción de Dios, puesto que la Providencia es algo innegable y, por tanto, imprescindible de nuestra cotidianidad. Mucha gente se sorprende de lo que pasa sea bueno o malo, todo pasa porque Dios quiere que pase; cabe hacer mención que todo lo que nos pasa es para nuestro bien, aunque a veces no entendamos el porqué, sobre todo en el área negativa (muertes, accidentes, problemas).

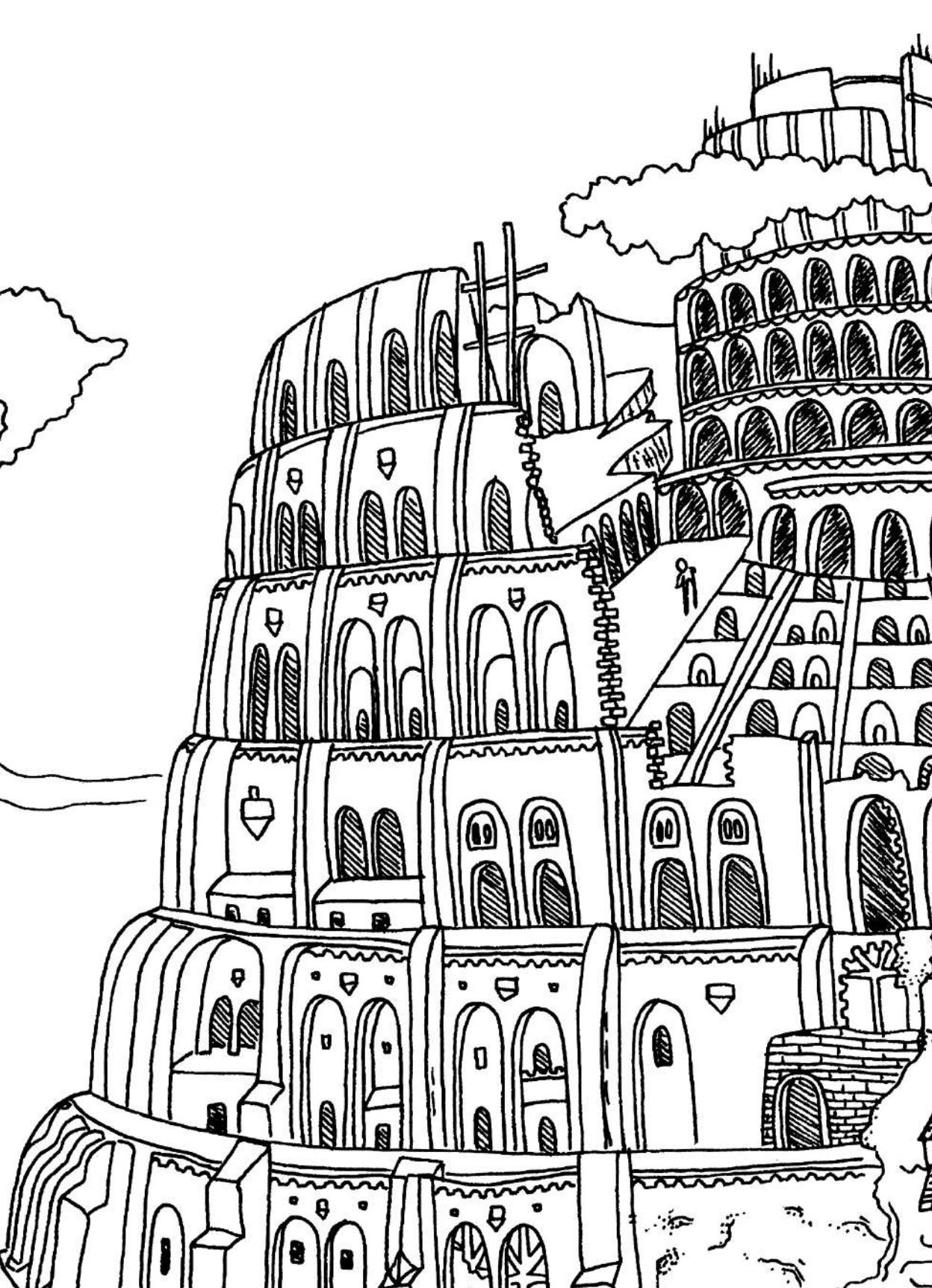
Puedo definir este aspecto con dos frases que constantemente evoco y recuerdo, cuando pienso en Dios en esta área: «La hoja del árbol no se cae sin la voluntad de Dios». «La necesidad de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres».

Dios Respetuoso-Justo. Dios es, sin duda, el ejemplo más claro de tolerancia, puesto que él como creador tiene el poder para hacer lo que quiera, en su omnipotencia podría hacer que todo el ser humano se comportara según su plan divino; sin embargo, él nos da el libre albedrío para que cada quien haga lo que crea correcto, pero siempre consciente de que todo lo que se hace tendrá una consecuencia; por lo tanto, si abusas de tu libertad y no vives conforme al plan de Dios, te harás merecedor del castigo, que consistirá en alargar más el tiempo de purificación (Purgatorio) para poder verlo. Creo que hablando de su infinita justicia, Él siempre da a cada uno lo que se merece, tarde que temprano, Él da el castigo o premio en esta vida por los actos realizados.

Dios que es infinita misericordia; después de la vida, todos podremos descansar en su seno siempre y cuando seamos dignos de estar frente a Él, por eso, el Purgatorio es básico para limpiarnos, el tiempo puede ser minimizado en ese lugar por las gracias que Dios da a sus representantes en la tierra mediante las indulgencias plenarias. «Nuestra alma viene de ti y no estará tranquila hasta que descanse en ti».

Dios cotidiano. Dios se hace presente todos los días en nuestra vida, de manera más directa en los demás, es decir, según como trates a los demás es como estás tratando a Dios; entonces, siempre deberás tener un buena relación que gire en torno a ayudar a los demás, hacer al otro lo que quisieras que te hicieran a ti.

«Si dices que amas a Dios que no ves, y no amas a tus hermanos que sí ves, entonces eres un mentiroso.»



CAPÍTULO VI

La idea de Dios en situaciones límite

Liliana Patricia Acosta

Nació en la década de los setenta, estudió Medicina en la Universidad de Guadalajara y realizó su especialidad en la UNAM. Fue médico residente del Hospital Psiquiátrico San Juan de Dios.

Dios... en mi locura

Dios bendice el trabajo

Hoy es lunes y todo el mundo está feliz después del fin de semana, yo no tanto; estuve de guardia y es una continuación del trabajo, pero agradezco por el nuevo día y el bendito café que me acompaña al caminar hacia el patio principal, busco mis llaves porque aquí todas las puertas están cerradas, se camina abriendo y cerrando puertas, abriendo y cerrando diálogos, entrando y saliendo de las vidas de quienes aquí se encuentran.

El primer encuentro de la mañana, como siempre, es con Rogelio, que corre a saludar, a preguntarme por mi maestro, a burlarse de mi afición al Atlas y decirme que estoy «bien amolada» por esa preferencia y a tentarme con una apuesta para el siguiente partido.

—¿Durmió bien, Rogelio? ¿No ha tenido pesadillas o escuchado voces?

—No, ya no he tenido, me estoy sintiendo mejor con la nueva medicina y además ya tengo muchos días trabajando y eso me ha ayudado,

he estado haciendo llamadas telefónicas y moviendo a mi gente, mi negocio, el de mis padres, pues, ya sabe usted que son las ventas, pero necesito estar bien al pendiente, porque si no me ganan los clientes y los vendedores se me aflojeren y dejan ir a los nuevos clientes, los tengo que estar arreando, por lo menos por teléfono, y luego, pues como saben que estoy aquí en el manicomio, y el motivo, pues más se apuran, no los vaya yo a matar, a mí me gusta trabajar, pero ahora como ve, sólo dirijo las ventas y los contactos por teléfono. Ya de mi otro oficio nada quedó.

—¿Aún recuerda bien su oficio?

—Mire, doctorcita, yo estoy aquí por mi trabajo, y el trabajo no es motivo de vergüenza, al contrario, Dios bendice el trabajo y dice en sus palabras que «el que no trabaje que no coma». Así que si de algo se me puede acusar es de que yo he cumplido la palabra de Dios porque nos dice que el trabajo es una bendición, lo mío, pues fue un accidente del trabajo; mire, pa' que me entienda le voy a dar un resumen, apúntele bien ahí en su libretita, ¿le califican esto?, pues apúntele bien para que se saque un diez. ¿Quién la califica? ¿Mi amigo el doctor? Pues yo le digo que la hace usted muy bien de psiquiatra y que le ponga un diez bien rojo como las maestras en la escuela; yo me encargo de él y de su calificación, ahí le va, leuento: Yo trabajaba como matón a sueldo, y gracias a que yo era experto en mi chamba, cumplí en mi casa como padre y proveedor, nunca faltó nada, al contrario, les sobró, gracias a Dios, era yo muy bueno, el mejor y gracias a Dios, pues sobra gente que matar y gente que quiere matarla, entonces yo me hice de fama y dinero, mucho dinero, ¿Sabía que mi hijo Raúl también es médico? Se lo voy a presentar un día que venga a visitarme porque a lo mejor y si usted le gusta y él a usted, pues hasta de la familia nos volvemos ¿verdad? Pues le decía, el Raúl es médico y ahorita anda en Costa Rica haciendo su especialidad, mi hija es contadora y yo le puse su despacho, el más chico pues dice que quiere estudiar en Estados Unidos y pues la voy a mandar para allá antes de que se me acabe el dinero, porque aquí gasto mucho, pago mucho, tengo muchos años tratando de curarme de mis remordimientos.

—¿Cuáles remordimientos, Rogelio? ¿No dice que sólo hacía su trabajo y que Dios lo favoreció con mucho?

—Pues sí, doctorcita, el trabajo es una bendición de Dios, y gracias a eso pues también tengo el dinero para estar aquí pagando para que me curen, porque yo no me arrepiento de mi oficio, porque fue

muy exitoso, y pues Dios me dio ese talento, lo que me tiene aquí es el accidente que sufrí.

—¿Cuál accidente?

—Pues mire, yo estaba encargado de matar a unos abogadillos fanfarrones, que ya le caían gordos a mucha gente, y ese día que los cité, me hice pasar como cliente y les preparé una emboscada, pero las cosas no salieron bien.

—¿No los pudo matar?

—Claro que pude, ¿no le digo que yo era el mejor? Los maté, bien muertos, pero ahí le va, que estos maricones... cuando la vieron de verdad corrieron, yo los alcancé a la distancia, pero en esos metros que se alejaron, se atravesaron unos muchachos, eran dos jovencitos, y pues también les tocaron los balazos, y pues yo con eso ya no pude seguir más en el oficio, me «desvaloriné», todo el día pensaba en esos cristianos que yo había matado y el remordimiento no me deja hasta el día de hoy, y ya han pasado más de diez años, y a veces pues los veo y me hablan, a veces nomás se meten en la noche en mi habitación y me da miedo a la hora de dormir, porque no quiero verlos y no quiero tampoco escuchar sus voces preguntándome todo el día por qué los maté, si eran jóvenes y tenían una vida por delante y todas esas cosas.

—Pero mató mucha gente, Rogelio, ¿los demás no le dan remordimiento?

—¡Ay, doctorcita! Pues de plano usted no es tan lista como parece, pues no le digo que el otro era mi trabajo, pero estos muchachos no. ¿A poco usted se arrepiente de su trabajo?, pues no, ¿verdad? El trabajo nos lo manda Dios, a usted le dio el talento para curar y a mí el talento para matar, pero en su oficio como en el mío se cometan errores y es duro vivir con ellos. Dios me ha de perdonar por esos dos muchachos inocentes, rezó por ello todos los días, y si maté a los otros, fue la voluntad de Dios, porque él es quien nos manda el trabajo.

Dios es amor

Gregoria inicia el día después de sus oraciones y el desayuno, en ese orden siempre, porque cree con vehemencia que si es de otra forma, Dios la castigará por olvidarse de él; hoy es un día soleado y aparece en el patio con muy buen humor.

—Buenos días a todas, que día tan precioso nos ha regalado Dios, buenos días hermanita, buenos días doctora, buenos días a todas... mis enfermeras tan lindas, ¿cómo están?, qué dicha estar rodeada de gente

tan maravillosa, tan amable, tan entregada a su trabajo, le doy gracias a Dios por estar aquí rodeada de todos ustedes.

—¿Cómo te sientes, Gregoria?

—Me siento dichosa porque Dios me ha dado la misión de repartir amor entre todas mis compañeritas que tengo aquí. Mire, aquí tengo unas estampitas, le voy a regalar a usted una de san Benito, para que la cuide siempre y la proteja, toma tú también una para que Diosito te cuide a ti y a tu familia.

—¿Estás contenta hoy? ¿Ya no sientes la tristeza de antes?

—Dios me ayuda demasiado, doctorcita, él nunca me deja sola.

—¿Cómo sientes el medicamento nuevo? ¿El que empezaste a tomar ayer?

—Gracias a Dios me ha caído muy bien, ya puedo dormir, ya no ando como sonámbula en el día, ya puedo seguir con mi misión aquí.

—¿Y cuál es esa misión, Gregoria?

—Pues mi misión es repartir amor, mire, en esta bolsita traigo más de veinte estampitas, todas son de santos muy milagrosos, se las pedí a mi hijo el día de visita, le dije que me trajera estampitas de los mejores, de los más milagrosos, para repartirlas aquí, donde se necesitan tanto amor.

—Pero aún te veo un poco ansiosa ¿Te preocupa algo? ¿Los problemas en tu casa?

—No, doctorcita, lo que ahora me preocupa es que me vayan a dar de alta y no alcanzar a repartirles a todos estas estampitas, porque Dios lo que quiere es que repartamos amor entre todos nosotros, y yo quiero cumplir mi misión.

—Nosotros esperamos lo contrario, que ojalá y lo más pronto posible te encuentres en mejores condiciones para que puedas regresar a tu casa, y trates de solucionar tus problemas con tu papá y con tu hija; espero que hoy no vayas a faltar a tu sesión con tu psicóloga.

—No doctorcita, todos los días la veo y, gracias a Dios, ella también me ha ayudado mucho, haciéndome ver cosas que yo sola, sin su ayuda y principalmente la ayuda de Dios, no me habría dado cuenta. Todos aquí son un instrumento de Dios, para la salud de todos nosotros. Ahora le pido por favor que ya me dejen seguir repartiendio mis estampitas, con la ayuda de Dios hoy voy a avanzar mucho en entregarlas, ya me voy, que Dios los bendiga a todos ustedes y gracias doctorcita, tengo que apurarme más a repartir el amor de Dios, ya se me había olvidado que debo empezar una novena para san Judas Tadeo para que ayude a uno de mis cuidadores en sus necesidades. Nos vemos mañana, que Dios con su infinito amor los bendiga, no se olviden que el amor de Dios lo puede todo,

que Dios es amor, que Dios nos da amor y él quiere que todos repartamos ese amor, entre nuestros semejantes. Segurito que Dios me mandó esos problemas en casa para que pudiera estar aquí y repartir amor que tanta falta hace.

Un dios... sólo para mi boda

Karina es una chica gordita, con un rostro bellísimo y una mirada triste, su cabello es del color del trigo, siempre alisado y recogido en el moño más tenso que pone a prueba la resistencia de sus raíces. Va de la alegría a la tristeza con la misma facilidad con que hace una trenza a su largo cabello y luego la desbarata para reiniciar una y otra vez.

—Buen día, Karina. ¿Cómo te sientes hoy?

—¿Cómo? Pues mal ¿Por qué no le hablan a mi novio? Yo quiero que le digan que me quise suicidar porque me dejó y estoy segura de que con eso él se va a conmover y va a volver conmigo.

—Lo siento mucho Kary, pero no podemos hacer eso, nuestro deber es cuidarte a ti, ¿te das cuenta la gravedad de lo que hiciste?, ¿por qué te tomaste esas pastillas?

—Porque ya no quiero vivir, mi vida sin Leonardo no tiene sentido y quiero estar muerta, no sé para qué me salvaron, no sé para qué me llevaron al hospital y no sé para qué me trajeron aquí, que es un lugar para locos, yo no estoy loca, no estoy loca.

—Nadie ha dicho que estés loca; la gente de aquí está enferma, está desorientada y todo el equipo que te ha estado atendiendo, la psicóloga, la trabajadora social y nosotros los médicos, trabajamos juntos para tratar de ayudarte a descubrir tus problemas y ayudarte a que tengas herramientas para enfrentarlos de la mejor manera posible.

—Yo no necesito ayuda de nadie, ni de ustedes, ni tampoco de Dios como dice mi mamá, porque Dios no existe, no existe...

—Independientemente de esa cuestión de que Dios exista o no, es necesario que te des cuenta de que la única posesión real y lo más valioso que tienes es tu vida, y tal vez con acciones como la de ayer no mueras, pero sí puedes dañarte y continuar tu vida con alguna secuela, con alguna limitación física o mental.

—Yo lo que quiero es que Leonardo vuelva a mi lado.

—Pero ¿no te parece ilógico tu deseo de estar con él y al mismo tiempo tratar de quitarte la vida? Si mueres, ya no hay marcha atrás, ni posibilidad de recuperarlo o de tratar de corregir los errores que de una u otra forma contribuyeron a que ustedes se separaran.

—Pues eso sí

—¿Hablaste con la trabajadora social?

—Sí.

—¿Hablaste con la psicóloga?

—Sí.

—¿Cómo te sientes después de esas entrevistas?

—Pues no sé, es que no creo que me entiendan, nadie quiere avisarle a Leo que estoy aquí hospitalizada y que venga a verme.

—Cuando te encuentres mejor podrás salir del hospital a vivir y a tener todas las oportunidades que deseas, llevarás elementos para que tu vida sea mejor. ¿Qué es lo que quieras mejorar?

—Quiero regresar con Leo y ser una mejor novia para él, ya no voy a ser celosa, lo voy a tratar lo mejor posible, no va a tener queja de mí en lo absoluto, porque yo quiero que esté siempre muy enamorado de mí, para un día casarme con él, y que el padre nos dé la bendición de Dios para siempre, me quiero casar en el templo de San Cristóbal porque ahí hice mi primera comunión y soy muy devota de él, me ha hecho muchos milagros; para empezar, ahí conocí a Leo. Y quiero la iglesia llena de flores y mi vestido blanco con una cola muy larga y que toda mi familia y mis amigos estén ahí para vernos. Dios me tiene que conceder eso.

—Es muy curioso, ¿por qué te quieres casar en un templo si no crees en Dios?

—Pues no, o sólo a veces, pero eso sí; yo quiero mi boda con mi vestido blanco, eso sí lo quiero, aunque sólo exista Dios ese día, para que me case con mi vestido blanco.

Testimonio de Josefa

La entrevista fue realizada por Clara Elizabeth Ruvalcaba López como parte de su trabajo de campo para la elaboración de su tesis de licenciatura en Teología. La pregunta referida a su idea de Dios se realizó especialmente para este libro. La edición de la entrevista es de Celina Vázquez. Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de la informante.

Es pecado ser débil y no tener temor de Dios

Tengo 68 años; desde el año de 1960 estoy viviendo en Guadalajara. Nos venimos porque mi esposo decidió venirse, nos casamos en el año de 1959. Tuve un noviazgo un tanto difícil para mí, porque yo tenía, cuando conocí a mi esposo, 16 años. Era muy posesivo, él tenía 37 cuando nos casamos, me llevaba 20; era muy, muy posesivo, violento, y yo le tenía miedo.

Siempre fue un hombre violento, desde el noviazgo. Mi papá decía: ¡no, no!, ¿cómo vamos a dejar casar a esta muchacha con este hombre?, ¡ya es un hombre grande!, y mi mamá, pues como son las mamás, más allegadas a uno y como que lo comprenden a uno un poco más que el papá, ¿verdad? Ella hablaba por mí a veces y decía: mira, déjala que se case, es un hombre ya con experiencia y no va a haber dificultades, como los muchachos jóvenes, ahorita, y sí, dio consentimiento mi papá; pero nos casamos por lo civil y nos fuimos a vivir. Entonces, decía mi papá: ¿pues no que se iban a casar como Dios manda?

La primerita vez (que me golpeó) fue cuando éramos novios, porque me dijo que yo iba saliendo de la academia, y me dijo: aquí te espero y a mí se me hizo fácil pararme en la otra esquina, pues para que no me vieran mis compañeras. ¡Ah!, pues porque no estaba ahí, en la esquina de la escuela, sino en la siguiente, me dio una bofetada. Esa fue la primera vez que me puso la mano encima. ¡No, pues más miedo, más temor!, porque mi papá siempre estuvo enfermo, fue minero de joven y se le perforaron los intestinos, lo operaron y yo no quería dar a saber la forma de cómo él me trataba para que no se mortificaran, porque mi papá ¿qué podía hacer?, ¿a enfermarse más? No quería ser yo causante de que a mi papá le fuera a pasar algo. Por eso me callaba muchas cosas y cuando me dice que nos casemos y que nos vamos, yo

sólo decía «sí»... porque para mí ya era tarde para hacerme para atrás. Él me golpeaba mucho. Toda la vida me quedé esperando también que un día cambiara, pero no.

Mi mamá era señora valiente. Me decía: ¡¡¡te vas!!! Ella era partera, me sacó de todos mis hijos, fue mi partera, y una vez que vino, que me alivié de una de las niñas, estuvo conmigo, estuvo aquí. Y él enojado. ¿Por qué fue el enojo?, ¡porque nació niña, eso fue el enojo! Se puso de malas, pero aparte porque mi mamá estaba ahí, pero le dije yo: ¿pero por qué te enojas? Tú me dijiste que trajera a mi mamá para que me atendiera y se enojó tanto y me pegó ahí en la cama, acabada de aliviar; y entró mi mamá y le dijo: «Oiga, pero ¿por qué le pone la mano encima?, ¿que no sabe que está ahorita delicada ella?, ¡no sea inhumano!» «Señora, usted no tiene nada que decirme a mí. Nada. Ella es mi mujer». Y me vació la cerveza fría que se estaba tomando, en la cara, y mi mamá dijo: «¡No, no haga eso!» y agarró un pañalito de la niña y me limpió la cara, dijo: «mire» y agarró la pistola. Dijo: «ahora mismo se va, ahorita mismo se va usted de aquí». Entonces, mi mamá dijo: «mire, mire, a mí usted no me asusta con su pistola, porque si por una puerta me echa usted, con agua caliente por otra me meto, por mi hija, porque todas esas cosas que usted hace son cosas inhumanas».

Siempre, siempre fue un hombre violento, toda la vida, todo el tiempo, siempre hasta los últimos momentos de su vida. Me pegaba por cualquier motivo. Un hijo me dice: «mamá, es que tú también le buscabas a veces a mi papá el motivo». Pues yo soy humana y me enojaba. Me enojaba de las injusticias o de las cosas que hacía, ahora sé, por una hija que está dializada, que esta enfermedad del riñón (porque él estuvo también enfermo del riñón), ahora me doy cuenta, hasta para disculparlo en parte, esos exabruptos que tenía también eran por la enfermedad. Pero hasta ahora lo comprendo, y digo «¡ay, Ángel! yo te perdonó. De todos modos siempre te perdoné, dice mi padre Dios que perdona setenta veces siete». Yo siempre lo estuve perdonando, porque me pedía perdón, ahorita y a la media hora otra vez... entonces era costumbre ya, costumbre. Yo decía: «¡ay, ahora no me jaló los pelos!»... Mira aquí (tabique de la nariz) tengo esta fractura, aquí (labio inferior) esta herida, del oído derecho estoy sorda, porque estos golpes en la mejilla y el oído me dejaban sorda. Nunca me llevó al hospital porque yo siempre me hacía la fuerte... pues no sé: era tonta. Esas cosas eran tonterías, por lo mismo, por los hijos, después... (llanto). Así pasó mi vida. Nunca me fui porque tuve tan-

tos hijos que ¿adónde iba una mujer con tantos hijos? Además hay que decir lo bueno: fue un hombre muy responsable, en cuanto a que nunca me faltó qué comer. Nunca, nunca, nunca; siempre estuvo al pendiente de que hubiera qué comer en la casa. Aquí estoy en la casa donde él me dejó...

—¿Por qué nunca lo dejaste?

—No lo dejé, al principio por miedo, terror, pánico, y sola no... ¡le tenía miedo a la vida! Ahora estoy necesitada y tengo la cabeza cerrada. No soy mujer de empuje, porque también, eso es otra cosa, yo viví con este hombre, y pienso yo que con él terminé de crecer. Fue mi marido y fue mi papá, porque él decía las cosas y yo sólo decía: «sí». Daba órdenes y yo obedecía.

Yo creo que él sí me quería

—Sí, porque no quería compartirme con nadie. No quería que nadie viniera porque le robaban las atenciones. Cuando las muchachas ya estuvieron jovencitas, yo iba de visita a su cuarto. Eran visitas, porque nada más me escuchaba allá y me hablaba para cualquier cosa, pero que estuviera ahí con él en el cuarto. Las muchachas se preguntan por qué su papá fue tan egoísta: porque él no quería compartir el cariño con sus hijos. Y no creas, se les crean traumas a los hijos, a la familia. Y yo digo que yo tengo la culpa de que ellos se hayan desarrollado en este ambiente, porque siempre hubo un freno, él nunca los dejó ser, ni a mí tampoco, hasta en el vestir, en todo. Era un hombre arcaico, machista.

—¿Tú crees que los hijos se vuelven reproductores de violencia?

—Sí, porque eso vivieron. La familia de él era violenta. Mataron a su papá porque fue a meter paz en un pleito. Pero sí eran violentos; les decían «los pólvoras» en el pueblo. No eran pleitistas, pero sí eran delicados, y la gente les tenía miedo. A balazos arreglaban las cosas. A mí todo eso me llenó de pánico.

Ahora todos los muchachos están casados. Y cuando uno llega a una edad como la mía, ves tu vida como en un panorama y dices ¿por qué?, ¿por qué no me revelé?, o no me hubiera casado... todo fue por la falta de preparación y el miedo. Porque si ha estado uno preparado... pero nos criaron para estar en la casa, ahora ya la cosa es pensar y sufrir los acontecimientos de mi vida, y por lo mismo, ahora ver el sufrimiento de los hijos; y yo pienso que sí se refleja, y mucho, en los hijos, el comportamiento de los padres.

Mira: no la supe hacer. Más bien no supe cómo todo esto me rebasó. No supe por el miedo, ¡qué malo!, porque se me hace mi vida como una vida desperdiciada. No se debe dejar la mujer tanto que le pisen la

sombra, que le pisen la vida, que le pisen la dignidad, porque entonces ¿qué clase de humano es uno? Creo que a un animal lo tratan mejor.

También la importancia del sacramento me hizo quedarme, la ley de Dios. Y luego mi mamá tan santularia que era. En casa no se hablaba de divorcio, ¡esa palabra ni se conocía!

Toda la vida fue así. Desperdí mi vida, mi juventud. Yo fui una sombra en la vida de ese hombre; él me terminó de educar, de formar, ahora no sé tomar decisiones, y la violencia te queda, te atonta, te bloquea, hace que después de ella pierdas tu identidad, lo que te hace ser.

¿Quién es Dios para mí? ¡Uy, hija! Dios es nuestro Padre por Él tenemos la vida, y Él ha sufrido tanto, que nos entiende muy bien. Pero, Él nos ayuda a ser fuertes. Uno nunca debe estar caído, siempre fuertes y adelante, así como Él nos enseñó. Es pecado ser débil y no tener temor de Dios. Uno debe sobreponerse siempre; y más nosotras, las madres, porque los hijos siempre van a recurrir a uno en una necesidad. Los hombres no (los papás), ellos son despegados. Pero uno como madre debe ser la fuerza de sus hijos. Uno es la fortaleza de sus hijos, y uno es débil, así que sólo Dios le da a uno la fuerza para salir adelante. ¡Con nuestro Padre Dios por delante y todo sale bueno!

Hay que asistir a misa y pedirle mucho a Dios Padre, para que nos perdone nuestros pecados, porque somos malos, hija, y sólo si cumplimos con lo que Él nos pide, podemos alcanzar un poquito de misericordia, porque la ira de Dios es muy fuerte, muy grande, y el mundo está tentando la ira de Dios.

Dios me ha acompañado siempre. Cuando nos fuimos a vivir a México, ¡uy! vivíamos cerca de la basílica; así que mi mamá tan santularia que era, siempre, siempre, visitaba la basílica y le encendía velas, le encendía velas y le encendía velas. Y a mí con mis hijos, nuestro Padre Dios nunca me ha dejado. Sólo tengo una cuenta pendiente con él (llanto), porque hija, porque no me ha ayudado a rescatar a mi Héctor (hijo adicto), ¡tantos años pidiendo!, ¡tantas cosas que han pasado y velo, está hecho una piltrafa de hombre!, ¡lo veo y me da tanta lástima! y yo creo que cuando llegue al cielo le preguntaré: ¿por qué, Señor? ¿Por qué?

Mi vida ha sido tan sufrida, que muchas veces no sé porqué tanto a mí, mi esposo, mis hijos, no sé, a lo mejor por ser tan débil. Mi pecado ha sido ése: ser débil y no parar las situaciones. Pero allá está mi Padre Dios; Él me juzgará, y confió en su misericordia, porque ha sido mucho sufrimiento, hija, mucho.

Sé que Dios tiene sus tiempos, pero me desespero, hija. Ha sido mucho dolor, pero sólo Él puede consolarme, hija, sólo Él. Porque hay dolores tan arraigados en el alma que solo Él puede sanar; y eso le pido siempre. Por eso al empezar el día me encomiendo a Dios Nuestro Señor, y al terminar la noche, lo mismo. Les mando la bendición a mis hijos; se los encomiendo a Dios y que sea lo que Él quiera.

Testimonio de Lorena, hija de la señora Josefa, quien también ha sufrido maltrato familiar.

—¿Tú, cómo crees que Dios te acompaña en la vida?

—Mmm... mira: uno debe de tener fe. La fe es algo que habla de la persona; hay que tener temor de Dios. Eso te inculca valores buenos; pero muchas veces yo no entiendo porqué Dios nos enseña con tanta dureza. ¡Dios es muy duro, durito!, es bueno, pues, Él es bueno, pero lo enseña a uno con base en sufrimiento. Le da a uno sus enseñanzas, tiene su carácter. La Virgen es más buena, más noble, menos cruel. Yo hablo mucho con ella, se siente más confianza con ella. Ella me escucha más, me hallo más con ella que con Dios.

Testimonio de Lilia

«A mí, la virgencita me cuidó, por ella no me morí»

La entrevista fue realizada por Clara Elizabeth Ruvalcaba López como parte de su trabajo de campo para la elaboración de su tesis de licenciatura en Teología. La pregunta referida a su idea de Dios se realizó especialmente para este libro. La edición de la entrevista es de Celina Vázquez. Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de la informante.

Tengo 38 años, soy médica egresada de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Guadalajara, tengo cinco hermanos, todos profesionistas. Mis padres son un matrimonio ejemplar. Mi madre es periodista y mi padre ingeniero. Todos estudiamos siempre en colegios desde pequeños; mis padres siempre se esforzaron por darnos una buena educación. Yo fui educada en una familia donde había mucha paz y, sobre todo, vida familiar ejemplar, siempre unidos. Yo nunca vi pelear a mis padres, ni vi en mi padre un comportamiento destructivo;

al contrario, él siempre fue muy bueno; lo que sí es que era muy estricto, y mi madre nos formó para obedecer.

A mí es cierto que me apasionaba mi carrera, pero también soñaba con formar una familia y ejercer mi carrera.

Ya casada con otro profesionista egresado de la misma universidad, así duramos casi un año, y mi madre decía que era la crisis del primer año de casados; que en cuanto se estabilizara y se acostumbrara a la nueva vida de casado, las cosas volverían a ser lo que eran antes, hasta que me embaracé. Cuando eso pasó, él se volvió otra vez dulce, tierno, delicado y pensé: el bebé nos unirá más. Nació mi hija y no le pareció que fuera niña. Se molestó. No me dirigió la palabra ese día, ni al otro, hasta que yo le dije: es tu hija, cárgala, no la rechaces, ¡ay, pero yo me sentía tan mal de esa actitud suya! Pues ésa fue la forma en cómo la aceptó. Fue poco a poco, y después la niña era su adoración.

La primera vez que me pegó fue porque no contesté el teléfono. Me tomó por los cabellos y me dijo palabras horribles ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡bueno pues, hija de la chingada, me quieras ver la cara de pendejo o qué, dónde estabas!!!!!!!!!!!! Yo le dije que no había salido, y me cacheteó. Ese día yo no podía creer que me hubiera pegado, mi hija tenía meses, y a partir de ahí fue todos los días lo mismo.

El maltrato es una situación que te desquicia, te vuelve loca, ¡es horrible vivir con miedo!, ¡es horrible sentir el pánico de la noche, cuando sabes que ya va llegar del trabajo y que probablemente venga de mal humor, y eso quiere decir que terminaría la cosa en golpes! Conforme comenzó a crecer, se fue dando cuenta, y muchas veces estando mi hija yo en el cuarto de la niña me sacaba a empujones a golpearme. Yo no gritaba ni nada, para que la niña no se enterara. ¡Yo creía que ella no se daba cuenta!

Con el tiempo, él fue teniendo más habilidades para golpearme: las primeras veces me dejaba toda moreteada y con la cara hinchada; después me pegaba en lugares del cuerpo donde no se notaba: en el abdomen, en las piernas, en la cabeza, en la espalda baja. Entonces, yo estaba muy marcada del cuerpo, pero nadie lo notaba. Él siempre me amenazó con matarme si me iba, y la verdad yo sí lo creía, y lo creo capaz de eso, ¡es que era un odio tal que me tenía, que la verdad yo no sé como no me mató!

Para las relaciones íntimas, yo tenía que estar presta, cuando él quisiera, donde él quisiera y como él quisiera. Me usaba, terminaba, se volteaba, y en ese momento yo me levantaba a bañarme, porque yo no quería ya tener nada con él, pero si no lo hacía me golpeaba; así que



accedía, pero en cuanto él terminaba, yo me bañaba, no quería nada de él en mi cuerpo, y encerrada en el baño lloraba en silencio, porque eso era un humillación para mí; aparte tenía que llorar en silencio porque él decía que le gustaba verme llorar y sufrir, entonces yo tenía que tragarme mis lágrimas. No le iba a dar gusto.

El colmo fue cuando me enteré de que tenía una amante. Yo le decía que siquiera tuviera vergüenza y no se exhibiera con ella, porque unos amigos de nosotros lo vieron con ella. Ésa fue mi desdicha. Ese simple reclamo me costó una golpiza brutal, ese día me estaba matabando; me tomó por el cuello y comenzó a estrangularme. La verdad, no sé ni por qué me soltó, pero lo hizo: Me salí corriendo del cuarto, mareada y muy mal, pero salí, después de eso en la noche me forzó a tener relaciones sexuales y ya al otro día amaneció muy tranquilo, pero yo duré dos semanas sin salir a ningún lado porque estaba muy maltratada; entonces me enteré de que estaba embarazada de un segundo niño, y ese día que me hice la prueba de embarazo me llaman a la casa y me dice una mujer que es la amante de mi marido y que ya le dé el divorcio. Yo colgué y por fax a mi consultorio me mandó una carta para insultarme y decirme lo bueno que era mi marido en la cama. Ese día le reclamé otra vez y le dije que le dijera a ella que dejara de llamarme y le mostré el fax. Me volvió a golpear. Yo le dije: ya no me pegues, estoy embarazada. Cuando supo eso me pateó en el vientre hasta que se cansó... yo comencé a sangrar y me fui a urgencias a la Cruz Verde. Ya no había nada qué hacer. Perdí al niño, y la verdad, por dentro me alegré: ¿qué iba a ser de otro hijo, con un papá como él?

Yo me decidí a dejarlo porque me iba a matar.

Él se hizo el mártir, y como yo nunca dije nada, pues entonces él tenía el gane. Pero Dios sabe cómo fueron las cosas. Entonces, comencé los trámites de divorcio y asesorada con un abogado, y acompañada de él fui a casa a recoger mis cosas. Cuando llegué, me dijo: «¡Perra, aquí no hay nada tuyo y en esta casa no vuelves a poner un pie!» Cerró la puerta. Entonces, la vecina del otro lado me vio y me dijo que al otro día de los balazos él había tirado todas mis cosas al camión de la basura. Todo lo tiró: los muebles del consultorio y la ropa, todo tiró, todo. Me dejó sin nada.

Fue un divorcio necesario, porque yo aún tenía en el cuerpo las marcas del maltrato y eso agilizó los trámites. Estoy legalmente divorciada, tuve que empezar de cero. Otro matrimonio nunca. Yo me casé para toda la vida. Yo de hecho sigo casada con él; lo legal es sólo para poner una barrera e impedirle que me mate, pero dentro de mí yo sé

que sigo casada con él, y la verdad, otra pareja no. Por respeto a mí misma, a mis ideas, a mi educación, y por respeto a mi hija. Yo creo en Dios y mi juramento frente al altar yo lo respeto. Yo me casé enamorada y para siempre.

¿Qué fue lo que me salvó? La virgencita de Guadalupe y mi fe. Yo tengo mucha fe, y gracias a Dios he podido salir adelante. La fuerza para poder empezar desde cero me la ha dado Él. Yo cada año voy a visitar a la Virgen al santuario y siempre, siempre le llevo sus flores y prendo mi veladora. Ella me salvo. Incluso aquí, en el consultorio, Ella tiene su lugar. Gracias a Ella he podido perdonarlo y gracias a la fuerza que Dios me dio.

Tengo un director espiritual con los salesianos, y él me dice: ¿de dónde sacaste tanta fuerza para poder llevar esa situación? Y mi única respuesta es mi fe en Dios. ¡Yo vivía con tanto miedo! Todos los días me encomendaba a Él y esperaba que ese día no me pegara. Incluso cuando yo escuchaba que iba entrando a la casa, rezaba un Padre Nuestro y me encomendaba a sus manos. Es que sólo Él puede ayudarnos a salir de una situación así, porque de verdad yo no me sentía capaz de dejarlo ni de nada. Me sentía inútil; y yo creo que fue por Él que las cosas no terminaron mal. Pudo haberme matado. En medio de la pesadilla de los golpes lo único que me quedaba era Dios, iba todos los días a misa para pedirle a Dios que él cambiara.

Sólo Dios nos ha ayudado a mi hija y a mí a reponernos de esa situación tan inhumana. Yo creía de verdad que ella no se daba cuenta de nada, porque yo trataba de que ella no escuchara ni viera nada. Hoy platico mucho con ella y me dice que siempre escuchaba todo, y que en esos momentos se ponía a rezarle a la virgen de Guadalupe para que su papi no me matara. Así que ella tiene mucha fe en la Virgen y cada año se viste de indita y vamos al santuario a darle gracias a Dios y a ella porque siempre nos ha ayudado.

A mí, la virgencita me cuidó, por ella no me morí, por eso voy todos los años a festejar su día el 12 de diciembre, al santuario, ese día no consulto, es un día sagrado para mí y aunque mi hija ya está grande, siempre se viste de indita; ella nos cuidó y por ella tenemos la vida, él me iba a matar, pero la virgencita me cuidó.

Testimonio de María

La entrevista fue realizada por Clara Elizabeth Ruvalcaba López como parte de su trabajo de campo para la elaboración de su tesis de licenciatura en Teología. La pregunta referida a su idea de Dios se realizó especialmente para este libro. La edición de la entrevista es de Celina Vázquez. Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de la informante.

Dios me salvó la vida. Sólo que no entiendo por qué pasamos por tanto dolor

María es una mujer que sufrió maltrato de parte de su esposo. Acudió a los ejercicios espirituales que se brindaban en su parroquia y participó en talleres, donde vivió un proceso de acompañamiento.

—...¡Uy, duró golpeándome como diez años!, ¡diez años! y mis tíos dicen que ellas no saben por qué estoy viva. Metía cuchillos, metía picahielos al cuarto. Una vez me dejó aquí toda moreteada, donde me estaba ahorcando, y le di una patada allá donde te conté. Me soltó y que me salgo. Me salí a la calle temblando. Yo dije: uy... me va a matar, sí me va a matar!...

Pero no me quise ir, ¿por qué? Le tenía miedo. Fíjate que le tenía miedo y lástima, porque yo dije: si lo dejo se va a morir de borracho, ¿qué va a ser de él? Además, él me decía: «¡demándame!, como dice la canción de Vicente Fernández: voy a entrar, voy a cumplir la condena, pero tengo que salir y te busco como aguja y te mato hija de tal por cual». Y todavía me decía cómo: «te hago pedacitos y te entierro», ¡me amenazaba horrible!, yo por eso tenía pavor, le tenía miedo y yo no me atrevía pero ni a decirle que no, le daba explicaciones. Ahora me desconoce.

Esto se acabó cuando mi niño, el más chiquito, que tenía nueve años, murió... Dijo el doctor: «Pues el niño ya no pasa de ahora».... Y empecé a gritar, a gritar como loca, me sacaron, se quedó él con el niño. Entonces, la enfermera que se quedó ahí canalizando al niño, para ponerle un suero, escuchó todo lo que el niño le pidió, que le dijo: «¡Júreme, júreme, pero júreme que ya no le va a pegar a mi mamá, júreme que ya no va a tomar!» —«Te lo juro, te prometo que ya no».... —»Y júreme que si usted sigue igual, mejor déjela», «no mijo, te pro-

meto que yo no, te lo juro, que ya no voy a tomar, ya no, y tú ya no te mortifiques». No, dice, es que yo ya me voy y quiero que cuide mucho a mi mamá...

—¿Tú loquieres?

—Sí, ahora ya. Antes yo no sé si sentía odio o lástima por él, pero yo, yo como mujer, cuando me golpeaba yo lo abrazaba, lo buscaba y: «¡no, quítate! Estoy cansado...» Ahora ya le agarré poquita confianza, no creas que no...

—¿Ya lo perdonaste?

—Mmm... fíjate que cuando regreso (de su experiencia de encuentro con Cristo), cuando uno regresa de allá, te reciben en un cuartote, así solo, nomás hay sillas, entonces uno viene y con los ojos cerrados, vendados, cerrados y ya ellos están ahí, su familia. Entonces, regresó él, yo estaba tras de él, cantaron alabanzas bonitas que te llegan, y vuelven a recordar otra vez, a vivir otra vez lo que viviste allá. Cuando él se dio la vuelta, que estaba todo oscuro, se da la vuelta hacia a mí y me abrazó, me abrazó muy fuerte, llorando, y me dijo que yo lo perdonara por todo lo que me había hecho. Me dijo: perdóname, no sabes cuánto te amo, te adoro, eres mi vida, eres todo para mí, perdóname, pero de lo que fui jamás, jamás va a pasar, todo va a cambiar más de lo que ya cambió. Yo no le dije sí ni no; por eso no lo perdoné, o no sé. Al tiempo que él me abrazó llorando, pues yo también lloré; me abrazó bien fuerte y lloré, y cuando él me dijo «perdóname», yo no le contesté nada, entonces siento que no lo perdoné... pero sí, ya estoy bien con él.

—¿Cómo ha sido la presencia de Dios en el tiempo que fuiste golpeada?

—¡Ay, mija, Dios me salvó la vida! Sólo que no entiendo por qué pasamos por tanto dolor. Mira, la muerte de mi hijo me cambió la vida. Mi esposo cambió, dejó de golpearme, pero yo me sentía hueca, ¡ay!, bien feo, yo pienso que Dios estuvo ahí... en silencio conmigo, pero no lo sentía, bien raro, y yo me amargué. Estaba deprimida y no quería vivir ¡ya no!, ¡ya no! No quería sufrir más. Cuando me llevaron al retiro (espiritual), ahí con las alabanzas y tantas cosas bonitas que te llegan, sentí cómo Dios me abrazó y cómo mi hijo me acompañó, y lloré, lloré, lloré, lloré como en todo ese tiempo no había llorado. Mira, ¡a gritos!, lloré mucho, ahí volví a sentir a Dios.

Yo siempre le pedí a Dios que Ramón cambiara. Cuando mi hijo murió, yo encontré una carta; ahí me enteré de que él le pedía mucho a Dios que su papi cambiara, para que no me fuera a matar un día. No sé si fue como un cambio, Dios me quitó a mi niño y Ramón dejó de

golpearme. Nuestro Padre Dios es muy duro, hay que pensar muy bien qué es lo que se le pide, porque luego ya no queremos.

—¿A tus hijas las golpean?

—Fíjate que con mi hija creo que pasó algo de eso. Pero ella no fue tonta, ella dejó al marido. Pero fíjate, mi hermana también ha sufrido mucho con el marido, y es un primo hermano de nosotros. La dejan igual como me dejaban a mí, me habla la suegra y quiere que yo vaya a solucionar los problemas. Sí he ido, sí le he dicho a él sus cosas, pero a veces me retiro porque él no me contesta mal ni nada, pero yo le digo a ella: trata de esconderte unos días, vente conmigo, te va a buscar. Pero si ahorita se va, al siguiente día ya está con él. No la critico ni la juzgo porque yo fui igual, yo fui igual, le digo «agarra valor, Maya, y defiéndete, no dejes que te golpee»; pero sí, ella sí sufre mucho, demasiado.

Testimonio de «Paraíso»

La entrevista fue realizada por Clara Elizabeth Ruvalcaba López como parte de su trabajo de campo para la elaboración de su tesis de licenciatura en Teología. La pregunta referida a su idea de Dios se realizó especialmente para este libro. La edición de la entrevista es de Celina Vázquez. Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de la informante.

Jesús me acompaña en mi cruz, pero sólo Dios Padre nos puede salvar

Estudios: Primaria terminada. Edad: 30 años. Profesión: obrera. Estado civil: soltera con un hijo de 5 años. Paraíso proviene de una familia de cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres. Es originaria de la ciudad de Guadalajara, lugar en el que vivió su infancia y juventud. Sus padres son divorciados.

Desde que era niña estaba muy enamorada del vecino de enfrente. Se la llevó a vivir con él, con quien cohabitó durante cuatro años. Él usaba drogas, pero ella dice que él es así con drogas o sin ellas.

Paraíso siempre ha trabajado en fábricas y ha rolado turnos. Durante la noche, cuando ya estaba dormida, la levantaba de los cabellos para golpearla. Luego quería tener relaciones con ella, y como no que-

ría, decía que era porque llegaba harta de darle las nalgas a los cabrones del trabajo y que por eso no quiera nada con él.

Él siempre la amenazó con matarla con un cuchillo en la noche mientras dormía. Entonces, ella no dormía bien por estarse cuidando, y con miedo de no amanecer al día siguiente. Como él le decía que era una inútil, entonces ella se decía a sí misma que ella tenía la culpa de lo que él hacía, y que tenía que cambiar para que él no fuera así; pero al mismo tiempo, como todos sus intentos eran en vano, nunca, nunca, pudo darle gusto. Las cosas se agudizaron porque él decía que ella lo había engañado con el papá de él; porque el señor se metió un día para defenderla y que él no le pegara más. Eso fue suficiente para que la golpiza fuera brutal y para que los problemas se agudizaran.

Las amenazas eran cada vez más fuertes y las humillaciones también. Después del parto donde tuvo a su hijo, Paraíso presentó muchos problemas de salud: en el hospital le desgarraron la matriz y le dejaron restos de gasa en su útero. Esto él lo utilizó para insultarla diciendo que se estaba pudriendo, que no era mujer, ya que ni para coger era buena, Paraíso además subió un poco de peso y él comenzó a decirle «la Puerca», «la Vaca». Ella dice cómo es que en su más profundo ser, esto la marcó de tal forma que aún ahora ella misma se dice que él tenía razón, que está hecha una puerca, una ballena, y que es mejor no salir a la calle para que a la gente no le dé asco verla. Piensa que esas heridas son las más difíciles de curar porque se quedan tan adentro que te acaban la autoestima y la confianza.

Debido a su desgarre de útero, las relaciones sexuales eran muy dolorosas para ella y él decía que era porque ella le era infiel: «Coger contigo es como coger con una vaca, es mejor una vieja de san Juan que tú, pero eres mi vieja y para eso somos esposos.»

Un día después de haber sido golpeada, la vio un amigo de él y le dijo: «Paraíso ¿vas a esperar que te mate, así como el Gil mató a la Martina, su vieja?» Este hombre mató a su esposa a puñaladas, y Paraíso recordó que la noche anterior él la amenazó diciendo que la iba a matar como mataron a la Martina. Entonces se armó de valor y fue a denunciarlo por violencia intrafamiliar. Le dijeron que en unos días procedería la denuncia:

«Y cuando se presentaron los judiciales en mi trabajo por mí dije: ¡en la madre! Me dijeron que tenía que ir a recoger a mi hijo. Fuimos a mi casa a recoger a mi niño, él estaba ahí. Lo que yo hice fue tirarme al piso del carro y agarrarme de las piernas del judicial para que él no

me viera, porque ahora sí me iba a matar, ellos (los judiciales) sacaron la pistola y yo empecé a temblar como gelatina.»

Durante ese proceso, para poder agilizar el trámite se quedó en que el padre del niño podría verlo una vez al mes en visitas supervisadas y lejos de la madre. En una de esas visitas, él se las ingenió para hablar con Paraíso y decirle que ella era suya; que nunca la dejaría hacer su vida y que independientemente de dónde estuviera, era propiedad suya; que la amaba y que ella no podría hacer su vida nunca con otra persona que no fuera él.

Para los hombres, dice, «nosotras siempre vamos a tener la culpa de ser maltratadas. Hoy me siento como un pájaro libre, a un año de separación, me quité un gran peso que venía cargando. Hoy puedo salir con la frente en alto, porque por él nadie me hablaba, ahora vuelvo a ser la de antes, sólo que estoy toda chingada, yo siento que ahora me están resultando los golpes, todo lo que tengo yo creo es consecuencia de tantos golpes que me dieron».

A Paraíso aún le cuesta mucho trabajo hablar del tema y no ahonda mucho en las situaciones. Cuando se le pregunta qué significa Dios en su vida, responde:

«Diosito me salvó. Él me ayudó. Por Él no me morí. Yo tengo mucha fe, Dios me ha ayudado mucho, Jesús... bueno, pues es Dios y murió por nosotros. Él me acompaña en mi cruz, pero sólo Dios Padre nos puede salvar y remediar nuestro sufrimiento. Voy a misa y me llevo a mi hijo, creo que sólo acompañados de Dios podemos salir de esto.

Paraíso reconoce que ahora lo que tiene que hacer es recuperar su confianza en los hombres. En su corazón hay resentimiento, pero está luchando por salir adelante. Las críticas, lejos de apoyarla para salir de esta situación, han sido duras, señalan que hoy Paraíso es «marimacha» porque no quiere arreglarse y no quiere tener una pareja. Hoy paraíso es «amargada» porque no quiere salir a fiestas y porque su carácter es más fuerte. Todo esto le ha dolido, pues resulta ser marginada; sin embargo, ella sabe que es fuerte y que saldrá adelante.

Luis Alberto

24 años. Soltero, adicto a las drogas. Testimonio recogido por María Soledad Ángeles García, religiosa Carmelita del Sagrado Corazón, para su tesis de licenciatura en Teología. La pregunta acerca de la idea de Dios fue realizada expresamente para este libro.

Me vi orillado a buscar a Dios

¿Dios? ¡Jamás! No existía para mí. Tratando de buscar felicidades en fiestas, mujeres, drogas, pero nunca encontré nada en eso, siempre anduve de allá para acá como todos, pero jamás encontré felicidad alguna. Con mi familia... mi papá era un alcohólico, ya falleció. Mi mamá siempre se ha portado bien, nunca nos trató mal. De los demás no hay nada que decir, para qué.

A los 17 años comencé a consumir. Alcohol ya tomaba, pero a los 17 comencé a reventar, y comienzo a crecer y que amigos y tú sabes que empecé con cocaína, marihuana, tabaco, piedra, cualquier cosa, después mota, cristal, LSD; pues de todo, sin darme cuenta ya estaba bien hundido en la loquera.

Vas creciendo y no piensas en lo que haces y las amistades te invitan a drogarte y dicen: hay que ponerle o hacer algo. No por escapar de nada, sino que vas creciendo y te vale todo y haces lo que quieras.

Empecé a cambiar. Empecé a andar agresivo con todos, con quien se pusiera en frente, con la familia, haciendo todo mal, de plano me perdí feo. Las drogas destruyen definitivamente, te cambian. Cuando consumía nunca tuve vergüenza. La neta, a veces mi mamá me veía haciendo churros, fumando mota y pisteando, nunca traté de esconderme. Al revés, como que me le ponía adrede. Nunca me importó el qué dirán, ni la familia... con mis vecinos, en la calle a todas horas.

Cuando estás en eso te sientes normal, como toda la gente. Ahora que veo a los que están como yo estaba, lo veo y me digo: «¡Chale!, ¿a poco así estaba yo?» Está bien cabrón! Se ve, pues. En ese momento te sientes normal, la gente te critica y piensas: «no, tú no eres mejor que yo», pero no ves lo mal que estás, y te sientes normal, como toda la gente.

La droga de plano arruinó mi vida. Para empezar, el cambio de actitud. Antes tenía mucho odio a los demás, mucho odio. Era tanta

la infelidad que era traerla contra todos, el que se pusiera enfrente. No quieres a nadie, como no siente la felicidad y nunca la has sentido, no quieres a nadie. Tratas de buscar salidas y escapar, pero la droga nunca me solucionó nada. Se siente uno vacío, de que uno no es feliz, y tratamos de buscar la felicidad en lo que sea, pero no la encuentras. La soledad sí se vive, pero en mí no fue el motivo de buscar la salida en drogas y cosas de éas, y aunque la vivía nunca me sentía totalmente solo. Más bien no me importaba estar solo.

Muchas veces pensé en dejarla, porque estás arruinando tu cuerpo, pero me fue difícil, sólo lo pensaba en dejar, pero nunca la dejé. También porque a veces te catalogan como un vicioso porque aun ni eso, ni mi mamá, sí me decía agüitada, pero nunca la dejé.

No esperé a que me invitaran a los encuentros de la parroquia, más bien me sentí tan mal que me vi orillado a buscar a Dios. Yo fui quien lo buscó porque me sentía mal, llegué al punto donde no valía la pena estar aquí y eso fue lo que me orilló a buscar a Dios, a ver qué onda con él y aquí estoy, totalmente en el piso, de que ya sin máscaras ni nada; cuando reconoces quién eres y te das cuenta que no eres nada. Empecé a leer la Biblia y me la aventé toda, y después de eso me llegó la invitación del encuentro. En la Biblia me encontraba puras verdades sin falla, me di cuenta, y se pudiera decir, que conocí a Dios, entendí muchas cosas. No me llevó tiempo decidirme a ir al encuentro porque era algo que yo quería y fui para ver de qué se trataba, más bien quería conocer más de Dios y eso fue lo que me empujó a vivirlo. Iba dispuesto a todo.

El encuentro me empezó a reflejar más cómo estaba yo y el mundo, y te abre más los ojos y tienes más conciencia para discernir todo; me hizo cambiar un poco, pero más que nada fue la lectura de la Biblia lo que me ayudó. Después de que salí del encuentro luego luego la gente empieza a creer que estás alucinando, a criticarte, a tirar y decir que me retirara. Pero yo me aferraba a lo que creía.

María se ha manifestado mucho en mi vida. Yo pienso y casi estoy seguro de que mi cambio se debió a las oraciones de mi mamá. Sí, definitivamente, creo que fue por ella, por sus oraciones, tanto sufría que de plano dijo el jefe: «te lo voy a cambiar». Todo me lleva a eso, a las oraciones de mi mamá. Sí, de plano Dios la escuchó, por eso he dicho siempre que la oración es poder.

El encuentro con Cristo en el que estuve me gustó mucho.

Arnulfo Sepúlveda

Nació en Guadalajara en 1963. Botánico y escritor.

Eso es mi Dios...

¿Qué es mi Dios? ¿Quién es mi Dios? Muchos años en mí fue una complicada pregunta, un engorroso teorema que deambuló por los angostos pasillos de mis primeros años sombríos. Complicada ansiedad al no entender, bien a bien, los significados de la primera comunión, menos aún los pasos que se tendrían que seguir para llegar con el catecismo y la vela en las manos hasta pararme, temeroso y avergonzado, ante el señor cura y recibir su bendición.

Digo avergonzado no por estar de pie frente a la enorme cruz, sino por otras dos cosas que a la distancia no tienen la menor importancia, pero en aquella casi adolescencia eran de un peso commovedor, pues me orillaron casi hasta el llanto. La primera, como digo, es que era un casi adolescente o ya lo era, no lo recuerdo, ni hoy, más de treinta años después me ha dado por andar averiguando simplezas de la edad exacta que tenía en el mencionado evento. Edad algo tardía que me hacía sobresalir, y esto es lo peor, ligeramente o no tan a la ligera, de los demás (que yo recuerde, fue la única vez que sobresalí de los demás). La otra era que las decenas de miradas que estaban detrás de mí, en esas bancas de aquella misa ordinaria, que aunque no era el único, yo así lo sentía, que todos esos insoportables feligreses, para mí, discretamente se burlaban.

Después de recibir aquella atormentada comunión, muchos años perdí a la Iglesia, y con ello a Dios. Primero, una adolescencia equivocada, para continuar con una juventud soberbia y desatada, apresurada y sin Dios. Como el incrédulo Tomás, tenía que meter los dedos en la realidad para creer en ella; pero pasaron los años y, según yo, jamás la palpé. Creía saberlo todo, aún si alguien mencionaba a Dios. Me quedaba como argolla al dedo, sin estúpidamente saberlo en aquellos avatares de mis andanzas, el proverbio 18:13 «al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio».

Aunque siempre supe que a la edad de cinco años mi madre hizo una manda a la virgen de San Juan de los Lagos, días antes de mi operación del corazón en el México-Americano de la ciudad de México, el 3 de octubre de 1968. Me grabé esta fecha más por lo acontecido a

los estudiantes, pues me tocó escuchar toda la noche sirenas, llantos y gritos, que por la operación misma.

Llega el matrimonio y otra vez aquello del altar ante Dios. Me sentía un reverendo hipócrita, pero la sobrada soberbia de la juventud podía más que cualquier cura con todo y casulla enfundada. Comenzaron las esporádicas visitas dominicales a la iglesia. En verdad, esporádicas. Así como quien sumerge de a poco la punta del pie en una alberca para tantear la temperatura del agua, así eran mis visitas.

Todavía enaltecido por no sé qué demonios, ¡ya ni hablar de si conocía los Evangelios!, pues apenas si llegaba a un entrecortado Padre Nuestro y persignarme en cinco pasos y ya. No sabía más oraciones, nada. En aquel entonces, y no sé si todavía hoy también, quedó a la perfección el Evangelio de San Lucas 14:11 «porque cualquiera que se enaltece, será humillado, y el que se humille, será enaltecido».

Pero a los 41 años (octubre de 2004) llegué a Dios con una severa enfermedad. Los médicos decían que era una bacteria llamada estafilococo arrojada en la pierna derecha, con la que te subes al camión, con la que pegas al balón, con la que llegué a patear sillas en los vesánicos arranques, por suerte ya olvidados o por lo menos no ya repetidos. Pero no fue una bacteria como tal, fue la naturaleza misma la que penetró en mi pierna hasta el grado de casi perderla. Un gusano que se da en la humedad de la yerba de su mismo nombre, arlumo. Es éste el que penetró por todos los puntos de la pierna. Con fomentos ardientes de la yerba misma, casi sanó en su totalidad.

Y allí llega Dios para mí, o mejor dicho, yo soy el que llega irremediablemente a Él. Por lo menos, en aquel entonces eso es lo que yo creía, pero no fue así (enero 2006). Ahora sí una muy fuerte bacteria llamada Guillam Barre se anidó en mi interior, paralizando la mitad de mi cuerpo —las piernas para ser más concretos—, al grado de ya no poder caminar. El neurólogo le comentó a mi mujer que no se preocupara, que con una larga terapia podría salir yo de esto; volver a caminar, pues.

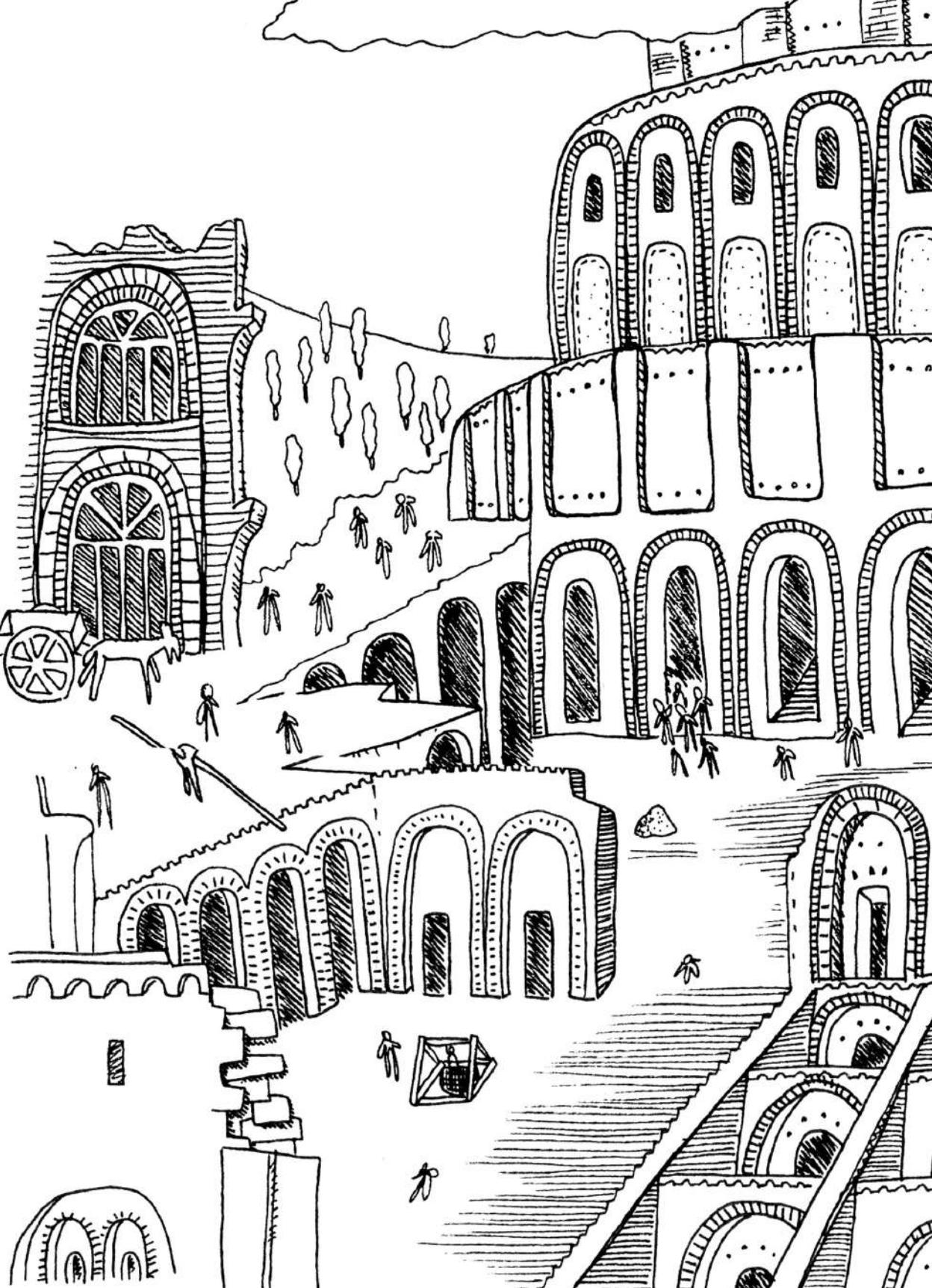
Me dieron a tomar agua bendita que venía de Roma, me untaron en el cuerpo con agua del manantial de la virgen de Lourdes, me enrollaron al cuello un rosario de la basílica de Guadalupe y clavaron al muro la imagen del señor de la Misericordia. A los tres días salí de allí a mi casa, del hospital a la supuesta comodidad y en algunos veinte días a lo más, a la calle como si nada.

Ahí estaba Dios, pero con ello vino la prueba definitiva. Me anunciaron que todo se debía a que mi hígado ya no estaba funcionando lo

suficiente, por no decir que estaba a punto de morir, que viviría nueve o diez meses a lo mucho.

Agarro una chamarra, agarro a mi hijo, agarro valor y me voy a San Juan de los Lagos, pues recordé que 38 años atrás mi madre había hecho lo mismo por mí. Y ahí estoy frente a ella en medio de una multitud. Me sentía solo y vacío sin saber qué decir, hasta que fueron saliendo muy, muy de mi interior unas dolidas y sinceras súplicas, pidiendo más que por mí, una prórroga en esta vida para cuidar de mi mujer y mis hijos. Salmo 30:3 «Oh Jehová, hiciste sufrir mi alma de sed. Me diste vida para que no descendiese a la sepultura». Claro está, de momento, o mejor dicho, de aquel oscuro y para mí terrible y apesadumbrado momento.

¿Qué es mi Dios? ¿Quién es mi Dios? Mi Dios es todo esto. Es el trasplante por fin realizado que me permite contar todo esto. Es la salvación de mi alma. Es esperar el domingo para dar gracias por los siete días de la semana y no mirar más para atrás. De siete en siete se va haciendo sólo el presente al andar. Como el apóstol Tomás, que pronunció sus divinas palabras «Mi Dios, mi Señor», al tocar con sus manos las llagas. Pues yo a la inversa, cuando me tocaron a mí las entrañas. Eso que digo, eso es mi Dios.



CAPÍTULO VII

Cambiar nuestra idea de Dios

Enrique Marroquín

Nació en 1939. Sacerdote católico y antropólogo. Promotor General de Justicia y Paz de los Misioneros Claretianos, entre 1999 y 2003. Escritor y académico.

El Dios en quien no creo

NO CREO EN UN DIOS TITIRTERO, en un dios que moviera a su antojo todos y cada uno de los acontecimientos. Ése sería un dios cruel, que condena —o que al menos permite— las inmensas multitudes víctimas de la violencia y de la injusticia. Sería un dios corruptible, y el mundo, un caos sujeto a los caprichos y ofrendas de cada devoto. Sería un dios implacable, a quien le agradarían los sufrimientos de sus fieles, que ofrecen penitencias suplementarias para motivarlo. Sería un dios arbitrario, que nos prohíbe, veleidosamente, placeres y satisfacciones. Así concebido —como bien lo expresa Iván Karamasov en la novela de Dostoyevsky—, *si Dios no existe, todo es posible*.

NO CREO EN EL DIOS «RELOJERO», primer motor inmóvil. El dios de las pruebas filosóficas de su existencia, que desde una concatenación de causas, llegarían a una Causa Primera, pues viendo la complejidad del Universo y de los seres que pueblan nuestro planeta, sería impensable un reloj sin relojero. Pero con estos razonamientos, a lo más, llegaríamos a un dios abstracto, existencia pura, sin cualificación ni caracterización. No reconozco a esa entidad extraterrestre y etérea.

Un dios cognoscible por los métodos científicos resulta insuficiente. Tal vez (o tal vez no) la ciencia llegue un día a responder todos nuestros interrogantes acerca del *cómo*; pero permanecerá muda acerca del *por qué*; del sentido de la vida. Por este método jamás llegaríamos al amoroso *Abbá* de Jesús.

NO CREO EN UN DIOS MANIPULABLE, el dios mágico, sujeto a los conjuros y fórmulas rituales de brujos o sacerdotes, con los que se apoderarían de las fuerzas naturales para producir efectos, sin atender a la bondad o maldad de los mismos. Esta concepción de divinidad retorna ahora, encubierta por símbolos esotéricos o paracientíficos, como «energía magnética», o también bajo la milagrería pentecostal de carismas sobrenaturales (*glosolalia*, don de sanación). No puedo creer en un dios milagrero que contravenga sus propias leyes naturales simplemente para mostrar su poder y complacer a sus adoradores. No sólo manipulamos a Dios con aquellas fórmulas o rituales que garantizan indefectiblemente los efectos demandados. También lo hacemos cuando lo aprisionamos en nuestros pequeños conceptos y esquemas, o peor aún, cuando lo usamos para justificar nuestros raquílicos intereses.

NO CREO EN UN DIOS NEUTRAL. Si bien es cierto que Dios *hace nacer el sol sobre buenos y malos*, eso no quiere decir que no tome partido. Sería blasfemo considerar que Dios legítimamente el *statu quo* imperante; las estructuras de injusticia y de violencia, garante de intereses inconfesables. En sociedades disímétricas, en las que los poderosos se aprovechan de los débiles e indefensos, Dios toma partido. El Dios de Jesús es el dios de los pobres, de las víctimas y no de los victimarios.

NO CREO EN DIOSES IDOLÁTRICOS, hechuras humanas al gusto de sus productores, que se imponen, reclamando la adoración ciega de sus devotos. Por supuesto, no me refiero a aquellas figuras de deidades, algunas de excelsa belleza, muchas veces alegórica, con las que muchos pueblos significaban sus valores máspreciados y cuyo fetichismo no fue tan burdo como muchas veces se supone. Lo que niego son los modernos ídolos del *tener*, del *poder*, del *placer egoísta*. Estas estructuras humanas que se hipostasían y reclaman el sometimiento incluso de las conciencias, el sacrificio de la salud, de la amistad, del amor y de la felicidad, en aras de atizar las tendencias más bajas.

NO CREO EN UN DIOS ENAJENANTE, que exija el sacrificio de lo humano. Ese dios celoso cuya adoración oscurece el compromiso con esta tierra, considerada como un «valle de lágrimas», abandonada a la indiferencia por un Cielo, «patria verdadera» que recompensaría de las penurias terrenales. No creo en ese dios «corazón de un mundo sin

corazón», que, a lo más, adorna con flores las cadenas, escondiéndolas para que no se rompan. Tampoco en un dios que niega las tendencias biófilas y el gozo del vivir, pidiendo los sacrificios ascéticos y la negación del placer.

NO CREO EN UN DIOS JUEZ SEVERO, que se la pasa examinando con lupa a sus criaturas, para detectar cualquier transgresión y enviarnos al infierno. Ese dios controlador, *que ve una hormiga negra sobre una piedra negra, en medio de la noche negra*; un dios moralizante, que castiga la satisfacción de tendencias que él mismo puso en el ser humano.

NO CREO EN UN DIOS «ANTROPOMÓRFICO», pensado a modo humano, que *se entristece, llora y se contenta*; al que aconsejamos lo que tiene que hacer, lo tratamos de convencer, lo sobornamos con *mandas* y ofrendas. Ese dios tendría que ser un poco sádico, por lo visto, pues le agrada vernos sufrir y requiere penitencias suplementarias al ya de por sí difícil proceso de vivir. No creo en un dios al que pueda comprender, pues está más allá de todas nuestras categorías y todas nuestras religiones, ya que es el Misterio insondable que trasciende todo lo humano.

NO CREO NI EN UN DIOS MERAMENTE TRASCENDENTE, NI EN UN DIOS MERAMENTE INMANENTE. La trascendencia de Dios, enfatizada en el judeocristianismo y quizás en el islam, tiene la ventaja de reconocer la plena autonomía de las realidades terrenas y favoreció el proceso de secularización propio de la modernidad. Sin embargo, es un dios lejano, en un plano supraempíreo, del que podríamos prescindir. La inmanencia de Dios, predilecta en Oriente y en los nuevos movimientos religiosos, hace sentirnos parte del Cosmos y vincularnos con la totalidad; pero, igualmente, podemos confundirlo con la energía cuántica. El Dios en quien creo es un Tú con quien puedo comunicarme y sentirme amado por Él; pero, al mismo tiempo, está en la misma intimidad de mi propia esencia. Al comunicarme con esa interioridad, me conecto con todo lo existente.

Poeta, escritor y profesor de la Universidad de Guadalajara. Nació en 1952. Ha publicado varios libros de poesía y ensayo. Su más reciente libro es *Mapas cósmicos mesoamericanos. El viaje mítico del alma*.

Creo en un Dios existente y activo al margen de las religiones institucionales

Para empezar, yo creo en el Dios que me creó, porque *creer* es un verbo que está emparentado con el verbo *crear*. El pensamiento o *Nous* es creador, a través del *logos*, que es la palabra creadora (como creen los neoplatónicos).

Es obvio que fui creado, a través de mis padres, por una inteligencia genética y por una ingeniería genética, que está más allá del dominio y del alcance humano, que a estas alturas apenas está logrando descifrar los misterios elementales del genoma humano y de otras especies. A esa sabiduría creadora, genética, le llamo Dios, que es ante todo un concepto abstracto, más que un nombre personal, porque «Dios» es tan sólo el nombre que nosotros le damos a este misterioso creador que está más allá de nuestra limitada comprensión.

Ahora bien, este misterioso Creador X, a quien llamamos Dios, Allah, Zeus, Yaveh, Ometeotl, Brahma, Ka, Ahura Mazda, Wakan Tanka, Hunab Ku, Ain Soph, el Arquitecto del Universo, o cualquier otra de sus étnicas o esotéricas denominaciones, no sólo es el Ser Supremo único, sino que también es el Padre-Madre de todos los demás seres emanados de su Ser original (como es la creencia de los Gnósticos y los Kabalistas) y que también participan de sus cualidades divinas como co-creadores y regentes de los universos, y que reciben muchas denominaciones diferentes, según sea cada sistema cultural, filosófico o teológico: Ángeles y Arcángeles, Sustancias o Emanaciones divinas, Hijos de Dios, Avatares o Encarnaciones divinas, Elohim, Budas, Ancianos del Trono, Melquizedeks, etc., o sea, que además de creer en el Dios Supremo, también creo en este conjunto de Dioses y Diosas (la diferencia es más energética que sexual, a la manera del Ying/Yang, porque obviamente los seres que no están hechos de materia física y no son organismos biológicos, no necesitan reproducirse sexualmente).

Yo soy monoteísta porque creo en el Ser Supremo, pero también soy politeísta, porque igualmente creo en los múltiples Hijos e Hijas de Dios que colaboran en la creación, mantenimiento, transformación y gobierno de todos los Universos creados y por crear, como si Dios fuera más una empresa o corporación universal omnipresente, que un simple y solitario ser perdido en los confines de un abstracto Cielo. Y por supuesto, no creo en la figura patriarcal de un Dios-Zeuz-Yaveh, barbado y anciano, que lanza iracundo sus decretos desde la altura olímpica donde supuestamente reside. Creo más en el concepto animista de un Dios que se identifica con el alma o sustancia vital, *elan* universal, maná, manitú, wakan, chi, atman, ki, etc., que otorga su vida y conciencia a todo lo creado, incluyendo a los seres humanos. Por eso, también creo en el misticismo, que es la posibilidad de experimentar conscientemente la presencia de la energía divina dentro de nosotros mismos.

Creo en un Dios existente y activo al margen de las religiones institucionales. No creo que ninguna religión tenga el derecho de apropiarse de Dios y de convertirlo en su propiedad particular. Por eso, respeto a todas las religiones como diferentes caminos para llegar al conocimiento de Dios, y respeto el derecho que tiene cada persona a elegir el camino que más le convenga o le convenza. Igualmente, respeto el derecho que las personas tienen de elegir ser agnósticas, ateas o no creyentes, si eso es lo que honestamente han llegado a creer. Por eso, me parecen nefastas las actitudes fundamentalistas de imponer creencias religiosas a los demás, o de sentirse «los elegidos de Dios», o de llevar a cabo misiones proselitistas para «convertir a los paganos a la religión verdadera», porque todas las religiones son verdaderas, si su búsqueda de Dios es verdadera, y todos somos Hijos de Dios, independientemente de nuestras creencias.

Porque a fin de cuentas, las creencias son sólo eso: creencias. Y como tales, son tan sólo productos mentales, ideológicos y socioculturales, sujetos a muchos cambios, divergencias y variaciones, que no deberíamos confundir con la experiencia única de Dios. *Dios, para mí, es más una experiencia que una creencia*, y ésta podría ser mi conclusión. Una experiencia personal, única e irrebatible, de la que no puedo dudar.

Si las religiones apuntaran más a las experiencias que a las creencias, otra cosa sería; tal vez volveríamos a creer en ellas como caminos verdaderos hacia Dios y hallaríamos el sendero de la Unidad en la Diversidad. Las teologías apuntan al desarrollo de variados sistemas de

creencias, convertidas en dogmas doctrinales; en cambio, las escuelas o senderos místicos apuntan a la búsqueda de la experiencia personal de Dios, que transforma la vida entera del buscador. Francamente, yo preferiría ser místico que teólogo.

Nunca había estado el mundo más alejado de Dios, porque nunca había depositado tanto la humanidad su fe en las creencias, como en el mundo de hoy. La peste de las creencias sólo se puede curar teniendo la experiencia personal de la presencia divina dentro de nosotros. La creencia nace de la experiencia, y no al revés. Eso creo. Además, es más importante que Dios crea en mí, a que yo crea en él. La existencia de Dios es independiente de mi creencia; en cambio, mi existencia depende de la voluntad y la inteligencia y la bondad de un Ser Supremo. Soy pariente de Dios, pertenezco a su linaje, soy tatará-tatará-tatará nieto suyo, y eso es algo que vale la pena presumir. ¿O no?

María Guadalupe Morfín Otero

Nació en Guadalajara en 1953. Es abogada y poeta. Consultora independiente en temas de derechos humanos, cultura de paz, democracia. Editora de la columna semanal «Lucíérnaga ciudadana» en el periódico *El Informador*. Católica librepensadora. Ex ombudsman de Jalisco (1997-2001); ex comisionada para prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres en Ciudad Juárez (2003-2006); ex fiscal especial para los delitos de violencia contra las mujeres y trata de personas, de la Procuraduría General de la República.

Mi Dios es la música del mar contenida en el espiral del caracol

Hizo el caracol y eso me basta para saberlo magnífico arquitecto. Hizo a las abuelas y con ello sé que sabe hacer paréntesis para la hora de contar cuentos y para consolar los miedos. O para dar permisos que los papás no se atreven a dar. Hizo el mar, pero pienso que no le gustan los naufragios, y ha habido días en que la Ola Verde de Cuyutlán tampoco le gustó porque asustó a algunas niñas con su altura.

Permite el mal. Ése es su enigma más lleno de ceniza. El más laberíntico. Se puso límites para respetar los nuestros. Se detuvo ante la libertad que nos dio. Se mordió, se ha mordido por siglos y siglos las uñas y las manos y los brazos y se pone a soplar para activar nuestro ánimo, nuestros pasos, nuestros brazos en la dirección de reparar, restaurar, restaurar. Nos quiere hermanos —y hermanas—, y estas últimas con plenos derechos, incluso el de sentarse al cuarteto de dominó como parejas o esperar como retadoras, no faltaba más. Pero no nos impuso ni la fraternidad ni la solidaridad ni la sororidad (esa jolgoriosa alianza y complicidad entre mujeres). Prefirió que aprendiéramos a reconocerlas como parte esencial de lo que nutre nuestra civilización. Por eso creó a los profetas y a las profetisas. Hoy podemos reconocerlos porque son quienes, con buen humor y perseverancia, nos recuerdan, nos invitan y nos animan a ser justos, y a hacer posible la vida en comunidad, una vida donde cada una y cada uno tenga un lugar, un hogar, un nombre, un presente y un futuro. Ojo, si no está presente el buen humor, hay que desconfiar un poco de ese llamado profético. Puede ser una mera falta de mujer en varón que se creía destinado al celibato o a exceso de madre sobre exigente en una criatura que era frágil e iba destinada más bien a cosechar hermosas zarzamoras y otros regalos en el jardín de la vida.

Nada lo irrita tanto, a ese Dios-abuela-madre-padre en el que yo creo, como las guerras emprendidas en su nombre. Sopló velitas cuando la dinastía Bush dejó el escenario, pero sigue preocupado con Abu Ghraib y con Guantánamo, y con la violencia en Palestina.

Se da de topes contra la pared de algún planeta por la discriminación contra cualquier persona, hecha en nombre de su evangelio. Se retuerce (pero respeta tanta ignorancia, no sin retortijones que lo hacen buscar en los montes algunas yerbas amargas y curativas), por la falta de buenos amanuenses, de buenos intérpretes y mejores traductores de su mensaje a los tiempos actuales. ¿Cómo carajos, se pregunta, esta tribu de beatos no se ha dado cuenta de que los leprosos de hoy, los excluidos que quiero en un lugar preferente en mi banquete, son precisamente éstos que consideran «anormales», «desviados». ¿Habrás visto tarugada mayor, si yo puse en su naturaleza afectos distintos de los de la mayoría?? (Y se come otra uña, en su afán de respeto). Por cierto, malhablado cuando es necesario ser claridoso, es mi Dios. Sabe que las palabras hay que usarlas fuerte cuando hace falta.

Deja que quienes en Él creen conozcan la soledad, la sequedad, el desierto. El desamparo, el abandono, la duda. Nunca mejor dicho

aquellos que le echó en cara la Gran Teresa (la de Ávila, aunque la otra tampoco era chiquitita, la de Lisieux): «¿Así tratas a tus amigos?: con razón tienes tan pocos» (otro tope en otro planeta). Pero se acuesta a su lado en esa noche oscura del alma y aguarda con ellos, con entusiasmo de niño, el anuncio de la aurora, la tregua, la vacación, el paréntesis, la victoria definitiva de quien sobrevive esa prueba. Sabe de qué se trata: hecho persona como nosotros, tuvo hambre y frío, y se perdió y conoció parajes de tortura, de crueldad y deslealtad insospechados. Sabe a qué se refiere cada mujer y cada hombre cuando le pide de rodillas: «Aparta de mí este cáliz».

Sabe que en su templo han entrado los canallas. Y han hecho estropicios con los niños y las muchachitas. Sopla suavemente para que quienes dicen que eso son exageraciones encuentren las hojas de su Biblia abiertas en esa parte del evangelio donde dice que a éstos más les valía atarse una piedra de molino al cuello y echarse al agua. Como quien dice, no se anda con postergaciones diplomáticas. Trae más bien ganas de echarlos a patadas otra vez, como aquél, y se arremanga, y se sujetan las sandalias. Pero se vuelve a morder un pellejito de la uña (ya no queda mucha uña en las manos de mi Dios).

Y sin embargo, tiene poder. Las cosas pasan porque Él las permite como consecuencia de reglas que puso en marcha, de libertades que no quiere interrumpir. Pero permitir que pasen no es estar jubiloso con que sucedan. Es usar incluso ese mal que otros disfrazan de bien supremo y absoluto, como material para su pedagogía de la salvación, para que haya conciencia donde no la había, luz donde reinaban las tinieblas, verdad donde todo era tibiaza. ¿Podrá hacer intervenciones extraordinarias, milagros? Claro que puede; somos testigos de ellos a diario. Pero deja que ocurran por los cauces humanos. Milagros de perdón, de reconciliación, de sanación, de esperanza, donde no la había. En un cuerpo enfermo, en una familia dividida, en una pareja que se maltrataba, entre dos países que se veían mal y donde se criminalizaba a las y los emigrantes del más pobre cuando entraban en el territorio del otro poderoso.

Mi Dios es un Dios que juega. No en sentido de apuesta. Y baila. Es fan del flamenco. Dice que tiene momentos místicos, pero que si un intelectual le pide definirlo, no encontraría palabras, sino movimiento.

Ah, y lo imagino más en bicicleta que en un carro último modelo. Aunque no se desentiende de los muchachos que los manejan no pocas veces ebrios en fines de semana. Lo he visto soplando tronquitos por una avenida cerca de mi casa, para que le bajen a la velocidad y no se estampen contra un árbol. O maten a otro joven, como ya ha ocurrido

desde los tiempos de Ben Hur en el Oriente y como ha sucedido en mi ciudad también. Esos ángeles tempranamente caídos los pone muy cerca de sí, para que cuiden a sus padres que desesperados los siguen llamando. Y aplaude cuando estos papás desconsolados encuentran a buenos abogados para que haya un aprendizaje del dolor vivido.

Le chocan las elecciones, los himnos patrios, las pintadas de raya en las fronteras o la elevación de muros. Bueno, dice que las elecciones quizá sólo se perdonen cuando eduquen en ciudadanía, y cuando no se gaste en ellas tanto dinero que pudiera saciar hambres históricas. Los días de campaña, se amarra de plano las manos para no mordérselas. Y peor cuando algún partido avala y proclama la pena de muerte.

Pocas veces va a misa. Se aburre, dice. La predicación está en crisis. Se pasa demasiado la charola de la limosna y en estos tiempos eso no es sensible. Y los coros, excepcionalmente llegan al nivel de los coros del Gregoriano o de los Spiritual que cantan los negros en Saint Mary's Cathedral en San Francisco.

Tiene una mecedora junto a una fogata cerca de sí, para las mujeres que, habiendo abortado, han sido condenadas o rechazadas social, familiar, o jurídicamente, y han vivido con ese dolor agregado toda su vida. No les dice nada. No alza una piedra adicional contra ellas. Ya traen su propio peso. La terapia de la mecedora es más eficaz para ellas. Y saberlo a un lado, en silencio. Alimenta la fogata con los papelitos de proyectos de penalización que sólo ven la cárcel como solución para la defensa de la vida y mueve la cabeza. Y con ejemplares de muchos diarios oficiales que publican leyes crueles contra las mujeres que han decidido. Suspira. Sigue meciendo a su invitada de turno, hasta que la ve reconciliada de nuevo consigo misma, otra vez fuente de vida, como toda mujer lo es. Si van a defender la vida, dice, que la defiendan completita, también en las cárceles, en los campamentos donde hay personas sometidas a esclavitud laboral, en los burdeles donde se explota a niños y niñas para la trata sexual, en las formas comunitarias de ofrecer un horizonte de futuro a jóvenes que ahora sólo ven ante sí el horizonte de la marihuana y del alcohol. Aquí también hay vida por defender, suspira, mientras acuna el soplo de los no nacidos y busca para ellos otra oportunidad.

Creo en un Dios que nos pide vivir cada día con intensidad, de la mejor manera que podamos, en vínculo con otras y otros, y abriendo los ojos y los oídos allí donde hace falta presencia solidaria con aque-lllos a quienes hace falta un empleo, un saludo, una porra, un gesto de confianza, una palabra de aliento.

Dios, mi Dios, es la música del mar contenida en el espiral del caracol. Lo infinito en lo pequeño. El viento renovador de la esperanza en que podemos trazar caminos transitables en medio de la tormenta.

Conrado Ulloa Cárdenas

Nació en Guadalajara en 1941. Profesor de Filosofía de la Universidad de Guadalajara desde 1983, donde imparte clases de Pensamiento prehispánico y filosofías coloniales; coordina grupos que aprenden latín y griego; miembro del cuerpo académico Cibernética, Erótica, Filosofía y Teología y del Centro de Estudios Religión y Sociedad. Ha publicado en las revistas *Encuentros de Pensamiento Novohispano* y en *Xipe Totek*.

Tantas tan intocables caricaturas-de-dios, NADA TIENEN QUE VER con el Dios en quien sí creo

El Dios en el que creo y algunos dioses en los que no creo.

Los dioses en los que no creo son innumerables.

Tan incontables como las caricaturas-de-dios que acepté en alguna(s) etapa(s) de mi vida y poco a poco he ido rechazando...

Tan incontables como las caricaturas-de-dios que veo que hacen sufrir a hermanas y hermanos.

Estoy tan convencido de que no los puedo contar, que ni siquiera he intentado alguna «lista completa»; repaso solamente los que me afectaron por más tiempo o más intensamente.

- Comienzo por el infantilizante «niño dios» de los regalos navidieños.
- Otra caricatura-de-dios que acaricié por años, es el «dios-de-los-milagros-a puños», ya estuviera asociado a una imagen o a un lugar determinado. Siempre con exagerada ignorancia histórica o credulidad enfermiza, sin el mínimo asomo de crítica racional.
- La siguiente caricatura-de-dios, que me intoxicó sobre todo durante los años de seminarista, es la del dios institucional, el de «la única iglesia verdadera», como «sociedad perfecta»... la que «es igual conocer en su cabeza visible (el Papa) o en todas sus instituciones»...

- Un sistema perfecto de autocomplacencias que puede convertirse en algo tan funesto como la proclamada «infalibilidad» de un individuo, que rechaza toda «corrección fraterna». Lo que no hace mucho nos hicieron padecer con la «canonización en vida» de un hermano, tortuoso y doble en su conducta. Claro que no todos los excesos llegan a los niveles de Marcial Maciel, pero el sistema los produce como posibles «males naturales».
- Su «obediencia ciega» puede implicar excesos tan inimaginables como las familias clandestinas y los capitales estratosféricos del mencionado hermano. Que no es el único. A pesar de la prisa con la que canonizaron al fundador de «La Obra», hay que llamarla más bien *opus dei* (con expresas minúsculas). Y hay que esperar una revisión tan a fondo como la aplicada a los «Legionarios de Cristo» y su *regnum chrysti*.
- Otra caricatura-de-dios que me apasionó por años es casi inseparable de la «obediencia ciega», es el convencimiento de «pertener a la única iglesia verdadera», con su reverso de «fuera de la iglesia no hay salvación».
- Para neuróticos neurotizantes, es lo único admisible; en los terrenos de conocimientos o creencias, en «las costumbres» y en las farisaicas minucias de leyes y tradiciones que impiden procurar «recipientes nuevos para vino nuevo».
- Las luces vislumbradas con el Concilio Vaticano II pasaron muy pronto a la memoria de «exageraciones pasajeras». Hay intentos y avances de reconciliación con los más conservadores de lo anterior (lefebristas, anglicanos retrasados...), pero no hay un diálogo que de veras atienda las necesidades, las aspiraciones, las propuestas y demás carismas de las comunidades que se animan a reclamar «madurez de edad» en sus decisiones y adaptaciones.
- Otra caricatura-de-dios que no se puede separar del mito oficial de la «obediencia ciega», es el ídolo que en política llaman «razón de estado», y que dicen que implantaron Constantino y los obispos de su tiempo, transformados de perseguidos-a-muerte en funcionarios imperiales.
- La pederastia de Marcial Maciel, reconocida después de años de perjurios y demás corrupciones, es apenas la punta del iceberg que esconde las acalladas violaciones de religiosas en África y América; sobre todo las víctimas del delegado-nuncio pontificio Prigione, que pudo imponer sus «maullidos» a pesar de alguna denuncia penal que nunca pudo prosperar.

Aclaró desde muchos años atrás José Comblin, sacerdote sociólogo belga (en las páginas 11 a 32 de *SERVIR*, año IX, núm. 43; 1º. bimestre de 1973):

«...En una sola Iglesia, la Iglesia católica, se encuentran tres religiones o tres tipos de fe. Entre la fe de un campesino analfabeto, la fe de un burgués recién convertido de un cursillo de cristiandad y un estudiante de izquierda cristiano, ¿qué comunidad puede existir? Ellos no se reúnen, ni en la teoría, ni en la práctica. Hay entre ellos una cierta vinculación con la jerarquía, aunque no sin reservas: hay tradiciones comunes... esa forma de unidad se degrada progresivamente... acto de obediencia y sumisión al gobierno de la Iglesia. Gracias a ese sistema, clero y pueblo, cultos e incultos pueden vivir el mismo sistema religioso. Cada categoría podrá dar significados diferentes a los ritos y a los dogmas, pero la unidad se mantiene gracias a esa fuerte uniformidad exterior... ese sistema de gran ingeniosidad ya se agotó.

«En Latinoamérica se trataba de hacer que el paternalismo social fuera suficiente para prolongar la estabilidad de la sociedad patriarcal favorable a la continuidad religiosa, o para absorber o contener las veleidades de agitación social de los jóvenes. Los conservadores ultramontanos debían ser suficientemente sociales para impedir que la juventud idealista se apartara de la institución eclesiástica por motivos de generosidad social.

«Si esos dos principios dejaran de ser aplicables, la unidad en la uniformidad entraría en crisis y el ultramontanismo entraría en explosión. Fue lo que sucedió con el Concilio Vaticano II.»

Pero tantas tan intocables caricaturas-de-dios, NADA TIENEN QUE VER con el Dios en Quien sí creo:

- El que la escuela del «discípulo amado» describió con un neologismo en el mundo helénico: «D I O S E S A G A P E».
- Consciente de que aunque la palabra ya circulaba en algunos ambientes, coincido con los españoles que comentan: «tan extrañamente distinta es esta forma de entender el amor, que los primeros cristianos han introducido en el lenguaje griego una nueva palabra (*o sentido nuevo de palabra ya usada*) para expresarlo: «ágape»» (*Misal de la Comunidad*, tomo IV, p. 1231 de la 3ª ed. de 2000).
- Es el Dios de Jesús de Nazaret, Que nos enseñó a invocarlo como «Padre», a quien tenemos que concebir no como un viejito de-

crépito; en algunas imágenes o representaciones, muy parecido al anciano que presentan como «el año viejo».

- Padre «sin corralitos», «Que hace caer la lluvia sobre justos y pecadores, y hace salir el sol sobre buenos y malos.»
- Padre que sin forzarnos, espera nuestra anuencia y práctica de imitarlo en el ágape, que ofertamos también a los enemigos.
- Padre que cambió dos veces la consabida «ley del talión», la de «ojo por ojo y diente por diente»
- A Su primer pueblo, Israel, enseñó «ama a tu prójimo como a ti mismo».
- A Su segundo pueblo, el de la «Alianza Nueva y Eterna»: «como los he amado Yo», agravando el requisito con un énfasis que expresa el texto griego: «Este es el mandamiento, el mío: que se amen unos a otros como los he amado Yo»... repitiéndolo varias veces en el larguísimo «discurso de la última cena»... y enfatizan-do: «en esto conocerán que ustedes son Mis discípulos: en que se amen unos a otros COMO LOS HE AMADO YO».
- Las «aplicaciones» de este urgente ESTRENO DEL EVANGELIO (como nos enseñara «el Papa bueno», Juanito XXIII) son más innumerables que las caricaturas-de-dios.
- Porque hay que superarlas todas y hay que abrirnos a nuevas muestras de amor ilimitado, dejando que se logre algo así como un nuevo *big ban* de la imaginación y del corazón.

Propongo, a modo de ejemplos, dos «aplicaciones»:

I. Las ampliadas perspectivas del «Movimiento Celibato Opcional», quienes en su revista del 2º semestre de este 2010, las esbozan: «El aspecto reivindicativo (*celibato opcional*) fue el aglutinante inicial; la evolución posterior y la reflexión comunitaria nos han ayudado a ampliar perspectivas. Unas convicciones que consideramos básicas en nuestro caminar:

- «La vida como lugar prioritario de la acción de Dios.
- «La libertad y la creatividad de las comunidades de creyentes.
- «Los llamados «ministerios eclesiales» como servicios a las personas y a las comunidades, nunca como un poder al margen ni por encima de ellas.
- «Somos iglesia y queremos vivir en ella de otra forma: comunidad de creyentes en construcción y al servicio de las grandes causas del ser humano; en búsqueda, en solidaridad y en igualdad.

- «Plantear alternativas, con hechos, a la actual involución eclesiástica
 - «Defender que la comunidad está por delante del clérigo.
 - «Defender que la persona es siempre más importante que la ley.
 - «Colaborar con otros grupos de base que luchan contra la exclusión.
 - «Defender que los *ministerios* no deben estar vinculados ni a un género ni a un estado...»
 - *Tiempo de Hablar Tiempo de Actuar*; selecciones de las pp. 58 y 59 del no. 121, 2010. (Los recursos de «negritas» y «cursivas» están fielmente copiadas).
2. Resumido/adaptado a/en la «reinclusión de los excluidos» (divorciad@s, religios@s y sacerdotes convertid@s al laicado, ex-aspirantes a religios@s, ex-seminaristas, homosexuales y demás divers@s en sus preferencias sexuales, divers@s por sus diferentes modos de aceptar los *datos y contenidos de la Fe y las costumbres*, a veces divers@s de l@s de las autoridades religiosas...).

Lo sorprendente es que no son sino algunos pasitos de lo que nos alientan dos citas del Concilio Vaticano II:

- «Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada.» (*Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*; núm. 44. Cita «bajada» vía internet de las páginas de vatican.va.)
- «El mismo Espíritu Santo, mientras impulsa a la Iglesia a abrir nuevos caminos para llegar al mundo de este tiempo, sugiere también y alienta las convenientes acomodaciones del ministerio sacerdotal» (*Decreto sobre el ministerio de los presbíteros*. Cita «bajada» vía internet de las páginas de vatican.va).

Está claro que ese ESTRENO no puede producirse con los solos esfuerzos humanos.

Desde la *Oración por el éxito del próximo Concilio Ecuménico*, Juanito XXIII nos hizo pedir: «confirma nuestras inteligencias en la verdad y dispón nuestros corazones a la obediencia, a fin de que recibamos con sincera sumisión las resoluciones del Concilio y las cumplamos con gozosa voluntad...»

Y en otra oración, que publicó el papa Juan Pablo II el domingo de Pentecostés de 2001, el mismo Juanito XXIII nos enseñó a pedir:

«Que ningún vínculo terreno nos impida cumplir nuestra vocación; que ningún interés, por nuestra indolencia, disminuya las exigencias de la justicia; y que ningún cálculo reduzca los espacios inmensos de la caridad en las estrecheces de los pequeños egoísmos.

«Que en nosotros todo sea grande: la búsqueda y el culto de la verdad; la disposición al sacrificio hasta la cruz y la muerte...» (citado también en *Reflexiones y Plegarias del «Papa Bueno»*; la cita, «bajada» vía internet de las páginas de *vatican.va*).

Adalberto Gutiérrez

Psicólogo y escritor. Nació en 1952. Ejerció como psicólogo del sistema de secundarias de la SEP, cargo del cual se jubiló recientemente.

Hace falta que en forma real y en presencia venga para reformar nuestro concepto sobre Él

Basándome en tantas religiones que existen, y con la apertura del pensamiento y la libertad, han surgido grandes cantidades de éstas, además de sectas de todas las denominaciones habidas y por haber, de las que incluso algunas llevan en su razón social tintes científicos, que dan lugar a tantos conceptos sobre Dios, que confunden a tal grado de que ya no se sabe a quién creerle, si a la Biblia o a cualquier libro sagrado directamente, o al hombre que la interpreta, o bien los inventa, pues sólo he visto a seres humanos, con cierta aprehensión a veces hasta enfermiza, y sin la tranquilidad que debe emitir una religión, tal vez por ser una competencia mercadotécnica a ver quién se agencia más clientela, algo similar a las compañías Coca Cola y Pepsi Cola, o entre Soriana y Aurrerá, a Las Fábricas de Francia y El Palacio de Hierro, que ofrecen su mercancía de mejor calidad y más barata que la otra cuyos productos son malos y caros, siendo la misma procedencia de fábrica.

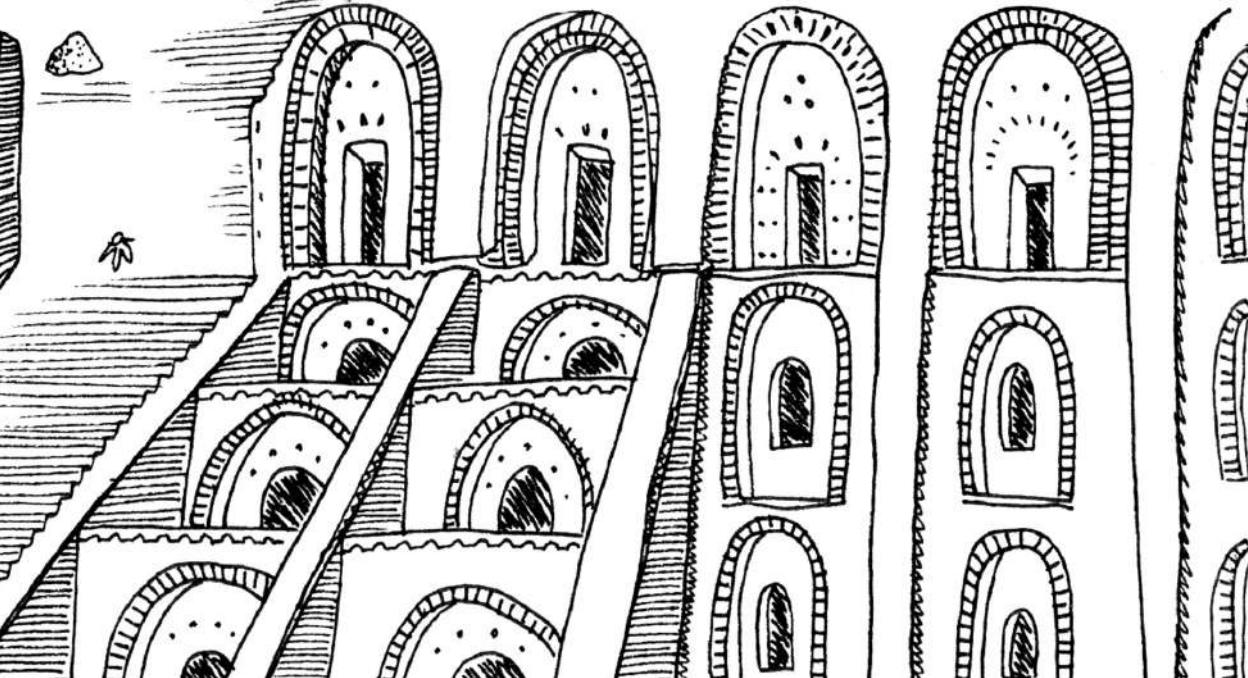
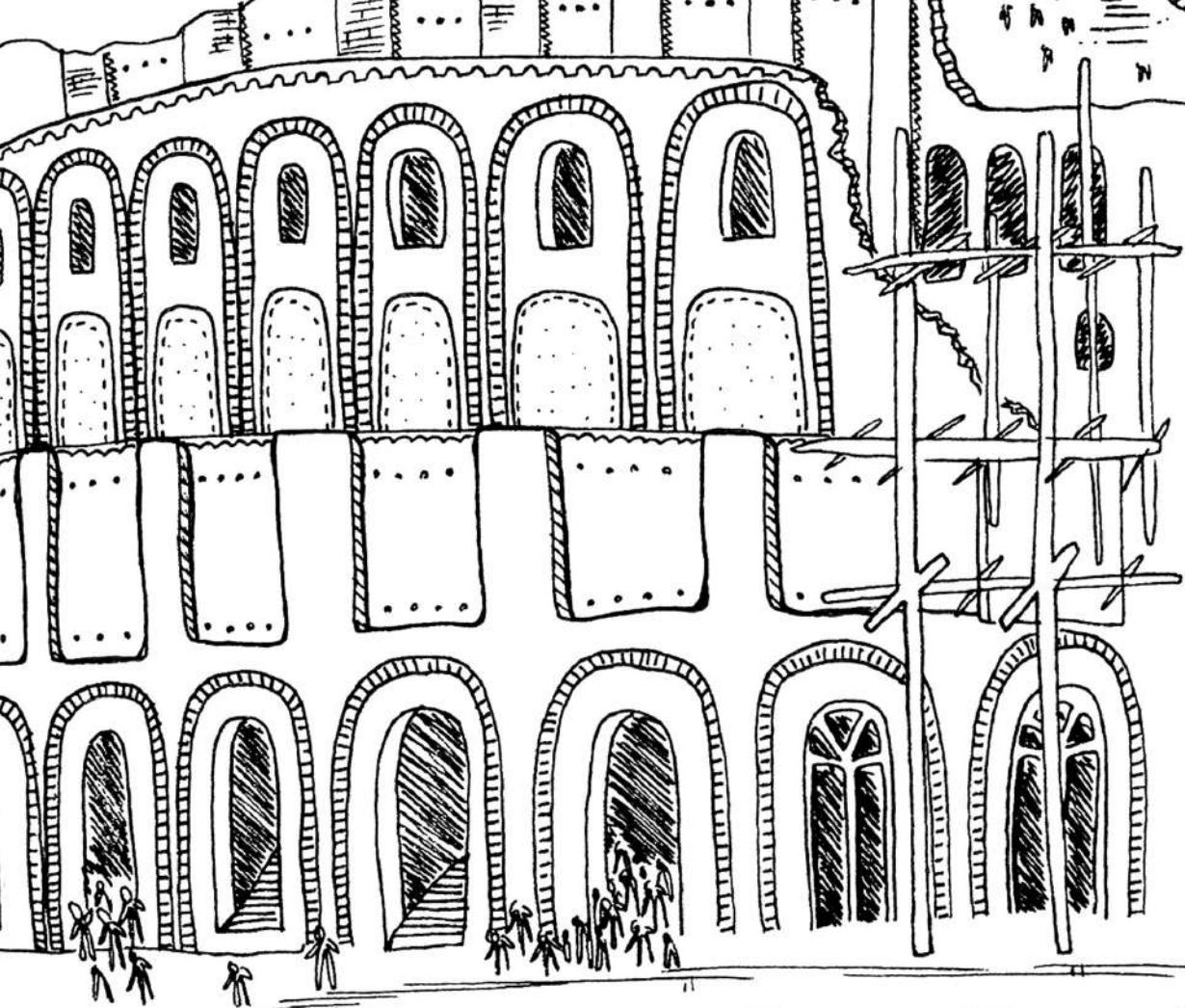
En cambio, las religiones, por inspiración divina, se atacan mutuamente en nombre de un Dios interpretado a su libre criterio, aseguran conocerlo y hablan como si realmente estuviera con ellos, o más

bien fuera de su propiedad. Más que por la salvación del prójimo que la anuncian casa por casa, con la Biblia bajo el brazo, que después de habérsela aprendido de memoria, que más que invitar a leerla, utilizan subterfugios para convencerlos a que pertenezcan a su congregación religiosa. Si no lo hacen y no piensan como ellos, no están en la verdad, ciegos del todo. Bajo amenazas del fuego eterno. A Dios nunca lo hemos visto, ni lo veremos jamás así como lo presentan. O en lo particular, tal vez no tengo ese privilegio por no creer en aquella personalidad de muchas facetas, tantas como doctrinas existen.

Desde el principio de la humanidad se cree en un concepto de un Dios, en su existencia, y todavía no ha podido prevalecer en la tierra, con tanto caos, atenido a los humanos en sus proyectos, traicionado por una gran mayoría de éstos y sólo a un puñado de hombres que verdaderamente tienen fe, y hacen buena labor, y que poco pueden hacer en pro, en tanto el mal predomina; esto hace pensar que es un dios débil, o que los humanos pueden más con sus engaños.

Entonces, ¿dónde está su omnipresencia y omnipotencia?, ¿dónde está Dios que deja su tarea a los hombres?, ¿por qué permite tantos modos de pensar, tantas divisiones, por lo que el mundo anda de cabeza, o patas arriba, como quiera decirse?, ¿a quién le debo creer?, ¿por qué no viene?, ¿de verdad ha iluminado a los creyentes o es producto de fuerzas manipuladoras? Si se pregunta al teólogo, al pastor o a cualquier ministro religioso, contestan lo mismo, basados en la ortodoxia de los libros sagrados, memorizados; en tanto que el hombre sufre porque el malo abusa, y siempre el bueno es la víctima. Nunca sucede lo que dice la Biblia, «los mansos de espíritu», ni de «los últimos serán los primeros» y que se «premia al ciento por uno», y que eso «del libre albedrío», tampoco que «por su fe serán salvos». Existen tantos hombres que tiene demasiada fe y, sin embargo, hacen cada pendejada y tanto daño, y tantos vivales que viven holgadamente en su nombre. Entonces, no es Dios al que pregongan, sino otra cosa. Si esto fuera cierto, entonces Dios es un alcahuete, creo yo. Dios es bueno, pero justo, y por tal premia al bueno y castiga al malo.

No es por soberbia, sino que pienso que ya hace falta que en forma real y en presencia venga para reformar nuestro concepto sobre Él, y nos ponga en nuestro lugar a cada uno de sus seguidores, así como a aquellos que se cambian de religión, adonde supuestamente son llamados por Dios; que ponga en su lugar a tantos sistemas religiosos y directamente diga cuál de todas las corrientes tiene la razón y así acabe con tantas divisiones, pero que no se preste o dé lugar a interpretacio-



nes científicas que lo desmientan, ya que siempre sucede eso, porque al parecer la ciencia puede más que Dios, así con los ateos y los librepensadores de mentes lúcidas.

Alguien dijo por ahí: «Nos hacemos tontos para protegernos». Esto sucede en esta vida, pues el hedonismo superfluo nos hace pensar más en nosotros mismos que en esa «forma» abstracta e incomprendible, omnipotente, omnipresente y de la cual no sabemos nada. Este hedonismo pretende a un Dios que cumpla nuestros deseos, que esté de acuerdo con nosotros, que no nos ponga reglas ni restricciones, que hagamos lo que hagamos siempre sea amoroso, tan bueno que sólo sepa perdonar, que por tal nos lleve en persona en sus brazos a la gloria celestial, pese a todas nuestras abominaciones, sin importar nuestras faltas o errores, o simplemente lo niegan para no tener compromisos o responsabilidades ante algo superior, o ante los hombres mismos.

Como en el mundo palpable en que vivimos debe haber reglas en todo para el bienestar de los seres vivos y de las cosas, así también debe haberlas para lo intangible. Exista Dios o no, de todos modos, a nivel humano, debemos tener cierto comportamiento que redunde para el bien en general. Dios es equilibrio, luz, fuerza, alegría, belleza, armonía, bondad, etc., aquel padre amoroso que por siempre está perdón y perdona nuestras faltas; por eso, más que pensar en aquel viejito corajudo y regañón que a veces nos pintan, o en aquel mega personaje que está nada más atento en qué momento cometemos alguna falta para sancionarnos, o aquella figura vanidosa y soberbia que nos obliga a estar con el rezo eterno, preocupado porque el pensamiento esté sólo en Él nuestra mente ocupada en Él a toda hora, alabándolo por siempre. Entonces, ¿para qué venimos al mundo y para qué nos ofrece estas bellezas terrenales? Por supuesto que nos las dio para engrandecernos como humanos. Más que ese tipo de personalidades, Dios es algo que vamos formando de acuerdo a nuestra manera de vivir, a la calidad de vida, a nuestra capacidad de vivir en el equilibrio, de ser felices. La vida nos ofrece muchas dificultades y nuestra misión es aprender a superarlas. El hombre tiene que hacer un enorme esfuerzo en buscar la felicidad; de acuerdo a cómo sepamos utilizar nuestra inteligencia en conseguirla, y lo que logres de ésta, será el grado de felicidad, el valor del premio que se obtendrá en la otra vida, donde sólo existe esa Gran Fuerza Armónica Suprema que, pienso, existe allá, donde no puede embonar un alma infeliz, llena de prejuicios, inconstante mentirosa, injusta, desequilibrada por el sufrimiento que no ha podido superar. El sufrimiento que ofrece Dios o la vida es para redimir y no para vivir en

la tortura permanente. Ya lo dijo santa Teresa, «Un santo triste, es un triste santo». El hedonismo es el premio a tu esfuerzo, mas no hedonismo por hedonismo, o sea, el gratuito. Habrá que decir que el hedonismo también se logra en actos sagrados, al estar en contacto con esa Armonía. De otra forma no habría santos. Es como el capital acumulado, del cual, acorde al esfuerzo realizado en reunirlo, es el derecho que se da a gastarlo. Todo eso es para superación humana, mas no para detrimento de la misma. No quiero llegar a ese hermoso estado por haber sufrido, sino por haber superado lo negativo en mí, y haber logrado la felicidad plena en la vida, y transmitírsela a los demás, que constituye la Gran Armonía. Por eso, nos dio esas dificultades para, una vez, superadas, ser feliz. No existe premio, triunfo o éxito sin sacrificio. «No hay atajo sin trabajo» (sabia la versión popular), por lo mismo, aquí encaja muy bien el dicho de «ayúdate que yo te ayudaré». El esfuerzo y la verdadera fe puesta en tu felicidad te preparan para tal embonamiento, que es cuando ocurre el milagro de estar con Dios.

He ahí la importancia de aprender a vivir siendo felices, porque ¿cómo se va a ser partícipe de esta felicidad, y poder coadyuvar a ella? y ¿cómo ayudar a tus semejantes si tú no supiste o no aprendiste en lo personal a obtenerla? Por eso, a veces se le pide a Dios y él no llega en nuestro auxilio, por no estar capacitado para el contacto con esa Felicidad.

Yo sólo quiero ser honesto con ejemplos, no con verborrea inútil, ni con pose como muchos, que públicamente niegan la divinidad, pero a la hora de la muerte abundan los rezos, las oraciones y las misas, para su salvación, ¿Será acaso que sabe que sus deudos rogarán por él y eso le es suficiente? Desde luego que ya no hay oportunidad, porque éstas se te ofrecieron en vida y se desaprovecharon. La Gloria o el Infierno es lo que se cosecha de acuerdo a la forma o calidad en el sembrar.

¡Qué importa que exista o no exista!, que venga o no venga, si mi buen comportamiento y mi capacidad para ser feliz en la vida y hacer felices a los demás me harán apto para conseguir la verdadera felicidad, la cual considero como la Gloria, y también desearía me suceda como a aquel ateo que vivió fiel a sus principios y fue honesto consigo mismo y con los demás, que estando en artículo de muerte, acudió a confesarlo el también buen sacerdote católico que junto con el pastor protestante con quien trabajaba en una comunidad aborigen, que cumplían fielmente su misión. Le dijo el médico. «Sabes, yo no creo en tu Dios», a lo que el sacerdote le contestó: «Qué importa si Dios cree en ti». Entonces, yo quisiera que Dios creyera en mí por mi propósito de fe-

lidad, y por ayudar a ser felices a los demás, libre de toda conducta o actitud negativas, con mucha fe y amor, poniendo en práctica lo que dicen aquellas dulces estrofas de fray Miguel de Guevara:

No me mueves Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de offenderte.

[...]

...aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

Por eso, quiero ser congruente con Él, no negarlo ante mentes lúcidas, racionalistas, posmodernistas, de librepensadores que tienen la verdad del mundo, de la ciencia, de la razón, de la cultura, pero que por lo regular no poseen el don de la felicidad, además de que muchos son vanidosos, soberbios y egoístas. Obtener valor y fuerza e inteligencia para demostrar con mis actos a todo el mundo que soy feliz, porque tengo la felicidad como pasaje para gozarla aún más en el otro mundo, sin necesidad de Biblias, Coranes, Libros de Mormón, Zen, Avestas, Ramayana, etc., que sólo son interpretaciones humanas de Dios. Ha habido Budas, Zoroastros, Cristos, Mahomas, Confucios, grandes filósofos, artistas, y últimamente muchos autodenominados apóstoles, y todos dijeron haber sido iluminados por Dios, y se sintieron y se sienten con la verdad, pero tampoco han logrado mucho en cuanto a verdadera espiritualidad, debido a que el hombre no ha querido hacer esfuerzos.

En tanto yo, mientras estoy en el mundo, quiero vivir con la sensación de

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero

Esa felicidad o armonía no se preocupa si te cambiaste de religión o sigues en la misma, lo que importa es el grado de felicidad a la que hayas llegado. Si eres distinto es porque tus energías han cambiado a positivo, no porque seas de tal o cual religión o secta o te hayas cam-

biado a alguna. En todas las religiones ha habido casos excepcionales, pero es por la persona misma, y no por su denominación, que tampoco esto es privativo de tal o cual religión.

Tomando en cuenta que nadie tiene la verdad, considero, por lo tanto, que es una falta de respeto al ser humano, con el fin de ganarse adeptos, imprimirle sus creencias como las verdaderas y hacerlo rechazar las propias y ancestrales. De creer que alguien tiene la verdad absoluta, de ser así, habría una sola religión en el mundo, mas eso no sucede.

Después de todas estas disquisiciones, ¡qué contradicción la mía, al no poder despojarme de mis creencias católicas!, puesto que aún creo en ese personaje soberbio que me va a castigar porque a veces faltó a misa, y tardo tiempo en confesarme, además de que también soy soberbio, cobarde y pusilánime, y me falta mucho para ser feliz, no soy el superhombre que opina con gran soberbia.

Alfonso Rubio Delgado

Filósofo de la Universidad de Guadalajara y de la UNIVA.

*Dios habló por la boca de un asno
y tal vez está por hacerlo otra vez.*

Martín Lutero

**Mi creencia en Dios cada vez se ha ido alejando
de lo establecido por la religión y de los filósofos
occidentales**

Mi creencia en Dios cada vez se ha ido alejando de lo establecido por la religión y de los filósofos occidentales, de los cuales formo parte. En un principio, cuando joven, aceptando los dogmas religiosos católicos, sin que mis convicciones hubiesen aflorado, acepté todo conocimiento que la religión mencionada me aportó. Pues cuando no se está en posición de elegir y no existe otro conocimiento disponible que el ofertado en tu época, tienes que conformarte con lo que el medio te aporta. El no hacerlo puede acarrear conflictos contigo mismo y hacia el exterior que, más que solucionar problemas, puede crear nudos con-

ceptuales y existenciales, que para las nuevas generaciones será difícil desatar. Luego, es indispensable conocerlo para poderlo criticar. Así, cuando el pensamiento es maduro y los métodos de abordaje real te permiten contraindicar y rediagnosticar soluciones a la realidad existente, hay que actuar de manera decidida, pues convencido estoy que en eso consiste la evolución del pensamiento. Y quienes consideran que las verdades absolutas ya las han manejado los antiguos con más maestría y abundancia que cualesquier representante actual, que por estar en su tiempo y espacio consideran unos despistados, les manifiesto lo siguiente:

Definitivamente, quienes se consideran intelectuales en esta época, hacen referencia a filósofos y científicos destacados en otras. El tener conocimiento sobre los planteamientos filosóficos y científicos de individuos destacados en estas áreas, es sinónimo de adquisición de genialidad. Así, quienes conocen al filósofo Hegel al pie de la letra, son señalados en segundo lugar después de aquél. El ser humano es muy proclive a atribuir más de lo que en realidad aportaron a cuantos le han convencido con sus letras y les perdona el ser hijos de su tiempo. Y en las formas confusas de expresión, que debieran de ser sancionadas por su escaso valor y nulo aprovechamiento, la humanidad concede a aquél una especie de pagaré canjeable por la verdad absoluta, misma que a través del tiempo no aparece, pues gran parte de aquello obedece a mitos de la gente. Aunque se trate de filósofos o científicos. Estos individuos tienen sus propios mitos, que les son indispensables; de otra forma no podrían ni empezar a escribir, pero esto lo abordaré en otra ocasión. Lo único que se me ocurre decir al respecto, es que dichos mitos son como la cáscara que envuelve al conocimiento aprovechable. Sin ellos, el dicho conocimiento se diluiría en el todo y en la nada. Así, y para reforzar esta idea, cito el siguiente ejemplo: Si de pronto apareciese, en algún lugar de este mundo el gran Napoleón Bonaparte (que por cierto Hegel, el filósofo, salió a verle cuando sus tropas invadieron Jena, Alemania) con toda su gloria, y para contrarrestar su letal ataque, contratamos un ejército actual con armas de tercera o cuarta generación, que es como se le conoce a los avances tecnológicos actuales, el Gran Corso sería aniquilado en un tiempo récord. Y no me estoy refiriendo a dos horas ni a tres. Creo, por lo que conozco, que media hora sería suficiente. Por ejemplo, un ataque con gases, los tanques Abrahams, las bombas de racimo, la aviación, los fusiles de bajo o alto alcance, carros de combate, minas y cañones que ven como un ancestro muy lejano a aquellos utilizados por el personaje en cuestión,

y el caballo, inútil ahora, pero que en aquel tiempo fue indispensable en las labores de pleito. Así debemos de entender que la ciencia y la tecnología han avanzado, e igual crédito debemos dar a la filosofía, misma que debe de encontrar sus pasos en los hijos de todos los tiempos que nos dedicamos a su cultivo y que éste, en particular, es el de nuestra manifestación.

De esta forma, creo que montamos el marco para exponer nuestros conocimientos en relación a la divinidad, y la que justifica nuestra rebelde causa en torno a los conocimientos adquiridos, por meditación, en este caso teniendo como marco el método dialéctico de Hegel y Heráclito. Y que desobedece las voces muy fuertes surgidas en fechas pasadas, pero inmediatas, en otras latitudes de nuestra terráquea geografía y que indicaban con todo un folclor de que es capaz el ser humano, que sólo una raza, dada su mítica pureza, es capaz de pensar de forma adecuada, y producir los mejores y más acabados productos de que es capaz la humanidad. Ello ocultó el verdadero propósito, buscado por la misma en aquel grave acontecimiento. El escaso espacio dado para exponer un tema tan trascendente, no me permite más que dar una idea parcial de mi pensamiento, misma que espero despierte tu interés.

El ser en Dios

Dios es, esto con base en el método por mí expuesto en otra parte, el ser de la divinidad, de acuerdo con el método expuesto, se compone de tres elementos. Ni Platón ni Aristóteles están de acuerdo con esta postura. Ellos consideraban que la unidad perfecta es sin partes. Por tanto, Dios es sin partes. Ello les hace mostrar a un Dios inmóvil. Al que presentan como parte del todo. Sin ser necesariamente la parte más importante.

Dios, compuesto de tres elementos, muestra su presencia en todo aquello que es. Así, la divinidad compuesta de aquellos elementos cuya magnitud satura el infinito, encuentra su definición máxima en los tres elementos de la unidad o del ser. Se les llama Dios Agente, Dios Paciente y Dios Equilibrante. Pareciera sugerir el término con que se trata a la divinidad, que nos referimos a dioses diferentes o extraños entre sí. Pero nos referimos a uno solo. Ocurre que llamamos a cada elemento de la divinidad, Dios, dado que cada uno existe en sí y por sí y tiene una personalidad y cualidades propias, al ocurrir esto, no cuenta con las de los demás. Esto no hace a ninguno independiente del otro. Ha-

blar del Dios agente tiene sentido única y exclusivamente en relación a Dios paciente y Dios equilibrante. Dios equilibrante encuentra su razón de existir sólo con relación a Dios agente y Dios paciente. Estos tres elementos de la divinidad interactúan. Esta actividad es lo que da vida al universo.

Dios agente: es la parte de la unidad divina cuya única y exclusiva labor será la de ir sobre el Dios paciente. Dios agente acosa constantemente a Dios paciente. Hablar de Dios agente significa poder, certidumbre, imposición, agresividad, magnanimidad, sometimiento del otro y acción.

Dios paciente: es la parte de la unidad divina que padece la acción de Dios agente. Dios paciente sufre el constante acoso de Dios agente. Ciertamente, el grado de emisión de Dios agente encuentra exacta medida en la capacidad de recepción de Dios paciente. Esta extralimitación es vigilada por Dios equilibrante. Hablar de Dios paciente significa: debilidad, incertidumbre, posición, sometimiento, pasión.

Dios equilibrante: es la parte de la unidad divina que mantiene en perfecta armonía, tanto a Dios agente como a Dios paciente. La labor de Dios equilibrante será siempre la de mantener el equilibrio. Esto debido a que Dios agente, al actuar sobre Dios paciente, incurre en excesos y actúa de inmediato, para equilibrar la situación, Dios equilibrante. Luego, también Dios paciente, al revelarse, incurre en excesos por lo que la acción de Dios equilibrante se hace de nuevo necesaria. Así, al capitalizar Dios equilibrante los excesos, tanto de Dios agente como de Dios paciente, se crea la armonía del universo.

Materia prima

Dios agente en sí y por sí no es. Existe como alma prima. Dios paciente separado de Dios agente y Dios equilibrante no es. Existe como ánima prima. Dios equilibrante, por su parte, sin los otros elementos no es. Aunque existe como ánima prima. Dios agente, Dios paciente y Dios equilibrante cada uno por su parte no son.

Hasta aquí sólo he podido dar una definición de Dios de forma intemporal y espacial. Luego, más allá de estos posibles límites impuestos por los conceptos que ubican a Dios fuera de nuestros límites cognitivos, está nuestro ser, nuestro existir físico. ¿Qué es lo que conecta al ser de la divinidad con el mundo físico o real? La respuesta a esta interrogante es la siguiente: la presencia de Dios no es mera observadora de los hombres. A través de los espacios opuestos —esto es, la

oposición por relación— nos damos cuenta de su presencia. Así, tenemos el hecho de que en la realidad existen muchas formas de opuestos relativos, los cuales no integran una unidad. Ejemplo de ello tenemos el día y la noche, arriba y abajo, cóncavo y convexo.

Ahora bien, de nuestra conexión con el espacio divino tenemos una prueba de opuesto relativo muy sencillo. Esto es, si contamos con el espacio, necesariamente debe existir a la inversa de éste otro integrado al que conocemos, pero con características propias. Es decir, un espacio inverso con otra característica: la intemporalidad en oposición relativa al tiempo. La que considero última característica relativa es la de las formas anímicas. Esto es, la oposición relativa propia de la materia.

La materia formada, o la forma materializada, se encuentra formando un equilibrio vital dondequiera que el ser se encuentra. Luego, las formas anímicas diversas están presentes en el tiempo espacio y materia formas universales (macrouniverso, microuniverso y el universo medio que es dominado por el ser humano).

La semejanza de Dios en los seres

Es la oposición relativa la que conecta a Dios, (esto es, la unidad divina o ser divino) con el mundo de la materia y la forma. Y a su vez, escenificando el ser divino se encuentran todas las criaturas creadas dentro del tiempo y del espacio. Así, y en este orden descendente, encontramos al ser humano. Como tal y sin caer, todavía en particularismos, se asemeja a Dios. Como en *La Ilíada* de Homero o el *Ramayana* de Valmiki en que los dioses toman partido en el conflicto humano, la divinidad se escenifica en la humanidad. Por supuesto que el divino reparto toma partido con cada uno de sus seguidores. Y cada cual apoya a aquéllos en quienes se manifiesta.

Así, Dios agente derrama su espíritu y muestra la presencia de su alma en los agentes del planeta. Éstos se manifiestan de formas diversas. Como países agentes, como estados agentes, como municipios agentes, como poblaciones agentes y como individuos agentes y a la madre de familia. Las principales características de estos agentes son el poder económico, la certidumbre, la imposición, la agresividad, sometimiento del otro y la acción.

Dios paciente se manifiesta a plenitud y deja ver su alma en los pacientes del mundo. Las formas abundantes en que se manifiesta son determinadas. Como países pacientes, como estados pacientes, como municipios pacientes, como poblaciones pacientes, como individuos

pacientes y los hijos. Las características principales de los pacientes son: pobreza, incertidumbre, posición, pasividad, sometimiento y pasión.

Dios equilibrante se asoma y hace manifiesta su presencia a través de los equilibrantes del planeta.

Éstos se diversifican y su forma varía. Así, la Organización de Naciones Unidas es un representante parcial del equilibrante en el planeta. Los gobiernos de los países, de los estados, los municipios, las poblaciones y en el padre (papá) de familia. Las principales características de los equilibrantes son la templanza, el valor, la firmeza, la honestidad y el equilibrio.

Los hombres, por grupos, pertenecen a un determinado elemento de la divinidad. En este sentido no son autosuficientes. En el hipotético caso de que lo fueran, tendrían que ser como los hombres que menciona Platón en el diálogo «El banquete». Esto es, los andróginos, animales primitivos que el filósofo considera antecesores de los hombres actuales. Éstos, a diferencia de los actuales, vivían unidos físicamente. Hasta que, habiendo retado a los dioses, éstos optaron por separarlos.

Así, un hombre, manifestación parcial de la divinidad, nunca podrá ser tan poderoso que con su sola fuerza someta a los demás de forma total. Trátese de cualquier tipo de fuerza: intelectual, física o de cualquier otro tipo. Un solo individuo nunca reunirá la suficiente fuerza para someter a los demás. Intentar someter, a un solo individuo, al resto, es pretender someter a Dios.

Demoststrar la existencia de Dios es una labor difícil. Más fácil resulta demostrar su no existencia. Ello por falta de ojos para verlo y oídos para oírlo. Ciertamente, pareciera ser una falacia concebir al creador a través del método científico. Pero contamos con el método filosófico.

Tomás de Aquino (el santo) nos muestra sus cinco pruebas (o vías) para demostrar la existencia de Dios. Resultan todas ellas poco convincentes. La primera por la falta de conexión entre la potencia y el acto. Las causas que harían posible el arribo de lo potencial a lo actual, teóricamente están desconectadas como ya se demostró.

La segunda prueba, la de la causa efecto, se torna dudosa. En la realidad existen muchas posibles causas para un efecto determinado; por ejemplo, la humedad del suelo, cuya causa pudo haber sido la lluvia, el desborde de un río, el sereno natural, etc. Luego la causa del efecto llamado mundo en este sentido tiene otras posibilidades de explicación. Entre ellas está Dios. Otra sería la teoría del Big Bang, el gran estallido que dio origen al universo, etcétera.

La tercera prueba habla de lo contingente y lo necesario. Por ejemplo: lo que nace y lo que perece. Luego no es posible que tales seres existan siempre. Es necesario un ser que dé origen a los seres contingentes. De nuevo santo Tomás expone razones que no propiamente nos llevan a Dios más que por asuntos de fe. Las contingencias relativas de Tomás de Aquino se tornan, de nuevo, poco convincentes. La posibilidad de que Dios sea el ser necesario es una entre varias ya que contamos con otras explicaciones, por ejemplo, la teoría de la nebulosa que origina el mundo. O bien la teoría del Big Bang.

La cuarta prueba habla de perfecciones y bondades absolutas. Luego, el que no poseerlas ser humano alguno, quien las debe poseer es Dios. Es decir, la causa de las bondades y perfecciones humanas es Dios. Pero hablar de causa y efecto se torna muy dudoso, como ya observamos.

La quinta prueba, a mi juicio, es la más convincente. Tomás de Aquino expone sobre el «gobierno del mundo». Dice que los seres desprovistos de inteligencia obran de acuerdo a un fin.

Actúan del mismo modo de forma intencionada y ello no ocurre sin la dirección de un ser superior que los conduce a su fin. Este ser es Dios, pero Tomás de Aquino se queda corto al considerar que sólo los seres desprovistos de inteligencia obran de acuerdo a un fin. También actúan de esta forma los seres inteligentes. Lo que se ha visto pretende ser una prueba de ello.

Las pruebas de Tomás de Aquino son más bien sugerencias que nos indican que por ahí se puede conocer a Dios. Pero éste es un conocimiento que se reparte en varias posturas. De tal manera, pudiendo ser una, porque una sola es la existencia de Dios, se diversifica en varias, lo que hace menos creíble las pruebas de Tomás de Aquino. Luego, Kant en su libro «Crítica de la razón pura» sección III, ataca posturas filosófico-teológicas e idealistas que sólo utilizan la razón para justificarse en un espacio ideal y se olvidan de la realidad.

Dios agente, Dios paciente, Dios equilibrante son los tres elementos propios de la unidad divina. Dios agente actúa siempre sobre Dios paciente teniendo por equilibrante a Dios paciente.

Dios agente respalda a sus agentes, Dios paciente respalda a sus pacientes, y Dios equilibrante respalda a sus equilibrantes.

Es propiamente esta unidad divina la que mueve a la sociedad. Ésta cuenta con elementos como son: el planeta con sus países tanto agentes como pacientes. En aquéllos, existen los estados agentes, estados pacientes y un estado donde existe el equilibrante de ese país. En el estado existen los municipios agentes, municipios pacientes y un

municipio donde radica el equilibrante. En el municipio existen las poblaciones agentes, las poblaciones pacientes y una población donde radica el equilibrante o cabecera municipal. En la población existen las familias agentes, las familias pacientes y las familias equilibrantes. En la familia, la madre agente, el hijo paciente y el padre equilibrante. Todos ellos son respaldados o patrocinados por un elemento de la divinidad. Así, todos los agentes son apoyados o animados por Dios agente, los pacientes son movidos por Dios paciente y los equilibrantes son movidos por Dios equilibrante.

A través de esta forma dialéctica es como concibo a la divinidad, sin pretender desbancar a Tomás de Aquino. Más bien expongo un punto de vista teológico dialéctico; esta teoría tiene su propia mística y elementos filosóficos. Se busca mostrar a Dios a través del método dialéctico, sin pretender que este punto de vista sea el definitivo. Ni siquiera el mejor. Estoy consciente de que en el campo de la filosofía, como en otros campos, no existen juicios definitivos. Pero lo que sí existe son aportes que, como ladrillos, van construyendo el edificio filosófico. Este es mi pequeño aporte.

Laura Liliana Méndez Torres

Nació en 1970. Es licenciada en Teología, copastora en la Iglesia «Misericordia y Verdad» miembro de la Red Apostólica «Misericordia y Gracia».

Un Dios que he llegado a conocer con base en mis vivencias y lo que he aprendido en la religión que profeso

El Dios en el que creo es un Dios que he llegado a conocer con base en mis vivencias y lo que he aprendido en la religión que profeso.

Es un Dios que empecé a conocer desde mi adolescencia, aun si tener enseñanza de algún tipo, en mi experiencia éste se manifestó a mí de manera contundente, en un momento de gran peligro en el que un clamor fue respondido de manera ilógica, pero que en ese instante salvó mi vida.

Con el transcurso del tiempo empecé a buscar de algún modo la explicación y el conocimiento de un Dios que sabía que existía, pero que no conocía, porque no es lo mismo saber que alguien existe a co-

nocerle. La enseñanza y filosofía de mi padre también influyeron a reforzar la imagen que hoy tengo de Dios.

Primero, de manera autodidacta, empecé a leer libros que me explicaran lo que de alguna manera sabía que era, pero no podía explicar, hasta que llegué a la Biblia y ésta dio las respuestas a lo que por mucho tiempo me estaba preguntando.

Para mí, Dios es primeramente Padre, el amor que he recibido de Él me ha enseñado que no sólo me creó, sino también me hizo su hija al cuidarme de la manera en que lo ha hecho y dirigir mi vida con respeto, sin imponerme nada pero advirtiéndome de los peligros de no seguir su dirección, y que a pesar de no siempre hacer lo correcto contar con su cuidado, esa dirección y enseñanza están plasmadas en la Biblia.

Un papá que me enseña con paciencia, lo que también lo convierte en maestro, y que sabiamente usa toda la creación para manifestarse, esta es la parte de Dios que más me impresiona, dado que toda la naturaleza está sustentada en leyes físicas que nada tienen que ver con el azar, que reflejan inteligencia en la estructura de cada ser viviente, cada roca o suceso natural, por lo que para mí termina de confirmar que la Biblia tenía razón en cuanto a la intervención de Dios en la creación.

La lectura de Génesis 1 para mí fue impresionante, pues dice cómo se había conformado la creación y en qué orden. La humanidad a razón de largos estudios creó una teoría, en la que después de muchas evidencias llegó a la conclusión de que un gran explosión había originado el universo. La Biblia dice que fue la voz de Dios, me impresionó aún más ver el orden de aparición de los seres vivos en la tierra, según la Biblia ésta se originó en el mar, después aves y reptiles, después mamíferos y, por último, el hombre; de acuerdo a los hallazgos de fósiles y después de innumerables investigaciones, la humanidad descubrió que efectivamente fue en ese orden, incluso si examinamos con más detalle este capítulo de génesis, veríamos como es casi exacta la teoría de la formación de mares y lagos, después del caos reinante, lo que también es parte de los descubrimientos que se han hecho; el hombre en 1492 descubre que la tierra es redonda, cuando en la Biblia estaba dicho desde mucho tiempo antes en el libro de Isaías 40:22.

Con esta reflexión, me di cuenta que el mundo físico y el mundo espiritual están fuertemente ligados, ya que uno es sustentado por el otro, así como el ser humano se sustenta por un espíritu. El gran error del hombre es creer que lo espiritual no tiene que ver con nuestra vida diaria y le dan un valor místico y sin relación con la cotidianidad y lo que físicamente puede ser probado.

Es aquí cuando, en mi experiencia, se empieza a conocer a Dios, al entender que está relacionado con cada suceso diario, y que puedo conocer su voluntad, basada en las leyes espirituales que él mismo estableció, y que, como las físicas, funcionan aunque yo no las conozca, por ejemplo, un bebe tirando su juguete desde su cuna para ver como cae, él no sabe de ley de gravedad, si existe o no o cómo se llama, pero está descubriendo que existe y haga lo que haga el resultado va a ser de acuerdo a lo que la ley de la gravedad establece, lo conozca o no, lo entienda o no.

De la misma manera, los preceptos bíblicos son leyes establecidas que funcionan lo sepas o no, pero que Dios en su gran amor te ayuda a entenderlos y te enseña cómo funcionan, con frases tan simples, como «Con la vara que midas serás medido», «La verdad te hará libre», «Si tan sólo creyeras, verías la gloria de Dios», etc., versículos tan sencillos que nos quieren enseñar la sabiduría y simpleza de Dios, versículos que pretenden capacitarnos para vivir una vida plena y con aciertos al encaminarnos a la acción correcta para el resultado esperado, esto de acuerdo a nuestra obediencia que, a final de cuentas, tiene que ver con la fe, por lo que la lectura y estudio de la Biblia como cartas de parte de Dios para mí y no como un libro más, son lo que me ha llevado a conocerle, y no sólo a saber de Él con base en experiencias ajenas.

Dios para mí es padre, maestro, amigo, el físico-matemático más exacto que nunca habrá y que habla a gritos a todos sus hijos a través de su creación. Lo cual resumo con el siguiente versículo:

Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación el mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.

Romanos 1:20.

El hombre nace con la necesidad de desarrollo espiritual, motivo por el cual hay tantas religiones, por lo que busca de mil maneras relacionarse con ese poder superior, ya de alguna manera en nuestro interior sabemos que lo necesitamos.

Ésta es una explicación breve de lo que significa Dios para mí, por lo que tomo como mía la frase de Kant que se usó como su epitafio. «El cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí, son para mí pruebas de que hay un Dios por encima de mí y un Dios dentro de mí».

Yolanda Ramírez Michel

Nació en Morelia, Michoacán en 1965. Es poeta, ensayista, narradora y editora. Promotora de lectura y maestra de literatura y español. Imparte el curso sobre Mitología comparada en la SOGEM y el taller para escribir y promover literatura infantil en el Fondo de Cultura Económica.

Sólo el silencio es adecuado para lo que está más allá de las palabras.

Karen Armstrong

Nada de eso es en sí mismo Dios, pero eso amo cuando amo a Dios

Una flor abriendo su corola lentamente, una noche estrellada con su luna magnífica, un atardecer contemplado a la orilla del océano, un ser querido regalando su sonrisa, el cosmos inmenso y majestuoso. Nada de eso es en sí mismo Dios, pero eso amo cuando amo a Dios.

Como introducción de esta breve reflexión sobre el tema *El Dios en quien (no) creo*, primero desearía aclarar un punto que considero importante. Cuando hablamos sobre creer en Dios, ¿a qué nos referimos realmente? ¿A creer a partir de la intelectualidad, como algunos filósofos y teólogos, o desde la íntima explosión de un sentimiento, como algunos místicos? Porque la historia de las creencias religiosas ha sido un constante ir y venir entre ambas directrices, triunfando algunas veces, si los usos y costumbres así lo favorecen, una u otra tendencia. Sin embargo, la cuestión aquí no es hablar de algo externo y lejano, como sería la historia de las religiones, sino de algo tan íntimo y personal como una creencia (que afectada por factores externos termina convertida en algo interno).

Después de leer a Unamuno, encuentro un eco a mis sentires y pensares en su obra *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1915). Unamuno llega a la conclusión que, si bien el camino de la razón nos lleva muchas veces a la negación de la existencia de Dios, ese mismo camino está trazado por una imperiosa necesidad de revelarlo, y es esa misma necesidad humana de revelarlo, huella contundente de Su existencia. Por otro lado, la frase de Pascal, *hay razones del corazón que la razón no entiende*, ha iluminado siempre en mí el

vertiginoso vaivén que ilustra la tensión que produce intentar descifrar los misterios de la paradójica condición humana.

Con estas dos posturas retorno a mi cuestionamiento inicial, ¿creer a partir del intelecto, o desde el sentimiento? Personalmente me inclino hacia la experiencia de Dios más que hacia la explicación de Dios, pero reconozco que cualquiera de las dos tendencias, por sí solas, son incapaces de concentrar el esfuerzo supremo de expresar algo tan ajeno a la condición humana como el concepto o Ser de Dios mismo.

Por otro lado, la misma dificultad encuentro cuando descubro que he estado refiriéndome a Dios en términos masculinos. ¿Qué término debo utilizar para hablar de... él, ella, ellos? Durante siglos, el ser humano representó la divinidad con forma femenina, sus referentes eran la tierra, como matriz de la vida, y la entrega de sus frutos como prueba de cuidado maternal. Luego, las cosas cambiaron, el hombre aprendió a dominar la naturaleza, que muchas veces se mostraba implacable en sus designios de muerte, y cuestionó que Dios pudiese contener en sí mismo algo negativo; de este modo todas aquellas divinidades relacionadas con la naturaleza y sus desmanes, se convirtieron en demonios rebeldes. El género con el cual el ser humano se acostumbró a nombrar lo innombrable dejó de relacionarse con la naturaleza y surgió un Dios que estaba por encima de ella, un Dios que la había creado y, por ende, que era superior, un Dios parecido a lo que se reflejaba en las relaciones humanas cuando las tribus patriarcales dominaron a las antiguas sociedades matriarcales.

Pero yo, ¿con qué género debo designar a Dios? ;En cuál figura puedo vislumbrar su rostro? ;En qué nombre mínimo encapsular su gloria?

Dios trasciende la capacidad del discurso humano, al momento de nombrarlo lo aniquilo. Dios está en mí como secreto embrión en mis entrañas, como un ser al que no quiero parir, porque si llegara a nacer se materializaría, si naciera debería darle un nombre, volverlo discurso, y algo de lo que estoy segura es que Dios no es discurso.

El Dios que me habita no quiere nacer para convertirse en verbo, sólo en mi vientre hay silencio, y el silencio logra enunciar fielmente su trascendencia.

Pero, igual que Unamuno, que consideró la filosofía y la poesía como hermanas, he aquí lo que yo condeno para resumir lo que para mí es «el Dios en quien (no) creo»:

Parece que guardo en mi vientre un Dios que no acaba de nacer...

Un Dios que deseo amamantar con todas las experiencias de mi vida, pero Él me habita, sin prisa, fluyendo en mi sangre mansamente
¿será que mi Dios no quiere nacer?

está muy a gusto en la cuna de mi cuerpo;
en mi pequeño universo de venas...

Me estremezco cuando reconozco las facciones de los dioses de
otros en las estatuas de piedra...

temo que si finalmente mi Dios nace podría convertirse en roca;
he contemplado muchos omphalos rotos a lo largo de la historia
¡y no quiero que mi vínculo con el cielo se fragmente!



CAPÍTULO VIII

Vivir la vida sin Dios

Magdalena González Casillas

Escritora. Fue profesora de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad de Guadalajara durante más de 30 años, cargo del cual se jubiló recientemente. Conferencista en diversas redes de investigadores y academias. Socio de la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco.

¿Por qué soy atea?

Nací en el seno de una familia profundamente piadosa. Mi madre fue fundadora de la Acción Católica, por allá, en tiempos de la Cristiada; y estudié con monjas una parte importante de mi etapa de formación. Impartí catecismo en la iglesia María Madre de Cristo todos los sábados en la tarde, desde los catorce hasta los veintiún años. Ningún domingo faltaba a misa y me confesaba y comulgaba con frecuencia impresionante.

En 1961, llegué a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, instalada en el hermoso edificio que se ubicaba en avenida Tolsá número 75, entre avenida Juárez y Pedro Moreno. Fue construido por el ingeniero Alfredo Navarro Branca en 1918, al igual que el ocupado hasta hoy por Rectoría General.

Entre los docentes fundadores de la Facultad se encontraba el Dr. Alberto Ladrón de Guevara, quien impartió hasta su muerte cursos

de Historia Universal e Historia de las Religiones, la que yo cursé con enorme trascendencia existencial. De inicio, el catedrático nos dijo ser AGNÓSTICO, término cuyo significado ignorábamos todos los alumnos ahí presentes, mismo que el doctor nos explicó.

A partir de ese momento comenzaron las dudas metafísicas a invadirmelos cada vez más profundamente. Se lo comenté a mi madre, quien me envió con un jesuita, cuya argumentación ya no me resultó muy convincente; comencé a comprar libros de agnósticos y franceses ateos, y cuando el doctor Ladrón de Guevara se despidió de la Universidad, consciente de su muerte cercana, me pidió a mí, entonces Oficial Mayor de la Facultad, que lo supliera en la cátedra. Fue cuando mis intereses vivenciales se centraron en la duda gigantesca que desde entonces me llevó a ahondar en el tema de la metafísica hasta ingresar a una certeza de gran tranquilidad existencial:

La metafísica es una fantasía creada por la necesidad humana de sentirse protegido de todo mal, especialmente de la nada existencial, o sea: la muerte.

Por este motivo se ha designado como PENSAMIENTO MÁGICO todo lo que ni la razón, ni la experiencia, ni la comprobación científica pueden comprobar. Las dudas brotan en hombres inquisitivos como Federico Nietzsche, el filósofo alemán muerto en 1900, quien se pregunta: «¿Creó Dios al hombre a su imagen y semejanza o fue al revés?»

En tanto que el joven intelectual francés Michel Onfray, nacido en 1959, se interroga: «Si Nada brota de la Nada ¿de dónde brotó Dios?» Y afirma: «La vida se inscribe brevemente entre dos NADAS.» En tanto que el recién fallecido Nobel, José Saramago, dice: «No creo ni en la existencia ni en la necesidad de Dios.» Y el catalán Pepe Rodríguez titula uno de sus volúmenes *Dios nació mujer*. Y en efecto ¿qué dicen la arqueología, la prehistoria y la historia, con pruebas ineludibles?

Lo que nos dice la ciencia

Con 5'000,000 de años se constata la existencia del primer homínido. Hace 2'500,000 de años se había transformado en el *Homo habilis*. Las sepulturas humanas más antiguas datan de 90,000 años atrás. ¿Comenzó el humano a creer entonces en la vida *post-mortem*?

Las primeras deidades fueron femeninas: las llamadas diosas de la fertilidad, quienes brotaron hace 30,000 años. Protegían a los hu-

manos del hambre y la sed, les enviaban la lluvia y los frutos terrestres, eran madres protectoras y poderosas, que siguen vivas y recibiendo cultos fervientes hasta el día de hoy en el inconsciente colectivo del pueblo llano: un ejemplo claro es el vigor mariológico, ya que la virgen católica supera desproporcionadamente el culto que se rinde a Dios. ¿Existe en México una peregrinación dirigida a Dios Padre, Hijo o Espíritu Santo superior a la que se dirige a las vírgenes de Guadalupe, Zapopan, Talpa o San Juan de los Lagos, sólo por mencionar algunas?

Y la divinidad se transformó en varón hasta hace 5,000 años, cuando el macho humano tuvo el control de la siembra y la recolección, la cría de ganado y conoció su capacidad procreativa. Entonces, dominó a la mujer y la convirtió en un objeto de su propiedad. Hasta el día de hoy, la mujer casada pierde su apellido paterno para someterse al del cónyuge como Hillary Clinton; o utiliza la preposición «de» que significa propiedad, como Esther Zuno de Echeverría.

¿Y Dios?

¿Por qué no nos ha dicho a todos los humanos cómo es y quién es? Si existe de verdad debe tener una clara y definida identidad. Pero... las variantes son inmensas: en el budismo no hay Dios. En el hinduismo (y conste que nacieron en la misma geografía) existen más de un millón de deidades. Monoteísmos hay, rigurosamente, tres: el de la religión mosaica, EL (a veces en plural: Elohim) o Yahve o Jehová. El del islam: Alá, y el del culto masónico: El Gran Arquitecto del Universo.

Ahora bien, todos los dioses solares nacieron el 25 de diciembre, en el solsticio de invierno: Agni en la India; Mitra en Irán; Osiris en Egipto; Baco, Tammuz, Adonis y Apolo en Siria, Fenicia y Grecia; Manú y Buda. Todos tuvieron una Madre-Virgen y nacieron en una cueva o un establo, rodeados de animales. Todos curaron enfermos y resucitaron muertos. Todos murieron de forma sangrienta, como parece morir el Sol en el ocaso; y todos resucitaron, igual que el astro, al amanecer.

De Mesopotamia a Egipto, China, Japón y Tenochtitlán hubo reyes, filósofos y dioses que nacieron de vírgenes o viudas castísimas, por intercesión de dios: Krishna, Confucio, Lao Tsé, Pitágoras, Platón y Quetzalcóatl; Apolonio de Tiana, Vespasiano, Zarathustra o Zoroastro, reformador del mazdeísmo, en Persia; y en el Antiguo Testamento: Isaac (Génesis 21,1 y 4) y Sansón (Jueces, 13). Isaías habla de que una ALMAH (muchacha o joven) dará a luz un salvador. No men-

ciona a ninguna Betula (o virgen) (Isaías 7, 14-17). Platón, en cambio, fue hijo nada menos que de Apolo... Coatlicue parió a Huitzilopochtli y Tonantzin a Quetzalcóatl sin ayuda masculina.

Los dioses solares eran también salvadores: gracias a su muerte terriblemente dolorosa salvaban del dolor a sus fieles. Mitra, hijo de Ahura Mazda (Dios Padre) y la virgen Anahita (Inmaculada) en el mazdeísmo persa, donde también aparecen Spenta Mainyu (Espíritu Santo), Arhimán (Satanás) y los Devas (Diablos), muere desollado vivo, por lo que su sangre tiñe de rojo intenso el ocaso solar. La crucifixión NO producía tanta sangre. Y el mazdeísmo hereda al cristianismo todo: los tres dioses en una sola persona; los ángeles rebeldes y los que continúan fieles; el príncipe de los demonios y el rito sagrado en el que se bebe el Soma o sangre divina pronunciando, en persa, lo siguiente: «Tomad y bebed todos de él porque ésta es mi sangre.»

Del mito surge el rito para relacionarse con su poderío e influir en los fenómenos naturales y personales a través de ofrendas, tales como frutos, animales o humanos sacrificados. Estos pactos tácitos de «protección y amor» para manipular la realidad datan de hace 5,000 años. La teología rabínica jamás lo ha aceptado, como consta en un texto del medioevo español:

Que Dios necesita un sacrificio humano para reconciliar consigo su propia creación, que Él, el Señor del Mundo, es incapaz de justificar a hombre alguno sin un sacrificio cruento es tan incomprendible para los judíos como contrario a la Biblia. El sacrificio humano causa horror a Dios. ¿Qué clase de Dios es ése, que puede decir sí a los sádicos tormentos letales de su hijo, que incluso provoca esa tortura bestial sólo para aceptar la absolutamente pagana tortura de la crucifixión como expiación vicaria, según afirma Pablo; como sacrificio apaciguador de la ira de Dios al modo romano, según Agustín; como rescate del diablo, en una especie de trueque entre Dios y Satanás, según Anselmo de Canterbury? Cuando en el Antiguo Testamento rechazó el sacrificio de Isaac, ¿por qué querría ejecutarlo cruelmente en la figura de su Hijo en el Nuevo Testamento? (Küng, Hans, *El judaísmo*, pp. 368-369)

Y estos juicios los confirma el siguiente texto bíblico:

No matarás al inocente y al justo porque aborrezco al impío. Ni el hijo morirá por el crimen del padre, ni el padre morirá por el crimen del hijo. Cada cual responderá por su propio crimen. (Éxodo 22,4)

¿Qué aportan las religiones?

¿Amor y paz? ¡Para nada! Las guerras más cruentas que ha conocido la humanidad han estado ligadas a la intolerancia criminal de aceptar la fe del otro: como ninguna es racionalmente comprobable, se asesina sin piedad al «enemigo de la fe», porque impide el poderío total del poseedor de otro credo. Y así constatamos que las siete Cruzadas, iniciadas por Urbano II, en 1096 y concluidas en 1212, costaron 5'000,000 vidas: el ejército comandado por Godofredo de Bouillon degolló a toda la población de Jerusalén, incluyendo a los cristianos, pese a lo cual el Reino Cristiano de la Ciudad Santa sólo duró 88 años. Y en 1212, Inocencio III formó la Cruzada de los Niños, pequeños europeos de los que ninguno sobrevivió.

La Santa Inquisición nació en el Concilio de Toulouse en 1229, bajo el pontificado de Gregorio IX, aunque desde 1207 se armó la Cruzada Albigense, bajo las órdenes de Inocencio III, quien acabó con los Cátaros (Puros) que habitaban en Albi, al sur de Francia, y estaban en desacuerdo con muchas actitudes y dogmas romanos. La dizque «Santa» Inquisición, cuya残酷 nunca nadie ha superado, costó 12'000,000 vidas y concluyó hasta 1835, con poco más de seis centurias.

La Guerra Cristera dejó 250,000 muertos en tres años y la Independencia de México causó 23,000 muertes en diez años. En tanto que la conquista de la América española terminó en un solo siglo con noventa millones de indígenas, de cien millones que la habitaban. Cierto es que la mayor parte falleció por infecciones más que por las armas, pero los motivos fueron económico-políticos y, por supuesto, religiosos. Catequizar: meta mundial.

Y actualmente la «castidad sacerdotal», jamás mencionada en los Evangelios, pero sí por Pablo, ha provocado 400,000 casos de pederastia en Boston; 200,000 en San Diego y quién sabe cuántos más en Irlanda, Alemania y otras naciones del mundo, donde México obtuvo un campeón de primera calidad degenerativa con Marcial Maciel Degollado, drogadicto también.

¿Se aman la vida, la familia y la felicidad? ¡Para nada! Se ama el sufrimiento de los niños de la calle, de los enfermos terminales y de la carencia de satisfactores eróticos, e incluimos al mundo islámico donde padecieron ablación, o mutilación genital, 3'000,000 de mujeres nomás en el 2007...

¿Y todos estos y más horrores para satisfacer a una deidad o a muchas deidades que son producto solamente del pensamiento mágico,

propio de los niños, pero no de los adultos? Y menos de los adultos cultos: lo que se prueba con datos de censos: entre los intelectuales del mundo, el 40% son creyentes; el 45% ateos y el 15% agnósticos. En el año 2000, sólo el 3% de los franceses se declaró católico y a nivel mundial, de 6,000'000,000 de habitantes, 18.7% católicos; 18.3% musulmanes y 16.3% sin religión.

En cuanto a la Vida eterna, la Biblia dice:

Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí son como las bestias; porque una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias; y la muerte del uno es la muerte de las otras, y no hay más que un hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar; todos han salido del mismo polvo y al mismo polvo volverán. (*Eclesiastés 3, 18-20*)

Sócrates, el gran filósofo ateniense, insensible ya de medio cuerpo después de haber tomado la cicuta que pronto lo mataría, a un «varón ateniense» que, entre varios, lo acompañaba y le preguntó: «Maestro, ¿temes la muerte?» El puntal de la filosofía de Occidente le respondió: «No, porque creo que la muerte es como un sueño sin sueños y nada mejor que eso me ha dado la vida.» (Platón, *Diálogos*, p. 73, 1989).

Y para concluir, recordemos a Sigmund Freud en *El Porvenir de una ilusión*, publicado en 1900: La religión proviene de la neurosis obsesiva, que a su vez se relaciona con la psicosis alucinatoria [...]

Lo que explica las visiones esquizofrénicas de Saulo de Tarso y Teresa de Jesús, entre muchísimos más, incluidos Mahoma y Moisés que sólo escuchaban las voces de Alá y de Jehová, aunque jamás los miraron.

Sayri Karp

Coordinadora editorial de la Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara. Cursó la maestría en Edición en el Centro Internacional de Estudios Profesionales para Editores y Libreros, de la misma institución. Su trayectoria como editora comenzó hace más de 20 años en Pangea Editores, pasando por Fondo de Cultura Económica, el Gobierno del Distrito Federal y el Gobierno del Estado de Chiapas.

Era un personaje protagónico que se volvió familiar...

Mi idea de Ds

Nunca mi mamá me enseñó los asuntos de la fe, y mi papá mucho menos; de hecho, es un concepto que me costó entender y con el que todavía me peleo de vez en cuando. Los libros y la ciencia hicieron que la religión fuera una cuestión relegada, incluso inexistente.

Para toda la familia siempre estuvo claro que Ds no existía, y nadie lo cuestionó; ni mi prima que cuando creció se volvió una férrea cabalista. Mis abuelos maternos y mi mamá son sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, y nunca Ds tuvo nada que ver ni con lo malo ni con lo bueno, ni con el horror ni con la esperanza.

Cuando mi abuela me contaba las historias bíblicas o las de las tradiciones judías, Ds siempre estaba allí platicando con los demás: ya fuera con Abraham, Moisés, Lot o Noé, o mandándole las diez plagas a Egipto y liberando al pueblo judío de la esclavitud, o en la leyenda de Adán, Lilit y Eva, o bien, decidiendo si merecías que tu nombre fuera ratificado por un año más en el *Libro de la vida*. Y no era especialmente bueno ni malo, era un personaje protagónico, omnipresente, omnisciente y omnipotente, que se volvió familiar, pues metía las narices en todo.

Patricia García Guevara

Año de nacimiento: Baby boom. Licenciada en Psicología. Posgrados en Sociología de la Educación y Estudios de Género. Fue bautizada, confirmada e hizo la primera comunión a instancia de su abuela católica. Mas no profesó la misma dado que la Iglesia católica le parece una institución burocratizada y reaccionaria ante cualquier cambio que implique la libertad del ser. Activista social.

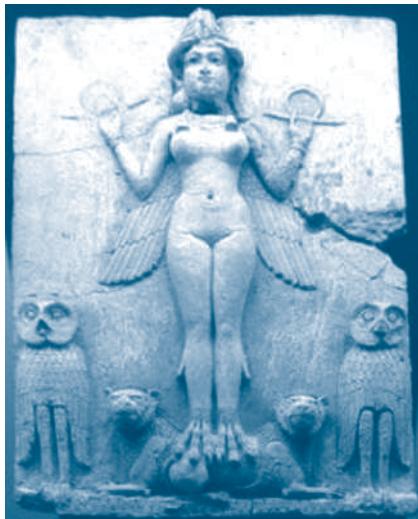
¡Dios mío! ¿Dónde está la Diosa mía?

La arqueología, a partir de una serie de vestigios encontrados, nos dice que las sociedades agrícolas sedentarias veneraban la fertilidad de la naturaleza como a una divinidad madre-tierra. Es muy probable que esas sociedades expresaron en femenino sus plegarias o expresiones de asombro. Varios milenios después y un constante y despiadado ejercicio patriarcal dio por resultado el ¡Dios mío! La oposición a este nuevo régimen aparece librada en batallas abiertas y reflejadas en escritos antiguos como *La Orestiada* de Esquilo, o en conflictos como los encabezados por la Santa Inquisición y la Cacería de Brujas. Las invocaciones que millones de seres humanos, sin importar latitudes y religiones expresan día a día, esconde una sustracción, un desfalco, una piratería: la Diosa.

¿Qué le pasó a la o a las diosas? De Tonanzin a la Guadalupana no sólo hay una imposición religiosa y cultural, sino un descenso de rango. El poder está allí, en el simbolismo mismo, en la declinación del estatus social y político de la mujer. Muchísimas sociedades tenían cultos hacia distintas deidades femeninas. Existen muchos vestigios y registros que, aunque dispersos, son visibles en las estelas babilónicas, egipcias, griegas, celtas, noruegas, hindúes, andinas, mayas, etc. Allí están Ishtar, Isis, Gea o Gaya, Anann, Nerthus, Kali, Pachamama, Ixchel, etc., son las diosas-madres de la naturaleza, la tierra, la fecundidad, del amor, de la vida y la muerte (ambas no pueden existir una sin la otra), de la medicina, de los textiles, etcétera.

Todas ellas libran terribles batallas entre fuerzas divinas y demoniacas, tanto más cuanto una lucha entre un expansivo poder patriarcal sobre lo que fue el matriarcado. Todas, las sagas mitológicas celtas, noruegas, griegas, andinas, mayas, etc., narran cómo el privilegio de un

Dios o Dioses, hombres, padres, hermanos, esposos, es asentado sobre la Diosa, hermana, esposa, madre, hija, etc. Es la lucha desde un nuevo orden que institucionaliza en lo espiritual la subordinación del poder matriarcal.



Siglos de una herencia judeo-cristiana patriarcal nos machaca a un dios punitivo, ajeno y todopoderoso. Por fortuna, tres eventos han comenzado a revocar esa distancia y su artificio: a) los movimientos feministas ecologistas y antimilitaristas, b) los movimientos New Age y c) los escándalos de abuso sexual de los curas católicos pederastas. Los dos primeros como movimientos políticos en pro de la naturaleza, del cuidado ecológico, responsable de la madre-tierra, la Pachamama andina. El segundo, el descrédito que día a día acumula la Iglesia católica patriarcal al haber negado sistemáticamente todos los casos que se dieron en países tan distantes como Irlanda, Brasil, México, Estados Unidos, Canadá, Alemania, etc., de clérigos pederastas. Los pastores de Dios alejan a los feligreses con sus encubrimientos y declaraciones, hacia una búsqueda de otras divinidades más benévolas y cercanas. La última declaración del obispo Felipe Arizmendi, de San Cristóbal de las Casas al tratar de justificar los actos pederastas, empuja todavía más a la desbandada: «No seas ocasión de que un sacerdote sea infiel a su vocación. Si le significas una tentación, aléjate y exígele que viva con autenticidad su consagración». Habría que preguntar ¿cómo acercarse a un Dios por intermediación de los párracos que ven la tentación en cualquier infante?

El movimiento New Age, proscrito por la Iglesia católica y tal vez sin mucho proponérselo, por el contrario, acerca a la gente a la idea de una deidad Padre-Madre fuera de toda jerarquía institucional, más cercana a lo cotidiano, a la naturaleza, a la vida, a la tierra, a las tradiciones indígenas olvidadas por las migraciones, por la devaluación de las culturas nativas y la discriminación de tales prácticas. Una vuelta a la agricultura sustentable, a la madre-naturaleza sin abuso o explotación, a vivir en y con ella y a la que hay que cuidar y proteger.

Aquí en Jalisco, contamos con un triunvirato de vírgenes con basta fama en el país: la virgen de San Juan de los Lagos, la de Talpa y la Generala de Zapopan, a pesar de que generan una gran derrama económica, no tienen el grado de Diosas. Sólo son funcionales a la Iglesia católica como semi-divinidades, madres asexuadas [*sic*], escuchan y resuelven toda clase de calamidades, accidentes y enfermedades, movilizan año con año a las masas dejando una fortuna en el estado y al clero. Los «falsos dioses», en manos de la Iglesia católica, esconden, piratean a las Diosas madres, sensuales y doncellas, tres formas de ser de las Diosas, arquetipos que esperan ser reivindicadas para volver a recuperar su rango y su altar.

Si por Dios hay que entender la voluntad de creer en un ser supremo autor de todo lo que nos rodea con el fin último de crear del caos, armonía; entonces, el género sería superfluo o indistinto y nos podríamos referir a esa divinidad como Diosa o Dios, padre o madre. Pero si el creer y venerar a un Dios esconde un orden de supremacía masculina que se adjudica la espiritualidad sobre la creatividad y la intuición, el control sobre la vida humana y el dominio absoluto de la naturaleza, sin reconocer además la identidad femenina más allá de la maternidad-pasiva, entonces, sólo se trata de un régimen patriarcal cuya única virtud es la obediencia a la autoridad jerárquica y masculina y a la codicia irresponsable.

Prefiero esperar mejores tiempos, cuando Dios sea una mujer.

Olivia Fregoso

Nació en 1979. Es odontóloga. Practica el Budismo Mahayana.

Dentro del budismo no hay un Dios creador; a través de las enseñanzas del Buda se logra alcanzar la iluminación o el despertar completo

Entré al budismo hace aproximadamente siete años. Todo comenzó cuando un compañero y yo íbamos a visitar a otra amiga y nos platicaba sus experiencias sobre el budismo; yo nada más escuchaba y hasta ahí. Tengo un diplomado en Clínica de dolor y cuidados paliativos; al final del diplomado me regalaron el *Libro tibetano de la vida y la muerte* de Songyal Rinpoche, y ahí fue donde empecé a leer más sobre lo que es el budismo; antes había leído de su santidad Dalai Lama *El arte de la felicidad*, y ahí empecé a interesarme más. Este compañero estaba en Casa Tíbet y le pedí que cuando hubiera algún curso introductorio me avisara. La primera vez no fui por problemas de horario, la segunda vez no tenía dinero, y hasta la tercera pude ir a un curso introductorio. A partir de entonces he seguido.

Mi familia es de religión católica; sin embargo, yo, desde niña, me había empezado a cuestionar muchas cosas en relación al catolicismo. Estuve en colegios de monjas, grupos juveniles, coros, etc. El problema es que si dentro del catolicismo tú preguntas, eres un hereje, era algo prohibido preguntar a las monjas, a los sacerdotes o seminaristas, siempre debías limitarte y no preguntar, tienes que creer por creer. En ese sentido, a mí no me convencía. Algo que dice en la Biblia que decía Jesús: «o eres frío o eres caliente, porque a los tibios los vomito»; yo tenía pleito con eso, pensaba: es que los extremos no van, porque no puedes estar en un clima totalmente frío ni tampoco caliente, debe haber un término medio, pensando como humano; y dentro del budismo se habla del camino medio, la enseñanza principal de Buda Sakia Muni, el buda histórico. Él, de ser un principie y tener toda la riqueza, decidió ir a la búsqueda de algo más, y se fue como asceta donde estuvo torturando a su cuerpo y dejando de comer para trabajar con la mente; ahí se dio cuenta de que no era el camino de los extremos, sino el medio, el verdadero camino. Esto sucedió a partir de que escucha a un maestro enseñando a tocar un instrumento de cuerda

a su alumno, y le decía: si tú aprietas mucho la cuerda se pude romper, si la dejas muy floja no va emitir ningún sonido, tienes que apretarla en el término justo, el que corresponde. Es ahí cuando a Sakhia Muni le cae el veinte, y esa situación, que me causaba tanto conflicto dentro del catolicismo, así se podía resolver.

Una vez que entré al budismo y empecé a ir a retiros, comprendí que definitivamente es el camino que yo había estado buscando. Ya había visitado otros grupos: cristianos, de la luz dorada y de gnósticos, meditaciones, dentro de esa misma búsqueda, pero nada me convencía hasta que llegué al budismo.

El budismo es la madre de las psicologías. Es muy confrontador. Te hace responsable a ti de todo lo que te pase; el budismo en ese sentido es muy rico, porque realmente puede haber una transformación interna, que es lo que siempre yo he estado buscando a lo largo de mi vida y te da los métodos para poderlo desarrollar. Finalmente, eso es lo que me llevó al budismo. Cuando entré, para mí fue estar en mi elemento, lo que busqué toda mi vida, soy la única budista de mi familia, los demás siguen en lo suyo, hay un respeto en las creencias que tiene cada quien.

Dentro del budismo no hay un Dios creador, sino que a través de las enseñanzas del Buda se logra alcanzar la iluminación o el despertar completo. Nosotros seguimos esas enseñanzas para realmente transformar nuestra mente, y una de las bases principales es: si no puedes beneficiar a los demás, por lo menos no les hagas daño. Ésa es la práctica principal que establezco en mi vida: no matar cucarachas o zancudos, o lo que se me atraviese; respeto la vida de todos los seres, ya que el budismo es muy incluyente, todos los seres sintientes tenemos ese potencial de podernos iluminar.

El budismo se centra más en la persona, dejas de ser víctima y de buscar culpables afuera, asumiendo cada quien la responsabilidad de todo lo que nos pasa. Esto se explica a través del karma, que es la remuneración de las acciones, cuerpo, palabra mente; de todo lo positivo que has hecho y de todo lo negativo. Si yo soy responsable de las cosas que me están sucediendo ahorita, dejo de buscar y señalar afuera, de esta manera puedo ser más feliz si entiendo también que lo que los demás hacen es bajo la misma perspectiva, que todos queremos ser felices y queremos dejar de sufrir. Sin embargo, desconocemos cuáles son las causas que realmente nos van a hacer felices y casi siempre caemos en las cosas que nos van a hacer sufrir. En ese desconocimiento de cómo operan las cosas (las vemos como si fueran permanentes cuando

en realidad son impermanentes) todo cambia y se transforma, instante a instante, tus relaciones, tus ideas, tu cuerpo, todo lo que nos rodea. Esos cambios sutiles te ayudan a aferrarte menos y a ser más libre. Es todo un trabajo de vida.

Como no hay un creador, creemos, a través del razonamiento lógico, que nada viene de la nada y todo viene precedido de algo más; las mismas células vienen de unas células previas, de esa división celular: unas mueren y otras se siguen regenerando.

Toda causa genera una consecuencia. Un pensamiento nuevo viene de un pensamiento previo, una emoción viene de una emoción previa. Dentro del budismo se habla de la reencarnación o de los renacimientos; la cosmogonía budista habla de diferentes planos de existencia: no siempre somos humanos, a veces estamos renaciendo en otros cuerpos, como pueden ser animales, pueden ser espíritus.

Si no vamos hacia atrás, tu mente se integra dentro de un cuerpo, pero no forma parte de ese cuerpo, tu mente viene de una mente previa, hablamos de un continuo mental, desde el tiempo sin principio. No hay un momento de creación, porque se sale de esa lógica, debe de haber algo previo, nada surge de la nada, no hay un dios creador ni la idea de que un día, de la nada, surgió todo esto. No tiene lógica.

Toda mi vida he buscado ser mejor persona y he buscado los medios y métodos para lograrlo. He estado en terapia, también en esa búsqueda de integrarme bien como ser humano y el budismo da todas las herramientas a través de las enseñanzas, de la meditación. El budismo también te dice que no tienes que creer porque te lo dicen, es escuchar las enseñanzas, estudiarlas, meditar en ellas, reflexionar, y si lo puedes aplicar en tu vida, aplícalo, si no, déjalo de lado y continúa adelante. No hay un dogma que tengas que creer tal cual; por eso, el budismo me gusta más, porque invita a pensar, no a creer por creer. Y dentro de las premisas está poder beneficiar a los demás seres, y si no los puedo beneficiar, por lo menos evitar dañarlos; y a través de la práctica poder transformar mi mente y ser mejor humano.

Dentro del budismo han fortalecido esta creencia los mismos maestros, Su Santidad el Dalaí Lama, Lama zopa Rinpoche, *él* es nuestro director espiritual. Otros maestros que han venido a darnos enseñanza son un ejemplo vivo de las mismas; personas que realmente subyugan su mente; no hay un ego que quiera sobresalir, siempre están buscando cómo beneficiar a los demás, siempre están al pendiente de sus alumnos.

Cuando tú decides ser budista es porque ya estuviste estudiando las enseñanzas, ya empezaste a practicar y has confirmado que ése es tu

camino. Para ser budista existe un ritual que se llama «la toma de refugio». Generalmente, cuando viene un maestro con quien te sientes conectada o en confianza, le puedes pedir ese ritual o esa toma de refugio. A través de esa toma de refugio es cuando me vuelvo realmente budista; dejo de lado cualquier otra religión y me refugio en «la triple joya» que es el: *Buda*, *el Dharma* (o enseñanzas y *zanga* que es la comunidad de seres realizados monásticos, la comunidad budista. Generalmente, cuando se toma refugio, se toman los cinco votos del laico: evitar matar, evitar mentir, no tomar intóxicantes, como el alcohol y el cigarro, no tomar lo que no te ha sido dado, y no tener una conducta sexual inadecuada.

La experiencia de la meditación es muy difícil poderla expresar en palabras. Es una gran emoción y una gran convicción de que realmente estoy donde quiero estar y que mi búsqueda ha terminado, que estoy donde lo necesitaba. El ritual depende de cada maestro. Por lo general, se comienza a asistir a las clases, a las enseñanzas, se puede ir a algún retiro y hacer meditación. Esto lleva a la convicción de encontrar el propio camino. Hay mucha gente que entra al budismo, vienen unas clases, se sienten muy confrontados y se salen. Es una decisión muy personal. Y cada maestro lo lleva de manera diferente, pero lo básico es la transmisión de los votos, del linaje.

Existen diferentes escuelas dentro del budismo. La fundación a la que voy pertenece al linaje de su santidad *Dalaí Lama*. Nos integramos como una familia. El ritual está basado en varias oraciones, ofrecimientos y el compromiso de la toma de los votos laicos, y de que nuestro refugio es «la triple joya». Dejar de andar buscando en otros sitios.

Desde niña, de alguna manera me conectaba mucho con Jesús. Trataba de conocer sus enseñanzas. No estoy de acuerdo con lo que ha hecho la Iglesia católica. Jesús estableció la iglesia mística, y lo que ahorita predomina es la iglesia política: las enseñanzas de Jesús las han manipulado y dejado a un lado. En aquel tiempo mi experiencia se enfocaba a la culpa: «si no haces», «si no te portas bien, Dios te va a castigar» y «si no actúas como corresponde, te vas a ir al infierno»; en ese sentido de recompensa-castigo, para mí no fue una vivencia muy positiva. Pero en cuanto a tratar de seguir las enseñanzas de Jesús, de eso sí estoy bien convencida. Al estudiar el budismo he entendido muchas de las cosas que enseñaba Jesús; de hecho, dicen que si Jesús y Buda hubieran nacido en la misma época, se hubieran reconocido como hermanos. Este *Buda Sakia Muni* nació 500 años antes que

Jesús; sin embargo, la base de sus enseñanzas son las mismas, y hay un momento en que se diversifican en el sentido de que Jesús se enfoca a Dios y Buda a la transformación mental y la liberación del ciclo de samsara, del renacimiento y muerte constante.

A través de las meditaciones, las prácticas, la recitación de *sutras*, se mueve una energía y hay un cambio constante. Son experiencias difíciles de exponer con palabras. Hay una meditación muy bonita que se llama «de tomar y dar», en la cual estás visualizando que tomas el sufrimiento de todos los demás seres y les entregas a todos toda tu felicidad, todos tus méritos, todo lo positivo que tú tienes. Es una meditación que en lo personal me gusta mucho y que es confrontadora, en el sentido de que si tú estás haciendo esa meditación para alguien que esté enfermo, de cáncer, por ejemplo, siempre nuestro ego sale, «¿Y si yo me enfermo por hacer esta meditación?» Es muy interesante lo que pasa con nuestra mente; el budismo nos invita a darnos cuenta qué nos pasa en nuestra mente, para poder transformarlo, porque en realidad, al hacer la meditación, estoy tratando de destruir mi propio egoísmo, y lo que me hace pensar que a lo mejor yo me voy a enfermar si hago esta meditación es esa parte de ego que no quiere ser destruido. Sin embargo, a lo largo de la práctica, puedes en un momento dado, y si logras desarrollarte, ayudar a la persona que está enferma.

Desde hace cuatro años soy la administradora del Centro. Participo dirigiendo meditaciones, dando clases, prácticas, todo lo que pueda ayudar dentro de la casa: acomodar, arreglar, limpiar, traer cosas que sean necesarias; buscar la forma de que se pueda mejorar la función del centro en sí.

Soy dentista, trabajo en Cocula para el Seguro Popular; voy todos los días y regreso por las tardes para atender el centro. Aplico el budismo recordando que estoy trabajando para el beneficio de los demás. A veces me siento cansada y pienso: «¡ay! ya llegó otro paciente,» y lo que hago para tratar de darle felicidad a los otros y beneficiarlos, pues ésa es mi labor, de alguna manera surge la energía y la paciencia para seguir trabajando, para estar yendo y vieniendo todos los días. La verdad, me regreso por el Centro, por todo lo que hago aquí.

Dentro del budismo no se hace proselitismo. La gente que viene es porque está interesada. Si nos ven con mucha paz y tranquilidad se acercan, yo no salgo a buscar a la gente para tratar de convencerla.

Uno de los principios más fuertes es el karma: si todo lo que digo, hago y pienso me va a generar consecuencias buenas y malas, pues debo estar muy atenta a qué es lo que estoy haciendo. Si yo quiero co-

sechar un árbol de manzanas, tengo que sembrar semillas de manzana. Si yo siembro hiedra venenosa, obviamente es lo que voy a obtener. Es esa labor diaria de ver qué estoy sembrando y tratar de estar más consciente, porque rara vez nos damos cuenta exactamente qué estamos haciendo o qué estamos diciendo o cómo lo estamos diciendo.

El segundo principio es la creencia de que todos queremos ser felices y dejar de sufrir; que de alguna manera todo lo que hacen los demás es en esa misma búsqueda; y si yo, en mi búsqueda de felicidad daño a otros, ¿por qué me voy a molestar si otros me hacen daño a mí?, y tratar de comprender ese mecanismo de cómo funciona nuestra mente.

Y el tercero, la creencia en el renacimiento, la vida en el más allá: si yo quiero continuar en el mismo camino, entonces irme preparando para la muerte, que puede llegar en cualquier momento, realmente volverme a encontrar con las enseñanzas; y no por un momento de coraje, de crisis, mi mente se encuentre en un estado no muy apropiado en el momento de la muerte. La muerte es algo que nos va a pasar a todos; eso mismo habla de la impermanencia, y así como todo cambia y se transforma, también nosotros. El pensar constantemente en impermanencia te ayuda a disfrutar más de la gente con la que convives, de este cuerpo que tienes ahorita, que tiene salud, que puedes mover, que puedes hacer lo que tú quieras, que puede practicar. Y mantener presente la idea de que cualquier día y en cualquier momento, así yo esté sano, puedo tener un accidente y morir. ¿En qué estado mental quiero yo morir?, ¿presa del estrés y del coraje, de la ansiedad de diario o tratando de tener una mente más en calma y en paz?

Juan David Covarrubias Corona

Nació en Guadalajara en 1986. Historiador, egresado de la Universidad de Guadalajara. Productor radiofónico de Radio Universidad de Guadalajara.

Mi propio derrotero como misionero me llevó a una confrontación muy severa

Siempre fui muy devoto, desde niño me atraía la presencia supra humana, me gustaba pensar que podía sentirla cerca, y que mi ínfima persona se podía conectar con dios en el momento que yo lo necesitara.

Eran otros días, unos en los que mi familia no sólo me inculcaba una fe sino que la fe misma era esencial para disfrutar de la vida. Fui a colegios de monjas donde la clase de moral o religión son importantes para aprobar el ciclo escolar, donde se rezaba a diario antes de iniciar las actividades escolares, a medio día (el Ángelus) y donde cada viernes primero de mes se asistía a una breve celebración en el templo contiguo al colegio.

Conforme fui creciendo, mi devoción fue adquiriendo su propia voz, me gustaba sentirme católico y protegido por las manos de dios; decidí entrar a grupos juveniles religiosos barriales (incluso mintiendo en mi edad para que pudieran aceptarme). A la par, y por motivos colaterales, conocí una casa de oración de Carmelitas descalzos; ahí tomé un retiro espiritual, posteriormente decidí abandonar los grupos barriales y entré a un grupo de jóvenes semejante a los *scouts*, pero con el matiz carmelita. No satisfecho con eso, entré a una comunidad misionera (sin renunciar al otro grupo) adscrita a la misma casa. Fue ahí donde eché mis raíces, la comunidad era laica (actualmente ya no existe) pero coordinada por un fraile de la orden del Carmen; se sustentaba en la oración contemplativa, pero también apelaba a su sentir pastoral de «llevar la palabra» a los rincones que difícilmente puede llegar la mayor parte del tiempo.

El dios que me presentaron los carmelitas fue uno muy desconocido para mí, uno muy íntimo y comprensivo, cercano. Con él hablaba todos los días, decidí llevar la oración contemplativa a mi vida cotidiana: prendía velas aromáticas y ponía música instrumental de fondo para crear una atmósfera propicia para entrar en contacto con dios. Así sucedieron más de dos años de mi adolescencia, yo tenía trece años cuando conocí a los carmelitas, y alrededor de quince cuando empecé a cuestionar a la Iglesia católica. Desde entonces odiaba al cardenal Juan Sandoval (lo peor es que ese pendejo me confirmó pues era un amigo muy cercano a la directora del colegio donde estudié la secundaria); mi postura anticlerical se empezó a gestar en un primer momento por las constantes apariciones del cardenal en la vida política del país (cómo olvidar el relajo que causó la película del Padre Amaro¹). Pero mi propio derrotero como misionero me llevó a una confrontación muy severa; conocí sacerdotes prepotentes, altaneros, hipócritas, tiranos, acosadores, etc., donde el lujo y las monaguillas (de diecinueve años) eran algo común, o bien curas que se enriquecían a

¹ *Diálogos*, Platón, Editorial Porrúa, México, 1984, p. 362.

costillas de «su grey amada». A los diecisiete yo ya era un católico anticlerical y disidente, me negaba a comulgar por no considerarme en comunión con mi iglesia y con las atrocidades que algunos de sus líderes cometían. De repente, un día me colmó de toda esa basura religiosa, estaba yo en plena meditación (normalmente duraban entre cuarenta y hasta ochenta minutos) cuando me enojé con dios; ya no sólo se trataba del coraje a cuestas que había pendiente sobre la iglesia que lo sustentaba, en lo personal estaba pasando por unos malos momentos cuando decidí confrontarlo y no aceptar su sagrada voluntad, no podía concebir cómo me estaba pasando eso a mí, siendo yo uno de «sus apóstoles» llevando *la palabra* a zonas inhóspitas sin pedir nada a cambio; al contrario, haciendo un montón de cosas para conseguir dinero para irme de misiones junto con mis otros amigos y cofrades. Ese día cuestioné su justicia en un primer momento, pero, luego de unos minutos, terminé abruptamente la oración, me paré enojadísimo y decidí jamás volver a hablar con él, de hecho pensé: todo este tiempo me la he pasado hablándole al aire, creyendo en amigos imaginarios que necesitaba para sentirme bien.

A los pocos meses entré a la licenciatura en Historia y mi vida tomó un sentido más crítico, aunado al de una perspectiva histórica. En el segundo semestre yo sentí una vibra especial por Quetzalcóatl, y decidí conocer más sobre su esencia. Luego de haber hecho una investigación seria al respecto, me pregunté: ¿qué hubiera pasado si los españoles no hubieran impuesto su credo en esta parte del mundo? Tentativamente seguiría existiendo todo un panteón de dioses inspirados en la cosmovisión de la zona. Quetzalcóatl me cayó bien desde un principio, desde el significado de su esencia, la mediación entre lo terreno y lo alado, el equilibrio que permite aspirar a lo etéreo. Me llamaron la atención las ofrendas que, según la tradición, se le ofrecían: poesía y flores. Todo este pasaje me llevó a pensar que cada cultura tenía que tener un dios cercano a su realidad, y a mí me llevó a sentir mucha empatía por Quetzalcóatl. Pero para esos momentos yo sentía una tremenda aberración por cualquier figura supra humana que se jactara de haber creado cosas para deleite del hombre; entonces reafirmé mi idea de que este simbolismo no llevaba a otro lado más que al de un control social y cultural.

Al paso de los meses, y a pesar de Quetzalcóatl, me consideré ateo y anticlerical, duré más de dos años pensando así, discutiendo a diario con mis padres y muchos de mis amigos (entre ellos algunos de mis ahora ex compañeros de la comunidad misionera) al respecto. Un día

que me encontraba de vacaciones en Mazamitla, mientras caminaba por el bosque en la Sierra del Tigre sentí algo, no sé si fue el paisaje de un bosque lúgubre iluminado por un puñado de estrellas, o el hecho de sentir el bosque y su espesor mientras caminaba, lo cierto es que me sentí lleno de emoción, alegría, seguridad, hasta podría decir que sentí algo semejante a la plenitud (si es que esto existe). Esa noche me di cuenta de que algo había cambiado en mí, pero no supe qué sino hasta el paso de los años.

A Mazamitla estuve (y sigo) regresando cada seis meses, en el próximo viaje me di cuenta que en el bosque yo experimentaba lo que en la oración contemplativa años atrás; así que decidí que mi espiritualidad podía ser expresada en otros parámetros y bajo otro paradigma. Es decir, la Iglesia fomenta la idea de que sólo a través de ella y de sus ritos se puede acceder a dios, pero yo experimenté ese estilo de vida espiritual y terminé por sentir un vacío. Ahora yo siento ese *contacto divino* cuando abrazo un viejo y alto pino, cuando percibo ese olor característico del espesor de la Sierra del Tigre. No acudo al bosque como acudía al templo, ni con la frecuencia que entraba en un estado contemplativo con dios, lo hago como dos veces al año, es algo realmente íntimo y personal, sin un lapso establecido y con la franqueza que el propio paisaje otorga a cualquiera que se interne en el bosque, me siento parte de ese entorno y hasta llego a sentir que el bosque me acepta como parte de sí.

Jorge Enrique Delgadillo Núñez

Nació en 1988. Historiador de la Universidad de Guadalajara.

La discusión entre los creyentes y no creyentes es una cuestión de si se quiere o no se quiere creer

Por qué no creo en Dios

Me gustaría comenzar este pequeño escrito, en el que sucintamente explicaré por qué soy ateo, con unos breves datos sobre mi persona y la educación que me dieron mis padres, pues considero que es importante al momento de explicar estos temas. Mi nombre es Jorge Enrique

Delgadillo Núñez, tengo 23 años y estoy por terminar la licenciatura en Historia, por lo cual ya me he acostumbrado a cuestionar prácticamente todo. A diferencia de la gran mayoría de las personas en este país, yo no me crié en el seno de una familia católica; mis padres, en cambio, sí.

Mis abuelos maternos, al igual que mi madre, son originarios de Sayula, al sur del estado, ellos son católicos e inculcaron esa religión a todos mis tíos y a mí mamá. Sin embargo, ella actualmente se encuentra alejada de la Iglesia, aunque sí cree en dios, en el cristiano, puesto que lee la Biblia por su propia cuenta. El caso de mi padre es un poco más complicado, él es originario de Teocaltiche, un pueblo de Los Altos, mis abuelos paternos también fueron educados como católicos, pero mi abuelo con el tiempo se hizo bautista, lo que le acarreó ciertos problemas en aquel lugar. De esta manera, mi padre se crió en un ambiente un tanto conflictivo, ya que mi abuela quería que sus hijos fueran católicos, pero mi abuelo no. Si bien durante su niñez fue educado como católico, con los años mi abuelo les fue contando (a mis tíos y a mí papá) sobre su religión, la bautista, y sobre los problemas que había tenido en su pueblo, entonces —pienso— mi padre desarrolló cierta aversión al catolicismo. Actualmente no asiste a ninguna iglesia, aunque ocasionalmente ha ido a un templo bautista.

Así pues, la misma discusión que en su momento hubo con mis abuelos sobre la crianza de sus hijos, surgió en mi familia cuando ya habíamos nacido mis dos hermanos y yo. A la larga, mis padres resolvieron que nosotros, llegado el momento, decidiéramos en qué religión nos gustaría creer, empero, sí trataron de inculcarnos la creencia en un ser creador, todopoderoso, etc., especialmente el cristiano, pues nos alentaban a leer la Biblia. A la par que mis padres me inculcaban la creencia en un dios, platicándome sobre la Biblia —incluso llegaron a comprar una para niños—, también me infundieron el hábito de la lectura en general, pues ambos tenían estudios de licenciatura y habían juntado un acervo de libros de diversos temas, entre ellos, de historia. Así, yo me fui interesando en los libros de esta disciplina y fui conociendo sobre distintas civilizaciones y sus creencias; de hecho, la mitología fue una de las primeras cosas que me llamó la atención. Pasaron los años y yo me fui adentrando más en la historia, hasta que entré a la licenciatura, entonces fui definiendo más mis ideas. Antes no estaba seguro en lo qué creía, si me preguntaban si creía en dios, decía que sí, aunque no lo hacía tan convencido. A la par de que yo me adentraba más en la historia, la insistencia de mis padres con res-

pecto a inculcarme una idea de dios fue disminuyendo gradualmente —supongo que pensaron que la semilla ya estaba plantada—, todo se redujo a charlas ocasionales sobre el tema, que por supuesto todavía tenemos, lo cual me parece muy bien, pues según me platican algunas personas, no muchos padres son tan abiertos como para poner en tela de juicio a la religión.

Ahora bien, realmente estoy convencido de que la discusión entre los creyentes y no creyentes es una cuestión de si se quiere o no se quiere creer, intentar comprobar la existencia o no existencia de dios sería entrar en una discusión bizantina; mi explicación no va por ese camino. Así que a continuación trataré de explicar por qué yo he decidido no creer. Desde que comencé a leer libros de historia, y más actualmente que estoy terminando la licenciatura, he llegado a la conclusión muy personal de que las religiones surgieron, como muchas otras cosas, debido a distintas necesidades humanas y que han cumplido una función social importante en las sociedades; sin embargo, estoy convencido de que esas necesidades y esa función ya han sido rebasadas.

La «inención» de los distintos dioses —por decirlo de esa manera—, y subsecuentemente de las religiones, ambos conceptos imposibles de desligar, dotó a las primeras civilizaciones no sólo de una explicación del mundo en que vivían y del universo en general, sino de una cohesión interna y de una moral, que les permitiera precisamente vivir en sociedad. Además, prácticamente no hay aspecto de las sociedades humanas que no se haya desarrollado gracias a, o como una extensión de, la religión: las artes, las ciencias, la economía... nada estaba desligado de las creencias religiosas. En ese sentido, me queda muy clara la función histórica de que la idea de dios y la religión cumplieron en su tiempo.

Pero también tengo muy presente que las religiones surgieron de las distintas necesidades humanas. La necesidad de explicar los fenómenos naturales, el origen de la humanidad, falta de esperanza etc., y conforme se desarrolló la humanidad, obviamente sus necesidades se hicieron más complejas, por lo tanto surgieron nuevas religiones. De esta manera, no tengo duda de que la religión se originó de las distintas necesidades humanas e hizo las veces de un elemento cohesionador y organizativo, gracias al cual, en su momento, se desarrolló la civilización.

Sin embargo, como ya lo dije, no creo en ninguna religión, porque, me parece, ya no hay necesidad. Primero, todos los elementos que se desarrollaron gracias a la religión se han separado de ella y especialmente uno: la ciencia. Yo sé que la ciencia no tiene todas las respuestas

ni puede llegar a ser un sustituto de la religión, pero sí tiene el potencial de resolver cada vez más interrogantes; en cambio, la religión actualmente parece ser algo estático, y sus respuestas simplemente no me satisfacen. Segundo, los procesos sociales que se viven actualmente se dan a un ritmo más acelerado y las religiones no parecen ponerse al corriente de ellos, simplemente parecen no darse cuenta de que la sociedad está cambiando. La religión actúa hoy en día más como rémora que como elemento organizador de la sociedad; lo cual me lleva finalmente a un tercer punto, otro aspecto por el cual considero que la religión no es necesaria: la moral.

Como dije anteriormente, la idea de dios y la religión ayudaron al hombre a vivir en sociedad, pues los proveyó de un camino de vida, una forma de convivir en armonía. Empero, la moral siempre ha sido, y siempre será, algo independiente de cualquier religión, y mucha gente parece no entenderlo. Tal parece que la concepción que se tiene de un ateo es igual a la de un criminal, un asesino o un violador. No sé si los creyentes están enterados, pero los países con mayor número de personas que se dicen ser religiosas son los más violentos: Brasil, el país católico más grande y poblado del mundo, con problemas similares a México (el segundo país católico del mundo) y su guerra del narco. Los países musulmanes y sus guerras «santas» y terrorismo. El punto es que ser religioso no equivale a ser buena persona. La moral puede y debe existir independiente de cualquier religión, sólo se necesita el respeto mutuo.

Finalmente, reitero: no creo porque no hay necesidad de hacerlo.

Pedro Javier Cueto Michel

Estudiante de la licenciatura en Historia en la Universidad de Guadalajara.

Las dudas fueron y son más grandes que la supuesta fe

¿Cómo dejar de creer en algo, en especial cuando está tan arraigado, como lo es la fe en dios? Es difícil. En un principio no crees en esto; es decir, en vez de dejar de creer en algo, es más bien dejar de creer en algo en lo que al principio no creías. Cuando nací, no creía en dios, es más, ni siquiera conocía que había algo como un dios; sin embargo,

cuando me fueron educando, me comenzaron a inculcar la idea de un dios. Después, ya educado y siguiendo lo que a mi parecer era normal, empezó a desarrollar la fe en él. La respuesta a la pregunta inicial es fácil: sólo hay que dudar. Quizá al principio dudas un poco fuera de lugar, simples dudas que más tarde serán dudas complejas. Una analogía efectiva sería una bola de nieve que crece con cada giro.

En mi adolescencia, como todo buen adolescente, pensé: si algo se me impuso de manera arbitraria, y yo lo asumí, de la misma forma puede ser *eliminado*. Este pensamiento no fue propio, ya que en ese entonces escuchaba y leía canciones y lecturas con temáticas anarquistas y *punks*. Sin embargo, me sirvió para proyectar y a la vez poner en duda de la fe en dios. Si bien estas canciones y lecturas no lograron que dejara de tener fe en dios, debido en gran medida por la fuerza de ésta o por lo impersonal de las canciones y de las lecturas, tampoco pasaron desapercibidamente, ya que lo que produjeron fue una fuerte molestia tanto con la Iglesia como con la religión y con dios, en general, pero centralizada en el catolicismo, debido a que fue la religión y el dios en el que tenía fe.

Cuando crecí un poco más reflexioné sobre este tema. Me di cuenta que la molestia que sentía era falsa; o al menos la molestia con dios y con la religión, ya que no tenía razones para ello, quizás algunos argumentos maltrechos, como no poder afirmar la existencia de dios y cosas de éas. Mi problema era con las instituciones, y hacía años que me había separado de ellas; por lo tanto, seguir con esa molestia era ciertamente algo innecesario.

El siguiente paso era dejar de tener fe en dios. Aquí hay muchos problemas y malentendidos, ya que cuando se dice «no creo o no tengo fe en dios», se da por sentado que niegas la existencia de dios, lo cual es incorrecto. No tener fe o no creer en dios no significa negar que existe. Por el contrario: si aceptas que no crees o que no tienes fe, es aceptar que existe, pero eso no viene al caso.

Lo que yo sentía hacia dios era fe, no creencia, aquí abro un paréntesis para explicar cómo concibo tener fe y creer en algo ya que podría confundirse y, por lo tanto, malinterpretarse. Lo primero, la fe, es confiar o esperar algo de alguien, en este caso de dios; sin embargo, esta confianza o esta esperanza es ciega, ya que no hay pruebas que demuestren que dios existe, pero los que tienen fe en dios no las necesitan, ellos confían y esperan de dios, sin importar que no puedan confirmar que dios está ahí para corresponderles o que si está ahí les corresponda. Tener fe es cerrar los ojos y dejar que alguien te guíe. Creer, por el

contrario, es confiar y esperar, pero teniendo pruebas. No importa si aparentemente son absurdas, el que cree necesita que le recuerden con pequeños detalles lo que cree. En el caso de las religiones: testimonios, ya sea hablados, escritos, pintados, aparecidos u otros. Por eso las imágenes, los textos sagrados, los fenómenos con supuesto origen divino... Creer en algo ya es más mezquino, es menos puro, suponiendo que la fe es algo puro.

Expuesto lo anterior, y como ya mencioné, yo tenía fe en dios, no creía en dios. Todas esas pruebas me parecen realmente absurdas: un libro escrito hace miles de años por alguien que no se sabe quién fue, contando sucesos fantásticos, nunca me pareció muy lógico, ni tampoco muy racional basar algo tan grande como es la religión católica en algo tan pequeño como un libro. Las apariciones que supuestamente pasaron y siguen pasando también me parecen falsas; más aun cuando la iglesia necesita de esas apariciones para sobrevivir. Ciertamente, confiaba y esperaba de dios, aun sin tener pruebas de su existencia o de su presencia; sin embargo, con la molestia producida con la música *punk*, se puso en duda la fe, ahora me pregunto: ¿en verdad era fe lo que sentía, o sólo creía tener fe? Si a lo anterior le sumamos la desconfianza natural, tener fe se me hizo algo desagradable no tanto porque me molestara, sino por no poder probar o conocer algo que me era fundamental para tener fe: la existencia de dios.

Con el tiempo mi fe se fue perdiendo, quise reemplazarla con la creencia, pero las pruebas no me satisficieron, nunca lo hicieron. Soy alguien que no puede tener fe en algo, soy demasiado desconfiado, demasiado escéptico como para tomar las cosas sin conocer, o al menos intentar conocer esas cosas. No tengo fe en lo que no puedo sentir o conocer. Se puede tener fe, pero no por ello la fe va a llegar a algún lugar. Pienso que tener fe es aventar una piedra al vacío: ¿cómo tener fe en algo que no conoces? ¡Sólo es algo arrojado al vacío! Las probabilidades de que dios quiera nuestra fe son tan amplias y tan pocas como todo lo relacionado a él, desde su existencia hasta su moralidad.

Dios, como concepto, es algo que está afuera de la comprensión humana; o al menos de la mía. No creo en dios, nada me ha pasado para considerar ese suceso como una prueba de la existencia de dios. Para llegar a creer, aun cuando me pase algo con posibilidades muy bajas, no por ello creeré en dios, sino en las matemáticas. A pesar de mi falta de fe y creencia en dios no significa que niegue que exista; a mi parecer, esto es tan absurdo como afirmarlo, no tengo las pruebas para hacer cualquiera de las dos cosas y dudo algún día tenerlas

y también dudo que alguien las tenga. Soy alguien que cree en lo que puede conocer, no importa si lo entiendo o lo comprendo. Con saber que existe me basta. No soy alguien que pueda tener fe, necesito conocer las cosas que creo, no confiar ciegamente en alguien o en algo más.

Decidí no creer en dios no porque esté molesto o irritado contra él. Ni siquiera tengo algo en su contra. Sólo dejé de tener fe porque las dudas fueron y son más grandes que la supuesta fe. Las supuestas pruebas no me dicen nada, sólo especulación, sólo dudas, sólo esperanzas de algunas personas. No me satisfacen. Si algún día se encontraran o se dieran a conocer pruebas irrevocables de la existencia de dios, no exclusivamente el católico, sólo un dios de cualquier manera en que las religiones lo conciben, solamente pensaría: éas son las pruebas de la existencia del dios en el que no creo.

Roberto de la Rosa

Nació en 1980. Es comerciante e Ingeniero en Sistemas Electrónicos (nunca ejerció). Budista Mahayana.

Se empezó a desarrollar la idea de que en realidad yo tenía más control sobre mi vida que Dios

Me llamo Roberto, tengo 29 años. Tengo cuatro años estudiando budismo y tres años que «soy budista» oficialmente.

En el inicio mis papás me criaron católico y todavía recuerdo que yo era un niño practicante de su religión. Recuerdo que tenía una cierta comunicación con lo que conocía como Dios. En ese entonces mi percepción de la vida era que yo crecería en el seno de mi familia y adoptaría los papeles que mi edad sugiriese. De alguna forma sentía que estaba viviendo como se debía vivir.

A los 11 años mi mamá estaba enferma de Lupus. En una ocasión nos llamó a su recámara, cuando había regresado del hospital, a mis hermanos y a mí y nos dijo: «Estuve a punto de morir, pero le pedí a Dios que me dejara vivir más tiempo porque tenía tres niños chiquitos que tenía que cuidar». Una semana después, ella murió.

De forma práctica el mensaje que yo interpreté de la situación fue el siguiente: Un ser llamado Dios que es omnipotente y amoroso, se

llevó a mi mamá sabiendo que tenía que cuidarnos, no le importó que ella fuera buena y que nosotros también fuéramos buenos, simplemente hizo lo que le dio su gana de forma egoísta. Me sentí traicionado por Él, ningún mal que yo hubiera hecho de niño me parecía suficiente para haber sido castigado de esa forma.

A partir de esa edad, yo estaba enojado con la idea de Dios, incluso pedía me subiera al cielo con toda la intensión del golpearlo con mucha furia y coraje. Poco tiempo después recuerdo que mis papás me habían enseñado que yo debía rezar antes de ir a dormir y de esa forma evitaría pesadillas por las noches. Cuando en alguna ocasión me ocurría una pesadilla, en efecto me levantaba y recordaba que no había rezado, entonces rezaba y volvía a dormir. Hasta que un día pensé que no era justo que Dios me hiciera sentir ese miedo terrible por el simple hecho de no rezar, pensaba que esa era una actitud vengativa de su parte y no estaba de acuerdo con ella, así que lo reté; a partir de ahí dejé de rezar. Mi convicción fue tan fuerte que borré esa relación inconsciente de rezar y no tener pesadillas, fue ahí como se empezó a desarrollar la idea de que en realidad yo tenía más control sobre mi vida que Dios. Con el tiempo, el razonamiento lógico se fue haciendo más fuerte, y por lo tanto, la religión católica, carente de sustento racional, se fue desmoronando.

De adolescente me apasionaba demostrar la inexistencia de este Dios, o, en su defecto, la tremenda deuda que tenía hacia nosotros. Confieso que en los momentos de susceptibilidad mental mi mente recurría a él instintivamente como solía hacer de niño, pero segundos más tarde la razón imperaba sobre mis decisiones.

Así lo pasé hasta los 24 años cuando estaba a punto de terminar la carrera. En ese entonces platicaba con un profesor de electrónica del ITESM (carrera que nunca me satisfizo) sobre cómo me sentía acerca del hecho de que estaba por graduarme de la mejor institución educativa del país, y sobre cómo en mí no había mayores expectativas de lograr lo que la mayoría de mis compañeros proyectaban a futuro: no deseaba coches, no deseaba un buen puesto, no deseaba nada material y, sin embargo, no me sentía deprimido. Entonces, él me explicó que probablemente estaba teniendo una etapa de lo que en el budismo se conoce como Renuncia. Es básicamente el hecho de entender, tras mucho probar, que aquello que siempre vimos como fuentes de felicidad eran en realidad un engaño, y que la satisfacción de un ser sintiente no puede provenir de fuentes de esa naturaleza. Fue ahí como escuché por primera vez que el budismo no era una religión deísta y que planteaba algo muy similar a lo que yo sentía.

A partir de la muerte de mi mamá, sentí una tremenda susceptibilidad hacia la vida. Desde ese suceso supe que toda mi familia moriría eventualmente, tal como lo había escuchado, pero no podía experimentar esa realidad, hasta ese momento en que fui tocado con tanta dureza en un punto muy profundo. Sin saberlo, esa sensación de vulnerabilidad era justo lo que el Buda explicó como la marca de sufrimiento que tiene la existencia de los seres: una mente adicta a los objetos, personas y situaciones, que ve como existentes de forma permanente, pero que por su naturaleza de impermanencia chocan con el concepto erróneo que sostuvimos sobre ellos y esto produce sufrimiento intenso.

Dos años más tarde, y sin realmente recordar cuál fue la razón por la cual quería investigar el budismo, fui a un centro de estudios budistas tibetanos en Guadalajara. El primer día que llegué, era un lunes de meditación. La meditación en turno era: «la mente observándose a sí misma». Hasta la fecha soy bastante malo meditando; aún así, en aquella ocasión pude palpar con mi propia mente que aquello sólido y dimensional, que yo siempre creí que era la mente, no era en realidad correcto; en ese momento supe que no importaba que no me pareciera adecuada la decoración o las formas extrañas que pudiera tener el budismo, lo que viví era tan nuevo y tan real que estaba dispuesto a seguir ahí con paciencia y apertura para poder entender todo lo que el budismo proponía. Afortunadamente, para ese entonces me había cansado de ser un escéptico necio que sólo disfrutaba llevando la contra a todo tipo de creyentes.

El Buda dijo: «no debes de creer nada de lo que yo enseño sólo por un acto de fe. Cada enseñanza debes estudiarla y razonarla para que tu mente la entienda, de otra forma sería como construir un castillo sobre el hielo». Y la verdad no puede haber mejor incentivo para un ser de tendencia racional, que el hecho de que una filosofía te invite a investigarla de esta manera.

Un año después de haber estudiado de forma constante parte de la doctrina del Dharma, decidí hacerme budista, esto es: tomar la ceremonia de refugio en las tres joyas (Buda, Dharma y Shanga). Con ella, tenía la opción de tomar uno o cinco votos de laico llamados pratimoksha. Esto son: no matar, no tomar lo que no te ha sido dado, no mentir en ninguna de sus formas, no tener conducta sexual inapropiada y no tomar intoxicantes. Yo sólo tomé los primeros cuatro.

Y desde entonces hasta ahora he estado tratando de vivir acorde a lo que enseñó el Buda, con un continuo aprendizaje de nuevas enseñanzas y prácticas de diferente índole.

En el budismo tibetano hay dos grandes ramas: una es la tradición Mahayana y la segunda es la Theravada. En la primera, la motivación de todos sus practicantes es alcanzar el estado iluminado de la mente, específicamente porque tiene una cualidad, la omnisciencia. Cualidad que es utilizada para saber a la perfección qué acciones o palabras son necesarias aplicar a cada ser vivo, para llevar su mente a un estado libre de sufrimiento. Esta es una visión cien por ciento altruista, está enfocada a que todas las actividades como comer, dormir, jugar, trabajar, hablar, etc., tengan como único fin alcanzar la iluminación; no para que el practicante en sí deje de experimentar sufrimiento, lo que es consecuencia inmediata, sino que el resto de los seres se puedan ver libres del sufrimiento que representa la existencia.

La segunda tradición, que es la Theravada, busca alcanzar el estado de liberación de la mente. Esto consiste en actualizar casi todo el potencial de su propia mente hasta el punto que pueda ver la forma correcta en que existen los fenómenos, incluyendo su propia existencia, y de esta forma verse libre de estar renaciendo incontroladamente. En teoría, este punto de liberación se alcanza mucho más rápido que el de iluminación. En esta tradición también deben ser transformadas todas las acciones del día, de forma tal, que la motivación sea cortar con todos los engaños de la mente, sólo que aquí el beneficio se busca sólo para uno mismo.

Actualmente yo debería estar realizando de forma sistemática prácticas como: meditación para desarrollar paz mental, prácticas de purificación de karma y otras más. Pero, dada la inestabilidad de la mente, no he podido concretar una forma disciplinada de llevar mi práctica. Aun así, todos los aspectos de mi vida ahora están permeados por la visión del Dharma que busca entender a profundidad la realidad y dejar sólidas huellas para continuar en esta misma línea para mi siguiente vida. No sabría decir si mi motivación para vivir es ayudar a todos los seres sintientes por los que en ocasiones siento compasión, o es liberarme del sufrimiento de la existencia. Yo creo que es más la segunda. Pero estoy estudiando en un centro Mahayana, así que más del 70 por ciento de las enseñanzas van dirigidas a desarrollar amor y compasión de forma ecuánime hacia todos los seres. Esto me crea un poco de conflicto en cuanto a qué tradición debería de practicar.

Lama Zopa Rinpoche (director espiritual de los centros de estudio) pone un ejemplo así: «Alcanzar la Liberación sólo para ti, equivale a subirte a un árbol cuando viene un tigre y ver desde arriba cómo se come a tu mamá mientras tú estás a salvo», el ejemplo es muy fuerte,

pero el miedo de bajar a ayudar también lo es. Mientras decido qué tendencia tomar, sigo practicando los fundamentos del budismo que son: la existencia de los seres es causada por una incapacidad de la mente de ver todos los fenómenos como son en realidad, esta existencia sigue la ley de causa y efecto (karma) en la cual no somos capaces para distinguir qué acciones producen felicidad y cuáles producen sufrimiento. Mientras tanto, tenemos que nacer y morir incontroladamente; víctimas sólo de nosotros mismos y de nuestras mentes llenas de aflicciones.

La buena noticia es que hay dos formas de detener esto: una es motivada por la compasión de ver a todos los seres en esta misma situación; y la segunda está motivada por la decisión definitiva de dejar de existir de esta manera.

Luis Gilberto

Mensaje publicado en Facebook en el contexto del comentario de Stephen Hawking: «Dios no creó el Universo» en su nuevo libro *The Grand Design*. Contrariamente a lo que escribió en 1988, el físico afirma ahora que el universo «se crea a partir de nada»:

¡Bien por nosotros!

Descubren planeta habitable con altas posibilidades de contar ya con vida. La raza humana cada vez más cerca de no necesitar inventar dioses ni religiones para entender su origen y, por qué no, crear vida, recuerden que recientemente un científico logró crear una célula viva en un laboratorio ¡bien por nosotros!



CAPÍTULO IX

La idea de Dios en el arte

Marisa Herzlo

Pintora. Nació en Guadalajara en 1958. Imparte talleres de arte a niños.

Dios es el espacio entre la gota que cae y el suelo

DIOS:

Dios es principio,
semilla de luz = energía,
ya lo dijo Cristo.
Dios no es un ente,
no escucha porque no tiene oídos
no habla porque no tiene boca,
no es amor,
no es el terrible Dios de la Biblia.
Dios no inter-actúa con nosotros,
está en nosotros y todos juntos somos uno = Dios.
No da ni quita. Es el que es.
Dios es en todo.
Es eso mínimo, cada partícula del universo,
es por eso que está en todo y en todos.
En él estamos y a él regresamos.
Dios es la savia de un árbol,
Dios está en las patas de una hormiga,

Dios en mis pestañas,
en lo que veo,
en lo que siento.

Dios es el espacio entre la gota que cae y el suelo.

Dios tiembla en el alcatraz.

Dice la ciencia que la partícula más pequeña que se ha podido ver
se reduce a un haz de luz,
y todos esos haces de luz juntos son los que forman la materia,
el universo completo.
Para mí, Dios es eso.

Jorge Orendáin

Maestro en Literaturas del Siglo xx por la Universidad de Guadalajara y licenciado en Ciencias de la Comunicación por el IESO. Editor en la Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara, director de La Zonámbula, coordinador de talleres literarios en SOGEM.

Poemas

Siete noches de insomnio

Algo de la sangre de Dios
traigo en las venas

llevo trozos de montaña
ríos y Evas
que no cesan de gritarme

En la mano guardo una estrella
y amarrado tengo un cometa
en su conciencia de papalote

Algo de Dios traigo en la sangre

Siete noches me esperan
con su luna de insomnio

Dormiré en el sueño del sol

Cuando algo de mi sangre
habite en las venas de Dios
despertaré con la muerte

Viceversa

Olvídate Dios de tu vanidad celestial
tus hijos imploran el esperado estallido de tu gracia
sin que seas tú el único alabado

Aquí abajo se reconoce tu presencia
pero queremos alejar tu imagen de los nichos
para rezar juntos la verdadera alabanza de la vida
sin que haya de por medio
cirios y claveles
cáliz y crucifijos

Olvídate Dios de tu vanidad celestial
tus hijos quieren conocerte
pero su hambre y abandono
los aleja de tu abrazo verdadero

Escucha el credo de los días
arrodiña tu amor junto a nosotros
escupe la soledad que nos impregna
aléjate ya de la hostia
y habita desde ahora
cada rincón de nuestros sueños

Olvídate Dios

Dios escribe la historia
con el dedo torcido

Sangre seca paralizada en el mar
nosotros
escurridizos habitantes de la hoja

Resurrección

Al tercer día de crucificado
un cuervo devolvió a Cristo
sus ojos

Regaño

Soñé que Dios era un niño
y yo era su papá.
Lo regaño tanto
que durante siete días construyó su mundo
y se olvidó de mí.

Semana Santa

Cristo, enterraremos una rosa
en cada herida de tu cuerpo.

Resucitarás a la derecha de la luz
y beberás de la lluvia silencio.

La palabra se escuchará:
despertaremos con una herida de tiempo.

Caleidoscopio

En los fragmentos de cristal color
de un caleidoscopio
aguarda el rostro de Dios

No bastarán mil rezos
ni veladoras en fuego
para convocarlo

Sólo en un movimiento
con precisión de luz
forma y color
lo encontraremos con el sol
en sus manos

Avión de madera

Si mi padre estuviera
aunque fuera un momento
yo le preguntaría:

¿De qué color es el avión de madera
con el que juegas con Dios?

*

En los ojos de Dios
el mar se convirtió en flor

Aspiré su aroma:
me deshojé

*

Dios viaja a la velocidad de la luz
y es luz detenida del universo

Si del orden

Si alguien lograra
ordenar el caos,
Dios tendría que inventarse
otro universo.

Si de dios

Si pensamos en un dios
le manifestamos al mundo
nuestra desdicha.

Si somos desdichados
le decimos al mundo
la importancia de un dios.

Si de eternos

La eternidad es una mala broma del tiempo.
Si fuera cierta
no tendríamos necesidad de inventar
dioses tan diversos.

Si la hermandad

La guerra y el hambre
destruyen cualquier ventana
a la hermandad del mundo.

Si la hermandad fuera posible
el mundo sería una puerta
con infinidad de ventanas.

Dios no sería posible.

Si del verbo

Si Cristo es verbo,
nuestra única tarea será
adjetivar nuestros sueños.

Mario Alejandro Aguilar Álvarez

Médico y teólogo. Egresado del Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC.

Me dio el don de la vida, y yo le llamo Padre

El Dios en el que creo

El Dios en el que creo
me ama tanto,
que me creó a su imagen, con el soplo de su aliento,
Él me dio el don de la vida, y yo le llamo Padre.

El Dios en el que creo
me ama tanto,
que decidió encarnarse,
para que comprendiera, en el encuentro,
lo inmenso de su amor,
Él me habló con palabras muy sencillas
y fui instruido en tal amor.

El Dios en el que creo
me ha tocado con ternura y ha sanado mi dolor,
Él, clavado en un madero,
me indicó el camino que ahora sigo,
sin duda ni temor.

El Dios en el que creo
me inhabita, con la gracia de su amor,
es su Espíritu divino el que me mueve,
es mi amigo y mi Señor.

Ahora soy libre y sólo busco
la unión perfecta,
en el adamar de mi Dios en el que creo,
Él es la vida eterna que ahora vivo,
y la trascendencia,
que con dulzura y esponsal encuentro
en mi alma espero.

¿No es maravilloso, andar por los caminos
de la Santa Trinidad?

Subir al monte y en corazón fraterno
con mis hermanas religiosas, a él,
almas acercar.

El Dios en el que creo,
nos da esta gracia, aceptada en libertad,
pues no hay cosa más bella, que por Él vivir,
por Él morir de amor,
andando en su andar.

Sandra Bernal

Nació en Guadalajara en 1986. Es bailarina de danza contemporánea; ha trabajado desde 2008 en la compañía «Ars in coellis» de la cual fue directora. Actualmente dirige la compañía Tomoe Arte del movimiento.

**Sólo aquellos que danzan por amor a Dios/sabrán
que dejaron de existir un instante**

Creo en un Dios del que puede hablarse sin palabras, sin razón, sin tiempo ni espacio...

Es un Dios que se transforma en millones de idiomas y, sin embargo, los que le han escuchado, sólo entienden el silencio.

Él se hace presente también en millones de formas.

Y una forma de hacerlo presente es la Danza.

La Danza, como un sacramento, hace que Él descienda,
que venga a través del cuerpo de un ofrecido.

Hay un Dios que toma la forma de la copa que deseé contenerlo,
que lo deseé con un deseo puro.

Una copa eterna es la Danza.
La Danza es la copa eterna para contener a Dios.
Y contiene la embriaguez, como dice Rumi:
la embriaguez que existe desde antes que existiera el vino.

He sabido que han existido y existen aún grupos en los que la Danza sigue siendo oración y éxtasis, estos grupos jamás han olvidado ese eslabón y son bendecidos por haberlo protegido.

Hoy, en este mundo, esa conexión se ha perdido, y más allá de eso, es para muchos una posibilidad ridícula y bárbara.
La danza se ha vuelto un espantapájaros, muñeco de paja que cree tener vida y razón de ser... las aves, que ven desde arriba, se burlan de él.

Danzar sin querer que algo más grande que tú suceda, es completamente vano.
Pérdida de tiempo.

Sin embargo, la danza académica, que es la única a la que tenemos verdadero acceso, puede también llegar a ser un valioso vehículo y hacerse consciente de su estado convirtiéndose en una forma de la Verdad.
Ser un acto libremente aceptado.

La Danza es la materia que hace visibles y presentes esas corrientes sensibles con las que Dios nos toca.
Esas corrientes invisibles, que están siempre a nuestro lado y que sentimos sólo cuando tenemos un instante fugaz de Libertad y Gozo, atraviesan nuestro espacio cada vez que en soledad sonreímos, dejándonos acompañar por ángeles.

Esas corrientes de sensaciones, cuando son verdad para nosotros tanto como el cuerpo es verdad, se vuelven la Mente que comanda el cuerpo mismo.

Cuando la corriente habla, el cuerpo cede a esa música inaudible, a ese tacto invisible, y se deja mover, se deja ser,

Ser el Movimiento en el movimiento...

Cuando el cuerpo escucha y la mente ordinaria calla,
entonces se vuelve el instrumento más dócil, el más natural, el más puro.

Simone Weil dice que la atención por sí misma es una cosa valiosísima, de hecho más valiosa aún que el objeto al que se dirige.

Pero que esa atención sólo toma un sentido Real
en el momento en que el pensamiento se eleva a Dios
como un Acto Consciente.

El cuerpo se descompone en millones y millones de átomos
que vibran cada vez más rápido y más arriba,
y entonces sucede:
el tiempo y el espacio, que soportan la danza de los hombres,
han desaparecido.

Así sucede entonces con los bailarines:
casi todos pueden sentir que el tiempo y el espacio se anulan,
pero sólo aquellos que danzan por amor a Dios
sabrán que dejaron de existir un instante,
porque Dios los acuna en sus brazos.
Y sólo para esos pocos,
la danza podrá significar un camino hacia la unión definitiva con ÉL.

Maximiliano

Es acupunturista; instructor de yoga, conferencista y colaborador del Centro de Estudios Religión y Sociedad de la Universidad de Guadalajara.

Lo que Dios Es

Tengo un cordón brahminico colgado al cuello, y eso significa que ostento una vestidura sacerdotal, pero esa vestidura sacerdotal hindú a mí no me impide sentir el cristianismo, ni el islam, ni tampoco cualquier otra tradición de las que haya sentido hasta ahora.

Cuando niño fui puesto delante de los videntes y esto dijeron:

Soy el vidente, mi corazón es un ojo irritado por el Sol, un orificio en carne viva abierto por la aguja luminosa con la que un ángel sutura las heridas de Dios.

Soy el vidente, mi corazón es un cuerpo que tiembla después de muer-
to, un algodón embebido en la mentira bendita que vuelve posible la
vida aquí abajo.

Soy el vidente. Mi corazón es la piedra que un niño arroja contra la
tibia campana de un templo en ruinas. Un largo sonido bronceado en
la magnitud del espacio sin posibilidad de retorno.

Soy el vidente. Mi corazón es un hombre que clava espinas azules en
el cuerpo de un ave y la mantiene con vida. Soy la visión correctiva. La
paz quirúrgica rociada en la incisión de las almas.

Cuando niño fui puesto delante de Dios y esto dijo:

Nosotros somos el vidente. La formación inicial del aliento que vivifi-
ca. Somos la fuerza diferencial que en el principio separa los genitales
de la laringe. Las treinta y dos vértebras. Los treinta y dos dientes. Los
treinta y dos niños que acaban de estallar en el desierto junto a un tren
de militares extranjeros. Y la visión de una pequeña mano sujetando
un dulce que el fuego no se atreve a devorar.

Nosotros somos el vidente. Somos la joya del esplendor más alto por-
tada en la frente de los menores. Somos el tiempo en que los hijos de
los hombres arrojaban polvo de azafrán en los umbrales de un vasto
dominio para delatar la presencia de los ángeles.

Cuando niño fui puesto delante de los Ángeles y esto dijeron:

Hemos venido a abrir en ti un caudal de la vasta memoria que se requie-
re para recordar el presente. Hemos estado aquí desde el principio. No
detenemos la caída, sólo orientamos tu mirada al sol en el salto al vacío.

Cuando niño fui puesto delante del Hombre y esto es lo que dijo:

Lo que Dios Es, es un destello azul-violeta que en el medio de la noche abre senderos en los campos de algodón perlado.

Dios es un aliento en el que arden todas las formas de la existencia y la presión que sobre el universo ejercen los gestos de un solo ser puro.

Lo que Dios Es es la Radiante Soledad en la que
el Infinito
decidió
Ser
tú.

Celina Vázquez

Nació en Guadalajara en 1959. Licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa; maestra en Sociología y doctora en Letras por la Universidad de Guadalajara. Fundadora y miembro del Centro de Estudios de Religión y Sociedad de la UdeG, del cual fue directora de 1998 al 2008. Participó en el Movimiento de Comunidades Eclesiales de Base en Guadalajara y la Ciudad de México. Imparte los cursos de Historia de las Religiones desde 1999, y Antropología de lo Cotidiano en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Miembro del cuerpo académico Cultura Religión y Sociedad y del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt.

UNO
El Dios en El que Creo
Está
UNO
omnipotente/ pacífico

En todos los tiempos
Todos los mundos
Todas las culturas

Está en todo lo creado.

Y en la plenitud de la unión
de lo femenino y lo masculino
a partir de un tremendo orgasmo
nos hace partícipes
de su Creación

para que en nuestro séptimo día
contemplemos
desde su esencia
que todo lo creado
fue bueno.

Jardín japonés. Colomos, mayo 2010.

Referencias

- Aceves, Raúl.** *Mapas cósmicos mesoamericanos. El viaje mítico del alma.* Amaroma ediciones. Guadalajara, 2011
- Aguilar Álvarez, Mario Alejandro,** *Ascendiendo juntos El Carmelo. Acompañamiento a los laicos desde la Espiritualidad Carmelita del Sagrado Corazón.* Tesis para obtener el título de Licenciado en Teología. Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC, Guadalajara, octubre, 2011.
- Aligieri, Dante.** *La Divina Comedia.* 3 t, Análisis de traducción y redacción Roberto Mares, edición ilustrada por Gustave Doré. Grupo editorial Tomo, México, 2002.
- Álvarez T. Teresa de Jesús.** Ed. Sal Terrae, Santander, 1984.
- Ángeles García, María Soledad.** *Acompañamiento a jóvenes en adicción desde el Carisma de Carmelitas del Sagrado Corazón.*
- Informe científico de servicio teológico pastoral para obtener el título de Licenciada en Teología. Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC, Guadalajara, agosto, 2010.
- Arias, Juan.** *El Dios en quien no creo.* Ed. Sígueme, 23 ed. Salamanca, 2002.
- Ballesteros, Leopoldo (SBD).** *Con Dios y con el cerro. Las semillas de las palabra en el pueblo mixe.* Edición de autor.
- Basave Fernández del Valle, Agustín.** *La sinrazón metafísica del ateísmo.* Universidad Regiomontana, México, 1986.
- . *Tratado de Metafísica: teoría de la habencia.* Ed. Limusa, México, 1982.
- Benedicto XVI.** *La luz del Mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos.* Una conversación con Peter Seewald. Herder, México, 2010.

- Bernstein Richard, J.** *Freud y el legado de Moisés*. Siglo XXI Editores, México, 2002.
- Bhagavad Gita** *Tal como es. Su Divina Gracia Bhaktivedanta Swami Prabhupada*. The Bhaktivedanta Book Trust International, 1984.
- Biblia**, edición Reina-Valera, revisión 1960.
- Boff, Leonardo**. *La dignidad de la tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma*. Ed. Trotta, Madrid, 2000.
- . *La fe en la periferia del mundo. El caminar de la Iglesia con los oprimidos*. Sal Terrae. Presencia Teológica, España, 1985.
- Bravo, Carlos**. *Galilea Año 30*. Ed. Centro de Reflexión Teológica, México, 2000.
- Buber Martin**. *Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- Burckhardt, Titus**. *Introducción al sufismo*. Paidós, Ibérica, España, 2006.
- Burgaleta, Jesús, Ángel González Núñez, José María González Ruiz**. *Misal de la Comunidad*. Editorial Verbo Divino, España, 2000.
- Casaldàliga Pedro**. *Cuando los días dan que pensar. Memoria, ideario, compromiso*. PPC, Madrid, 2005.
- Comblin, José**. “¿De qué Iglesia hablamos?”, en *Servir*, año IX, núm. 43; 1er. bimestre de 1973, pp. 11-32.
- Concilio Vaticano II**. *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, www.vatican.va.
- Corbí, Mariano**. *Religión sin religión*. PPC, Madrid, s. f.
- Corominas, Jordi**. *Zubiri y la religión*. Ed. Cátedra Eusebio Francisco Kino sj. Universidad Iberoamericana de Puebla, Puebla, 2008.
- De Jesús, Teresa**. *Camino de perfección*. Ediciones San Pablo, México, 2009.
- Domínguez Reboiras, Fernando**. “Raimundo Lulio: la Fe Consciente”. Conferencia pronunciada en Río de Janeiro, el 21 de octubre de 1998.
- Raimundus Lullus Institut*. Universidad de Freiburg.
- Drewermann Eugen**, *Hat die Glaube Hoffnung? Von der Zukunft der Religion am Beginn des 21.Jahrhunderts*. Walter, Zürich, 2000.
- Drewermann, Eugen**, en entrevista con Jürgen Hoeren, *Wozu Religion?* Herder Spektrum, Alemania, 2001.
- Duhamel, Georges**. *Chronique des Pasquier*. Omnibus, París, 1999.
- . *Diario de un aspirante a santo*. Ediciones del Equilibrista, México, 1993.
- Durkheim, Emilio**. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal, España, 1982.
- Eco, Humberto y Carlo María Martini**. *¿En qué creen los que no creen?* Traducción y prólogo de

- Esther Cohen. Taurus, México, 8^a reimpresión, 2002.
- El Ramayana.** 2 T. Traducción y notas por Juan Bautista Bergua. Madrid: Ediciones Ibéricas, La Crítica Literaria: www.lacriticaliteraria.com
- Eliade, Mircea y Joseph Kitagawa.** *Metodología de la Historia de las Religiones*. Paidós, Orientalia, España 1986.
- Feuchtwanger, Lion.** *La hija de Jefé*, EDAF, España, 2002.
- Flores Soria, Ortiz Acosta y Vázquez Parada.** *La guerra de los dioses. Análisis del fenómeno religioso y político en el conflicto entre grupos radicales del islam y Estados Unidos*. Universidad de Guadalajara, CUNORTE, 2003.
- France, Anatole.** *Histoire Contemporaine*, 4t. Calmann Lévy, París, 1988.
- Franco Escamilla, Reyna Margarita.** *El encuentro hombre-mujer, imagen de Dios. Consideraciones para una renovada comprensión del encuentro sexuado como espacio de revelación*. Tesis para obtener el título de Licienciada en Teología. Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC, Guadalajara, febrero, 2010.
- Freud, Sigmund.** *El porvenir de una ilusión* (1927). Traducción de Luis López Ballesteros, www.elorbita.org
- Fromm, Erich.** *El dogma de Cristo*. Paidós, Barcelona, 1984.
- Gadamer, Hans Georg.** *Verdad y método*, 2t. Herder, Madrid, 1998.
- García Mauriño, J. M.** *Jesús un profeta laico*, Federación para la Paz Universal. Espacio Ronda. Madrid, 2009.
- Gyger, Pia.** *Maria Tochter der Erde Königin des Alls. Vision der neuen Schöpfung*. Ed Kösel, Munich, 2005.
- Harbecke Ulrich.** *Der gläubige Kardenal*. Grupello, Düsseldorf, 2004.
- Hawking, Stephen, Leonard Mlodinow.** *The Grand Design*. Bantam Books, Nueva York, 2010.
- Heiller, Friedrich.** “La historia de las religiones como preparación para la cooperación entre las religiones”, Eliade, Mircea y Joseph Kitagawa, *Metodología de la historia de las religiones*, cap. VIII. Paidós, Orientalia, España, 1986.
- Kasper, Cardenal Walter.** “La teología ecuménica. Situación actual”, en *Revista Querens de Ciencias Religiosas. ¿Hacia dónde va la Iglesia?* UNIVA, año VI, mayo-agosto 2005, núm. 17, pp. 63-76.
- Khayyám, Omar.** *Rubaiyat*. Ed. José J. de Olañeta, Barcelona, 2008.
- Küng Hans.** *¿Vida eterna?*. Trotta, Madrid, 2007.
- . *Libertad conquistada, memorias*. Trotta, Madrid, 2003.

- _____. *Ser cristiano*. Trotta, Madrid, 2006.
- _____. *El judaísmo*. Trotta, Madrid, 2004.
- Kullock, Joshua.** “El Ds del Pathos en A. J. Heschel”. Artículo inédito.
- Lao Tse.** *Tao Te King*, Arca de sabiduría. EDAF, España, 2006.
- Lebeau Paul.** *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual*. Ámsterdam 1941-Aushwitz 1943. Sal Terrae, España, 2000.
- Maccise, Camilo** (OCD). “La fe en tiempos de crisis”, en *Revista Querens de Ciencias Religiosas*, UNIVA, año X, mayo-agosto, 2009, núm. 29.
- Maimónides.** “Introducción al capítulo Jelek”. Traducción al español y notas al pie de Manes Kogan y Joshua Kullock. Inédito.
- Marquínez Argote, Germán.** *El hombre latinoamericano y sus valores*. Editorial Nueva América, Bogotá, 1986.
- Marroquín, Enrique** (CMF). *Otro mundo es posible. Justicia, paz, integridad de la creación y vida consagrada*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2006.
- Martí Ballester, J.** *Suma contra los Gentiles, Santo Tomás de Aquino*. Introducciones de Eudaldo Forment (BAC), Madrid, 2007.
- Mendoza Álvarez, Carlos.** *El Dios escondido de la posmodernidad. Deseo, memoria e imaginación escatológica*. Ensayo de teología fundamental posmoderna. Ed.
- Cátedra Eusebio Francisco Kino, sj. ITESO, Guadalajara, 2011.
- Movimiento Celibato Opcional.** *Tiempo de hablar, Tiempo de Actuar*, núm. 121, 2010. www. moceop.net
- Navarro Ramos, Jesús Arturo.** *Analisis del ateísmo de Nietzsche desde un punto de vista cristiano*. Tesis de licenciatura en Filosofía, UNIVA, Guadalajara, 1993.
- Nebel, Richard.** *Santa María Tonantzin, Virgen de Guadalupe*. Fondo de Culutra Económica, México, 2006.
- Pagels, Elaine.** *Más allá de la fe*. Ares y mares, Barcelona, 2003.
- Pérez Baltodano, Andrés.** “No hay tarea más urgente en Nicaragua que cambiar la idea de Dios”, en *Agenda latinoamericana*. Abya Yala, 2010.
- Platón,** *Diálogos*. Editorial Porrúa, México, 1984.
- Probst C., Juan.** *El misticismo*. Institución Cultural Argentino-Germana, Buenos Aires, 1988.
- Queiruga Torres, Andrés.** *La Resurrección: experiencia originaria e interpretación actual*. Ed. Cátedra Eusebio Francisco Kino sj, Universidad Iberoamericana de Puebla, Puebla, 2005.
- Ranke-Hehnemann, Uta.** *No y Amén. Invitación a la duda*. Ed. Trotta, Madrid, 1998.
- Rimpoché, Songyal.** *Libro tibetano de la vida y la muerte*. Urano, España, 1994.

- Riva, Luis H, Gabriela Cargenel et al.** *¿Dónde estaba Dios? La fe ante las catástrofes naturales*. Lumen, Buenos Aires, 2006.
- Rojas González, Francisco.** *El Diosero y otros cuentos*. Fondo de Cultura Económica, México 2002.
- Rousseau, Jean Jacques.** *Emilio*. bibliotecasvirtuales.com.
- Ruvalcaba López, Clara Elizabeth.** *Hombre y mujer los creó. Realidad del maltrato femenino en Guadalajara*. Tesis para obtener el título de Licenciada en Teología por el Centro de Occidente para el Estudio de los Valores Humanos AC, Guadalajara, agosto 2011.
- Safranski, Rüdiger.** *Schiller o la invención del idealismo alemán*. Tusquets, Barcelona, 2006.
- San Agustín.** *La Ciudad de Dios; Vida de San Agustín*. Biblioteca de Autores Cristianos, España, 2009.
- Santo Tomás de Aquino.** *Suma de Teología*, 4a edición, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009.
- Scholem, Gershom.** *Las grandes tendencias de la mística judía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Shelby Spong, John.** *Un cristianismo nuevo para un mundo nuevo*. Ed. Abya Yala, Quito, 2011.
- Singer, Isaac Bashevis.** *Sombras sobre el Hudson*. Ediciones B, Barcelona, 2000.
- Smith, Joseff. Filosofía de la Religión. Herder, Madrid, 2002.
- Theilard de Chardin, Pierre.** *Lo que yo creo*. Trotta, Madrid, 2005.
- Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*. Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania. Estados Unidos, 1987.
- Turner, Bryan S.** *La religión y la teoría social. Una perspectiva materialista*. FCE Sociología. México, 1997.
- Unamuno, Miguel de.** *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*. Biblioteca EDAF, Madrid, 1985.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina y Laura Muñoz Pini (coords.).** *Cultura, Religión y Sociedad*. Universidad de Guadalajara, 2007.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina y Darío Flores Soria (coords.)** *Mujeres jaliscienses del siglo XIX. Cultura, religión y vida privada*. Editorial Universitaria de la UdeG, Guadalajara, 2008.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina y Wolfgang Vogt.** *De Juan Pablo II a Benedicto XVI. El rumbo de la Iglesia católica en el tercer milenio*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2006.
- Vigil, José María.** *Teología del pluralismo religioso*. Ed. Abya Yala, Quito, 2004.
- Vogt, Wolfgang.** *El islam y la literatura occidental*. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos, 2005.
- Weil, Simone.** *Escritos esenciales*. Sal Terrae, España, 2000.
- . *La gravedad y la gracia*. Trotta, Madrid, 1994.

Autores

Lourdes Celina Vázquez Parada

Nació en Guadalajara en 1959. Profesora de Educación Primaria por el Instituto América de Guadalajara; licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa; maestra en Sociología Política y doctora en Letras por la Universidad de Guadalajara. Especialista en estudios de Historia y Sociología de las Religiones. Fundadora del Centro de Estudios de Religión y Sociedad de la UdeG, del cual fue directora de 1988 a 2008. Ha publicado varios libros sobre temas de cultura regional y religiones, entre ellos: *Testimonios sobre la revolución cristera. Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica* (2001); *Identidad, cultura y religión en el sur de Jalisco* (1993); en coordinación con Darío Flores, *Mujeres jaliscienses del siglo xix. Cultura, religión y vida privada* (2008); en coautoría con Wolfgang Vogt, *De Juan Pablo II a Benedicto XVI. El rumbo de la Iglesia católica en el tercer milenio* (2006). Participó en el Movimiento de Comunidades Eclesiales de Base en Guadalajara y la Ciudad de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Wolfgang Vogt

Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara. Nació en Alemania en 1945, hijo de padre católico y madre protestante. En 1976, llegó a Guadalajara como director del DAAD, del gobierno alemán. Realizó estudios de filología española e hispanoamericana en España, Francia y Alemania, donde obtuvo su doctorado por la Universidad de Bonn. Es autor de más de 30 libros de crítica literaria y dos novelas. Es columnista de periódicos y revistas. Miembro del Cuerpo Académico Cultura, Religión y Sociedad y del Sistema Nacional de Investigadores.

La idea de Dios en Guadalajara
Diversos caminos hacia el conocimiento de un mismo Dios
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2011
en los talleres de Editorial Pandora, S.A. de C.V.
Caña 3657, La Nogalera
44470, Guadalajara, Jalisco.

La edición consta de 500 ejemplares.

Para su formación se utilizaron las tipografías
Garamond Premier Pro, de Robert Slimbach
y Avenir Next LT Pro, de Adrian Frutiger y Akira Kobayashi.